Gene Kerrigan

DELINCUENTES DE MEDIO PELO

Traducción de Damià Alou



Desde que saliera de la penitenciaría dublinesa de Mountjoy e intentara establecerse como delincuente por su cuenta, Frankie Crowe no había tenido suerte. Harto de golpes que a duras penas le daban para el alquiler —y que bien podrían ponerlo de nuevo entre rejas—, un ambicioso Crowe planea secuestrar a Justin Kennedy, un banquero que ha prosperado en los años dorados del Tigre Celta. Pero para ello necesita contar con la aprobación del temido Jo-Jo Mackendrick, antiguo jefe de Frankie y conocido mafioso local. Las reticencias de Jo-Jo no frenarán el ímpetu de Crowe, como tampoco lo hará descubrir que Justin Kennedy es un abogado y no un banquero. Aunque el secuestro va de mal en peor y la policía estrecha el cerco en torno a la banda de Frankie, este no está dispuesto a renunciar al rescate de un millón de euros y a dejar de ser un delincuente de medio pelo.

Gene Kerrigan

Delincuentes de medio pelo

al margen - 33

Este libro está dedicado a mi hija, Cathleen Kerrigan.

Desde el lugar donde yacía, apenas iluminado por la luz de la farola de delante de su piso, Stephen Beckett podía ver la pistola que había encima de la mesilla de noche. La Colt 45 estaba colocada sobre una toalla de mano blanca y roja, a la altura de sus ojos. Vieja y gastada, grande, gris y fea.

Un poco como yo.

Eran más de las dos. Si no dormía un poco, tanto daría lo que decidiera por la mañana. No tendría fuerzas para empuñar la pistola, y aún menos para usarla.

Cerró los ojos, pero no sirvió de nada, pues no dejaba de pensar en la pistola y en todo lo que significaba.

Abrió los ojos y se obligó a volverse boca arriba. El cansancio parecía haberle vaciado los huesos. Pasó un idiota que conducía demasiado deprisa, y el rugido del motor vino acompañado de la luz de los faros deslizándose por el techo.

Hay que hacerlo.

Después de haberse metido en la cama y haber pasado casi una hora pensando en lo que tenía que hacer, intentó dirigir sus pensamientos a otra cosa, con la esperanza de que le entrara sueño. Ni de casualidad. Ningún otro pensamiento tenía la fuerza suficiente para hacerse un sitio en su cabeza. Aquello eliminaba todo lo demás, y sabía que era señal de lo confuso que estaba.

El muy cabrón.

Había gente que se entrometía en las vidas de los demás sin pensar en el daño que causaba. A veces lo peor no era el estropicio que dejaban a su paso, sino la falta de consideración y el desprecio. Era como si algunas vidas tuvieran importancia y otras tan solo sirvieran para adornar el paisaje.

Hay que hacerlo.

Stephen Beckett había vivido demasiado como para engañarse: ese impulso no era más que la necesidad de vengarse. En cualquier otro momento de su vida, habría encontrado una razón para dar marcha atrás. Ahora, tal como estaban las cosas, su sentido de la prudencia era escaso, y había cosas más importantes que lo que estaba bien y lo que estaba mal. Esas cosas pertenecían a otra vida, antes de que se iniciara el tiroteo.

Capítulo 1

El tiroteo se inició en el pueblo de Harte’s Cross pocos minutos después de las diez de una gélida mañana de verano. Al principio, solo unos pocos se enteraron de que algo pasaba y todos estaban en el *pub* de Sweeney.

La propietaria del *pub* imploraba clemencia. Era una pueblerina de las de antes, de unos cincuenta años. Llevaba unas gruesas gafas y era regordeta desde siempre, y el peinado y la ropa eran más propios de la generación de su madre. Prácticamente no veía a Frankie Crowe delante de ella, pues tenía los ojos clavados en el pistolón negro que aquel esgrimía.

—Por favor, señor —dijo la propietaria. Frankie Crowe tenía veintiocho años.

Frankie Crowe llevaba una gorra de béisbol calada hasta las cejas con la cara de Homer Simpson y unas grandes gafas de montura gruesa que ocultaban la forma de su cara. Bajo su abultado anorak *beige*, podía estar gordo, flaco o cualquier complexión intermedia. El pistolón automático que tenía en la mano no apuntaba a nadie en particular, pero era el centro de atención.

Solo había un camarero, tal como había dicho Leo. Y no suponía ningún problema. Tenía las palmas de las manos pegadas a la barra y procuraba no mirar a Frankie Crowe a los ojos.

De los tres clientes del local, dos estaban sentados a una mesa en la otra punta de la barra, dos viejos con cara de color de gachas rancias. Uno de los dos abuelos, un hombrecillo de cara chupada tocado con un sombrero de fieltro manchado y deforme, mantenía los brazos rígidos por encima de la cabeza, aunque Crowe no le había dicho que los levantara. Pero el viejo sabía, por las películas de Bogart que había visto hacía más de medio siglo, que eso es lo que hay que hacer cuando alguien saca un arma.

El otro anciano era más grandote y fornido, y el ser un poco cargado de espaldas disimulaba su estatura. Una de sus manos rodeaba una taza de té mientras observaba al pistolero sin la menor emoción.

El tercer cliente era una joven que tenía el pelo negro, muy corto. Un aro le atravesaba la ceja izquierda, y en el pecho llevaba una mochila con un bebé. Estaba sentada a una mesa junto a la ventana, y delante tenía un café y el biberón medio vacío del bebé. Al ver a Frankie Crowe entrar con una pistola se había puesto en pie y había dado un par de pasos hacia la puerta, pero Frankie había negado con la cabeza y con el arma le había hecho seña de que regresara a la mesa. La mujer había vuelto a sentarse sujetando con una mano la mochila con el bebé.

Ni siquiera había visto a Martin Paxton, de pie junto a la puerta, con una gorra de béisbol oscura también calada hasta las cejas y una pistola pegada a la pierna, el brazo inerte, hasta que

Frankie no había dicho «No les quites ojo» y se había llevado a la propietaria del *pub* a la oficina que había detrás de la barra.

Nada complicado, había dicho Frankie. Entrar y salir y de vuelta a Dublín con un saco de pasta, quizá quince de los grandes, antes de que nadie se entere de que hemos estado ahí. No uno de esos golpes que te solucionan la vida, pero lo bastante para ir tirando.

Era un lunes por la mañana.

—Los sábados por la noche sacan un montón de pasta, y también el domingo —había dicho Leo, que era quien les había dado el soplo—. La guinda del pastel es que el sábado por la noche hay concierto. El viejo Sweeney, antes de morir, compró el garito de al lado, juntó los dos locales e instaló un escenario. Organizan un bolo cada mes, más o menos, y a veces hay quinientos clientes.

—¿En el banco hay cajero automático?

—No —dijo Leo Titley—. Eso es lo bueno. Ingresan el dinero al día siguiente. La señora Sweeney lo hace en persona, a las doce en punto de la mañana. Un policía la acompaña hasta el banco. Un tipo que conozco que trabajó ahí hace unos años me dijo que hay una caja fuerte en la trastienda. Los ingresos de dos noches y el dinero del bolo a la espera de que los lleven al banco el lunes por la mañana.

Y lo mejor del bolo, dijo Leo, era que no tocaba nadie conocido. Si fuera alguien famoso, habría venta anticipada. Pero en esos conciertos las entradas se compraban en la puerta. Tocaban un par de colgados de algún grupo juvenil que nunca llegó a nada. Se disolvió y tres de los miembros volvieron a su actividad habitual de rascarse el culo y los otros dos sacaban cuatro perras paseando sus versiones desafinadas por el circuito de *pubs* de la provincia.

—Todos pagan en la puerta. A los *pubs* les va cojonudo, pues el fisco no ve un céntimo.

Y el lunes por la mañana, antes de que puedan ingresar el dinero, Frankie Crowe y Martin Paxton están en el aparcamiento del *pub*, en el interior de un Nissan Primera robado.

—El *pub* abre a las diez y media —había dicho Leo—. Entráis, enseñáis la pistola y os abren la caja.

Ese era el plan.

A aquella vieja zorra le temblaban las piernas cuando salió de la trastienda, de manera que Frankie le dio un empujón para meterle prisa. La mujer se movía todo lo deprisa que podía y se colocó tras el mostrador, como si este pudiera protegerla de Frankie.

—Dice que tiene un cierre de relojería —dijo Frankie.

Martin gruñó cabreado y golpeó la puerta con la culata de la pistola.

—Dice que no la puede abrir hasta dentro de hora y media. Nos la quiere pegar. —Apuntó con la pistola al camarero, que no había apartado las manos de la barra—. ¿Sabes la combinación?

El barman tragó saliva. Llevaba un chaleco corto y rojo que enseñaba una camisa blanca que le formaba una bolsa por encima del pantalón. Hablaba con un hilo de voz, como si el miedo no le dejara salir las palabras.

—Dice la verdad. El año pasado se compró esa nueva caja fuerte porque una noche dos jóvenes entraron a robar y casi arrancan la parte de atrás de la vieja. —Miró a Frankie como si juzgara si se estaba tragando su historia—. No se puede abrir hasta las doce. Cuando viene el policía que la acompaña hasta el banco.

—Y una mierda.

Frankie miró a Martin y dijo:

—Esta vieja zorra está mintiendo, y el marica también.

—¡Por favor, señor! ¡Por amor de Dios, señor! ¡Esto es todo lo que hay!

La mujer había abierto la caja registradora y le enseñaba un puñado de billetes.

Le alargó el dinero a Frankie, y cuando este lo tuvo a su alcance se lo tiró de un manotazo y la agarró por la pechera de la blusa. La mujer cerró los ojos cuando él le gritó a la cara:

—¡Abre la puta caja!

La joven del bebé emitió unos sonidos para tranquilizarlo y lo acunó. El bebé tenía la cabeza inclinada a un lado y miraba con franco interés a aquel hombre furioso y su colorida gorra.

Cerca de la puerta, Martin Paxton dijo:

—Mierda. —Volvió a apoyarse contra la puerta, abriéndola ligeramente—. Vamos —dijo. Esperó, y como Frankie no le hizo caso, acabó de abrir la puerta y salió.

Crowe gritó «¡Zorra!» y soltó la blusa de la mujer, que estaba a punto de desmayarse. El sudor le corría por la frente y por el labio superior, que le temblaba.

El viejo alto que no había levantado las manos tenía una voz sonora.

—Tú, déjala en paz. Que la dejes en paz.

Crowe se volvió y se encontró con un viejo estúpido, un paleto de manos grandes y nudosas, pelo revuelto y cara socavada por el tiempo.

El viejo se puso en pie.

—Entrar aquí con una pistola. ¿Por qué no trabajas para ganarte la vida, igual que los demás?

Crowe se lo quedó mirando como si el viejo perteneciera a una raza especial con la que nunca se había topado. Caminó lentamente hacia la mesa hasta quedar a dos pasos del hombre.

—¿Quién cojones eres, abuelo? ¿*Sir* Galahad?

Con la pistola apuntó a la entrepierna del hombre. El paleto intentó desesperadamente no arredrarse. Crowe sonrió.

—Tienes pelotas, abuelo. ¿Quieres conservarlas?

El viejo se lo quedó mirando. A su lado, aún sentado, con las manos levantadas y temblorosas, su amigo mantenía la mirada fija en la mesa que tenía delante. Frankie chasqueó la lengua con desdén y se volvió hacia la propietaria del *pub*.

—Ha llegado el momento de decidirse. —Le apuntó con la pistola a la cabeza y dijo con indiferencia—: Uno, dos…

El tiroteo tuvo lugar al final de un periodo —más de un año— en el que había muchas cosas que no acababan de funcionar. Teóricamente, en aquella época Frankie Crowe y Martin Paxton estaban de camino a alguna parte, pero en la práctica se encontraban en aquel pequeño pueblo del condado de Meath, obligados a sacar pasta de donde podían para pagar el alquiler.

Los chavales del pueblo estaban en la escuela, los granjeros y sus peones habían salido al campo a dedicarse a sus labores de granjero. Aquella mañana, por la calle, prácticamente solo se veían mujeres que iban de compras, y casi todas eran mayores. Había una furgoneta de bebidas que repartía al único hotel de Harte's Cross. Un par de abuelos entrecerraban los ojos para ver los resultados de las carreras del día anterior en la ventanilla de un corredor de apuestas. Un hombre que caminaba cojeando empujaba una bombona de gas Calor colocada dentro de un cochecito de niño. Una anciana de pelo blanco enfundada en un chándal morado paseaba dos perros.

También había un policía.

El agente estaba de pie junto a un coche, a unos veinte metros del *pub* de Sweeney, charlando con una joven.

El poli no estaba allí cuando habían llegado. Martin Paxton se metió dentro del Primera, aún en el aparcamiento del *pub*, y se puso a vigilarlo.

El policía tenía cara de Boy Scout. El uniforme le iba un poco grande. Contemplaba el trasero de la mujer mientras esta se inclinaba hacia el coche para colocar sobre el asiento de atrás la ropa que acababa de recoger en la tintorería. Paxton sonrió. Ah, pillín. Paxton se dijo que la mujer era demasiado guapa y demasiado segura de sí misma para un poli palurdo recién salido de Templemore. Ahora estaba medio sentada en el asiento del conductor, sonriendo, asintiendo, tocándose despreocupadamente las puntas de sus cabellos rubios mientras el agente se inclinaba hacia el coche y no paraba de hablar con ella.

Al otro lado de la calle, en el escaparate de una tienda de ropa, un dependiente engalanaba un maniquí con un vestido de verano estampado. La tienda, al igual que el MegaMarket y la gasolinera que quedaba a mitad de calle, pertenecía a la familia de la propietaria del *pub*.

Un tractor salpicado de barro pasaba lentamente, arrastrando un remolque del que no paraba de gotear algo oscuro, verde y apestoso.

Dos mujeres mayores, de las que solo se veía el pañuelo que llevaban en la cabeza, su expresión de marisabidillas y sus labios en movimiento, permanecían delante de la papelería de Tubridy y propagaban más cotilleos que todas las revistas del corazón de los expositores.

Cuando se oyó el primer disparo, pocos de los que lo escucharon prestaron atención. Fue un chasquido sordo que podría haber sido varias cosas. Martin Paxton dirigió los ojos al retrovisor y vio que el agente se separaba de la mujer y miraba a su alrededor, indeciso.

Ni siquiera un policía inexperto podía confundir el segundo disparo con otra cosa.

En algún lugar a lo lejos se oyó chillar a alguien.

El policía se dirigió hacia la mitad de la calle, mirando a un lado y a otro, decidiendo qué hacer, sabiendo que era el centro de atención de los ciudadanos que estaban por allí. La mujer que había estado hablando con él se acomodó en su asiento y cerró la portezuela del coche.

Martin Paxton puso en marcha el motor del Primera y esperó.

Dentro del *pub* de Sweeney, la propietaria se tapaba la boca con una mano y con la otra se sujetaba el pelo. Tenía los ojos cerrados, los labios apretados, la respiración acelerada. Había un agujero de bala en el espejo Guinness de detrás de la barra. La segunda bala había hecho añicos la pantallita de la caja registradora.

El barman estaba inclinado hacia delante con las manos sobre la barra, la cabeza a un lado, como decidido a no ver nada más. El aire olía a quemadura.

La mujer con el bebé en brazos enseñaba ahora la espalda y estaba encogida; interponía la delgadez de su cuerpo entre el arma y el niño. El hombre con la cara chupada y las manos levantadas se había meado encima, y en sus pantalones blancos había aparecido una gran mancha oscura. El paleto temerario había levantado las manos.

Frankie Crowe disparó tres veces más: una al televisor de pantalla ancha que colgaba de la pared de la otra punta del *pub*, dos más a una segunda pantalla situada en una especie de reservado. Otras dos balas más impactaron en una máquina tragaperras. La octava hizo añicos una botella de vodka situada a poco más de un palmo de la cabeza de la propietaria.

Crowe emitió un sonido de disgusto. La mujer ya no se enteraba de nada; tenía tanto miedo que las amenazas ya no la afectaban. Además, ¿de qué cojones servía todo eso? Tenía que estar diciendo la verdad.

Crowe recogió los billetes que la vieja zorra había dejado caer sobre la barra. Cuando llegó a la puerta del *pub*, metió el dinero y la pistola en los bolsillos del anorak, se aseguró de que Homer Simpson estuviera bien calado, abrió la puerta y salió.

Tras el segundo disparo, las dos chismosas entraron en la papelería sin dejar de mirar a su espalda, dando ya forma a las anécdotas que extraerían de ese drama.

El policía había decidido que sabía de dónde procedían los disparos. Empezó a correr hacia el *pub* de Sweeney. Ya estaba en el aparcamiento cuando escuchó la segunda ráfaga. Se detuvo a unos tres metros del Primera robado. Martin Paxton se caló aún más la gorra de béisbol para que le ensombreciera la cara, abrió la portezuela y salió del coche. Para disimular la pistola, llevaba el brazo pegado al cuerpo.

El agente desvió los ojos del *pub* y miró a Martin Paxton. Este simplemente negó con la cabeza.

Se abrió la puerta del *pub* y Frankie Crowe salió.

Se detuvo nada más cerrarse la puerta y utilizó el dedo índice de una mano para frotarse la nariz; la mano le tapó parcialmente la cara.

El policía nadaba en un mar de incertidumbre. Cualquier decisión que tomara era inaceptable. Actuar… menuda estupidez. No actuar… Jesús…

¿Que sus colegas lo llamaran maldito idiota por haber intentado algo, o gallina por haber obrado con sensatez? Sabía que en ese momento las heroicidades eran peligrosas y absurdas. También sabía que si ahora se echaba atrás, por mucho que viviera no habría día en que una parte de sí mismo no se muriera de vergüenza al recordarlo.

Frankie Crowe caminaba como si hubiera salido a dar un paseo y ver el pueblo. Se detuvo a un metro del agente.

El agente Joe Hanlon sabía que lo más importante era mantener la cabeza fría. No hacer nada que le diera a ese matón un motivo para usar el arma. No perder detalle: la cara, la complexión, las peculiaridades, fijarse en el que estaba de pie junto al coche. Recordar el número de matrícula cuando se alejaran. Fijarse en todo, sobrevivir, ver cómo huían, y luego ir a por ellos.

«Sucursales por todas partes —solía bromear—, la organización para la que trabajo tiene sucursales por todas partes».

El agente Joe Hanlon mantuvo la cabeza alta.

Al otro lado de la calle, en el escaparate de la tienda de ropa, el dependiente estaba tan inmóvil y pálido como el maniquí que vestía.

El matón sonrió.

—Buenos días, agente. Un día agradable, gracias a Dios.

El matón levantó la pistola, movió un dedo y el cargador salió de la culata y fue a parar a su otra mano. Le aguantó la mirada al policía mientras se metía el cargador vacío en el bolsillo y sacaba uno nuevo. El agente Hanlon oyó cómo ocupaba el lugar del otro con un chasquido.

—¿Es usted de por aquí? —preguntó el matón. Tenía acento de Dublín. Había bajado la pistola y la mantenía contra el muslo, como para tranquilizar al agente.

—Ya sabes que no puedo hacer nada. —Al agente Hanlon le sorprendió que su voz no temblara del miedo que sentía—. Haz lo que tengas que hacer y lárgate de una puta vez.

No vio cómo el matón apretaba el gatillo.

Por un momento, en su cabeza no hubo nada más que el sonido del arma al detonar. Fue como si la puerta más grande del universo se hubiera cerrado de un golpe a dos dedos de su oído. Entonces le inundó el pánico.

No, por favor, espera…

El agente comprendió que no le habían disparado. El matón todavía mantenía la pistola baja, junto al muslo. Había disparado al asfalto del aparcamiento. El agente ya se estaba dando la vuelta, y a los pocos segundos se encontraba a más de quince metros de distancia. En su cabeza aún retumbaba la detonación del arma. Cuando se detuvo y se volvió, el pistolero aún estaba allí, y ahora le apuntaba con el arma.

El agente Hanlon se llevó la mano a la cabeza y se dio cuenta de que la llevaba descubierta. No se había dado cuenta de que se le había caído la gorra, pero ahí estaba, en la acera, justo delante del aparcamiento de Sweeney.

—¡Frankie, joder!

Martin Paxton, tras el volante del Primera, se inclinó hacia delante. Ahora Frankie avanzaba hacia el agente con una amplia sonrisa en la cara. El policía retrocedió, se dio la vuelta y corrió un poco más. A continuación miró a su alrededor y se detuvo.

Martin observó cómo Frankie recogía la gorra del policía y regresaba lentamente hacia el coche. Arrojó la gorra al asiento trasero, subió al coche y se quitó las gafas de montura gruesa. Fue como si el tiroteo le hubiera diluido la ira. Sonrió.

—Cuando quieras.

Paxton pisó el acelerador y cruzó el aparcamiento hacia la salida. Vio cómo el policía se daba la vuelta y corría veloz calle abajo.

Frankie Crowe miraba en dirección al *pub*. El viejo paleto que lo había desafiado estaba junto a la puerta. Crowe levantó la gorra de béisbol y lo saludó.

Capítulo 2

Era un don, la capacidad de cerrar los ojos y quedarse dormido de inmediato, y en un instante volver a estar completamente despierto y con la mente despejada. Justin Kennedy estaba sentado en su butaca preferida, en su sala de estar. Ya era casi medianoche y su esposa y sus dos hijos dormían en el piso de arriba. El maletín y la americana estaban sobre el sofá, donde los había tirado de cualquier manera al llegar a casa. El vodka con tónica que se había servido estaba en la mesita, intacto. Se había rendido al cansancio: derrumbado en la butaca, había dejado que la modorra se apoderara de él unos minutos. Ahora, despabilado del todo, miraba a su alrededor. Desde donde estaba sentado, todo lo que veía denotaba calidad. El mobiliario era macizo, las paredes estaban bellamente adornadas y reinaba un inconfundible equilibrio. Era obra de Angela, de ella y de ese marica que había contratado.

Justin mojó un dedo en la bebida y se llevó la punta fría a la lengua. Levantó el vaso y se regodeó tanto en el peso del cristal como en el sorbo de vodka.

Lo disfrutaba. Trabajar hasta tarde, el cansancio, saber que en el trabajo se exigía al máximo y que disponía de un lugar confortable al que regresar.

Observó cómo una gota de humedad caía del vaso a la tela oscura de los pantalones de su traje. Alisó la mancha húmeda en la tela. Los trajes de Justin eran casi todos de Ermenegildo Zegna, pero últimamente había encargado un traje de Brioni. Era su amigo Daragh quien lo había llevado a Brioni. Era quizá el triple de caro, pero esa no era la cuestión.

—No es por ir a la moda —le había dicho a Justin—, ni por aparentar. Se trata de situarte en el mercado.

A los cuarenta y uno, cuando en sus cabellos acababan de aparecer los primeros milímetros de gris, Justin había ido a que les devolvieran su castaño oscuro natural. El tratamiento con láser le permitía prescindir de las gafas, pero estaba convencido de que sin lentes se le notaban más las bolsas de los ojos. Se había hecho unas gafas de cristales sin graduación, pero se sentía estúpido y solo las había llevado una vez.

Durante una época consideró la barriga inconfundiblemente hinchada que le asomaba flácida sobre el cinturón como una corregible falta de disciplina. Con el tiempo llegó a la conclusión que, dada su prosperidad, era algo que se podía perdonar. La papada que se le había ido acumulando en los últimos años le preocupaba un poco más. Por lo general, cuando se miraba al espejo obviaba esos defectos y veía tan solo una versión un tanto mayor del apuesto emprendedor que había sido en su juventud. No obstante, en los últimos años había torcido el gesto al ver alguna foto suya en las páginas de negocios de los periódicos y en las instantáneas de

la sección de sociedad cada vez que asistía a una velada benéfica. Hacía un poco de ejercicio en casa, pero carecía de la disciplina necesaria. Se había apuntado a un gimnasio, pero después de tres sesiones a primera hora de la mañana decidió que no podía perder tanto tiempo. Era un problema que se colaba en sus pensamientos cada vez más a menudo.

Dejó que el hielo le rozara los labios y dio otro sorbo de vodka. A continuación dejó el vaso lentamente sobre la mesa y suspiró satisfecho al ponerse en pie. Al llegar al piso de arriba, primero le echó un vistazo a Luke, luego a Saskia, ambos dormidos como un tronco, antes de entrar en su dormitorio. Su mujer se había quedado dormida con la lamparilla encendida. Sobre el almohadón, a su lado, había quedado abierto un libro de tapa dura, una de las novelas de su grupo de lectura. Mientras dormía, se había apartado el edredón, y él se quedó allí un momento, mirándola con aprobación y orgullo.

Suculenta.

Era una palabra que jamás utilizaría delante de nadie referida a Angela —y desde luego no delante de ella—, pero fue la palabra que le vino a la cabeza la primera vez que la vio, y la primera vez que la llevó a la cama, y cuando subieron al altar para casarse, diez años atrás. Y en aquel momento, mientras contemplaba a su mujer dormida, la palabra volvía a su mente.

Angela era once años menor que él, y aunque ahora ya podía ver el nacimiento de las patas de gallo en torno a los ojos, seguía siendo una cara que atraía miradas de admiración allí donde iban. Hacía poco se había cortado el pelo, de un castaño oscuro y que solía llevar por los hombros, más de lo que a él le gustaba, pero tampoco de manera exagerada. Tenía el busto tirando a pequeño, aunque con la forma y el peso exactos de los pechos idealizados que habían despertado su libido desde la pubertad. Era ágil y espigada, con buen tono muscular, y a Justin no le dolía pagar la tarifa anual del gimnasio que conservaba ese cuerpo en condiciones.

Cuando se conocieron ella trabajaba en relaciones públicas, y tenía que dedicar cierto tiempo y dinero a tener buen aspecto. Durante su matrimonio, acordaron el presupuesto de lo que ella denominaba «mantenimiento» sin tener que negociar. Angela figuraba en su nómina como ayudante, por lo que casi todo ese desembolso se podía incluir en la cuenta de gastos.

Suculenta.

Mientras la tapaba suavemente con la colcha, Angela se removió y dijo algo que él no captó. Justin susurró: «Buenas noches, amor», y apagó su lamparilla.

Al final, poco más de doscientos. *Joder*.

A la mañana siguiente, Frankie Crowe todavía estaba enfadado, todavía paseaba arriba y abajo por el saloncito de la cabaña de Leo Titley. En realidad era un salón comedor, recargado de muebles y con una mesa en el centro. A Frankie le recordaba la diminuta salita de la casa en la que había crecido, en Finglas.

—Capullo —farfulló cuando la puerta se cerró detrás de Leo. Estaban a unos cuantos kilómetros de Harte’s Cross, en la aislada granja donde vivía Leo. Había sido buena idea incendiar el Primera y quedarse por allí. Habían tenido que pasar una noche en las butacas llenas de bultos de la cabaña mugrienta de Leo y engullir su comida grasienta, pero ahora podían volver a Dublín tranquilamente en lugar de hacer el viaje con toda la pasma del condado de Meath todavía nerviosa por el robo.

Frankie no dejaba de pasarse la mano por el pelo, negro y rizado. Era de estatura media, y estaba en forma sin que se le marcaran los músculos. Sus rasgos regulares se veían afeados por una expresión permanentemente quejumbrosa.

En un pasado remoto había hecho un par de cosas con Leo, y había sido la insistencia de este lo que los había llevado a Harte's Cross. Un montón de dinero, había dicho, y las medidas de seguridad daban risa. Lo que no había dicho es que la cantidad de dinero que encontrarían también daba risa.

Frankie se había puesto a gritar y rezongar cuando llegaron a la cabaña de Leo después de aquella chapuza de golpe, y entonces Martin dijo que había sido culpa suya. Hacer las cosas deprisa y corriendo, sin comprobar nada antes, era arriesgarse demasiado. Frankie soltó un bufido. Saber que Martin tenía razón no solucionaba nada.

—Tengo algo de *whisky* —dijo Leo, como si eso pudiera ayudarlos. Frankie hizo un gesto de rechazo. Nada de beber. Esa era la regla de Frankie Crowe. Mantén la cabeza clara hasta que estés totalmente fuera de peligro. Ya lo celebrarás entonces.

Tampoco es que tuvieran nada que celebrar. No es que esperaran una fortuna, *pero doscientos de mierda…*

Aquella mañana Leo había ido a Harte's Cross a ver si las cosas se habían calmado, y si Frankie y Martin podían emprender el regreso y llegar a Dublín a la hora de comer sin peligro alguno.

—Arriesgarlo todo por cuatro perras —dijo Frankie.

Martin Paxton era un hombre alto que vestía tejanos y una camiseta del Manchester United. Tenía casi treinta años y estaba prácticamente calvo. Tenía una voz suave y una figura redondeada. Cada vez que tenía que mentir acerca de cómo se ganaba la vida, decía: «*Software*»[1], y quedaba encantado. Cuando hacía algún esporádico trabajo honrado, casi siempre consistía en abrir regatas y enlucir para su hermano electricista. Con eso, en un día bueno podía sacarse un par de cientos.

—Vale, no son las joyas de la corona, pero la semana que viene les sacaremos el jugo —dijo Paxton.

—Listillo.

Cuando Leo volvió de Harte's Cross para anunciarles que no había moros en la costa, Frankie había decidido que no tenía sentido repartirse un botín de mierda de doscientos pavos. Se lo dejó a Leo.

De vuelta a Dublín, en el anonimato del denso tráfico, Frankie dijo:

—No quiero volver a ver nunca más a ese cabrón. —Desde detrás del volante, volvió la mirada hacia Martin—. Arriesgar la vida por calderilla. Joder, eso no puede ser.

Martin Paxton se sabía de memoria el resto del discurso. Comenzaba con «Ya no somos críos», pasaba a «El dinero está ahí para cogerlo», y acababa con algo parecido a «Lo único que hace falta son cojones». Se lo había oído a Frankie al menos dos veces por semana en los últimos tres meses.

Hacía más de veinte años que Martin Paxton conocía a Frankie Crowe. Habían crecido en las mismas viviendas de protección oficial, habían hecho novillos de la misma escuela, se habían

metido en líos en las mismas calles y habían vuelto a encontrarse cuando cumplían condena en la penitenciaría de Mountjoy. En todos esos años a Frankie nunca le habían faltado ideas. «Siempre están los que actúan y los pringados —solía decir—. Los pringados comen mierda. Los pringados no saben que están vivos».

En los últimos meses, aquella ambición había tomado forma. Podías oírla en el tono de Frankie.

—Siempre será lo mismo, a no ser que hagamos algo. Vas posponiendo las cosas, y al final te despiertas un día y sigues siendo un mindundi que vive a base de calderilla, y lo único que te queda es arrastrarte hasta la tumba. —Le clavó el índice a Martin—. O eliges un objetivo, le pones precio y vas a por el premio gordo.

—¿Sabes cuánto tiempo te puede caer por secuestro?

—Si te cogen. Y te cogen porque no eres expeditivo. Tal como yo quiero hacerlo, seremos expeditivos.

Tres días más tarde, Frankie hablaba como si ya se hubieran puesto de acuerdo en todo.

—¿Lo haremos nosotros dos solos? —preguntó Martin.

—Seremos tres, quizá cuatro. Dolly Finn si se decide, a lo mejor Brendan Sweetman.

Martin asintió, y a continuación dijo:

—Si damos un golpe como este, tenemos que preocuparnos de algo más que de la poli.

Crowe se dio unos golpes en el pecho.

—De Jo-Jo me encargo yo. Me lo debe. Ya lo creo. Jo-Jo es un tío legal.

Martin Paxton se dijo que no tenía mucho sentido discutir. Frankie ya había tomado una decisión, y, tal como estaban las cosas, cortar amarras con Frankie Crowe y establecerse por su cuenta no era una opción. No tenía mucho sentido meterse en ese secuestro si no era para poner toda la carne en el asador.

—¿Has elegido objetivo?

—Tengo tres o cuatro finalistas —dijo Frankie—. Pito, pito, gorgorito.

Capítulo 3

Brendan Sweetman sabía que la rubia regordeta se llamaba Nina y que era una morena con peluca. Aquella tarde, Nina estaba con otras dos mujeres que rondaban los cuarenta. Iban elegantes y todas habían dedicado mucho esfuerzo a su peinado. Todas llevaban un bolso grande. Sweetman no reconoció a las otras dos, pero al ver que iban con Nina, no le cupo ninguna duda de que se dedicaban a mangar en las tiendas.

En las cuatro horas transcurridas desde que Sweetman comenzara su turno de guardia de seguridad, a mediodía, ya había prohibido la entrada a ocho personas de las que sabía que su única intención era robar. Se alejó de la puerta de la tienda, se pasó el chicle de un lado al otro de la boca y levantó las manos separadas.

—Lo siento, Nina. Hoy no, cariño.

—¿Perdón?

—Lárgate, Nina, date el piro. —Sweetman sonrió. La pobre Nina, con aquella nariz ganchuda y aquellas cejas demasiado depiladas, era inconfundible, tanto daba lo que se pusiera en la cabeza. Los días en que conseguía llenarse los bolsillos con la mercancía de los demás eran escasos y cada vez más espaciados.

—¡Cómo te atreves! ¿Con quién te crees que estás hablando?

—Vete a freír espárragos, Nina.

—¡Quiero ver al gerente!

La sonrisa de Sweetman se ensanchó.

—Vamos, Nina. Te tengo calada. Tómatelo como una señora y vete a cagar sin armar alboroto.

Las tres mujeres prorrumpieron en obscenidades. Brendan Sweetman no se lo tomó como algo personal. Mientras le gruñían palabrotas, observó fijamente a las dos mujeres que no conocía y se grabó sus caras en la memoria. Las tres se alejaron. Hasta que no hubieron doblado la esquina y salido a la calle principal, se turnaron para dirigirle los improperios de rigor.

Sweetman rondaba los treinta y cinco. Había trabajado de segurata en una u otra tienda del centro de la ciudad de manera intermitente durante casi cinco años, y durante el último lo había hecho a tiempo completo. Algunos guardas de seguridad encontraban aburrido pasarse de pie tantas horas, y utilizaban sus *walkie-talkies* para compartir información y chistes verdes con los seguratas del barrio, mandaban mensajes de texto a sus amigos con el móvil, o simplemente arrastraban los pies o masticaban chicle. A Brendan Sweetman le encantaba su trabajo. Algunos ladrones esperaban hasta casi la hora de cerrar, pues sabían que los seguratas estaban cansados,

aburridos y no prestaban atención. Brendan Sweetman estaba tan despierto cuando faltaban cinco minutos para las seis como cuando empezaba su turno.

Llevaba el pelo tan corto que era poco más que una sombra; era bajito y ancho, y tenía de corpulento lo que le faltaba de estatura. Habitualmente vestía una camiseta negra sin nada impreso y unos pantalones negros que le había hecho un sastre de Ringsend. Aunque tenía derecho al descuento para el personal, las tiendas que protegía no vendían mucha ropa de su talla. A los tejanos que le sentaban bien de cintura le sobraban varios centímetros de pierna, y tenía que acortárselos. Las camisetas lo bastante holgadas para su cuello tenían las mangas demasiado largas. Gran parte de su cuerpo era músculo, y eran muy pocos los que se atrevían a contar delante de él algún chiste fácil sobre gordos. Nadie lo había hecho dos veces.

El idiota que trabajaba dos puertas más abajo volvía a gritarle a su radio:

—¡Mira a esa zorra de la camiseta amarilla, menudas tetas!

Brendan Sweetman ni contestó. Los transeúntes podían oírlos, y ese tipo de comportamiento tan poco profesional perjudicaba su reputación. Acababa de divisar a Frankie Crowe de espaldas a un escaparate cercano. Frankie imitó el gesto de beber una pinta y Brendan asintió. Frankie apuntó con el dedo en dirección a Coley Street y a continuación levantó los pulgares. Sweetman entró para buscar al gerente y tomarse un descanso.

Cuando Brendan llegó, diez minutos más tarde, había dos pintas de Guinness sobre la barra, delante de Frankie. Crowe le tendió la mano.

—Te veo bien, chaval.

—Joder, Frankie, me alegro de verte. Ha pasado, bueno…

Habían pasado tres años y medio. Sweetman había aportado su músculo a un fructífero trabajo por el barrio de Terenure, un asunto en una joyería organizado por Jo-Jo Mackendrick y ejecutado por Frankie. Eso fue antes de que la Garda[2] llevara a cabo una redada en la casa de Drumcondra en la que por entonces vivía Frankie y encontrará un alijo de cigarrillos robados y Frankie acabara en el trullo durante dos años.

—Ha pasado mucho tiempo, Sweets —dijo Crowe. Brendan se sentó en el taburete de al lado. El *pub*, anteriormente llamado Maguire’s o Malloy’s, o algo parecido, últimamente había sido ampliado y rebautizado como Vesuvius. El tema volcánico les había dado mucho trabajo, con las predecibles consecuencias sobre el precio de la bebida. Todo parecía recubierto de una superficie dura y reluciente, los camareros incluidos. Los clientes masculinos solían llevar el pelo largo y los abrigos largos y negros. Las clientas se inclinaban por el pelo rubio y ponían esa expresión hosca tan en boga.

—¿Te has retirado? Alguien me ha dicho que trabajas de guarda de seguridad a tiempo completo —dijo Frankie Crowe.

Brendan Sweetman sonrió.

—Cosas que pasan. —Levantó su pinta—. Salud.

Frankie Crowe levantó su pinta y observó a Sweetman mientras este daba un largo trago. Frankie desplazó su posavasos una fracción de pulgada, hasta que quedó exactamente paralelo al borde de la barra. Colocó la pinta en el centro exacto del posavasos.

—¿Entonces —dijo Frankie— no estás abierto a ninguna propuesta?

—No hay nada malo en hablar.

Cuando la mujer de Brendan se quedó embarazada, le dijo que no pensaba visitarlo en la cárcel de Mountjoy, y que si acababa allí, también lo haría su matrimonio. Lo cual era justo. Después de quince años robando, con solo dos breves estancias en la cárcel, Sweetman se había comprado una casa, y aquel trabajo de segurata le proporcionaba unos ingresos fijos, así que le hizo esa promesa a su mujer.

Cuando Frankie le habló del secuestro, Sweetman le dio otro largo sorbo a su Guinness:

—Interesante —dijo.

Preguntó cuándo, dónde, el tiempo que les llevaría y quién más trabajaría con ellos, y Crowe se lo explicó. A continuación hablaron de dinero.

Lo mejor de llevar una vida honrada, al menos para Brendan Sweetman, era que no tenías preocupaciones. Sabías más o menos adonde iba tu vida. No corrías el riesgo de salir un día de una joyería con una escopeta en la mano y encontrarte a media docena de policías con ganas de apretar el gatillo. No te arriesgabas a pasar unos cuantos años en una pequeña habitación con barrotes en compañía de algún cretino que se pasaba el día pajeándose y peyéndose en un triste remedo de vida.

Por otro lado, también sabías que las cosas no iban a mejorar mucho. Siempre habría algún capullo rico que te miraría por encima del hombro mientras te trataba como una mierda, y el dinero que te llevabas a casa apenas te bastaba para mantenerte donde estabas.

Hubo una época en que el riesgo valía la pena, y Brendan había obrado en consecuencia. Pero últimamente la vida era cómoda, y la desventaja de robar era que tampoco te proporcionaba tanto dinero.

—Estás hablando de mucha pasta.

Con el asunto que le acababa de proponer Frankie, su vida podría pasar a otro nivel. Un gran salto. Y luego el trabajo de seguridad le permitiría ir tirando con los gastos. Había que concederle una cosa a Frankie. Llega un momento en que o dejas este negocio o haces algo importante. Brendan Sweetman estaba fuera del negocio, vivía tranquilo. Lo cual no significaba que no viera las ventajas de hacer una excepción si el trabajo era importante.

—Este no es un trabajo cualquiera —dijo Frankie—. ¿Entiendes lo que quiero decir? El dinero del que estamos hablando no se consigue tan solo poniendo cara amenazante. Solo quiero estar seguro de que entiendes hasta dónde puede que haya que llegar.

Brendan se lo pensó un momento y a continuación dijo:

—Sé a qué te refieres.

Frankie asintió. Brendan no se había ablandado. Dale tiempo para pensar y tomará la decisión correcta. Para un trabajo como ese necesitas a gente a la que no tengas que decirle lo que hay que hacer. Por fin Frankie le dio un sorbo a su pinta.

Tres días más tarde, a última hora de la tarde, Frankie Crowe se encontraba al otro lado del río, en Temple Bar, sentado en la barra del Top Nosh con una taza de café delante de él. El local no estaba muy concurrido. Un par de taburetes a la izquierda de Frankie, un cura mofletudo se terminaba un sándwich. En el asiento situado junto a la única ventana, una pareja de veinteañeros con ropa de color a juego mantenían una acalorada discusión, aunque sin levantar la voz. Había tres personas más en la cafetería, y cada una se sentaba sola. Frankie le dio un sorbo a su café y

abrió una libreta encuadernada en piel que le servía de agenda, diario y bloc de notas. Durante los dos meses transcurridos desde el desastre de Harte's Cross, había ido anotando los detalles de un proyecto prometedor. Las tres patas: objetivo, horario y equipo. Información de vigilancia, lista de cosas que hacer, números de teléfono, fuentes de suministros y apoyo. Hojeó páginas que no tenían nada que ver con el secuestro y llegó a una página donde estaba escrito FC, MP, BS, DF, Mky, TS.

Ya había puesto una señal junto a sus propias iniciales, las de Martin Paxton y las de Brendan Sweetman.

Otro… ¿qué? Un mes, quizá. Incluso menos. No tenía sentido ir dándole largas. Si esto funciona, se dijo, todo cambia. Si esto no funciona, también cambia todo.

—Un hombre organizado.

Frankie miró al sacerdote, que sonreía con orgullosa modestia, como si acabara de decir algo que delatara su inteligencia. Tenía la cara reluciente, blanda, con una papada temblorosa. Asintió en dirección al cuaderno.

—Un hombre organizado. Todo en su sitio. La clara señal de una vida ordenada.

Tenía un acento del condado de Kerry o alrededores.

Si hubiera salido a ligar, no se habría puesto el alzacuellos. No era más que un plasta en busca de conversación.

—¿Y a usted qué le importa? —dijo Frankie y cerró el cuaderno.

El sacerdote se sonrojó. Le llevó un par de minutos pagar la cuenta procurando no mirar a Frankie. A continuación, recogió su cartera de cuero y su paraguas plegado y se fue sin volver la mirada. Frankie miró el reloj. Dolly llegaba tarde. Desplegó el *Irish Independent* que el sacerdote se había dejado. El periódico estaba abierto por una página en la que un político deploraba las tendencias antiestadounidenses de la Irlanda moderna. Escribía que dichas actitudes conducían a una cobarde abdicación de las responsabilidades internacionales. Frankie decidió que el tipo tenía razón.

Que le den.

La mitad femenina de la pareja que discutía se dirigía ahora a paso vivo hacia la puerta. El hombre se quedó sentado, con la cara enrojecida y mirándola fijamente. Frankie lo observó. Era difícil adivinar si estaba molesto por la discusión o solo avergonzado por que hubiera ocurrido en público. Al cabo de un momento el hombre arrojó algo de dinero sobre la mesa y se marchó corriendo detrás de la mujer.

Frankie se dirigió hacia la mesa que habían ocupado, junto a la ventana. Contempló cómo una camarera limpiaba la mesa y se llevaba el dinero, y a continuación pidió otro café. Frankie sacó un papel doblado de un bolsillo que había en la parte posterior del cuaderno. Al desplegarlo aparecieron tres páginas recortadas de distintas revistas.

Lo que tienen esos cabronazos de ricachones es que en cuanto han ganado bastante dinero se largan de Irlanda y se compran una mansión en el Caribe. Frankie Crowe había comenzado con una revista que regalaban con un periódico dominical y que traía una lista de potentados. Le llevó poco más de una hora seleccionar cinco objetivos posibles.

Había centenares de personas en la lista. Fue repasando los que tenían más de cien millones, y casi todos eran exiliados fiscales que solo se dejaban caer por Irlanda de vez en cuando para

que la gente viera que daban dinero a la beneficencia o para presenciar cómo su caballo de carreras favorito ganaba una copa.

Pasó a los que tenían decenas de millones, poniendo una marca junto a los posibles objetivos: algunos hacían muchos negocios en Londres y en Europa Oriental, y pasaban casi todo el tiempo allí, cosa que no le convenía. Entonces se dio cuenta de que se estaba equivocando.

Por muy ricos que fueran esos tipos, le dijo posteriormente a Martin Paxton, no iban a conseguir reunir más de un par de millones en pocas horas.

—Así que, si quieres que alguien te dé un millón, y quieres que te lo dé deprisa, tanto da que tenga seis millones o seiscientos. De hecho, cuanto más tienen más difícil es de conseguir. Algunos de esos tipos viven en una fortaleza, y necesitarías un par de tanques para entrar y un escuadrón de comandos para sacarlos.

Así que fue repasando la lista de los más ricos hasta llegar a unos cincuenta que figuraban en la sección encabezada como «Promesas con futuro». Ahí encontró a cinco candidatos posibles, todos los cuales poseían unos treinta millones. Preguntó en su biblioteca pública local y lo mandaron al Centro de Información de Negocios de la Biblioteca Central de Dublín, donde pasó la tarde mirando recortes de prensa sobre negocios y hombres de negocios. Había un artículo cuyo titular era los irlandeses que se llevaron el gato al agua. Traía una lista de diez emprendedores con futuro que habían hecho fortuna en los años de prosperidad, y dos de ellos también aparecían en la lista de ricos de «Promesas con futuro». Lo que le llamó la atención fue una frase que aparecía en otro artículo que hablaba de negocios inmobiliarios. «Justin Kennedy es, sin duda —decía el artículo—, muy conocido por las grandes mejoras que introdujo en Bryton, un pequeño banco privado».

—No podíamos desear nada mejor —le dijo Frankie a Martin—. Un pequeño banco privado, una línea directa con el dinero. Lo último que queremos es meternos en un follón de largas conversaciones con la familia. Eso es lo que más les gusta a los policías. Tenerte de cháchara con el dinero fuera de tu alcance. Los negociadores saben cómo alargar las cosas, son psiquiatras que analizan todo lo que dices, en busca de algo a lo que agarrarse. —Hablaba de manera calma y pausada—. Una fecha límite cercana, y que suelte la mosca o pague las consecuencias. Si la cagan, que el siguiente se lo piense dos veces.

Ahora, en la mesa del Top Nash, Frankie volvió a leer la página de la revista donde salía la lista de ricos. El artículo sobre Justin Kennedy mencionaba su «nueva casa en Pemberton Road», y mostraba la foto del afortunado. Un capullo blandurrio con papada y bolsas bajo los ojos.

Lo que le gustaba a David Finn —conocido desde niño como Dolly— de las calles estrechas y adoquinadas de Temple Bar era el olor a comida. Todo lo demás lo podía tolerar, sobre todo la gente. No le molestaban los turistas yanquis de mediana edad que se sacaban fotos unos a otros en *pubs* y calles supuestamente pintorescos. Casi todos eran educados y no se metían con nadie. Anduvo por la acera evitando una docena de mujeres que graznaban una lluvia de carcajadas. Su acento inglés y sus camisetas ajustadas de color rosa anunciaban que se trataba de una despedida de soltera que celebraba «El Fin de Semana de Ellis en Dublín». Las calles adoquinadas estaban llenas de gente del barrio haciendo poses, gente que había dedicado un buen rato a peinarse y vestirse para impresionar a los forasteros con su aspecto enrollado.

Cuando Dolly llegó al Top Nash estaba escuchando a Billy Frisell en su iPod. Finn era un hombre alto y escuálido, con un bigote fino y largo que le caía por las comisuras de la boca, con lo que su cara chupada parecía aún más larga de lo que era. Tenía cuarenta y pocos años, y llevaba el pelo, rubio y ya escaso, peinado hacia atrás. Debajo de un chaleco gris vestía una camisa blanca sin cuello arremangada sobre sus antebrazos huesudos.

Se detuvo un momento en la puerta para apagar el iPod. Miró a su alrededor: era uno de esos sitios que le gustaban a Frankie, sin duda. El centro estaba lleno de *pubs* como ese. Todo cromados y tonos de grises. Un café de mierda a un precio desorbitado. Te meten un trozo de beicon en un panecillo y lo llaman panini. A nadie le importa un pito, todos esperan a que llegue Starbucks y alquile el local.

Frankie divisó a Dolly y le hizo seña de que se sentara a su mesa junto a la ventana.

Cuando una brusca camarera apareció junto a su mesa, Frankie Crowe pidió un panini. Dolly Finn ordenó una ensalada de pollo y agua mineral. Con una voz muy tranquila, Frankie comenzó a explicarle el trabajo, cómo pensaba que iría, el equipo, el dinero. Dolly miraba en dirección al otro lado de la estrecha calle, con la vista clavada en un joven flacucho sentado a la puerta de una tienda que vendía ropa cara de cuero. La cabeza del chaval colgaba inerte sobre los hombros y amenazaba con caer hacia delante, como si no pudiera más de cansancio. Tenía la piel pálida llena de marcas y la ropa raída. Llevaba allí sentado un par de minutos cuando salió de la tienda una mujer menuda con una camiseta de piel de leopardo y una falda larga y negra y le dijo que se largara. El chaval levantó la vista hacia ella como si fuera incapaz de imaginar de dónde salía esa voz.

—Yonquis de los cojones —dijo Dolly Finn—. Están por todas partes. Esta era una ciudad agradable, y mira ahora.

El chaval consiguió levantarse y se fue hacia el río arrastrando los pies.

—Pobre desgraciado —dijo Frankie Crowe.

Dolly negó con la cabeza.

—Todo es cuestión de autocontrol.

Llegó la comida. Dolly utilizó un tenedor para hurgar en la ensalada y, tras buscar entre la lechuga, encontró un trozo de pollo.

Finn era de Cork. Su madre había muerto y su padre se había largado a Inglaterra hacía tres décadas, y no sabía si sus hermanos y hermanas seguían con vida. Se había unido al ejército y lo habían destinado dos veces al Líbano con las Naciones Unidas. Cuando llevaba un año fuera del ejército, casi todo en el paro, un antiguo colega de armas llamado Johnner Mulligan le ofreció participar en un atraco a una cooperativa de ahorro de Lucan. Desde entonces, algún que otro proyecto de ese tipo había financiado la compra y mantenimiento de su piso junto al río y la pequeña tienda que poseía en la esquina de la calle de su piso. La tienda abría unas horas al día y vendía discos de *jazz* a una clientela reducida y fiel, a la que acudía cuando necesitaba algo de compañía. Tres o cuatro veces al año viajaba al extranjero para asistir a festivales y conciertos de *jazz*. Dolly no tenía pareja, y no veía la necesidad. Había tenido su primera experiencia sexual en el Líbano. No le gustó. Cuando volvió a Dublín, fue dos veces de putas. Desde entonces no había vuelto a pensar en ello. Su tienda perdía dinero, pero era el centro de la vida de Dolly Finn, y la subvencionaba con los esporádicos trabajos que hacía con gente como Frankie. Solo una vez lo habían arrestado y acusado de algo, y el caso había sido desestimado antes de llegar a juicio.

—¿Cuándo? —Finn miraba a Frankie con las cejas enarcadas.

—Primero tengo que investigar un poco la casa del tipo, encargarme de un par de cosas.

Finn asintió.

—Basta con que me lo digas con un par de semanas de antelación.

—¿Entonces te apuntas?

Dolly asintió. Si ese trabajo salía bien, significaría que no tendría que participar en ningún otro golpe durante —según lo mucho que sacaran— quizás cinco o seis años. Dolly Finn consideraba que llevaba una vida simple, con pocas necesidades. Cuantos menos chanchullos tuviera que hacer para pagar sus gastos, mejor.

Ya en la calle, Dolly le estrechó la mano a Frankie, se colocó los auriculares de su iPod y puso rumbo a su tienda, caminando en sincronía con el ritmo de *Del Close* de Billy Frisell.

Capítulo 4

Más o menos dos semanas después, eran poco más de las ocho de la tarde cuando Frankie Crowe subía las escaleras de su bloque de apartamentos de Glasnevin acarreando una pesada bolsa. Cuando Frankie llegó a su descansillo, el charlatán que vivía al otro lado del pasillo salía de su casa.

—Espero que anoche la música no estuviera demasiado alta.

Crowe negó con la cabeza y pasó de largo. Vives en tu propia casa, y no tienes por qué compartir espacio con ningún capullo que quiere que sepas que existe. El bloque de apartamentos de Glasnevin en el que Crowe había vivido desde que su matrimonio se rompiera estaba lleno de bulliciosos jóvenes procedentes del campo, funcionarios de bajo rango y estudiantes universitarios que llevaban una vida independiente gracias a los cheques de papá. La clase de gente que daba por sentado que vivir en un apartamento constituía una gran aventura compartida. Crowe había pasado la velada anterior en un *pub* y no tenía la menor idea de si el parlanchín había puesto la música alta o no. Y si alguna vez la ponía demasiado alta, no esperaría encontrárselo en el pasillo para hacérselo saber.

Una vez en su piso, Crowe colocó la bolsa sobre una butaca, se preparó un café y se sentó a la mesa de la cocina con la libreta encuadernada en cuero. De las seis iniciales, cuatro ya estaban marcadas: FC, MP, BS y DF. Crowe puso una marca junto a TS.

La única entrada de la lista que todavía no tenía ninguna señal era Mky.

Crowe sacó su teléfono. La cocina no era más que un rincón del diminuto apartamento. La sala era otro rincón. Un fino tabique separaba el dormitorio, y el cuarto de baño en miniatura no era más que un ángulo dentro del dormitorio. Había vecinos arriba, abajo y en los tres lados, y no te perdías ni una tos ni un pedo.

A Frankie Crowe le gustaba el apartamento. Era todo lo que necesitaba. En aquel momento, la vida no era más que un tenue eco de la que había llevado con Joan y Sinead. Si no podía vivir con ellas, prefería una caja fácil de manejar. Algún día, cuando hubiera juntado un buen colchón de dinero y se hubiera labrado esa reputación que dan los golpes importantes, quizá la cosa cambiara. Nunca permitía que brillara demasiado ese rayo de esperanza que a veces sentía cuando se acordaba de Joan y Sinead, pero tampoco era una emoción que se permitiera extinguir.

Mientras tanto, una chabola como esa era lo que necesitaba. Si no tenías un lugar para todo y no procurabas que todo estuviera en su lugar, acababas viviendo en una pocilga. A Crowe le gustaba esa disciplina.

—¿Sí?

—¿Milky?

—Sí.

—Soy Frankie. ¿Cómo lo tenemos?

—He estado echando un vistazo. Es factible.

—Estaremos ahí dos días, puede que tres, no deberíamos quedarnos más.

—No te preocupes.

—Buen chico. ¿Y los coches?

—Esa es la parte fácil.

—Buen chico. ¿De acuerdo, entonces?

Quedaron de acuerdo. Puede que Milky no fuera un tío muy refinado, pero era de fiar. Crowe dio un sorbo a su café y volvió a echar un vistazo a la lista de cosas que tenía que hacer. Añadió una nota: ¿JJ?, y trazó un círculo alrededor. Una vez eso estuviera solucionado, todo estaría en su sitio. Solo tienes que presentarte. El trabajo es tuyo, y también lo que saques. A las pocas horas de la cagada de Harte's Cross, ya había convencido a Martin de lo del secuestro. Un par de meses más tarde, había elegido a la víctima, había reclutado a Brendan Sweetman y Dolly Finn, Milky participaba con los coches y un escondite, y habían negociado una cifra aproximada para ello. Había reunido el dinero para Tommy Sholtis, y hoy le había hecho una visita para recoger el material. Todo lo que quedaba era camelar a Jo-Jo, escoger una fecha y *hacerlo*. Basta de perder el tiempo. Era el momento de actuar.

Crowe abrió la puerta del armario de su dormitorio. No tenía mucha ropa. Cuando se cansaba de una prenda, se deshacía de ella y compraba otra nueva, generalmente de color oscuro y de corte conservador. Casi toda la ropa la compraba en River Island, y una vez al año se compraba un traje en Brown Thomas, casi siempre de Armani.

Se arrodilló y del suelo del armario sacó un par de zapatos y sus deportivas Nike y desplazó a un lado dos cajas de cartón en las que guardaba documentos personales y fotos familiares. Fue a buscar un tenedor a la cocina y lo utilizó para hacer palanca y levantar una tabla del suelo. Agarró la pesada bolsa que había recogido en casa de Tommy Sholtis y sacó de ella cuatro revólveres, tres automáticas y una escopeta recortada de cañón doble. De un cajón de la cocina extrajo ocho bolsas de la compra de plástico de Tesco y las utilizó para envolver cada arma por separado antes de esconderlas debajo de las tablas del suelo.

Las pistolas eran las herramientas básicas por si había algún tiroteo y había que disparar desde cerca, pero no había nada como una recortada para que cualquiera que se quisiera hacer el héroe se cagara en los pantalones. Cualquiera que esgrimiera una escopeta, si daba el tipo —y Brendan Sweetman lo daba—, borraba cualquier pensamiento heroico que pudiera asomar en la cabeza de algún ciudadano bobalicón. Lo cual, si te parabas a pensarlo, reducía las probabilidades de que hubiera algún tiroteo, y ello redundaba en interés de los honrados ciudadanos.

Cuando hubo vuelto a colocar la tabla del suelo, Crowe se sirvió otro café y se sentó de nuevo a la mesa de la cocina. En una nueva página de su cuaderno redactó una lista de armas, utilizando las abreviaturas *Ct* para Colt, *R* para Ruger, *H&K* para Heckler & Koch y *Gk* para Glock. Se lo pensó un momento y asignó un arma a cada uno de los miembros de la banda, escribiendo sus iniciales junto a las armas. Fue pasando las páginas hasta encontrar la lista de

iniciales y puso una última marca junto a *Mky*. Un día ajetreado, pero había hecho muchas cosas. Haz el trabajo, obtén un resultado. Lo más normal del mundo.

Marco otro número de teléfono.

Martin Paxton colgó el teléfono y puso su cara de inocente.

—Ah, no —dijo Deborah.

—Mira, lo siento.

—Martin, por el amor de Dios…

—No tardaré. Solo necesita…

Deborah salió de la habitación sacándose la chaqueta vaquera. La dejó caer en el pasillo y de un portazo cerró la puerta del dormitorio.

Paxton sabía que tenía que esperar unos minutos, hasta que a Deborah se le pasara la primera oleada de rabia. Él y Deborah estaban en la puerta, a punto de salir, cuando había sonado el teléfono. Era la segunda vez en las últimas dos semanas que Frankie estropeaba la velada llamando en el último momento.

—¿Deb?

Al otro lado de la puerta del cuarto se oyó una música a todo volumen. Joder. Cuando Deborah comenzaba a poner a George Michael como barrera, no había nada que hacer. Recogió la chaqueta de Deborah, la dejó en un colgador que había cerca de la puerta y se puso su chaqueta azul claro de Hugo Boss. Cuando salió, cerró la puerta suavemente.

Cuando Martin Paxton llegó al *pub*, Frankie Crowe estaba sentado en la barra, ocupado con el posavasos. Lo dobló en dos, lo partió por el pliegue y a continuación volvió a doblar las dos piezas. Lo hizo una vez más, y ahora tenía ocho pequeñas piezas de cartón de bordes rugosos. Colocó cada una cuidadosamente encima de la otra formando una pequeña torre, al lado de dos construcciones de cartón parecidas.

Cuando Martin llegó al lado de Frankie, comprobó que todavía no había tocado el *whisky*.

—Una vez hicieron una encuesta entre los camareros, ¿y sabes qué es lo que más odian? —dijo Martin.

—¿Qué vas a tomar?

—Esto. —Martin señaló los trozos de cartón—. Lo que más odian es esto. Una pinta.

Frankie señaló la mesa libre que había al fondo.

—Te la traigo.

Era noche de concurso en el *pub*, y quien formulaba las preguntas era un DJ con un acento de música *country*.

—¿A qué sección de la orquesta pertenecen los timbales, *los timbales*?

Entre pregunta y pregunta, el DJ ponía una música que calificaba de funky.

Al cabo de cinco minutos de estar sentados a la mesa, Martin comprendió que Frankie había ido a Walkinstown a ver a Tommy Sholtis para recoger los hierros.

—Y Milky tiene un par de sitios donde escondernos. Él conseguirá los coches.

—Muy bien.

Normalmente era Frankie el que hablaba y Martin el que escuchaba, y ya les iba bien a los dos. Lo único importante que Frankie tenía que decirle era que había llegado a la conclusión de que tenían que pedir más rescate. Su intención había sido pedir un millón, pero Frankie le había estado dando vueltas.

—Si lo divides entre cuatro, y restas lo que tenemos que darles a Milky y Tommy Sholtis, nos salen unos doscientos mil por barba. —Frankie negó con la cabeza—. Y joder, ¿qué haces con eso hoy en día? En esta ciudad no te compras ni una casa decente, ni siquiera en la zona norte.

Hay que pensar las cosas con antelación, dijo Frankie. El dinero que saques de un golpe así debería situarte en primera división. Conocía a gente, se topaba continuamente con personas que pedían a gritos un inversor. Financias un cargamento, el polvo blanco viene de Ámsterdam, obtienes un margen de beneficio, lo vendes y dejas la distribución a la gente que quiere correr el riesgo. Con una parte del beneficio financias el siguiente cargamento, y así sucesivamente.

—Es como plantar un árbol de dinero.

El millón del rescate, después de repartirlo, era demasiado poco para lo que Frankie tenía en mente.

—El tipo se hizo con un banco, y el trabajo debe darnos dos millones. Doblamos el rescate.

Martin Paxton no creía que eso importara. Si funcionaba, seguía siendo mucho dinero. Si no, *sin scéal eile*[3]. Asintió con la cabeza.

No había mucho más que comentar al respecto. Nada que no pudiera esperar hasta el día siguiente. Era solo que Frankie necesitaba repasar las cosas una y otra vez.

Frankie echó un buen trago.

—Dos millones. Eso es dinero de verdad. Eso ya no son servilleteros.

Martin enarcó una ceja.

—Lo primero que robé en mi vida —dijo Frankie—. De Lenehan’s, en Talbot Street. —Negó con la cabeza—. Servilleteros. Un par de chavales y yo llegamos a la ciudad. Íbamos casi en pantalón corto. El tipo de seguridad nos miraba mal. A lo mejor si no hubiera sido un cabrón tan prepotente ni me habría molestado. Pero ahí estaban, los servilleteros. Un cliente le preguntó algo, él apartó la mirada y los servilleteros acabaron debajo de mi suéter y nos largamos de allí.

—Johnny Dillinger nunca morirá. ¿Qué?

—Ni siquiera tenía servilletas.

El DJ del *pub* leía en voz alta las respuestas de una parte del concurso. Puntuaba las preguntas con estallidos de una música vibrante. Martin estaba a punto de sugerir que se largaran de allí cuando Frankie levantó un dedo en dirección a la camarera asiática y señaló sus vasos casi vacíos.

—Muy bien —dijo Martin—, pero después de esta me voy.

—Te tiene bien domesticado.

Martin puso una mueca.

—Que te den.

—No te culpo. ¿Esta es la definitiva?

Martin nunca se sentía cómodo hablando de estas cosas.

—No está mal.

Frankie asintió. Casi nunca hacía preguntas personales y había visto a Deborah dos veces. «Maja», era todo lo que le había dicho a Martin después de conocerla. Después de los problemas de Frankie con Joan, él y Martin solo habían hablado una vez de lo que había ocurrido. Fue una tarde que bebieron como esponjas y en la que Frankie acabó tirado en el suelo del piso de Martin, sollozando.

—Podría haber acabado en el tribunal de menores, y de ahí al correccional por robar un par de putos servilleteros.

—Y no son fáciles de vender en el mercado negro.

—Una vez intenté sumar lo que puedes ganar durante un año robando. Más de lo que sacaría reponiendo existencias en Tesco, desde luego. Pero no lo bastante como para compensar el tiempo que pasas vaciando el orinal en la penitenciaría de Mountjoy. Me entiendes, ¿no?

Martin se encogió de hombros.

—Yo me gano bien la vida. Los dos.

—Si no te lo critico. Lo único que digo es que ha llegado el momento de dar un paso adelante, Martin.

El DJ pasó a la siguiente ronda de preguntas, entre ellas cómo se llamaba el actual Secretario de Estado de Defensa de los Estados Unidos.

—¿Todavía planeas pedirle la bendición a Jo-Jo? —dijo Martin.

—Es la manera más inteligente de hacerlo. En cuanto lleguemos a un acuerdo con Jo-Jo —dijo Frankie—, si alguien quiere aprovecharse de nosotros sabe que también tiene que preocuparse por él.

Después del secuestro, correría la voz, como solía pasar después de un trabajo importante. Nada que le diera ninguna pista a la policía, pero lo suficiente como para que los carroñeros apunten en la dirección correcta.

—¿Y si Jo-Jo dice que no?

—Que quede una cosa clara. El trabajo se hará diga lo que diga Jo-Jo, aun cuando tengamos que apechugar con toda la mierda que pueda echarnos encima. No vamos a pedirle permiso. Si hablamos con él, es solo porque es lo correcto.

Martin no dijo nada. Lo que pensaba era que si Jo-Jo le ponía alguna pega al trabajo y ellos seguían adelante, las cosas se podrían poner muy feas, y muy deprisa.

Deborah había tomado dos vasos de vino tinto cuando Martin entró en el apartamento. Se besaron. Al cabo de un rato, Martin dijo que lo sentía, ella dijo algo parecido y dejaron el vino en paz durante un rato. Después, ella le llevó una copa a la cama. Después de las tres pintas de Guinness en el *pub*, Martin podría haber prescindido del vino, pero se dijo que no sería prudente mencionar ese detalle.

—Salud —dijo.

—Así pues, ¿esto sigue adelante?

—No te preocupes por ello.

Deborah puso cara de no querer decir lo que estaba pensando, pero al final lo soltó.

—Este Frankie Crowe es un tipo raro. Ya sé que tú no…

—Por favor —dijo Martin.

—¿Se siente solo o qué?

—Mira, Deb, para empezar, si no fuera por Frankie, ni estaría aquí para joderte la noche.

—Eso no es verdad.

—¿Tú estabas allí, en la galería de al lado?

—Te conozco, y habrías sobrevivido. Eres fuerte, Martin. Eres lo bastante fuerte como para haberlo hecho sin Frankie.

No tenía ni idea.

Una vez Martin intentó explicarle cómo los hombres se relacionaban entre sí en la cárcel. La mejor manera de evitar problemas es dar la impresión de ser un tipo del que los demás necesitan protegerse. Si te acobardas, incluso en algo que no tiene importancia, todos te consideran un mierdecilla. Y después hacen cola para utilizarte y demostrar así lo duros que son.

—No es tanto que Bomber Harris la tuviera tomada conmigo. Era algo más. Cuando quería demostrar que era la hostia, la mejor manera era darle una paliza a alguien, y yo era el elegido.

Martin cerró los ojos.

—Cuando alguien te da una tunda así, pierdes el valor, te poseen. —Se calló un momento. Deborah se lo quedó mirando. A continuación Martin dijo—: Bomber Harris me poseía. Entonces apareció Frankie y fue como Abraham Lincoln, si sabes a qué me refiero.

Deborah lo entendía.

—Pero eso no significa que ahora Frankie sea tu dueño —dijo.

Él se la quedó mirando.

—No tienes ni idea —dijo—. De verdad que no tienes ni idea.

Martin tenía la copa vacía. Fue a la cocina a buscar el resto de la botella y se llenó la copa. Se inclinó hacia Deborah y vio que esta todavía tenía la copa casi llena.

—Aún no estamos en Cuaresma, ¿verdad?

Deborah cogió su copa, dio un pequeño sorbo y volvió a dejarla sobre la mesilla. Al cabo de un momento dijo:

—En los próximos meses, tendré que conformarme con esto.

—Vaya —dijo Martin y se sentó al borde de la cama. Durante unos minutos no dijo nada—. ¿Estás segura?

Deborah asintió.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Me he enterado hoy.

Se abrazaron y hablaron un rato en susurros. Deborah le dijo que ya había calculado las fechas. Hablaron de eso y de las cosas que tendrían que hacer. En mitad de esa conversación, Martin negó con la cabeza y dijo en voz baja:

—Jesús, María y José.

—Acojona, ¿verdad?

Acordaron no decírselo a nadie de momento. Los padres de Deborah enseguida le habían cogido aprecio a Martin: un chaval educado que trabajaba en el mundo del *software* era una buena pareja para su hija bibliotecaria. Un día detuvieron a Martin para interrogarlo por un trabajo que no había hecho. La policía lo soltó al día siguiente, pero la madre de Deborah había presenciado la detención, boquiabierta y pálida. Después de eso, sus padres no se esforzaron en disimular su disgusto.

Martin echó un trago de vino. Dejó la copa y dijo:

—Para mí también se ha acabado. Mientras dure el embarazo. —Se inclinó hacia ella y la besó—. Eres un genio, eso es lo que eres.

Capítulo 5

Había un plato de galletas en el centro de la mesa. Ya no quedaban de chocolate. Había muchas rosas y amarillas y unas cuantas de las redondas y marrones, con la crema blanca y azucarada en el medio. *Pito, pito, gorgorito*. Justin Kennedy estaba masticando la tercera y última de las galletas de chocolate del plato. Le hizo señas al joven Faraday, que dio un brinco y corrió hacia la mesa que estaba en el rincón de la sala. Regresó con la bandeja del café y rellenó la taza de todos los presentes.

Albert Gibson seguía refunfuñando. Albert Gibson era un idiota, y esa era una de las muchas cosas por las que Justin Kennedy daba gracias.

Se hallaban en la sala principal de reuniones de las oficinas de Justin Kennedy & Co., en el piso superior de un edificio que había en la esquina de St. Stephens Green. Arrendaba las oficinas a Flynn O'Meara Tully & Co., propietarios del edificio y del bufete de abogados en el que Justin Kennedy se había labrado un nombre como experto en fusiones y adquisiciones, con una prometedora actividad suplementaria en propiedades. Seis años antes, Kennedy se había despedido de manera amistosa de Flynn O'Meara Tully tras labrarse una reputación como el hombre que debías tener de tu parte en cualquier negocio importante. Si buscabas un lugar para construir una urbanización, si querías comprar o fusionar una empresa o sacarla al mercado, o crear un consorcio o conseguir financiación para algún negocio, podías confiar en que Justin Kennedy te ahorraría muchos sufrimientos.

Ser una de las piezas más valoradas en un lugar como Flynn O'Meara Tully proporcionaba seguridad, pero por mucho que te pagaran, siempre te encontrarías con algún capullo sin talento situado más arriba en la cadena alimenticia de la corporación que se llevaría una porción más grande de los ingresos y del mérito.

Al convertirse en asesor y consultor independiente, Kennedy pasó a llevarse un porcentaje en todos los negocios que manejaba, y cada vez más iniciaba sus propios proyectos. De momento, se veía como alguien que simplemente acababa de salir del campamento base de las cumbres más altas del paisaje financiero de Dublín, aunque sabía exactamente adonde iba. El negocio que tenía entre manos era una transacción rutinaria pero lucrativa que le daría de comer.

Detrás de Albert Gibson, la ventana de la sala de reuniones ocupaba casi toda la longitud de la habitación y más de la mitad de su altura. Enmarcaba una vista del horizonte dublinés, donde una multitud de grúas decoraban la ciudad. Desde donde Kennedy estaba sentado, podía ver tres edificios altos que conmemoraban negocios en los que él había estado involucrado, y de los que recordaba lo que había cobrado hasta el último céntimo. Dos de esas grúas indicaban negocios

parecidos que aún estaban en curso. Antes de que esta adquisición se completara con éxito, estaría metido hasta el cuello en la siguiente operación y tendría dos más cobrando impulso.

Kennedy llevaba casi toda la década gestionando operaciones como esta. Era un trabajo que implicaba poner en contacto a la gente con ideas con la gente que tenía dinero, e identificar los obstáculos antes de que se convirtieran en problemas. En cuanto se calculaban los números de una manera creíble, cada transacción seguía su propia lógica. Lo más importante era reconocer la pauta que tomarían las negociaciones e ir siempre un paso por delante, preparando las respuestas antes de que a la otra parte se le ocurrieran las preguntas. Kennedy había identificado la pauta de este acuerdo hacía semanas.

Una compañía irlandesa, Kwarehawk Investments, se estaba fusionando con una empresa estadounidense. Como muchas de tales operaciones desde que la economía alcanzara ese momento tan boyante, Kwarehawk se fusionaba igual que un pez pequeño pero rollizo se fusiona con las fauces de un tiburón. En los diez años anteriores, prósperos hombres de negocios irlandeses, que habían tenido una buena época, hacían cola para vender su empresa a grandes corporaciones extranjeras, sobre todo británicas y estadounidenses. Fuera cual fuera el negocio —periódicos, empresas de relaciones públicas, hoteles, emisoras de radio y televisión, compañías telefónicas, cadenas farmacéuticas, tiendas de productos electrónicos—, en cuanto alcanzaba un perfil viable, les entraban las prisas por llegar al mercado global. Los fundadores de esas prósperas empresas irlandesas solían coger el dinero y poner pies en polvorosa. Quizá era lo que Justin Kennedy consideraba el factor gallina —una ausencia de seguridad en uno mismo a largo plazo— o simplemente impaciencia por hacerse con el botín. Fuera como fuese, allanar el camino para esas operaciones se había convertido en una parte importante del negocio de Kennedy.

La empresa de Justin Kennedy había sido contratada para guiar a los yanquis a través de las complejidades del derecho de sociedades irlandés. Se habían presentado dos picapleitos americanos que se llevarían una buena tajada por el simple hecho de que alguien les dijera lo que tenían que decir. Gibson se había traído a tres adláteres para hinchar la factura de la empresa. Kennedy se había traído al joven Faraday por la misma razón, pero sobre todo para que les sirviera el café. Helen Snoddy, consultora freelance contratada por Flynn O’Meara Tully, estaba sentada a la izquierda de Kennedy. Alta, delgada, morena, vestida sobre todo de Prada con un toque de Vuitton, apenas tenía veintisiete años y era más inteligente que cualquiera de los que estaban en la sala. Consciente de ello, ofrecía su opinión en cuestiones de impuestos. A veces algún detalle de una operación tenía que pasar por tres o cuatro sociedades en reserva y un par de paraísos fiscales antes de que la carga tributaria fuera lo bastante baja como para complacer a los participantes. Y Helen siempre conocía el camino más corto entre cualquier operación y el santuario impositivo más próximo.

Kennedy procuró poner cara de que le interesaban mínimamente las divagaciones de Gibson y dejó que el café bajara las últimas migas de la galleta de chocolate. Gibson era calvo y regordete, y su calvicie era de esas en las que los mechones supervivientes están ahuecados y cardados, y se los trata con ese esmero que se suele reservar para las plantas exóticas. Le había llevado dos semanas preparar las cifras, basadas en dos meses de negociaciones. Otra semana para conseguir una presentación en PowerPoint de su agrado, aunque podría haber impreso las cifras en una hoja DIN A4.

Uno de los americanos formuló una pregunta acerca del calendario de un surtido de licencias de *software*. Justin Kennedy asintió con la cabeza. Pero por dentro soltó un gruñido. La respuesta sucinta era que las licencias de *software* eran irrelevantes, y que se aplicaban a un material ya obsoleto. Pero Gibson nunca daba una respuesta sucinta. Helen Snoddy miró el reloj. Kennedy observó que la parte superior de la página abierta de su bloc legal estaba decorada con garabatos, entre los que destacaba una impresionante caricatura de Gibson con nariz de payaso.

Kennedy dio otro sorbo al café e intentó impedir que su mirada se desviara hacia las galletas. Decidió ejercer la contención. Dentro de veinte minutos su secretario intervendría para anunciar que el almuerzo estaba preparado.

A las dos y media en punto, los alumnos de la Escuela Nacional St. Ciaran salieron por la puerta. Apuraban la bebida de sus vasos sin asa y arrastraban la chaqueta por el suelo. Los chicos continuaban las pequeñas escaramuzas de la hora de comer en el patio a base de golpes de hombro y utilizando las carteras como arma. Las chicas normalmente iban en grupo, juntas y charlando.

Aunque hacía poco más de una semana que había vuelto a la escuela, Sinead ya se había acostumbrado y le encantaba. Durante el verano, habían demolido las antiguas aulas prefabricadas de la escuela y habían construido una serie de aulas prefabricadas nuevas. A Frankie Crown no le hacía muy feliz que su hija se educara en una escuela de chabolas, pero tenía que admitir que al menos las aulas prefabricadas eran limpias y cálidas. Los edificios principales de la escuela eran más sólidos, pero estaban más deteriorados. A pesar de las donaciones voluntarias y las excursiones para recaudar fondos para los críos, no había dinero para revocar las paredes de bloques de cemento, y algunas de las aulas no tenían techo, tan solo vigas de acero bajo chapa de cinc.

Sinead se le acercó corriendo. En aquellos días, cada vez que iba a buscarla, a la escuela o a casa, ella se le acercaba corriendo. En un año o dos, el abrazo de bienvenida a su padre delante de sus amigos sería impensable. Sinead le entregó la cartera y corrió hasta donde estaban Carla y Patsy, sus mejores amigas del colegio. Frankie caminó detrás de ellas, la cartera al hombro. Solo cuando llegaron a la carretera principal y las otras dos niñas se fueron hacia la derecha, tras despedirlas con la mano volvió hacia donde estaba Frankie y anduvo a su lado.

Frankie Crowe recogía a su hija en el colegio una vez por semana, los miércoles. A veces, durante los fines de semana, la llevaba al centro, comían algo y ella se quedaba a dormir en su piso de Glasnevin, pero a ella no le gustaba mucho aquel piso tan apretujado, así que él no le insistía demasiado. Sinead tenía ocho años. Tenía cuatro cuando él ingresó en la cárcel y seis cuando salió, y le había llevado un año conseguir relacionarse con él otra vez.

La rutina de los miércoles variaba poco. McDonald’s, y luego lo que le apeteciera a Sinead. Aquel día, una película de Disney que había visto dos veces y quería volver a ver.

—Mamá me ha prometido que me comprará el vídeo en cuanto salga.

Eran dibujos animados, bastante mejores que *Barrio Sésamo*, los *Teletubbies* y todas las demás cosas alegres y con muchos colorines que le habían hecho reír de más pequeña, pero que ahora ya no molaban nada. Cuando Frankie entró en prisión, Sinead era una apasionada del

personaje de Barney, el dinosaurio. Cuando salió, su actitud hacia aquel jovial dinosaurio era de indisimulado desprecio.

Desde que Sinead naciera, cumplir condena ya no era lo mismo para Frankie. Antes pensaba que la prisión era dura, pero eso se daba por sentado. «Si te dedicas al crimen —le decía Jo-Jo Mackendrick a Frankie cuando este era adolescente—, tarde o temprano cumplirás condena. Si no puedes afrontarlo, ha llegado el momento de que aceptes un trabajo reponiendo cajas en el supermercado».

Frankie había podido afrontarlo, y lo había hecho hasta tres veces. Mucho antes de cumplir la condena de dos años, había hecho pequeñas catas: libertad condicional, libertad condicional otra vez, y luego unas semanas en el trullo. Lo aguantó. Si no te lo tomabas a la tremenda, incluso podías hacer algo provechoso, como un soldado que acumula medallas durante la campaña que le otorgan credibilidad ante sus compañeros. Si sigues el camino recto, eres un honrado Juan Ciudadano y te pasas muchos años encerrado en un trabajo que va royendo un gran agujero en tu vida, ganas una miseria y te aburres tanto que mueres joven. En cambio, si sigues tu propio camino y no te cogen, vives bien.

Tal como lo veía Frankie, incluso enfrentándote a todos los malos momentos que nos trae la vida, pasabas mucho menos tiempo muerto en la cárcel que Juan Ciudadano acarreando mierda por un salario de mierda.

Con lo que no contaba era con lo mucho que una pena de dos años de cárcel había erosionado su relación con Sinead. Esos dos años equivalían a la mitad de la vida que ella había vivido antes de que entrara. Cuando había críos era como si el ritmo del tiempo cambiara.

Y cuando salió, la consecuencia de separarse de Joan fue que la relación con su hija dejó de ser permanente y se redujo a esa rutina de una vez por semana.

Como cada miércoles, cruzaron Rockwood Park de camino al McDonald’s. Rockwood era una extensión de hierba en el centro de un polígono de viviendas, salpicada de descuidados grupos de árboles y arbustos ubicados de cualquier manera. En el medio había una zona asfaltada plana con cuatro hierbajos donde los chavales jugaban al fútbol durante el día y donde por la noche pandillas de adolescentes bebían sidra. Durante el día, la gente iba en coche al parque, sacaban el perro y lo soltaban para que cagara en el pasto.

Durante sus paseos después de clase, Sinead habitualmente sorprendía a Frankie con su conocimiento de los árboles y las plantas, y, minuciosamente, iba desgranando datos acerca de animales e insectos. Él no sabía lo suficiente como para estar seguro de si esas informaciones eran exactas, pero le encantaba que la niña rebosara conocimientos y estuviera impaciente por transmitirlos. Aquel día eran los chistes de toc toc.

—Toc toc.

Frankie sonrió.

—¿Quién es?

—Miras.

—¿Qué Miras?

—Mira por el agujero de la cerradura y lo verás.

A mitad del parque, Crowe vio el coche patrulla. Salió de una calle cercana, discurrió en paralelo al sendero que recorrían Crowe y Sinead y aminoró la marcha, ajustándose a su paso.

Aquellos cabrones debían de haberlo visto antes, y ahora habían calculado el tiempo para coincidir con él cuando saliera por el otro lado del parque. Capullos.

Sinead le estaba contando algo acerca de una crisis en el aula que había tenido lugar después de que descubrieran unos grafitis en los lavabos. «El incidente de los lavabos», lo llamaba. La maestra se había puesto furiosa, y quería que el responsable confesara, o todos estarían metidos en un buen lío.

Se encontraban a poco más de cinco metros de la salida del parque, y Crowe se dio cuenta de que el coche patrulla estaba a punto de detenerse. Reconoció al conductor, un agente de la comisaría local. Solía encontrárselo en el barrio de Rialto. ¿Cómo se llamaba? Hennessy, Flannery, algo parecido. Un capullo grandote, ignorante y tocapelotas.

—Yo creo que debe haber sido Katty O'Neill. Se hace la santurrona cuando la maestra está mirando, pero a mí no me engaña.

—¿Qué tal, Frankie? —El capullo tocapelotas había bajado la ventanilla y asomaba su cara grande y sonriente—. Veo que ahora vas de padre de familia, ¿eh?

Hasta ese momento Sinead no se había fijado en el coche patrulla. Se le sonrojaron las mejillas, se puso a mirar a un lado y a otro. Introdujo la mano en la de Frankie.

—Sigue andando, cariño.

—¿Qué quieren, papá? —Ahora hablaba con una voz baja, tímida.

—No hay de que preocuparse, cariño.

El coche patrulla avanzaba lentamente, al mismo paso que ellos.

—¿Vas al supermercado, Frankie? ¿A llenar otro carrito?

Frankie se detuvo en seco.

—¿A qué se refiere, papá?

—Solo quiere provocar, cariño. No te preocupes por una basura como esa.

—¿Seguro que no necesitas nada del Tesco, Frankie?

Crowe vio que el otro policía, sentado en el lado del copiloto, un chaval joven, miraba fijamente al frente, al vacío, como si deseara estar en otra parte.

Fennelly, eso era, así se llamaba el capullo tocapelotas. Agente Fennelly.

Crowe se agachó y puso las manos en los hombros de Sinead.

—No hay nada que temer, cariño. No es más que un idiota haciendo el ridículo. Quédate aquí, ¿entendido?

—Papá, por favor.

Crowe se incorporó, dio media vuelta y se dirigió al coche patrulla. Habló con un tono natural.

—Fennelly, puedes decir lo que quieras, pero siempre serás una escoria. Todos lo saben. —Ahora estaba al lado del coche. Se agachó y se dirigió al agente joven, sentado al otro lado—. Se tiraba a las putas, ¿lo sabías? Cuando estaba destinado en la zona sur. Fingía arrestar a las pobres putillas, echaba un polvo gratis y las soltaba.

El joven policía le lanzó una mirada asesina a Crowe. El agente Fennelly se sonrojó.

—¿No lo sabías? Pregunta a tus compañeros. Todo el mundo está enterado de lo que hacía Fennelly, pero muy pocos lo dirán en voz alta.

Por un momento, Frankie se preguntó si aquellos dos policías llegarían a exaltarse lo bastante como para salir del coche y, a pesar de estar rodeados de casas, darle una paliza.

Pero Fennelly estaba subiendo la ventanilla. El coche patrulla aceleró y se alejó.

—¡En el canal todos lo conocen! —gritó Frankie mientras el coche patrulla aminoraba la velocidad para coger una curva—. ¡Lárgate, Fennelly, puta marioneta!

—¡Papá!

Cuando Crowe volvió la cabeza, vio que Sinead estaba llorando.

En el McDonald's, quince minutos más tarde, mientras Sinead mojaba un *nugget* de pollo en un pequeño rectángulo de *curry*, Crowe se esforzaba por encontrar palabras para explicarle a su hija lo que había ocurrido, pero todo lo que le venía a la cabeza solo serviría para empeorarlo. Sinead había adoptado una actitud obstinadamente despreocupada que solo conseguía que su angustia fuera más evidente. Frankie le preguntó si tenía muchos deberes, y ella contestó que era más de lo mismo. Él le preguntó qué parte de la película tenía más ganas de volver a ver, y ella contestó que toda. Él le preguntó a qué habían jugado en el patio aquella mañana, y ella contestó que a lo de siempre.

Crowe removió su café. En los viejos tiempos, un amigo suyo solía coleccionar aquellos pequeños removedores de plástico de McDonald's. Solían tener una diminuta cucharita en un extremo, perfecta para medir una dosis de heroína. Cuando en McDonald's averiguaron para qué se utilizaban sus removedores, comenzaron a fabricarlos planos en los dos extremos.

Crowe le preguntó a Sinead qué quería para su cumpleaños, aunque todavía faltaba un mes. La niña mordisqueó uno de sus *nuggets* de pollo y dijo que todavía no lo había pensado. Frankie sabía que lo que tenía que hacer era darle tiempo para que lo digiriera. Sinead pasó un rato entretenida con el juguete de plástico que regalaban con el Happy Meal. Si girabas el botón que había en la parte de atrás, se suponía que tenía que salir algo por arriba, aunque no pasaba nada.

—Otro toc toc —dijo Frankie.

Sinead asintió. Se estaba acabando su batido de fresa cuando dijo:

—Toc toc.

—¿Quién es?

—Cu.

—¿Cu?

Sinead soltó una carcajada.

—Abre la puerta y deja de hacer el cuco.

Frankie tardó un momento en pillarlo, y entonces echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

La reunión de los abogados para la absorción de Kwarehawk Investments terminó a las cinco de la tarde. Justin Kennedy pasó casi toda la hora siguiente llamando por teléfono y repasando cómo avanzaban sus otros asuntos. A las seis se encontraba en el bar oscuro y bullicioso del Hotel Westin, en el piso de abajo, invitando a Helen Snoddy a una copa.

—Podríamos haber cerrado este acuerdo hace una semana —dijo Helen—, si ese payaso se hubiera quedado sentado, callado y hubiera pasado los papeles a sus jefes para que los firmaran. Y tampoco habrían perdido ni un centavo.

Kennedy negó con la cabeza.

—Siempre intentando aplicar la lógica, Helen. Gibson es un payaso. El mundo de los negocios está lleno de ellos. Sin los payasos, todos lo pasaríamos mucho peor. Gracias a Dios que hay payasos, eso es lo que yo digo.

Helen tenía una especie de compromiso familiar, de manera que no podían ir a pasar la tarde a su piso de Sandymount.

—¿Tienes tiempo para comer algo rápido? —preguntó Kennedy.

—Siempre y cuando a las siete ya esté en camino.

—Lo estarás.

Diez minutos más tarde, mientras estaban sentados en un bar de tapas, Kennedy llamó su casa.

—A Gibson se le están acabando las chorradas —le dijo a Angela—. Para variar, estaré en casa a una hora razonable.

Como siempre, ella le preguntó si había comido. ¿Quería que le preparara algo? Él le contestó que tomaría algo por el camino, que no se preocupara.

Cuando volvían a casa después de salir del cine, Sinead le explicó a Frankie, sin ahorrarle ni un detalle, la compleja trama de una película que había visto hacía poco en casa de su mejor amiga. Él estaba pensando en otra cosa, pero le prestaba suficiente atención como para poder salir del paso con alguna exclamación que no significara nada: «¡Eso da bastante miedo!», «Muy listo, ¿no?».

A veces Frankie adoptaba una actitud condescendiente con ella, hasta que de repente se quedaba estupefacto por su energía y las infinitas sorpresas que asomaban de su personalidad en constante cambio. Frankie había contribuido a crearla, pero a veces se preguntaba hasta qué punto había contribuido a formar la persona en que iba a convertirse. Era como si la niña fuera mucho más de lo que podían haber aportado Joan y él.

En la primera hora de la vida de Sinead, Frankie, que por entonces tenía diecinueve años, se había quedado asombrado de la pureza y simplicidad de su reacción protectora. Se había prometido que ese fardo limpio e inocente se convertiría en el centro de su vida. No permitiría que nada se interpusiera entre él y el cariño que había sentido hacia ese misterio envuelto en una sábana. Pasaron cosas, surgieron cosas y Frankie acabó en algunos lugares a los que nunca había pretendido ir.

Llegaron a una tapia baja que rodeaba el Ring, el espacio verde situado en el centro del polígono de viviendas Sweetlake, a cinco minutos de donde vivían Joan y Sinead, y esta lo obligó a sentarse en aquella tapia mientras acababa la historia. Cuando terminó, lo miró a los ojos y le dijo:

—No me has estado escuchando, ¿verdad?

—Lo siento, cariño. Estaba pensando en otra cosa.

—¿En qué?

—Estaba recordando el día en que naciste.

—Lo sé, lo sé. —Su cara exageró un falso hastío—. Fue el mejor día en la historia del mundo.

Sinead sonrió y Frankie extendió los brazos y dijo:

—Ven aquí.

La niña dio un paso al frente y él la estrechó entre sus brazos, concentrándose en su olor y el sonido de su respiración, el tacto de su pelo, el movimiento de su pequeño cuerpo, los años de dicha y dolor que le esperaban, y cerró los ojos y sintió un gran amor incluso por el aire que la rodeaba.

Joan Crowe llevaba tejanos y una camiseta gris sin ningún dibujo. Estaba un poco más flaca de lo que era la moda. Llevaba el pelo muy corto. No por gusto, sino por conveniencia. Una cosa menos de que preocuparse. Por la misma razón llevaba las uñas de las manos muy cortas. Aparte de unos rápidos toques de carmín, no se molestaba en maquillarse. Las líneas de sus ojos y las comisuras de la boca se inclinaban hacia abajo, como por la atracción de la gravedad o de algo más poderoso.

En cuanto dieron las seis sintió el deseo, como cada miércoles, de dirigirse al dormitorio principal, desde donde podía ver la calle por la que vendrían caminando Sinead y Frankie. No había de que preocuparse: se podían decir muchas cosas de Frankie, pero era un buen padre. La traía de vuelta sana y salva y a la hora. Era solo que su vida estaba tan unida a la de la niña que incluso esas separaciones rutinarias la ponían muy nerviosa.

En aquel lugar, estar nerviosa formaba parte del trabajo de criar a una niña. Era una estación de paso para Joan, después de Frankie y mientras encontraba algo mejor. La gente que no podía permitirse ir a ninguna otra parte se instalaba en el polígono Sweetlake. Gente que había sido desahuciada de otros lugares acababa aquí. Chicas lo bastante mayores para quedarse embarazadas y demasiado jóvenes para ser capaces de mantener una relación criaban aquí a sus hijos y se enfrentaban al resto de las vidas que creían tener. En Sweetlake imperaba la ley del más fuerte. Los chavales se descontrolaban muy pronto, y eran demasiados los que disfrutaban de su capacidad de meterles el miedo en el cuerpo a los vulnerables. Criar a un hijo allí significaba protegerlo de los brutos e impedir que se convirtiera en uno de ellos. Complicado, cuando el mero hecho de pagar la factura del gas ya era una lucha.

Cuando Sinead comenzó a ir al colegio, Joan consiguió un empleo de cajera en la Dunnes Stores del barrio. Casi siempre de las nueve de la mañana a la una de la tarde. De vez en cuando le sonaba el móvil y tenía que buscar a alguien que cubriera su turno porque había un problema en la escuela y debía ir a recoger a Sinead. Un día, el invierno anterior, fue porque el antiguo sistema de calefacción se estropeó definitivamente. Aquel septiembre, los chicos apenas llevaban tres días en la escuela cuando una rata entró por un agujero en la pared y trepó hasta el alféizar de la ventana para darse un paseo. Cerraron la escuela un par de días, y Joan tuvo que dejar a Sinead con una niñera del barrio mientras ella se iba a trabajar, lo cual menguó todavía más sus ingresos de la semana. El salario que pagaban en el supermercado no era mucho, pero una pequeña parte iba cada semana a la cooperativa de ahorro. En los últimos meses se notaba en la casa, y aquel verano habían conseguido irse una semana de vacaciones fuera de Dublín. El objetivo era salir de aquel barrio antes de que Sinead llegara a la secundaria.

Desde la ventana del dormitorio, Joan pudo ver los restos del coche robado que habían quemado la noche anterior. Era la primera vez en bastante tiempo que hacían eso. Antes había sido algo habitual. Los chavales robaban un vehículo bastante veloz —un Audi o un Volvo— y

lo llevaban al Ring, el área circular de hierba situada en el centro del polígono. Daban vueltas por ahí, acelerando y metiendo mucho ruido, y giraban con el freno de mano puesto hasta que alguien llamaba a la policía. Entonces se metían con los polis hasta que estos los perseguían por las estrechas calles de Sweetlake. Muy de vez en cuando mataban a alguien, un peatón, otro conductor, un agente, y la mayoría de las veces a ellos mismos. Pero lo más frecuente, cuando los chavales se cansaban de la persecución y daban esquinazo a la policía, era que, como espectáculo final antes de irse a la cama, quemaran el coche.

Siempre eran chicos los que conducían, de manera que Joan no tenía de que preocuparse. Lo único que tenía que preocuparle era que en unos pocos años Sinead se convirtiera en pasajera de una de esas excursiones. O que la dejara embarazada uno de esos imbéciles que iban al volante.

Como me pasó a mí.

Aquel coche quemado se quedaba allí durante días. En aquel barrio las cosas se rompían rápidamente —farolas, rejas, verjas, tapias de jardín, ventanas, las puertas de los callejones laterales— y el ayuntamiento tardaba bastante en repararlas. Todo quedaba cubierto de grafitis y el ayuntamiento no se molestaba en hacer nada porque los concejales no veían que tuviera mucho sentido gastar dinero en repintarlo todo para que aquellos cabrones tuvieran otra vez un lienzo blanco. Cuando algo ocurría se presentaba la policía para poner a caldo a algunos, aunque nunca estaban allí para prevenirlo.

La parte de Finglas de donde procedían Frankie, Martin y Joan solía ser así antes de que las cosas se calmaran. Generalmente quien conducía era Frankie, y Martin iba de copiloto.

Cuando Sinead y Frankie se acercaron a la puerta, Joan Crowe ya la había abierto y los esperaba con una gran sonrisa.

—¿La película ha sido igual de buena que la última vez que la viste?

—¡Mejor!

Sinead llevaba en la mano la bolsa de papel a rayas que contenía las últimas chuches que Frankie le había comprado como parte de la rutina de ir al cine. Sinead echó a correr, le guiñó un ojo a Joan cuando pasó a su lado y subió las escaleras a un ruidoso galope.

—Hola —dijo Frankie.

—Será mejor que entres.

Frankie dejó la cartera de Sinead en una silla y miró a su alrededor. Joan había puesto nuevo papel pintado en la sala, de un color rosa neblinoso. Todo lo demás estaba igual. Hacía más de seis meses que Frankie no entraba en la sala. Era una mierda de barrio, pero era lo máximo que Joan podía conseguir con lo que cobraba. Frankie se había ofrecido a ayudarla, pero ella no permitía que le diera nada. Él compraba los libros de la escuela y los uniformes, y tenía permiso para llevar a Sinead a comprar ropa, juguetes, libros y todo lo que ella quisiera, pero Joan insistía en ocuparse del día a día.

—¿Todo bien? —preguntó Frankie.

—No hay queja.

Frankie la vio más delgada, nervuda, fuerte. Joan se mantenía ocupada, pero no se cuidaba, ese era su problema. Ropa barata. Le comenzaban a salir arrugas en torno a la boca. No se esforzaba. Con que se empeñara un poco, volvería ser la mujer que lo dejó turulato la primera

vez que le puso la vista encima. Incluso ahora, podía ver sus formas bajo esas prendas de mierda que llevaba en aquellos días, y algo se incendió en su interior con la acometida del recuerdo: los pequeños movimientos en habitaciones oscuras, palabras acuciantes y atisbos de formas que le cortaban la respiración. No había vivido nada comparable a eso.

—Se ha tomado muchas molestias con eso —dijo Joan.

—¿Con qué?

Joan señaló con la cabeza hacia la puerta.

Se oyeron las pisadas de Sinead bajando las escaleras. Estaba sonrojada, los ojos iluminados, y entró corriendo en la sala. Llevaba en la mano algo plano y de un palmo cuadrado de superficie, envuelto en un papel floreado y fluorescente. Por todas partes se leía «¡Feliz cumpleaños!».

—Lo he hecho yo misma —dijo Sinead—. ¡Feliz cumpleaños!

Por un momento, Frankie se puso a repasar algunas fechas.

—¿Cómo…?

—¡Mamá me lo dijo!

Cuando Frankie quitó el envoltorio de la tarjeta de cumpleaños, en la parte delantera se veía un detallado dibujo de un gran girasol con las palabras «Feliz cumpleaños» dentro de un círculo. Los girasoles eran el sello característico de Sinead, y pocos dibujos hacía en que no aparecieran. Frankie abrió la tarjeta y vio un dibujo más elaborado: dos figuras, él y Sinead. Ella llevaba en la mano un palo rematado por una nube algodonosa, y también un oso de peluche. Detrás había una montaña. Frankie reconoció la escena enseguida. Aquel día de verano que pasaron en Bray, el algodón de azúcar, el oso que Frankie ganó en la máquina de la grúa del salón recreativo. Y por encima de todo, el sol, y los rayos que proyectaba sobre todo.

—Cariño, es precioso.

Sinead todavía tenía en la mano ese pequeño paquete mal envuelto, y cuando Frankie quitó el papel descubrió una cartera negra de imitación en piel con la palabra «Dublín» estampada en oro en la parte delantera.

—La he comprado con mi propio dinero —dijo Sinead. Frankie la abrazó y ella se agarró a él, orgullosa y contenta.

—Es algo especial —dijo Frankie—. Igual que tú. —Sinead se estaba sonrojando—. Siempre la conservaré, cariño, siempre.

Joan dijo:

—Es hora de hacer los deberes, amor, mientras te preparo la merienda. Dile adiós a papá y luego cámbiate, ¿de acuerdo?

Un minuto después, Sinead subía las escaleras mientras canturreaba la melodía del anuncio de televisión de una tienda de bricolaje.

—Caramba, es estupenda —dijo Frankie—. Tiene verdadero talento para el dibujo.

—Desde la semana pasada que trabaja en ese dibujo. No ha dejado que la ayudara. Lo ha hecho todo ella.

Todavía nos queda algo, se dijo Frankie. Todavía tiene que quedar algo. Que Joan le hubiera recordado a Sinead que era su cumpleaños. A pesar de todo, tenía que quedar algo.

—Escucha, Joan, gracias por… es estupenda, por cómo ayudas a que las cosas vayan bien entre Sinead y yo.

Joan se lo quedó mirando. A continuación desvió la vista hacia la ventana para hablar.

—Que no soporte tenerte cerca de mí no es razón para que ella no se lleve bien con su padre.

—Bueno, Joan…

—Tengo que prepararle la merienda.

—Muy bien, joder, no hace falta que lo dejes tan claro. Me voy.

Ahora que Sinead no podía oírlos, no había ni rastro de la apariencia de normalidad que Joan había adoptado cuando habían llegado a casa. Eso siempre se le había dado bien. Adoptar una expresión bajo la que esconderse, y luego hacerse la mártir de los cojones. Y cuando lo hacía, Frankie se convertía en una mierda absoluta, como si nada fuera culpa de ella. Y cuando te parabas a pensarlo, casi todo era culpa de Joan. Si no hubiera sido una zorra tan insensible.

Frankie se dirigió hacia la puerta, y de repente volvió la cabeza.

—Acerca de Sinead. No estoy seguro de si podré pasarme los dos próximos miércoles. Dos, tres, no lo sé. Ha surgido algo, algo que tengo que hacer. Estaré fuera.

Frankie se calló, pero ella no mostró la menor curiosidad. *Que le den*.

—No estoy seguro de cuánto tiempo estaré fuera. Te llamaré cuando lo sepa. ¿Vale?

—¿Se lo has dicho a ella?

—Sí, ya lo sabe. Creo que el miércoles la podré ir a recoger después de eso, pero ya te lo diré. ¿Te supone algún problema?

—Estoy aquí, de una manera u otra. Siempre estoy aquí.

—Bueno, haré lo que pueda.

—Tengo que preparar la merienda.

Frankie asintió. Salió por la puerta con la tarjeta de cumpleaños y el regalo apretados contra el pecho; gritó su despedida en dirección a lo alto de las escaleras, donde estaba Sinead, y ella respondió a su adiós y añadió un último «Feliz cumpleaños». Fue como si nunca hubiera ocurrido el incidente con el capullo tocapelotas.

Antes de haber recorrido la mitad del camino hasta la verja, oyó cómo Joan cerraba la puerta.

Justin Kennedy y Helen Snoddy se besaban en el aparcamiento de Flynn O’Meara Tully.

—¿Mañana por la noche? —preguntó él.

—Estoy de viaje. ¿No te acuerdas?

—Claro. Dame un toque cuando sepas cómo lo tienes.

Madrid, por supuesto. Hacía un tiempo que se lo había dicho. Luego estaría en casa un par de días y después tendría que acompañar a un cliente a reuniones con banqueros en dos jurisdicciones; luego un seminario de fin de semana en Galway y unos días en Londres. Ella no había comentado nada, y aunque el viaje a Londres probablemente era por negocios, Kennedy imaginaba que quizá había algo personal. Nunca le preguntaba por su vida privada. Sabía que más o menos salía con alguien, y que su familia era importante. Ella tampoco le preguntaba jamás por su familia, ni por su relación con Angela. No era el primer rollete extramatrimonial de Kennedy. Quince meses después de casarse había comprendido que ser feliz en casa no significaba negarse los placeres de la soltería.

La historia con Helen Snoddy había comenzado dos años atrás, un rollo intermitente. Cuando se veían, Kennedy no buscaba otras diversiones, aunque no estaba seguro de que se pudiera decir

lo mismo de Helen. Él nunca preguntaba y no le importaba demasiado. Aquello formaba parte de la vida de Kennedy tanto como los esporádicos almuerzos que se permitía en los caros y pequeños restaurantes que servían a las empresas de su zona. Era agradable, añadía algo a su vida, lo hacía sentirse bien consigo mismo. Era una relación que no iba a ninguna parte, algo que ni él ni Helen deseaban.

Cuando el Chrysler Crossfire marrón de Helen salió del aparcamiento, Kennedy abrió su Mercedes y arrojó su portafolios el asiento de atrás. Una vez sentado tras el volante, se quedó un momento inmóvil, y se permitió el capricho ritual de disfrutar del momento: los logros y placeres del día, la inminente velada, el tacto del coche, la manera en que encajaba en la vida que se había construido. Sería agradable llegar a casa a una hora razonable. Los críos todavía estarían levantados.

Capítulo 6

Las luces de la casa se apagaron pocos minutos después de las diez y media. Ahora solo se veía una luz en una habitación del piso de arriba, en la parte de delante, pero estaba demasiado lejos como para resultar útil. Frankie Crowe y Martin Paxton pasaron tres noches aparcados en una calle desde la que podían ver la casa de Kennedy, pero Frankie creía que aquello era demasiado arriesgado.

—Solo con que aparezca un poli fisgón la hemos cagado.

Aquella noche tan solo paseaban por el barrio y se pararon un par de minutos en la calle donde estaba la casa de su objetivo.

Pasaron por allí varias noches, a veces hasta media docena de veces, haciéndose una idea de la rutina doméstica. En dos ocasiones vieron a su objetivo llegar a casa en el Mercedes. Aparte de eso, había muy poco que ver.

Todas las casas de esa parte de Ballsbridge costaban al menos dos o tres veces más que una casa dublinesa media. Todas las casas de Pemberton Road costaban al menos el doble que la media de Ballsbridge. La chabola de los Kennedy era más grande que las casas de sus vecinos. Era un edificio victoriano de ladrillo rojo, con ventanales a cada lado de la puerta y ventanas en saliente por toda la fachada, completamente cubierto de hiedra. Todos los rincones del tejado estaban dominados por una chimenea, con lo que parecía un pequeño castillo. Aunque enclavada en un barrio concurrido y paralela a la calle principal, Pemberton Road conservaba una atmósfera plácida. La casa estaba bastante apartada de la calle, tras una barrera de arbustos y árboles, con mucho espacio a cada lado. Un lugar íntimo o —desde otro punto de vista— aislado.

Mientras se alejaban de Pemberton Road, Martin dijo:

—¿Preparado para visitar a Jo-Jo?

—Mañana. Todo irá bien.

—¿Estás mentalizado, pues, para humillarte un poco?

—Que te den, Martin, no vamos a humillarnos. Jo-Jo no es ningún problema. Me lo debe.

Comenzaba a llover cuando Angela Kennedy corrió las cortinas del dormitorio. El tiempo había sido inestable todo el verano, y la lluvia siempre acechaba. Angela disfrutaba de la certeza del inminente invierno, de la acogedora sensación de correr las cortinas contra los elementos. Pronto llegaría la época previa a las Navidades, sus segundas Navidades en esa casa. Había disfrutado de las dos semanas en Nueva York con Justin y los niños, y de la semana en las Barbados sola

con Justin, pero daba la bienvenida al invierno con el mismo agrado. Quizá más. El verano era placer; el invierno, intimidad. Unos años atrás, cuando beber, ir a fiestas y las frivolidades de la vida social tenían alguna importancia, jamás había imaginado la profunda felicidad que encontraría en las semanas de largas noches en casa, acurrucada con los niños y con Justin, cuando el trabajo se lo permitía. El fuego en la chimenea, juegos o lápices o un último vídeo antes de irse a la cama, las lecturas y los abrazos y todas aquellas cosas que sonaban demasiado triviales hasta que se convertían en el centro de todo. Y pasaba suficientes noches en el centro con Justin o con algunos amigos como para que el contraste quedara claro. Y saber que al cabo de pocos años los niños serían demasiado mayores o demasiado distantes para ese tipo de cosas solo conseguía que la intimidad fuera más intensa.

Cuando Angela se deslizó entre las sábanas, Justin estaba cerrando con llave la puerta de abajo. Los niños ya dormían. Cuando Justin salió del cuarto de baño, Angela dijo:

—Saskia ya tiene tu regalo de cumpleaños. Luke quiere que lo lleve al centro este fin de semana porque tiene algo pensado para ti. —Hizo una pausa—. Sé que ese día llegarás a casa temprano.

—Todavía faltan… ¿cuánto? ¿Dos semanas?

—Ellos ya las están contando. ¿Estarás aquí?

—Estaré aquí.

—A veces lamento que no tengas un trabajo un poco más rutinario, como redactar testamentos para jubilados. Te veríamos más.

Justin se metió en la cama.

—Pronto te cansarías de verme.

—Nunca —dijo Angela, abrazándolo. Se besaron. Ella demoró los dedos en la nuca de Justin y con sus labios volvió a rozar los de él. Justin devolvió el beso, y a continuación cogió la carpeta verde del suelo, junto a la cama. Recostándose sobre el almohadón, abrió la carpeta.

Angela vaciló un instante. La señal no había sido lo bastante evidente, y él estaba cansado y distraído. Podía hacer que fuera más evidente o dejarlo para otro momento.

—Buenas noches —dijo Angela.

Y él farfulló una respuesta, ya inmerso en una columna de cifras.

Capítulo 7

Aparcaron tras doblar la esquina de la calle donde vivía Jo-Jo.

—¿Qué es lo peor que puede decir? —dijo Martin Paxton—. *No*. Puede decir *no*, eso es lo peor que puede decir. ¿Y tan malo es eso? Quiero decir que tampoco es que en esta ciudad no haya dinero para todos.

—¿Qué le pasa a esa zorra? —Frankie Crowe miraba a una mujer gruesa, de mediana edad y con el pelo teñido de negro azabache, que salía marcha atrás del camino de entrada de la casa delante de la cual ellos estaban aparcados. Cuando pasó casi rozando su coche, les lanzó una mirada de odio.

Martín le dirigió una sonrisa.

—Hemos invadido su espacio personal con nuestro mugriento cacharro, eso es lo que pasa. A la gente de por aquí le gusta tener su espacio personal.

—Que le den.

Aunque la mujer no podía oírlos, aceleró de manera agresiva al alejarse, como en respuesta al comentario de Crowe.

—Allá voy —dijo Crowe abriendo la portezuela. Después de la lluvia del día anterior, el tiempo había cambiado y el sol resaltaba los colores otoñales de los árboles.

Paxton bajó la ventanilla del coche.

—No te quedes a tomarte un té con pastas, ¿entendido? No te olvides que estoy aquí haciendo crujir los nudillos. Y buena suerte.

Mientras recorría el sendero hasta la casa de Jo-Jo, Crowe tiró de la cintura de su chaqueta de cuero para que le quedara tensa en los hombros. Utilizó las dos manos para colocarse el cuello de la camisa. Reconoció que se trataba de un gesto de nerviosismo, y se sintió irritado ante esa deferencia. No pasaba nada. Era una manera de hacer las cosas, una muestra de respeto necesaria, eso era todo.

Jo-Jo vivía en una casa grande de ladrillo rojo que desembocaba en Howth Road. Estaba rodeada de mucho verde, con un gran jardín delante y otro detrás que envolvían la casa en un rebujo de intimidad. Cuando Crowe apretó el timbre, sonaron las primeras notas del tema de *Star Wars*.

El guardaespaldas se llamaba Christy no-sé-cuántos. Crowe había estado con él un par de veces, habían tomado una copa juntos, pero no trabajado. Christy era alto y macizo. Llevaba tejanos y una camisa a cuadros azul arremangada sobre sus gruesos antebrazos. Contrariamente a casi todos los hombres que se afeitaban la cabeza, Christy no lo hacía para enmascarar los

síntomas de una invasora calvicie. Su aire duro y rapado casaba más con su posición de principal guardaespaldas de Jo-Jo. Asintió con la cabeza en señal de bienvenida y cerró la puerta tras el visitante.

—¿Está de buen humor? —preguntó Crowe.

—Ya conoces a Jo-Jo, tío. Tienes que aceptarlo como es. Ahora es un osito de peluche y al momento siguiente te arranca la columna vertebral por la oreja. —Christy esbozó una sonrisa—. Relájate, Frankie. Tú le caes bien. Siempre le has caído bien. ¿Necesitas algo?

—No, solo he venido a saludar, más o menos. No quiero pisar ningún callo.

—Siempre es una buena idea —dijo Christy—. Espera aquí, Frankie, vuelvo en un momento. —Salió por la cocina.

El vestíbulo era ancho y alto, con el suelo de mármol negro y las paredes revestidas de roble. A la derecha había una sala de juegos y un bar. En un extremo de la sala había una mesa de snooker, y en el otro, consolas PlayStation, GameCube y Xbox. En el bar había dosificadores de licores y una serie de surtidores para servir pintas, de esos de madera, alargados y antiguos. Contaba con taburetes altos, posavasos, todo tipo de vasos, cuencos con guindas, aceitunas y rodajas de limón, un cuenco de cacahuetes y una variedad de bebidas que ocupaba más de media docena de estantes. Frankie no tenía muy claro hacia qué clase de vida se encaminaba, pero sin duda incluía una sala de juegos como esa. Un lugar en el que pudieras tirar una pinta cuando vinieran tus colegas a echar una partida.

Frankie había jugado a snooker con Jo-Jo allí mismo dieciocho meses atrás, dos días después de salir de la cárcel. Jo-Jo era uno de esos jugadores de snooker que entizaban el taco antes de cada tiro. Calculaba la posición de la bola azul, primero desde un lado de la mesa, luego desde el otro. «Siempre hay sitio en mi equipo, ya lo sabes», le dijo a Frankie. Jo-Jo se inclinó para juzgar la probable trayectoria de la bola blanca; a continuación, se dirigió a la parte superior de la mesa para ver si luego podría meter otra fácilmente. Tras contemplar un rato las bolas, se decidió por un tiro seguro. La bola recorrió suavemente la mesa y rozó la azul. A continuación rodó despacio hasta detenerse al borde de la almohadilla.

Frankie le había explicado los planes que tenía con Waters y Cox, dos tipos duros de Rialto con los que se había relacionado cuando estaba en la prisión. Socios, dijeron, tres socios con un gran futuro. Eso fue antes de que la experiencia demostrara la clase de idiotas que eran. Jo-Jo comprendió la necesidad de pasar página, de empezar otra vez.

—Ven a verme cuando quieras, Frankie. Sabes que siempre eres bienvenido a esta casa.

Como no tenía mucho donde elegir, Frankie intentó meter la roja que quedaba en la otra punta de la mesa. Golpeó la blanca con fuerza. Esta impacto en la roja, y aún tuvo suficiente velocidad para tocar tres bandas antes de golpear de nuevo la roja y dejarla justo al borde de una de las troneras centrales. Jo-Jo dejó limpia la mesa.

Luego, mientras estaba en el vestíbulo despidiendo a Frankie, Jo-Jo sacó un sobre y lo introdujo en el bolsillo interior de la chaqueta de Frankie.

—Un pequeño regalo de bienvenida. —Le guiñó el ojo—. Para que te ayude a levantar cabeza.

De vuelta a casa, Frankie miró el interior del sobre y encontró tres de los grandes. Aquella noche dejaron a Sinead con la madre de Joan y Frankie llevó a su mujer a darse una comilona en La Stampa y luego pasaron la noche en el Hotel Shelbourne.

Mientras el asunto con Waters y Cox se iba la porra, Frankie habló por teléfono con Jo-Jo un par de veces, y fue a su casa para tomar una copa en Navidad en compañía de un montón de invitados. Quedaba entendido que Frankie seguía intentando establecerse como independiente, pero porque la buena voluntad de Jo-Jo se lo permitía.

Había muchos otros que consideraban a Jo-Jo su mentor, pero solo Frankie Crowe había estado con Jo-Jo Mackendrick en el salón de su casa cuando, poco más de diez años antes, la muerte entró por la ventana. Frankie, que todavía no había cumplido veinte años, se quedó clavado en el suelo, lívido. Jo-Jo se acercó gateando a un cajón del escritorio y regresó con dos pistolas. Le entregó una a Frankie.

A un tipo duro de Blanchardstown se le había pasado por la cabeza que la mejor manera de liquidar la deuda que tenía contraída con Jo-Jo era enviar a su jardín a dos capullos armados con escopetas. Después de que estos volaran la ventana, Jo-Jo y Frankie, hombro con hombro, comenzaron a disparar a discreción, mientras las dos oscuras figuras del jardín se agachaban entre los arbustos y lanzaban una ráfaga más antes de que se les ablandaran las agallas y salieran por piernas. El desenlace llegó días más tarde, cuando Jo-Jo mandó a un grupo a Blanchardstown y el tipo duro vio cancelada la deuda de la manera más permanente posible.

Los sucesos de aquella noche hicieron que Frankie se convirtiera en algo más que un miembro de la banda, y por eso ahora estaba tan seguro de que Jo-Jo aceptaría con tolerancia cualquier nuevo rumbo que deseara tomar. Quizá últimamente se veía a Jo-Jo un poco relajado, quizá ya no estaba muy al tanto de lo que hacían los más jóvenes, pero Frankie sabía que era un hombre justo.

—¡Frankie! ¡Frankie Crowe!

La voz frágil y aguda a su espalda. Crowe se dio la vuelta y vio a la madre de Jo-Jo saliendo por la puerta de la cocina. Pearl Mackendrick, antaño una leyenda del centro de Dublín, era viuda, y una prestamista implacable y rocosa. Ahora era célebre por ser la orgullosa madre de dos de los gánsteres más temidos de la zona norte. Tenía la cara demasiado delgada como para acomodar todas sus arrugas.

—¡Pearl, estás estupenda!

A Pearl se le ensanchó la sonrisa.

Pearl rondaba los ochenta y cinco. Tenía el pelo teñido de un rubio discreto y se pintaba las uñas de un llamativo escarlata. La blusa y la falda de Ralph Lauren, un trofeo de su excursión anual a Harrods, le quedaban un poco holgadas en su escuálida figura.

—¡Debe de haber pasado un año, Frankie! No, mentira, fue por Navidad, y fue hace un siglo.

—Pearl, cada vez que te veo estás más joven. Deben de ser estos amantes jovencillos los que te mantienen sana y en forma.

Pearl respondió a su halago con una carcajada, y en su abrazo Frankie quedó rodeado por el perfume dulzón con el que Pearl se empapaba cada mañana nada más levantarse. Por repelente que fuera, siempre resultaba mejor que el olor a jabón fenicado que Frankie recordaba de sus años adolescentes, cuando iba a casa de los Mackendrick haciendo de mensajero entre Jo-Jo y Lar. Incluso entonces se imaginaba que montárselo por cuenta propia no tenía mucho futuro, pues la pasta de verdad estaba en las bandas organizadas que se estaban fusionando. Pearl fue una presencia permanente durante los años en los que Frankie hizo su aprendizaje con los

hermanos Mackendrick. Su marido, un hombrecillo anónimo y timorato cuyo único propósito en la vida fue hacerle hijos a Pearl, murió alcoholizado mientras los hijos eran todavía adolescentes.

—¿Cómo está la pequeña? ¡Es un encanto!

—Creciendo, Pearl, creciendo.

—Tienes que traérmela un día. Oye, ¿no te han ofrecido una taza de té?

—Gracias, pero esta vez no, Pearl. He venido por negocios. Tu hijo me espera. Entraré a saludarte antes de irme.

Pearl le puso la mano en el hombro.

—Lo digo en serio, encanto —dijo—, ven una tarde de la semana que viene con la pequeña. Me encanta ver a los jóvenes. Es como si se me contagiara parte de su energía. Dios los bendiga.

Mientras Pearl se dirigía a paso lento hacia las escaleras con los brazos cruzados, con sus zapatillas abofeteando el suelo de mármol, Christy apareció por la puerta de la cocina y le hizo seña con un dedo de que se acercara. Atravesaron la cocina, salieron por las cristaleras y llegaron al jardín. A unos diez metros de distancia, Jo-Jo Mackendrick estaba repantigado en una silla junto a una mesa de jardín de madera, con el teléfono pegado a la oreja. Llevaba unos pantalones cortos negros y una deslumbrante camiseta blanca con las letras FCUK. Tenía un vaso de vino blanco sobre la mesa, junto a un libro en tapa dura —una novela de John Grisham— abierto y boca abajo.

Jo-Jo acabó de hablar y le hizo una seña a Frankie para que se acercara. Christy se quedó junto a las cristaleras con los brazos cruzados, a la vista pero sin poder oírlos. Jo-Jo era un hombre de unos cincuenta y cinco años, medio calvo, con un poco de barriguita, y todavía conservaba la complexión del trabajador de la construcción que había sido antaño. Había construido un anexo en un lateral de la casa, en el que había montado un gimnasio donde cada mañana hacía media hora de bicicleta mientras leía el *Irish Times* y la sección deportiva del *Mirror*, y tres mañanas por semana hacía media hora de pesas después de la bicicleta. Sus tres hijos eran ya adultos, y dos de ellos tenían hijos propios. Desde que cinco años atrás su mujer muriera de cáncer de pecho, había vivido en esa casa con su madre, y aunque en invierno se iba al Caribe, siempre pasaba las Navidades en casa, y tenía la casa abierta a sus amigos y parientes. Jo-Jo mantenía un control absoluto sobre el negocio, mientras que su hermano mayor, Lar, se ocupaba más del día a día, lo que Jo-Jo denominaba «cuestiones operativas». El núcleo del negocio era el contrabando de cigarrillos, la protección y tres burdeles. La empresa también cobraba lo que Jo-Jo denominaba «*royalties*» de ciertas operaciones que realizaban otros, como la adulteración del diésel y los fraudes de las tarjetas de crédito. Últimamente había tenido que cerrar el negocio de venta de coches robados porque había despertado la atención de la policía. Los Mackendrick todavía patrocinaban algún esporádico robo a mano armada, pero Jo-Jo prefería los ingresos seguros de lo que él consideraba el sector servicios y la venta al por mayor. Aunque los hermanos habían financiado alguna importación de heroína y cocaína, desde buen principio habían decidido evitar las complicaciones de la participación directa en la distribución de droga. La venta al por mayor era más segura: que los críos se encargaran de la venta al detalle. Blanqueaban el dinero a través de tres pequeñas empresas de construcción legales, sin ninguna relación entre ellas y que operaban en distintas partes de la ciudad.

—Tu madre tiene muy buen aspecto, Jo-Jo.

—Está estupenda. Lleva una cadera nueva, le operaron las varices. Ha dejado de fumar y tiene la tensión como la de un adolescente. El médico dice que está tan bien de salud que tendremos que matarla.

—Una auténtica veterana.

—Eso es lo que es. Siéntate, Frankie. —Señaló una silla—. Podemos tomar un poco el sol, ya que se ha dignado salir. Vaya porquería de verano. —Crowe se sentó y esperó a que Jo-Jo diera un sorbo de vino.

—¿Ves alguna vez a tu parienta? —dijo Jo-Jo.

—Cuando voy a recoger a la cría, una o dos veces por semana. Por lo demás, la cosa está acabada.

—Una mujer estupenda. Lástima que todo acabará así. —Cogió la copa de vino y dio otro sorbo. La conversación personal de rigor había terminado—. ¿Dime, qué puedo hacer por ti?

—Gracias por verme de manera tan repentina. Ya sé que te he avisado con muy poco tiempo, pero estoy planeando un asunto importante y he pensado que tenía que contártelo. Por respeto.

—Muy amable por tu parte.

Que te den a ti también, Jo-Jo. Me lo podrías poner un poco fácil, decirme que adelante, que no pasa nada, en lugar de hacer que parezca que vengo a pedir un favor.

—Sabes que no he hecho gran cosa desde que partí peras con Waters y Cox. Algún trabajito, nada especial.

—Tú y Martin Paxton.

—Exacto.

—¿Y?

—Hemos planeado algo un poco más ambicioso.

—Te escucho.

—Un rapto. Un tipo que posee un banco privado.

—¿Un secuestro?

—Sé exactamente lo que…

—Frankie, nadie hace secuestros hoy en día. Es muy jodido…

El borde del abismo. *Por favor, Jo-Jo, no me empujes hacia él.*

—Jo-Jo, la cantidad de dinero que corre hoy en día…

—Joder, Frankie. —Jo-Jo comenzó a enumerar con los dedos—. Uno: no puedes hacer un secuestro que valga la pena a no ser que se trate de alguien que está realmente forrado. Dos: en este país, cualquiera que esté forrado seguro que está bien relacionado. Tres: cuando secuestras a alguien, todos los policías que antes estaban muy ocupados, de repente dejan de estarlo y se ponen a trabajar en el secuestro. Cuatro: todos los chivatos del país irán a por la prima extra. Ya sabes lo que eso significa para gente como yo.

No lo hagas, Jo-Jo.

—Me lo he ganado, Jo-Jo. Lo sabes.

Jo-Jo se puso en pie. Caminó unos pasos, se dio media vuelta y señaló con el dedo a Frankie.

—Roba una oficina de correos o una caja de ahorros. —Remarcaba sus palabras con el dedo —. Un banco, si te ves capaz; eso está bien, con eso tienes para tus gastos. —Frankie había visto cómo procedía así con otros (ese aire arrogante, el dedo, la despreocupada e inconsciente

muestra de desprecio), pero nunca lo había experimentado en persona—. Algo tan grande… y un banquero, joder… Van a venir policías de todos lados. Y si te trincan, te relacionarán conmigo.

—Saben que desde que salí de la cárcel no he trabajado contigo, Jo-Jo, lo saben.

—Puede que lo sepan, y puede que no. Y quizá de todos modos establezcan alguna relación, o se la inventen. Para la pasma es muy tentador relacionarme con algo así, y podría verme arrastrado a algo que no controlo. Y eso no va a pasar.

Crowe se quedó allí sentado, resistiendo el impulso de desviar los ojos ante la mirada fija de Jo-Jo. Tenía saliva en la boca y quería tragar, pero Jo-Jo se daría cuenta y lo interpretaría como un signo de debilidad.

Hazlo bien, no pierdas los nervios. Pase lo que pase, quedad como amigos. El trabajo sigue adelante, aun cuando tengamos que tragar toda la mierda que luego Jo-Jo nos echará encima.

—Eso no ocurriría nunca, Jo-Jo. Tengo derecho a dar un paso al frente.

—Todos encontramos nuestro propio nivel, Frankie.

Jo-Jo se sentó. Dio otro sorbo de vino.

—Mira —dijo—, la gente hace lo que tiene que hacer para llevar la vida que le apetece. Lo entiendo. Pero a su debido tiempo.

Se le veía impaciente, como si ya no hubiera nada más que decir, como si el tiempo corriera y le esperara un libro apasionante. Sus pies seguían veloces el ritmo de una música que solo él podía oír. Habló con el tono de un hombre resignado a tomarse sus responsabilidades en serio.

—Cuando empiezas, Frankie, quieres hacerlo todo, y multiplicado por diez. Mujeres, bebida, juego, viajes, ir a todas partes, hacerlo todo. En esa fase de la vida tienes sueños, ambiciones. Cuando eres joven crees que puedes hacer cualquier cosa, y eso está bien. —Levantó un dedo—. Pero cuando llegas a cierta edad, Frankie, tienes que conocer tus límites. Has de vivir dentro de ellos.

Jo-Jo abarcó el jardín con la mano.

—Aquí es donde paso casi todo el tiempo. Ya no tengo sueños, Frankie. No estoy para chorradas. Procuro no ser un problema para nadie. Hago lo que sé hacer. Dinero, consejos, relaciones. Hay una docena de negocios en esta ciudad que se habrían ido al garete de no ser por mí, y de muy pocos he sacado lo que me correspondía. Leo libros, escucho música. Los viejos amigos vienen a visitarme. Llevo a mamá a un restaurante, lo pasamos bien con los nietos. Vigilo el negocio. Y lo último que quiero es que alguien a quien aprecio se convierta en un problema que no necesito. —Volvió a asomar el dedo, esta vez en un gesto enfático—. Ya tienes una edad, Frankie, como para saber qué se te da bien, qué es lo que te importa.

Negó con la cabeza.

—Si sigues soñando demasiado, te convertirás en un estorbo. Lo siento, Frankie.

Jo-Jo cogió la copa de vino.

—Esto no es justo —dijo Crowe.

—Ya lo sé, pero así están las cosas.

Crowe no quería parecer desesperado, pero no se le ocurría nada más. Dijo lo que no quería decir, lo que siempre había sido algo tácito entre ellos.

—Me lo debes, Jo-Jo. Aquel día que casi te pelan…

—Ya lo sé, Frankie, y te lo agradezco. Eres un tío cojonudo. Pero eso no me ciega. —Dejó el vino sobre la mesa, se inclinó hacia delante, con las palmas de las manos sobre las rodillas y

habló sin alterarse—. Necesitas a alguien que te guíe. Tú eres un arma, Frankie. Y un arma… un arma es algo que hay que saber apuntar. Que hay que guiar. Dirigir.

—Utilizar.

Jo-Jo se lo quedó mirando un instante; a continuación, negó con la cabeza.

—No hace falta ponerse impertinente. Todos encontramos nuestro propio nivel. Tienes una buena manera de ganarte la vida. Queréis dar un paso adelante, buena gente como tú y Martin… Siempre tendréis un lugar en mi equipo.

Un mandado.

Frankie no levantó la voz.

—Estoy organizando este asunto. Y si eso te supone algún problema…

—Vete.

Jo-Jo recogió el libro.

—No necesito tu bendición de los cojones, Jo-Jo.

—¡Vete!

—Lo único que necesito es que no te entrometas.

Jo-Jo volvió a cerrar el libro y se lo colocó sobre el regazo.

—*¡Vete!*

Apretó los ojos, los labios se separaron de los dientes.

—Vete. A. Tomar. Por. Culo. Frankie.

Cerca de las cristaleras, Christy avanzó un par de pasos. Tenía la mano derecha en la espalda, bajo la camisa holgada. Jo-Jo levantó la mano, haciéndole un gesto a Christy para indicarle que no interviniera.

—Frankie se marcha —dijo—. ¿Verdad, Frankie?

Crowe tragó saliva.

—Lamento haber perdido los nervios. De verdad, Jo-Jo. No quería ofenderte. Mis disculpas. ¿Podemos volver a hablar del asunto?

Jo-Jo pareció pensárselo. Asintió.

—Claro que sí, deja que pase más o menos un año y hablaremos.

Más o menos un año.

—Muy bien. Escucha, nada de malos rollos. —Crowe despreció su repentina urgencia por limar asperezas.

—Claro que no —dijo Jo-Jo, y la frialdad de su tono desmintió sus palabras—. Ven a verme y hablaremos. De momento, Frankie, creo que es mejor que nos demos un tiempo. —Cuando Crowe se puso en pie, Jo-Jo comenzó a hojear el libro de Grisham en busca de la página en la que se había quedado.

En la cocina, Crowe le pidió a Christy un vaso de agua. Dio unos sorbos y respiró profundamente procurando calmar los nervios que le tensaban los músculos de la boca.

—La he cagado —susurró. Dejó el vaso en la encimera de la cocina y se lo quedó mirando.

Christy se encogió de hombros.

—No es nada personal, tío.

—Me lo debe, Christy. Todo el mundo lo sabe.

—Ya sé que puede ser un auténtico capullo, Frankie, pero Jo-Jo tiene que ver las cosas en perspectiva. Él no…

Crowe golpeó a Christy en la garganta con el borde de la mano derecha. Christy se tambaleó, jadeando. Se llevó las manos a la garganta. Crowe le dio una patada en los huevos. Christy emitió un sonido ronco y fuerte y cayó al suelo. Crowe levantó el pie derecho y lo dejó caer sobre la cabeza de Christy. Se oyó un crujido de huesos aplastados. El guardaespaldas se quedó inmóvil.

Crowe se agachó, sacó el pequeño revólver negro que Christy llevaba en una funda, en la parte de atrás del cinturón, y volvió a salir al jardín amartillando el arma.

Jo-Jo ya se había puesto en pie, tenso. Cuando vio a Crowe, dejó caer el libro y levantó la silla.

—¡Frankie, estás como una cabra!

Crowe apretó el gatillo una vez, dos —sin dejar de caminar a buen paso hacia Jo-Jo—, tres, y dos manchas de sangre aparecieron en el pecho de Jo-Jo, y una tercera en el estómago. Derribó la mesa al desplomarse.

Crowe llegó hasta su lado.

Jo-Jo yacía boca arriba, herido pero todavía vivo y muy asustado. Tenía la cara cenicienta, le temblaban los labios. Cada vez que respiraba se oía un áspero ruido de succión. Levantó la mirada hacia Frankie.

—Jesús —dijo.

Crowe apuntó con el revólver a la cabeza de Jo-Jo.

—Todos encontramos nuestro nivel, ¿verdad, Jo-Jo?

Se oyó un chillido.

Crowe levantó la cabeza y vio a la madre de Jo-Jo junto a la ventana abierta de un dormitorio. La mujer volvió a chillar.

Crowe seguía mirando a Pearl, mirándola a los ojos, mientras apuntaba con el revólver a la cabeza de Jo-Jo. Apretó el gatillo. Un segundo antes Jo-Jo era un revoltijo tembloroso de músculo y sangre, y en sus ojos llameaba el miedo y el odio. Cuando Crowe volvió a mirarlo, tenía un agujero en la frente, un vacío en los ojos y su cuerpo estaba tan inerte como un vestido desechado.

Crowe se quedó allí varios segundos, hasta que el grito de Pearl —*¡Nooooo!*— desgarró la niebla que por un momento lo había rodeado. Levantó los ojos hacia la ventana del dormitorio. Pearl seguía chillando y, con una sacudida, desapareció en la habitación.

Crowe se movió deprisa. Volvió a entrar en la casa, saltó por encima de Christy, atravesó corriendo la cocina, cruzó el vestíbulo y subió las escaleras de dos en dos. Abrió de una patada el primer dormitorio que encontró. Nada, habitación equivocada.

Cuando llegó al dormitorio de Pearl, esta había conseguido atrancar la puerta con algún mueble. Crowe empujó con fuerza y se oyó otro chillido cuando la puerta se abrió y el mueble —era una cómoda— se volcó.

Pearl estaba en el suelo, y la cómoda le había atrapado un pie. Unos ruidos no muy fuertes le salían de la garganta. Enfrentada al asesino de su hijo, liberó el pie e hizo un esfuerzo para levantarse.

—¡Jesús, María y José! Frankie…

Crowe vaciló. Desde su posición a cuatro patas, Pearl lo miró a los ojos, y en la expresión de la anciana vio una mezcla de rabia y astucia.

Con la mano izquierda, Crowe cogió de la cama una bata amarilla satinada y la echó por encima de la cabeza de Pearl. Esta gritó y se puso en pie. Crowe acercó el revólver al bulto de su cabeza y disparó una vez. Un rosetón de sangre brotó de la bata y la anciana se derrumbó al instante.

Crowe bajó las escaleras.

En el vestíbulo, mientras se acercaba a la puerta principal, escondió la pistola y procuró recobrar la compostura. Se cubrió los dedos con la manga de la chaqueta e hizo girar el pomo de la puerta principal sin dejar ninguna huella. A continuación se acordó del vaso. Entró en la cocina, volvió a pasar por encima de Christy, encontró el vaso que había utilizado, lo vació y se lo metió en el bolsillo. Regresó al vestíbulo y, con el mismo cuidado de antes, abrió la puerta.

Oyó un gruñido a su espalda.

En la puerta de la cocina, Christy —apenas consciente— intentaba ponerse en pie, pero sus manos no conseguían apoyarse en la puerta ni en las paredes. El lado izquierdo de su cara era una lámina de sangre. Tenía el ojo cerrado y la boca comprimida. El otro ojo le lanzó una mirada feroz a Crowe.

Crowe sacó el arma del bolsillo y cruzó el vestíbulo entre el taconeo de sus zapatos sobre el suelo de mármol negro.

Crowe no le contó a Martin Paxton lo ocurrido hasta media hora más tarde.

—Vámonos —dijo cuando se metió en el coche, respirando agitadamente mientras Paxton salía del barrio. Mientras conducía, Paxton se volvió un par de veces hacia su amigo, pero no dijo nada. Frankie se frotaba la frente con fuerza con el pulpejo de una mano.

Al cabo de un rato Crowe comprendió que todavía tenía la pistola de Christy. Encontró una servilleta de papel y limpió el arma. Se detuvieron en un puente del Canal Real y Crowe salió y se inclinó sobre el parapeto mientras Paxton seguía conduciendo y lo esperaba en una calle lateral cercana. Crowe miró a su alrededor, comprobó que nadie lo viera y dejó caer el arma y el pañuelo de papel al agua. A continuación sacó el vaso de la cocina de Jo-Jo del bolsillo. Lo hizo añicos contra el interior del muro del parapeto y vio cómo los trozos caían al agua. Crowe corrió hacia el coche y se dirigieron hacia Finglas.

Al cabo de un rato Paxton preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Nada —dijo Crowe.

Aparcaron en los jardines de una iglesia de Finglas y bajaron en silencio la ladera hasta llegar a un espacio abierto alargado, empinado y pelado que quedaba justo al sur del barrio. El espacio verde que quedaba entre Finglas y Cabra West había sido antaño una amplia extensión llena de hondonadas y bosquecillos en los que los chicos del lugar encontraban aventuras. De niños, Frankie y Martin habían jugado a indios y vaqueros en aquella zona, junto al canal, bajo el puente y donde antes estaba la piscina pública. Jugaban a *rounders*, fútbol o *hurling*[4], se peleaban, a veces entre ellos, y cuando se hicieron mayores, en esos campos hicieron lo que hacen los jóvenes cuando tienen novia. Ahora, el polígono de viviendas había ido estrechando la zona verde y ya solo quedaba aquella extensión, donde de vez en cuando se realizaba un partido

de fútbol y donde los vaqueros de ciudad adolescentes de vez en cuando soltaban sus maltrechos caballos.

Allí fue donde Frankie Crowe —que todavía se recuperaba del subidón de sustancias químicas que le habían corrido por las venas durante los asesinatos— le contó a Martin Paxton lo que había ocurrido.

Paxton estuvo más de un minuto sin decir nada. Simplemente se acuclilló y comenzó a arrancar briznas de hierba. Al final exclamó:

—Cristo bendito, Frankie, qué cojones.

—Ya lo sé.

—Esto no tenía que ocurrir.

—Pues ha ocurrido.

—Esto lo cambia todo.

—No cambia nada.

—¿Qué demonios haremos ahora?

—Nada. No haremos nada. Nada nos relaciona con esas muertes.

Paxton se incorporó, apartando las briznas de hierba de sus dedos. Esforzándose para recuperar su voz normal, dijo:

—De eso no puedes estar seguro, Frankie. A lo mejor alguien te ha visto salir de la casa. A lo mejor Jo-Jo le había contado a alguien que iba a verse contigo. Estas cosas siempre se le escapan a uno.

—Nadie me ha visto.

—Cristo, Frankie, tampoco era el fin del mundo que Jo-Jo te dijera que no. Podríamos haber hecho otra cosa, algo que él hubiera aceptado.

Crowe emitió un sonido burlón.

—Lo único que hubiera aceptado Jo-Jo habría sido que nos inclináramos delante de él y le dijéramos que sí a todo. Si seguíamos adelante, y él decía que no, quién sabe lo que habría hecho. A lo mejor nos habría delatado. Habría hecho correr la voz de que estábamos forrados, y no le habría sabido mal que nos liquidaran. —Abrió ampliamente los brazos—. Ahora jugamos en una liga diferente, Martin. Y eso significa hacer lo que he hecho. Y cualquiera que se entrometa acabará igual. Esa es la diferencia. Estar dispuesto a cargarse a cualquiera que se entrometa.

Frankie caminó unos cinco o seis metros y se detuvo. Todavía no había acabado de calmarse. Cuando volvió junto a Martin dijo:

—Esta es la diferencia entre ser un pringado y alguien que cuenta. Estar dispuesto a cargarse a cualquiera que se entrometa.

—Frankie, todavía no hemos hecho nada, tampoco es que…

Crowe se acercó hasta quedar muy cerca de Paxton y le habló a la cara en voz baja.

—A partir de hora, nuestro objetivo es un sujeto gordo y blando que cagará dinero en cuanto vea una pistola. Hemos hecho los deberes, conocemos la casa, la rutina. Hemos reunido un equipo, y el dinero está ahí para cogerlo. —Se apartó de él e hizo el gesto de aplastar una mosca —. Lo de Jo-Jo no se ha podido evitar. Ha ocurrido. No debería, pero ya no hay vuelta de hoja. Ya está, Martin, el tiroteo ha terminado. A partir de ahora estamos tratando con ciudadanos de a pie y el trabajo no podría ser más simple. No puedes echarte atrás, Martin.

De su silencio, un desconocido podría haber imaginado que Paxton se lo estaba pensando, que estaba tomando una decisión. Pero esa decisión ya la había tomado hacía mucho tiempo. Paxton intentó sonreír, pero no lo consiguió.

—No me estoy echando atrás, Frankie. Lo único que digo es que, Cristo… —Y a continuación—: Bah, a la mierda.

De repente, a Crowe se le vio animado y lleno de energía. Se pasó los dedos por el pelo.

—No puede ser esta semana, ¿verdad? Ahora no, después de lo que ha pasado. Quiero decir que a algunos les va a dar un infarto. Tenemos que posponerlo al menos una semana. Que la cosa se calme, ¿vale?

—Vale —dijo Paxton. A continuación, porque tenía que preguntarlo, dijo—: Dime la verdad, Frankie. —Vaciló, sin saber muy bien cómo se lo tomaría Crowe—. Dime la verdad. Cuando entraste, cuando entraste a ver a Jo-Jo, ¿lo tenías en mente? ¿Ya lo tenías decidido si él…?

—No —contestó Crowe, negando enérgicamente con la cabeza—. No, te lo juro, Martin. No fue así. Simplemente ocurrió. *Ocurrió*.

Paxton se quedó callado unos momentos, y al final solo dijo:

—Vale.

Crowe aspiró larga y profundamente, y cuando habló su voz apenas fue un susurro:

—No creo, Martin. Si he de ser honesto contigo, no lo creo. Creo que simplemente ocurrió.

Paxton no dijo nada. Al cabo de un momento extendió el brazo y tocó a Frankie en el hombro.

Ya se iban de aquella zona verde cuando Crowe recordó algo. La energía que lo había invadido parecía haberse disipado.

—Lo que ha ocurrido con Jo-Jo. Solo tú y yo sabemos lo que ha pasado, Martin. Que nadie más se entere. No le digas una palabra ni a Dolly ni a Brendan. No es algo que tengan que saber.

—Claro que no —dijo Paxton.

—Les diremos que ha surgido una pequeña complicación, que la rutina del objetivo ha cambiado, y que tenemos que aplazarlo una semana o dos. A Milky le contaremos lo mismo, ¿vale?

Martin Paxton asintió.

De nuevo en silencio, los dos amigos regresaron lentamente hacia la iglesia y el coche. De perdidos, al río.

Capítulo 8

El funeral terminó cuando el sacerdote de la parroquia dio las gracias a los presentes por haber asistido y les recordó que el entierro de Jo-Jo Mackendrick y su madre tendría lugar a la mañana siguiente, después de la misa de diez. Todo el mundo comenzó a presentar sus respetos. El pasillo central estaba lleno, y la gente formaba una cola que avanzaba lentamente desde la parte posterior de la iglesia hacia el altar. La misa vespertina de cuerpo presente en la iglesia de St. Anthony de Clontarf había contado con una asistencia excepcional.

Justo delante del comulgatorio, uno junto al otro sobre unos caballetes metálicos, se veían los dos ataúdes. La familia de Jo-Jo estaba sentada en la primera fila, y recibía las condolencias de toda aquella hilera de asistentes. Aunque avanzaba lentamente, la cola apenas se acortaba, pues a medida que los que llegaban iban presentando sus respetos a la familia y regresaban por los pasillos laterales, se iba añadiendo más gente al final.

Delante de la iglesia había media docena de robustos policías de uniforme que no se esforzaban en aparentar ningún respeto. Desde el otro lado de la calle, en el paseo marítimo, cuatro detectives de inteligencia criminal observaban a los asistentes al funeral a medida que llegaban a la iglesia, por si era posible sacar alguna conclusión del hecho de que algunos miembros del ramo se presentaran y otros no. Pero de momento, nada. En los seis días transcurridos desde los asesinatos de Jo-Jo, Pearl Mackendrick y Christy Powell, la policía había interrogado metódicamente a los restantes miembros de la familia y a los amigos y socios de Jo-Jo sin el menor resultado. Era difícil saber si la gente de Jo-Jo creía deber lealtad a algún código del hampa o si realmente no sabían nada. También habían interrogado a los vecinos, y a todos los confidentes de la zona norte se les había concedido la oportunidad de aumentar su crédito entre la policía, pero nadie tenía nada útil que contar. Las autopsias no revelaban nada importante. Aunque la policía científica había peinado la casa durante tres días sin que se le pasara ni un detalle, pronto quedó claro que no tenían gran cosa por donde empezar.

—¿Cuál es la hipótesis más probable? —preguntó el comisionado adjunto Colin O'Keefe en una reunión de inspectores mientras repasaba el caso la tarde del funeral.

El investigador principal parecía incómodo.

—Un pistolero, probablemente. Contratado por… probablemente por alguien a quien Jo-Jo le había tocado los huevos.

—¿Indicios?

—Estuvo bien planeado. Entraron y salieron sin dejar rastro ni ningún testigo. Muy profesional.

—¿Candidatos?

—Ninguno que sea evidente. Jo-Jo mantenía buenas relaciones con casi todos los operadores de la zona norte. Y no intervenía prácticamente nada al otro lado del río, al menos no en los últimos años. Si había tenido un problema grave con alguien, o lo había solucionado o lo había hecho desaparecer del mapa.

—¿Y el IRA? Eso dicen algunos periódicos.

—Es posible. Un par de miembros tuvieron un encontronazo con Jo-Jo, pero eso fue hace cinco o seis años, y creíamos que estaba arreglado.

O'Keefe se volvió hacia un oficial de la Brigada Antiterrorista.

—¿Tiene algo que contarme?

—Los del IRA tienen muy buena memoria. Nuestros contactos dicen que definitivamente no es nada oficial, y les creo.

—¿Pero?

—Pero eso no significa que algún fanático chalado no le guardara rencor por algún asunto privado.

Un inspector al que habían ascendido hacía poco se inclinó hacia delante y esperó a que O'Keefe le hiciera seña con la cabeza para hablar.

—Ahora hay todo un surtido de bandas, señor, pequeños grupos, tipos duros que tienen prisa. Gente que considera que los tipos como Jo-Jo son dinosaurios. Creo que lo más probable es que a alguien le diera por ahí.

—¿Algún candidato?

El inspector puso cara de que habría sido mejor no abrir la boca.

—Podría ser cualquiera… no sé… hay docenas de candidatos.

—Resumiendo lo que sabemos con certeza —dijo O'Keefe—: se trata del trabajo de un profesional, de alguien que estaba al acecho. ¿De acuerdo?

Recorrió con la mirada a los presentes. Nadie dijo nada.

O'Keefe suspiró.

—O, por decirlo de otra manera… lo que sabemos con certeza… A la mierda.

Los asesinatos habían monopolizado los titulares durante varios días, y los periódicos de aquella mañana mostraban una foto de la incineración de Christy Powell en un cementerio de Glasnevin el día anterior. En la foto aparecía la novia de Christy con sus dos hijos. Justo delante, los hermanos y amigos de Christy transportaban el féretro. Los políticos no los presionaban para que obtuvieran ningún resultado. El ministro de Justicia había hecho una declaración afirmando que no toleraría semejante brutalidad, y la oposición había afirmado que el crimen estaba fuera de control. Los periódicos incluían páginas de detalles morbosos, algunos de ellos auténticos, pero la historia ya estaba perdiendo interés. Ningún civil había resultado herido, había sido un asunto interno entre bandas, de manera que la opinión pública consideraba que aquellos asesinatos eran más excitantes que espeluznantes. El principal periodista investigador de la ciudad había escrito un artículo fidedigno, basado en fuentes policiales y del hampa, que achacaba el asesinato a un gánster adolescente, un antiguo empleado de McDonald's que trabajaba de sicario para una banda que pisaba fuerte en Dolphin's Bar. Por razones legales, y para añadir un toque de *glamour*, el periodista había bautizado al supuesto asesino como «el

Chef». En cuanto acabaran los funerales, la historia quedaría aparcada. Si alguna vez acusaban a alguien, o surgía alguna nueva hipótesis, el caso se podría revivir para entretener al público.

Casi todos los amigos de Jo-Jo acudieron al funeral, y también algunos de sus enemigos. Socios comerciales, tanto de negocios legales como ilegales, alternaban con vecinos, miembros del club de golf de Jo-Jo y chavales del club de la Asociación Atlética Gaélica donde había jugado a *hurling* cuando era joven. Había muchos ancianos de su antiguo barrio, donde Pearl y sus hijos eran venerados como gente que había sabido prosperar. Se presentaron dos monjas que habían sido vecinas suyas. Durante varios años Jo-Jo había financiado sus programas para llevar comida a los pensionistas que habían tenido mala suerte. También había muchos mirones. Algunos enfocaron sus cámaras desechables cuando los féretros entraron en la iglesia. También estaba la prensa, que utilizaba teleobjetivos desde una buena distancia. Meses antes, en otro funeral del mundo del hampa, un fotógrafo se había acercado demasiado y le habían roto tres cámaras y un brazo.

Frankie Crowe estaba a mitad del pasillo, dejándose arrastrar por la cola. Unos metros más adelante divisó a Oscar Waters, con el que había trabajado un tiempo al salir de la cárcel. El socio de Waters, Shamie Cox, había ingresado en la cárcel hacía poco para cumplir tres años. Menudo par de pringados habían resultado ser esos dos.

Los ataúdes estaban cubiertos de flores y de recordatorios. Todo un lado del altar estaba inundado de coronas y ramos, amontonados en hileras. En el centro se veía una corona en la que podía leerse «Abuelo».

En la primera hilera de bancos, a la derecha del altar, Lar Mackendrick recibía a todos los que iban llegando con un apretón de manos y un gesto con la cabeza. Permanecía casi todo el tiempo sentado, y solo de vez en cuando se levantaba, apoyándose en el pasamanos de delante.

De tanto en tanto, cuando algún miembro de la familia susurraba algo a un amigo, la cola se detenía más o menos un minuto. Frankie vio que Oscar Waters le estrechaba la mano a Lar y avanzaba para dar el pésame a los hijos adultos de Jo-Jo.

Ninguno de los tres retoños de Jo-Jo estaba involucrado en el negocio familiar, y todos parecían un tanto turbados y fuera de lugar. Iban estrechando la mano de los amigos de su padre y aceptaban el pésame, pero ellos representaban solo su propio dolor. Quien aceptaba el reconocimiento formal de la pérdida familiar, y el respeto al estatus familiar, era su tío Lar.

Tras otro par de minutos arrastrando los pies, Frankie se vio tendiendo la mano y suspirando las frases de rigor.

—Frankie Crowe, eres un buen hombre. —Lar Mackendrick no solamente le estrechó la mano, sino que se puso en pie y abrazó a Frankie. Tenía la pechera de la camisa manchada de carmín, vestigio de un abrazo anterior. Lar había procurado apurar el afeitado, pero era difícil con una barbilla tan áspera. El blanco de los ojos estaba veteado de diminutos arroyos encarnados, y le sudaba la frente. Tenía la cara como en carne viva. Llevaba un traje caro, pero demasiado estrecho para su corpachón. Se había aflojado la corbata y desabrochado el botón de arriba. A su lado, su esposa Mary no dejaba de mirarlo, como si temiera por él.

—Siento mucho lo que estás pasando, Lar. Ha sido espantoso. Terrible —dijo Frankie.

Lar aferró con ambas manos la mano derecha de Frankie.

—De vez en cuando recordaba lo que pasó aquella noche, Frankie, cuando esos cabrones se presentaron en la casa con sus escopetas. Ojalá todos fueran tan de fiar como Frankie, eso es lo

que me dijo muchas veces.

Frankie permaneció callado, hasta que comprendió que le tocaba hablar.

—Fue muy bueno conmigo —dijo—. Jo-Jo era un buen amigo.

La voz de Lar sonó como si algo en su interior se hubiera estirado tanto que sangrara.

—Los dos, Frankie. Jesús, los dos, irse así.

A Frankie le escocían los ojos.

—No hay palabras, Lar. Si hay algo que pueda hacer, ya sabes.

Lar asintió. Siguió agarrando la mano de Frankie, como si fuera un fragmento de la vida de su difunto hermano.

—Gracias por venir, Frankie —dijo—. Hablamos por la mañana, ¿vale?

Frankie asintió y Lar le soltó la mano y se sentó. Frankie le estrechó la mano a Mary y a los hijos de Jo-Jo y siguió avanzando, y la cola tras él. También les dio el pésame y les estrechó la mano a otros parientes, algunos de los cuales ni reconoció. Tenía lágrimas en las mejillas, y se las secó con el dorso de la mano. Mientras recorría el pasillo lateral, se dio cuenta de que la gente lo miraba, y se sintió orgulloso de que lo hubieran recibido como a un íntimo de la familia delante de todo el mundo.

Frankie estaba impaciente por asistir al entierro la mañana siguiente. Le gustaba la idea de mezclarse con la familia, de que vieran que estaba bien relacionado. Pero todo tenía un precio. Después de la misa y el ritual en el cementerio se celebraría el inevitable e ineludible velatorio en algún hotel, y bebería tanto que al día siguiente estaría fuera de combate. Pero tampoco pasaba nada, porque el secuestro no estaba programado hasta dentro de seis días.

Capítulo 9

En el pasillo del Tribunal de Distrito, una mujer se abrió la blusa y le ofreció el pecho a su bebé. Un policía de uniforme, joven y escuálido, con las manos entrelazadas a la espalda, se la quedó mirando un momento, hasta que avanzó hacia la mujer y le dijo que saliera. La mujer le contestó que tuviera compasión, y su hermano, un fajo de animadversión musculosa de metro sesenta, se acercó al agente y le dijo que no tocara los cojones. La mujer le dijo al hermano que se marchara, que no pasaba nada, y siguió amamantando al niño.

El agente miró a su alrededor, como si considerara a cuál de los ocho colegas que merodeaban por el pasillo era mejor llamar para que lo ayudara a restaurar la ley y el orden.

Sentado en un banco a varios metros de distancia, el sargento de detectives Nicky Bonner farfulló: «Capullo». A su lado, el inspector John Grace levantó la mirada del crucigrama del *Evening Herald*, estudió la situación y asintió.

Eran casi las siete de la tarde, y todos los que habían acudido al Tribunal de Distrito —policías, abogados y civiles— rondaban por allí a la espera de que el jurado llegara a un veredicto. Por lo demás, el complejo de Four Courts ya estaba cerrado.

John Grace contempló a la mujer que amamantaba al niño: la curva del pecho nutricio apenas era visible entre la cara del bebé y el borde abierto de la blusa color rosa. Dolores Payne era una raterilla cuyo ritmo de trabajo mantenía ocupado al menos a medio turno de una de las comisarías del centro. Estaba allí para dar apoyo moral a su novio, el acusado en el caso de homicidio del que John Grace, en calidad de agente investigador superior, se había ocupado en los últimos tres días.

Era un caso de lo más estúpido, uno de esos crímenes que no benefician a nadie y que llenan más celdas que cualquier golpe perfecto. Cuando se acercaba la hora de cierre en el local del acusado, alguien se había cachondeado de alguno de los presentes, otro había calificado al gracioso de hijoputa, alguien había empujado a alguien y los más sensatos habían abandonado el *pub* a toda prisa. El novio de Dolores, que se veía como el Don Jefazo del lugar, había intervenido para poner paz. Uno de los contendientes, un primo lejano, le había dicho que se fuera a tomar por culo, y cuando la policía había llegado había tenido que separar a Don Jefazo de su pariente. Décadas de resentimiento familiar apenas recordado surgieron de la nada, y como resultado el primo lejano recibió una serie de sangrientos puñetazos que lo tuvieron seis días en cuidados intensivos hasta que de repente sintió un estremecimiento, se despertó y le dijo a la enfermera que estaba cambiando un vendaje: «Dile a Sheila que quiero verla». A continuación, cerró los ojos y murió. No tenía ninguna pariente llamada Sheila, ni ninguna amiga, vecina ni

compañera de trabajo con ese nombre; en el hospital no trabajaba ninguna Sheila; su mujer se llamaba Marian, y nadie en la familia sabía quién podía ser esa tal Sheila.

Para los detectives de la comisaría de Turner's Lane, el caso se había limitado poco más que a presentarse y arrestar al tipo al que todo el mundo señalaba: Don Jefazo. Esos homicidios estúpidos eran tan antiguos como el alcohol. Era una de las ocho agresiones graves a las que se habían enfrentado los detectives de Turner's Lane aquella semana. Era la única que había tenido un desenlace fatal.

—Es la nueva Irlanda —decía siempre Nicky Bonner—. Desde que somos prósperos, todo el mundo está más tenso y cree que su jornada no ha terminado hasta que no ha cogido una buena curda. —Nick tenía una teoría—. Antes la Iglesia ponía freno a todo. Pero ya no. Ahora ya no hay límites. Incluso los del IRA llevan traje y discuten el producto interior bruto. Ahora todo tiene que ver con el dinero, con coger tu parte y un poco de la del vecino.

La gente iba más acelerada. Unas cuantas pintas, quizá un par de rayas en los lavabos, unas pintas más, y todo iba más deprisa, era más estruendoso, más al límite. Los detectives de Turner's Lane cada vez tenían más trabajo: mujeres maltratadas, chavales borrachos que estampaban su coche contra un muro, jóvenes decididos a reafirmar su individualidad dando una paliza de muerte a cualquiera que los mirara un poco mal.

El caso que ahora juzgaba el Tribunal de Distrito era de los que antiguamente se clasificaban como agresión con resultado de lesiones corporales. Pero hoy en día esa clase de delitos solía acabar en homicidio, con lo que los agentes se enfrentaban a largas horas de tedio mientras esperaban que el jurado llegara a un veredicto.

Como se enfrentaba a una larga temporada a la sombra, Don Jefazo había decidido ir a juicio, contando con la remota probabilidad de que los picapleitos pudieran obrar un milagro. Su defensa —que simplemente se protegía contra un ataque no provocado— podría haberse sustentado si no hubiera propinado casi todos los golpes mientras la víctima estaba inconsciente.

El marido de Dolores, uno de los yonquis más simpáticos y atentos de North Strand, había sucumbido a una de las oleadas de sida que habían asolado a los heroinómanos de la ciudad. Su novio actual, el beligerante Don Jefazo, también era VIH positivo, al igual que el agresivo hermano de Dolores, la novia de este y su hija mayor, de seis años. Dolores y sus dos hijos habían esquivado el virus. A ojos de John Grace, Dolores se podía considerar técnicamente una delincuente habitual, pero lo cierto es que era una persona bastante decente que hacía lo que podía con una de las pocas opciones de ingresos que tenía a su alcance. Para complementar lo que ganaba mangando en las tiendas, de vez en cuando obtenía un poco de dinero extra vendiendo información a la policía.

El joven agente regresó para seguir metiéndose con Dolores. Dijo algo acerca del decoro público.

—Cristo —exclamó Nicky Bonner con un suspiro. Se puso en pie (era un hombre de considerable estatura) y se dirigió hacia el joven policía caminando con las manos en los bolsillos del pantalón de su traje gris, con aire de portero de discoteca, trabajo que había desempeñado durante sus primeros años en el cuerpo, cuando el sueldo de agente no le llegaba. Sonrió mientras se acercaba al flaco agente y tomó a ese exponente de la ley y el orden por el brazo. Nicky se inclinó hacia delante y le dijo algo al oído. A continuación se dio la vuelta, asintió con la cabeza a Dolores y regresó a su asiento. El joven agente se quedó impávido unos

momentos, la cara como un tomate. Miró en dirección a John Grace, y a continuación miró su reloj con muchos aspavientos y rápidamente se fue por el pasillo hacia los lavabos.

Nicky se reclinó hacia atrás y dijo:

—Cuatro horas. Eso es una buena señal.

John no dijo nada. Era de la misma estatura que Bonner, pero menos corpulento. Aunque frisaba los cuarenta y cinco, en su cara había una placidez que lo hacía parecer más joven. Desde sus primeros años en el cuerpo, le había desagradado la impresión de persona sensible que sugerían sus rasgos suaves. Aquellos días, tenía el pelo prácticamente canoso y lo llevaba casi al rape, lo que añadía un aire paternal a sus rasgos amables. Concluyó que el hecho de tener una cara que insinuaba más comprensión de la que sentía a lo mejor le servía de ayuda con los delincuentes más cortos de entendederas.

—Si fueran a absolverlo —dijo Nicky—, ya lo habrían hecho. ¿No te parece?

—Nos quedamos sin cuando se seca el tanque americano.

—¿Perdona?

—Tres horizontal. Nos quedamos sin cuando se seca el tanque americano.

—No me toques los…

John bajó la mirada hacia el crucigrama.

—Los jurados son como el tiempo que hará el verano que viene, ya lo sabes. Las predicciones son para los tontos. Siempre es al cincuenta por ciento. Que el jurado tarde días en llegar a un veredicto puede ser bueno o malo. Que regresen a los diez minutos puede ser bueno o malo.

—Pues yo creo que cuanto más tarden, mejor.

—A lo mejor tienes razón. O a lo mejor no. Cincuenta-cincuenta.

No le veía la gracia a tener que esperar el veredicto del jurado. El placer de tomarse un café en los *pubs* cercanos pronto desaparecía, y luego todo se reducía a deambular por los pasillos del tribunal, acumulando tiempo muerto. Aun cuando el jurado tomara una decisión rápidamente, por lo general les gustaba hacer esperar un par de horas para que nadie pensara que no se tomaban su deber en serio. Esperar el veredicto de un jurado, que podría tardar cinco minutos o cinco horas, era la mejor receta para acabar teniendo acidez estomacal, a no ser que encontraras una manera de abstraerte completamente.

—Gasolina.

—¿Perdona? —dijo Nicky Bonner.

—Nos quedamos sin cuando se seca el tanque americano —dijo John Grace—. Tres horizontal. Gasolina. —Lo escribió en el crucigrama.

Apareció en la puerta el funcionario del tribunal y levantó los pulgares.

Grace y Bonner se pusieron en pie, Dolores devolvió la teta al interior de su blusa, el novio se frotó las manos y todos comenzaron a circular hacia la sala.

Grace observó cómo Don Jefazo arrastraba los pies hacia su destino. Un hombrecillo robusto con la boca formando un puchero. Desde la pelea en el *pub*, el pobre diablo casi había sufrido una crisis nerviosa, y surgieron dudas acerca de si se hallaba en condiciones de enfrentarse a un juicio. Grace sentía lástima por ese estúpido desgraciado. Meterlo en la cárcel no le haría bien a nadie. Claro que era un peligro para la sociedad. Igual que casi todo el mundo que cogía una cogorza, pero no podías meterlos a todos entre rejas. Sin embargo, ese era el trabajo. Si le dan

una paliza a alguien y muere, la ley ordena que arrestes al agresor y lo lleves delante de Su Señoría. Los cargos deberían ser estupidez y mala suerte, pero no hay leyes contra cosas así, por lo que el cargo que más se acerca es homicidio.

—Ahora no parece tan listillo, ¿verdad? —dijo Nicky Bonner.

John Grace dejó escapar un gruñido.

En un banco que había al final del pasillo se veía a una mujer delgada acompañada de una pareja mayor. Se trataba de la mujer de la víctima y de sus padres. Nadie más de su familia había asistido al juicio. Se pusieron en pie lentamente, como si temieran entrar en la sala, con una cara tan descompuesta como la del acusado.

Angela Kennedy miraba el pequeño televisor situado en un extremo de la encimera de la cocina. Daban las noticias de las nueve, y hablaban de un ministro del Gobierno que negaba algo categóricamente. Angela estaba introduciendo los platos en el lavavajillas. En el comedor, Justin y los niños estaban tomando una segunda ración de tarta de cumpleaños. Angela había decidido saltársela. Había preparado la comida preferida de Justin, lasaña, y ella había tomado tan solo una pequeña porción, llenándose el plato de ensalada.

Era la primera noche en semanas que cenaban juntos los cuatro, y para conseguirlo había tenido que llegar el cumpleaños de Justin.

Sin los críos, Justin insistía en hacer caso omiso de sus cumpleaños, pues los consideraba un recordatorio inoportuno de que vivía un tiempo finito y cada día más corto. Para Luke y Saskia, que tenían ocho y nueve años, cualquier aniversario suponía una oportunidad para armar un poco de juerga, y les encantaba poder quedarse levantados hasta un poco más tarde de lo habitual. A los niños todavía les desconcertaba un poco lo aburridas que eran las fiestas de cumpleaños de los adultos. Prácticamente no había ninguna decoración, ni juegos, solo la tarta de rigor y pocas chuches.

—Los adultos pueden tener lo que quieran —dijo Saskia—. Papá podría celebrar una fiesta en una discoteca, o en un yate, podría hacer lo que quisiera. ¡Pero sus fiestas de cumpleaños son siempre tan aburridas!

Cuando Angela salió de la cocina con dos tazas de café, en la tele hablaban del veredicto en un juicio de homicidio. La puerta de la cocina se cerró detrás de ella justo en el momento en que la pantalla mostraba un hombrecillo rollizo, con la cara sudada y esposado, que entraba con cuidado en un furgón.

Una hora más tarde, los críos estaban en la cama. Era miércoles, a la mañana siguiente tenían clase y se habían quedado hasta tarde, y los dos se habían derrumbado en la cama sin que tuvieran que contarles ningún cuento ni leerles nada. En la sala de estar, sobre la repisa de la chimenea, había algunas velas encendidas. Angela estaba sirviendo la última copa de vino, Justin se había puesto el regalo de Luke —una camiseta de fútbol de la GAA de Dublín— e introducía en el reproductor de cedés el regalo de Saskia. Mientras la primera canción de los grandes éxitos de Elvis Presley sonaba por los altavoces Bose, Justin se arrellanó en el sofá y levantó la mirada hacia Angela. Admiró su vestido color burdeos, lo favorecedor del color y el corte, lo bien que le sentaba a ella y lo mucho que le gustaba a él. Extendió los brazos, ella se le acercó y se besaron, al principio con afecto y luego con pasión.

Justin movió las cejas a lo Groucho Marx y susurró:

—Ya verás cuando te pille arriba.

Angela sonrió.

—Estoy preparada. Ya limpiaré el resto por la mañana.

Justin levantó la muñeca izquierda y observó cómo la luz de las velas se reflejaba en el reloj de oro. Los sentimientos encontrados que le había despertado el regalo de Angela hacían que se sintiera un poco culpable. Durante semanas había pensado en comprarse un Patek Philippe para celebrar el acuerdo con Kwarehawk y otros dos proyectos que se encaminaban inexorablemente hacia un lucrativo final. Pero ahora que Angela le había regalado ese Rolex, comprarse el Patek ya no tenía sentido. Y qué importaba, demonios.

—Gracias de nuevo, cariño —dijo mientras sonreía afectuosamente a Angela—. Es fabuloso.

En ese momento sonó el timbre.

Capítulo 10

La idea era entrar antes de que se fueran a la cama, cuando estuvieran cansados y soñolientos, y antes de que conectaran la alarma.

—Apagan las luces a las diez y media, más o menos. Entraremos sobre las diez —dijo Frankie.

—¿Y si tienen visitas o esa noche se les ocurre salir? —preguntó Brendan Sweetman.

—Puede pasar, o que esté la canguro, no hay manera de saberlo. Si ocurre, apechugaremos.

Pero no encontraron ninguno de esos obstáculos. Frankie Crowe y Martin Paxton, los dos de traje, se acercaron a la puerta principal. En el porche había dos luces brillantes sobre sus cabezas, y una cámara de circuito cerrado que asomaba de la fachada de la casa. Dolly Finn y Brendan Sweetman esperaban en el coche.

Había ciertos riesgos. En esa fase, era absurdo llevar máscaras. Los habitantes de la casa podrían mirar las imágenes de circuito cerrado antes de abrir la puerta. Sin duda, que alguien llamara a esas horas despertaría recelos, y aun cuando la cámara de circuito cerrado tan solo estuviera allí para intimidar, la puerta quedaba enmarcada por dos estrechos paneles de cristal. Frankie llevaba gafas de montura gruesa, y Martin un bigote falso. Los disfraces no eran gran cosa, pero servían. Llegado el caso, un abogado competente podría recusar una identificación apresurada llevada a cabo de noche en la puerta.

Desde el otro lado de la puerta, una voz de hombre dijo:

—¿Quién es?

—Policía, señor. Sargento de detectives Courtney. —Habían acordado que fuera Martin quien hablara, pues Frankie tenía un acento muy marcado del norte de la ciudad—. Siento llamar tan tarde, señor, pero ha surgido un asunto importante en relación con un socio suyo. Esperábamos que pudiera ayudarnos a aclararlo.

—Cristo bendito.

Cuando el objetivo abrió la puerta, Crowe y Paxton exhibieron las identificaciones que Martin había impreso desde su portátil.

—No tardaremos mucho, señor.

La víctima, que llevaba una camiseta de fútbol de la GAA de Dublín, tejanos e iba descalzo, no se molestó en ocultar su irritación.

—¿Esto no podría esperar hasta mañana?

—La verdad es que no, señor, si nos permitiera… —Paxton realizó un gesto con la mano sugiriendo que los invitara a entrar. La víctima retrocedió unos pasos y dijo:

—Acabemos lo antes posible.

En cuanto hubieron entrado, Frankie volvió la cara, se quitó las gafas y se puso un pasamontañas. A continuación apuntó a la víctima con su pistola.

—No digas nada, no hagas nada, no te des al pánico. Quédate un momento donde estás.

La cara de la víctima estaba paralizada. Reculó un paso, cruzó los brazos, enseguida los descruzó, y luego los dejó inertes a los lados.

—No digas nada y no hagas nada —repitió Frankie—. Todo irá bien, créeme.

Martin Paxton, que ya se había colocado su propio pasamontañas y se encontraba en la puerta, enfocó una pequeña linterna hacia la calle e hizo señas encendiéndola y apagándola. Al cabo de medio minuto, Dolly Finn y Brendan Sweetman, que llevaban unos sobretodos negros y también se habían cubierto la cara con un pasamontañas, cerraban la puerta a su espalda. Dolly llevaba una bolsa de viaje en cuyo interior había dos bolsas más, la escopeta de Brendan y una muda de ropa para Frankie y Martin. Las bolsas eran necesarias porque en una casa como esa, aparte del dinero del secuestrado, también encontrarían objetos de valor.

Los cuatro secuestradores llevaban guantes. Crowe, Paxton y Finn esgrimían una pistola, y Sweetman había sacado la recortada de la bolsa. La víctima reaccionó de la manera esperada. Su postura era anormalmente rígida, y sus dedos pellizcaban los pantalones.

—¿Dónde está tu esposa?

La víctima pareció confundida.

—¿Por qué?

—¿Dónde está?

—Mire…

Crowe señaló la escopeta.

—¿Te parece que si esto soltara un petardazo saldría a ver qué ha pasado? ¿Te lo parece? Porque lo podemos probar. Y ahora, dime, ¿dónde cojones está tu mujer?

—Dentro, está dentro. Ahí, en la habitación de la derecha.

—¿Y los niños?

—Están en la cama. —La víctima respiraba profundamente, como si intentara reproducir la técnica de alivio del estrés que había leído en una revista.

Crowe se volvió hacia Paxton y le hizo seña con la cabeza. Paxton y Sweetman se movieron rápidamente por el espacioso vestíbulo, que tenía dos niveles, estaba lleno de madera oscura y dominado por una amplia escalera central. Paxton susurró en voz baja:

—Joder, esto es como *Lo que el viento se llevó*.

Encontraron a la mujer de la víctima saliendo por una puerta. Se llevó la mano a la boca y puso unos ojos como platos.

Llevaba un vestido color vino, escotado y ajustado. Martin Paxton se quedó impresionado.

La víctima se desplazó en dirección a su mujer sin dejar de hablar. Se esforzaba por dar la impresión de que acababa de descubrir la solución a un problema inesperado.

—Escuchen, creo que se han equivocado de casa. Aquí no hay nadie que les interese, nos confunden con otras personas.

El muy capullo creía que habían ido a matarlo.

—Mira —dijo Frankie, calmado y sin levantar la voz—, para que os enteréis. Esto es por dinero. No es nada personal, así que no os asustéis. No hay ninguna razón para hacer nada

drástico.

—Entrad aquí —dijo Paxton señalando la habitación de la que había salido la mujer. La víctima y su esposa se tocaron la mano un momento mientras entraban en la sala. Permanecieron muy juntos, y su mirada iba de una cara enmascarada a otra, de un arma a otra. Se les veía asustados, pálidos, incrédulos. La víctima no dejaba de mover los dedos de la mano derecha, que mantenía pegada a la pierna, como si se la lavara en un aguamanil invisible.

—¿Los niños duermen? —dijo Crowe.

La mujer, con un hilo de voz, dijo:

—Hace un rato, cuando he ido a verlos, se estaban durmiendo.

—No hagáis ruido, y ni se enterarán de que hemos estado aquí.

La mujer volvió bruscamente la cabeza cuando oyó un susurrado «¡Fiuuu!» a su espalda. Dolly Finn estaba junto a la repisa de la chimenea apagando las velas.

—¿Qué quieren? —La víctima estaba agitada, se le estaba pasando el susto—. ¿Y con qué derecho entran en mi casa, y encima armados?

—¿Dónde está la instalación de circuito cerrado, la grabadora? —dijo Crowe.

—¡Váyase a la mierda! —dijo la víctima.

—Está en el garaje. Hay que salir por la cocina —dijo la mujer.

—La alarma no está conectada, ¿verdad?

—¿De qué cojones va todo esto? —La voz de la víctima era aguda, casi descontrolada.

Crowe le dijo a Dolly Finn:

—Enséñaselo.

Finn se metió la mano en el bolsillo y sacó algo. Lo levantó y, con un chasquido, la hoja de una navaja apareció del pequeño mango negro. La sujetaba como quien no quiere la cosa.

—Ni siquiera tenemos que hacer ruido, ningún ruido, ¿entendido? —dijo Crowe—. Cualquier problema y… —Se cruzó la garganta con el pulgar.

—Mire… —dijo la mujer.

La víctima la interrumpió:

—Vale, vale, estoy bien.

—Pues no lo olvidéis —dijo Frankie. Se inclinó hacia delante—. Si cooperáis, no nos veréis la cara y no habrá razón para haceros daño.

La víctima, muy pálida, asintió. Volvió la mirada hacia su mujer, que movía la cabeza lentamente.

Frankie le dijo a Dolly Finn:

—La cinta de la cámara de seguridad. Luego busca un dormitorio que dé a la entrada y vigila. —Se volvió hacia Brendan Sweetman y señaló el teléfono inalámbrico que había en el sofá—. Deja ese y desconecta el resto. Y en silencio, no despiertes a los niños. —Los dos pistoleros salieron de la sala.

—Pongámonos en marcha. Procura que no haya sorpresas —le dijo Crowe a Martin Paxton. Y a la víctima—: Enséñale la casa a este hombre, el piso de arriba y el de abajo. Y habla solo cuando te pregunte. Si no, estate callado. Tú —se dirigió a la mujer—, siéntate y no digas nada.

La mujer se sentó en la butaca que quedaba a la derecha de la chimenea.

Martin Paxton cogió a la víctima del brazo y la llevó hacia la puerta.

—No tardaremos mucho.

La víctima se volvió hacia su mujer.

—Vuelvo en un momento. ¿Estás bien?

La mujer asintió.

—No me pasará nada. Haz lo que te digan y saldremos de esta.

—Una mujer sensata —dijo Crowe. Cuando los demás hubieron salido, dijo—: ¿Los móviles? —La mujer le dijo que el suyo estaba en el bolso, sobre una mesa del vestíbulo. El de Justin se estaba cargando en la encimera de la cocina. Frankie los encontró, se los metió en el bolsillo y se sentó en la butaca que estaba encarada a la de la mujer, con la pistola sobre la rodilla.

Casi todo el suelo estaba cubierto de una gruesa moqueta azul. Tan gruesa que casi rebotabas. Si fuera más tupida, se dijo Martin Paxton, tendríamos que ir con esquís. La misma moqueta en casi toda la casa, menos en el vestíbulo —que era todo de madera oscura, incluyendo el suelo— y los azulejos de la cocina y de los cuartos de baño. Aquella puta casa tenía más cuartos de baño que habitaciones la mayoría de casas. Uno abajo, uno en lo alto de las escaleras, y cuatro más correspondientes a cuatro de los seis dormitorios.

La cocina era ancha y alargada, con una mesa y sillas a un lado. Casi toda la pared exterior de la cocina era un gran ventanal que daba al jardín, cuyos límites ahora estaban marcados por unos faroles que daban una luz tenue.

Paxton tuvo la impresión de que la víctima era incapaz de ocultar su orgullo mientras le enseñaba la casa a su secuestrador. En primer lugar, fueron a ver los coches. Cruzaron la cocina y por una puerta salieron a un gran garaje. Allí había dos coches, un Saab y el Mercedes en el que la víctima había llegado a casa las noches en que lo habían estado vigilando. La víctima abrió una puerta lateral del garaje y le enseñó a Paxton un Land-Rover aparcado en un pasaje que quedaba paralelo al seto.

—Cogeremos el Saab —le dijo Paxton a la víctima, que asintió como si fuera evidente que coger el Saab era lo más sensato. Probablemente adora el Mercedes. Y desde luego, era la clase de coche molón con el que a Paxton no le importaría darse un garbeo, aunque sería estúpido llevarse a la víctima en un coche que llamaba tanto la atención. Y el Land-Rover quedaba descartado.

Parecía que aquella casa no se acababa nunca. Era como si cada vez que se les ocurría algo que les gustaría hacer, añadieran otra habitación. Ver la televisión, escuchar música, estar tumbado en el sofá. Había una habitación para que los chavales jugaran con el ordenador; en otra se veía una bicicleta estática, un pequeño banco y algunas pesas; en otra había tres ordenadores, una serie de escritorios, butacas de cuero y diversos archivadores. Otra habitación, más grande que la sala de estar de Martin Paxton, estaba compuesta solo de estanterías que cubrían completamente las paredes del suelo al techo, y en todas ellas se amontonaban unas cajas etiquetadas perfectamente alineadas.

Otra habitación amplia, en la que había dos largos sofás encarados y entre ellos una gran mesita baja, daba a un invernadero aún más amplio. ¿Qué cojones hace esta gente cuando está en casa, utilizan el móvil para hablar de una punta a otra? Había techos altos, chimeneas altas y anchas, cuadros en las paredes, enormes sofás de cuero, un mobiliario macizo, lámparas de

araña, cristal por toda la casa. Y, por todas partes, la gruesa moqueta azul. Martin se dijo que en el comedor se podría jugar un partido de fútbol sala sobre la mesa alargada, aunque eso quizá la desluciría un poco. Alrededor de la mesa había una docena de sillas de respaldo alto, y de las paredes colgaban cuadros grandes, que en su mayor parte mostraban a campesinos que sembraban y cosechaban en campos iluminados por el sol.

La víctima se detuvo en lo alto de la ancha escalinata y dijo:

—Esta es la habitación de mi hija, y mi hijo está en la siguiente. Por favor, no haga ruido.

—Seré una tumba —dijo Martin Paxton. Siguió por el pasillo y echó un vistazo a las fotografías enmarcadas de la familia. Había una de la víctima estrechando la mano a un hombre ancho que lucía una gruesa cadena de oro colgando del cuello que le llegaba hasta la tripa. Paxton abrió la puerta del cuarto de la hija y echó un vistazo al interior: a través de la oscuridad, vio que había una forma en la cama. Le asintió a la víctima, cerró la puerta y siguieron hasta la siguiente habitación. La misma rutina. Cerró la puerta suavemente y dijo—: Vale, misión cumplida. Enseguida te llevo con Mamá Oso.

Mientras bajaba las escaleras, Paxton dijo:

—Estoy impresionado, tío. Mi madre tenía razón. Entra en un banco, hijo, y nunca te faltará la pasta.

La víctima se detuvo. Paxton levantó un poco la pistola:

—Ahora no hagas nada raro, ¿entendido?

La víctima miró a su secuestrador durante un instante y aspiró profundamente.

—Mire, creo que todo esto debe de ser un error.

—Eso es lo que me ha dicho —dijo Martin Paxton. Se había quitado el pasamontañas, al igual que los otros tres, y lo había arrojado sobre la encimera de la cocina.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Brendan Sweetman.

—Intenta jugárnosla —dijo Frankie Crowe.

—A mí me ha parecido sincero.

—¡Joder!

—Por favor, alguien podría explicarme… —Brendan Sweetman miró a Dolly Finn, puso un gesto de interrogación abriendo las palmas de las manos y se volvió hacia los demás.

—Si secuestras a un banquero, tienes línea directa con la pasta, todo se acelera. Y ahora va el tío y dice que no es banquero —dijo Martin Paxton.

Frankie Crowe no estaba escuchando. Abrió una de las bolsas y encontró el traje que llevaba cuando habían entrado. Del bolsillo interior extrajo uno de los recortes de las revistas que hablaban de la víctima, el que traía una foto. Lo había traído por si necesitaba una foto, pero se había dejado los otros dos. Uno de ellos hablaba de «su éxito en el Bryton Bank». El otro citaba el comentario de un amigo: «Justin se hizo un nombre cuando completó la operación del Bryton». Más adelante, afirmaba: «La adquisición del Bryton Bank fue la guinda del pastel». Frankie volvió a leer el recorte que había traído. Explicaba cómo el señor Maravilla había prosperado a base de negocios inmobiliarios, y que el momento decisivo en su carrera había sido «su desembarco en el Bryton, un pequeño banco privado». Aquel cabrón intentaba jugársela.

Frankie se colocó el pasamontañas y se dirigió hacia la puerta de la cocina.

Los Kennedy estaban sentados en la sala de estar, en las butacas que flanqueaban la chimenea. Después de recorrer la casa, el lugarteniente del jefe de la banda había llevado a Justin de nuevo la sala, y el pistolero alto y flaco, el que les había enseñado la navaja, había utilizado unas delgadas tiras de plástico para atarles las manos delante. Luego les había dicho:

—Quedaos aquí sentados, ¿vale? Volveremos en un momento.

Los dos pistoleros habían abandonado la sala llevándose con ellos el teléfono inalámbrico. Justin oyó el chasquido de la puerta de la cocina al abrirse.

—¿Estás bien?

Angela asintió.

—Cuando he visto las armas, Cristo, casi pierdo los nervios. Pensaba que venían a matarme —dijo Justin.

—¿Estás metido en algo? —preguntó Angela.

—¿A qué te refieres?

—¿Algún problema con un negocio, un cliente…?

—Jesús, no. Nada que pueda… esto es…

—Entonces haz lo que te digan. Lo que quieren es dinero. Que se lleven lo que quieran, siempre y cuando no nos hagan…

—Claro, claro. Creo que todo va a ir bien. Esto es un error, ahora ya se han dado cuenta, y creo que simplemente se irán.

—¿Qué ha pasado arriba?

—Creen que soy banquero.

Angela se lo quedó mirando.

—El tipo que me ha llevado arriba. Le he dicho que era un error, y me ha traído de vuelta aquí.

—¿Se han equivocado de casa?

—Algo parecido. Supongo que tiene que consultar con los demás, por eso nos han atado…

Se abrió la puerta. El jefe entró con su lugarteniente. El jefe dijo:

—¿Así que Bryton Bank?

—Mire, ha habido un error —dijo Justin.

—Una revista del año pasado hablaba de Pemberton Road, Ballsbridge. Justin Kennedy, gran emprendedor y no sé qué cojones más. Pemberton Road, donde vive la gente de pasta de Dublín, eso es lo que decía. He comprobado el registro de votantes. Justin Kennedy.

—Le aseguro que Justin no es banquero —dijo Angela.

—¿Bryton Bank, no?

—No tengo nada que ver con el Bryton, lo juro —dijo Justin.

—Estás mintiendo. —Rebuscó en los bolsillos y sacó una página arrancada de una revista. Justin vio su propia cara reproducida en la página—: «Cuando desembarcó en el Bryton, un pequeño banco privado», eso es lo que dice.

La víctima negaba con la cabeza.

—Han cogido a la persona equivocada… Jesús, ya lo entiendo… Mire, deje que se lo explique.

Por los clavos de Cristo. Aquí sentado, con unas putas esposas, dándole clases de finanzas a un estúpido matón con un pasamontañas.

Habían pasado casi dos años desde lo del Bryton. Cuando el mercado de la propiedad inmobiliaria de Dublín estaba casi agotado, cada vez más inversores compraban en Gran Bretaña. Justin gestionaba el más pequeño de tres consorcios que maniobraban para hacerse con una urbanización en el centro de Edimburgo. Las páginas de negocios calificaron su grupo financiero —casi todos abogados que pretendían darle un uso provechoso al dinero que obtenían cuando llegaban a un acuerdo— de «quijotesco», que en el periodismo económico se traducía aproximadamente como pringados. Luego, cuando el Bryton Bank le pidió consejo porque querían comprar una nueva sede, Justin convenció a los del Bryton de que entraran en su consorcio y participaran en el proyecto de Edimburgo. Aquello cambió de inmediato la dinámica del acuerdo, y al cabo de unos meses los pringados se habían hecho con la urbanización.

—Conseguí que entrara en un consorcio… eso es todo. —Aspiró profundamente—. Mire, yo soy abogado. Casi todo lo que hago en la actualidad es organizar negocios inmobiliarios. Convencí a los propietarios del Bryton Bank de que entraran en un consorcio, un grupo de inversores, y gracias a ellos derrotamos a un par de grupos más grandes y nos hicimos con el negocio. Y yo me llevé el mérito. Eso es todo. Ganamos bastante dinero, pero le juro que, aparte de eso, no tengo nada que ver con el Bryton. Joder, ya han pasado casi dos años de eso, y hace ocho o nueve meses que no hablo con nadie del Bryton.

El jefe de la banda se quedó allí inmóvil durante casi un minuto. A continuación, Justin Kennedy dijo:

—Es cierto. —Y de inmediato se sintió como un escolar que presenta una excusa inverosímil.

El jefe se volvió bruscamente y salió de la sala. El otro pistolero dijo:

—Mire… —Tenía una voz suave—. No se preocupe, todo irá bien. —Cuando pasó junto a Angela, de camino a la puerta, a esta le llegó una almizclada vaharada de loción para el afeitado. Cuando salió de la sala, el pistolero cerró la puerta despacio.

Cuando Frankie Crowe y Martin Paxton volvieron a la cocina y se quitaron el pasamontañas, Brendan Sweetman ya estaba un poco nervioso.

—¿Qué cojones pasa, Frankie? ¿De qué va todo esto?

Frankie Crowe no dijo nada. Se quedó allí, las manos agarradas a la encimera y la mirada fija en el mármol oscuro, como si pudiera ver unas letras garabateadas. Dolly Finn se quedó mirando a Martin Paxton y enarcó las cejas. Paxton negó con la cabeza.

—¿Lo cancelamos, Frankie? —dijo Brendan Sweetman—. ¿Nos largamos y ya está?

—A mí me ha convencido —le dijo Martin Paxton a Frankie Crowe—. Sea lo que sea, no es banquero. Pero quizá tampoco hemos de dejarlo así como así. Hay una opción, Frankie.

Frankie Crowe no dijo nada.

Martin hizo un gesto.

—Mira a tu alrededor. No compras una casa así con calderilla.

—Dinero rápido —dijo Frankie sin levantar la voz—. Coger a un banquero, apretar a los suyos para que nos entregaran un buen fajo de dinero en un abrir y cerrar de ojos. Ese era el plan.

Un abogado, eso es otra cosa.

—No veo el problema. Este cabrón está forrado, tiene dinero, tanto da cuál sea su trabajo —dijo Dolly Finn.

—Tiene razón, Frankie. Estamos hablando de mucha pasta. A lo mejor nos lleva un par de días más… —dijo Martin.

—Teníamos un plan —dijo muy despacio Frankie Crowe.

Alargó un brazo y abrió la vitrina que tenía delante. Tenía dos puertas de cristal, y estantes de cristal, y una hilera de bombillitas halógenas iluminaba una vitrina llena de cristal de Waterford. Frankie cogió una pieza pesada, una copa de coñac, y la sostuvo durante un momento. A continuación, la dejó caer al suelo de pizarra. Se partió en varios trozos. A continuación, cogió otra copa e hizo lo mismo. Y otra. Fue dejando caer copas —de coñac, de *whisky*, de vino, de todo— hasta que los dos estantes quedaron vacíos. Por entonces, Martin Paxton ya había salido de la cocina. Dolly Finn y Brendan Sweetman lo habían seguido. Llegaron al vestíbulo, donde permanecieron en silencio. Dolly Finn apuró un cigarrillo y lo lanzó sobre el oscuro suelo de madera. Se volvió hacia el sonido de cristales rotos.

Martin Paxton volvió a ponerse el pasamontañas y entró en la sala para ver cómo estaban los Kennedy. Parecían asustados.

—No pasa nada —dijo Paxton. Pero entendió que eso no les servía de ayuda.

Regresó con los demás y al cabo de un rato la cocina quedó en silencio.

En ella, Frankie contemplaba los estantes vacíos, y una pátina de sudor le cubría la frente. Cada vez que pisaba, las suelas de sus gruesos zapatos negros emitían un crujido sobre la capa de cristales rotos. Dio una patada a los añicos y sonaron como el tintineo de unas campanillas.

Crowe se quedó allí un instante, respirando con dificultad. A continuación cerró las puertas de las vitrinas y extrajo una pesada taza azul de un estante de la encimera, que utilizó como martillo para aplastar los cristales de una de las vitrinas.

En el vestíbulo, Paxton, Sweetman y Finn permanecían en silencio, sin mirarse. Al cabo de un rato salió Frankie. Tenía un corte en la mejilla derecha, de donde le brotaba un hilillo de sangre. Frankie se puso el pasamontañas.

—Nos llevamos al abogado —dijo.

En la sala de estar, el jefe le dijo a Justin:

—Vienes con nosotros.

—No, por favor… —dijo Angela.

—Mire —dijo Justin.

—Dame el nombre de alguien con el que podamos hablar, alguien que tenga acceso a tu dinero. Tendrás algún socio, algún contable, ¿no? Tu esposa, ¿puede manejar tu dinero?

—La cosa no funciona así.

—Pues dime cómo funciona.

—Mire —dijo Angela—, podemos darle dinero ahora mismo. Hay unos cuantos miles en una caja fuerte, y tenemos joyas, y el reloj de Justin, es un Rolex totalmente nuevo.

—Veamos —dijo el jefe de la banda. Levantó las manos esposadas de Justin y examinó el reloj. Se oyó un chasquido y el reloj se separó de la muñeca de Justin. El jefe se quitó su reloj, se lo metió en el bolsillo y se puso el Rolex. Extendió el brazo y lo admiró.

—Las joyas valen un par de miles —dijo Angela.

—Vienes con nosotros —le dijo el jefe a Justin.

Se hizo el silencio. A continuación Justin asintió y dijo:

—Muy bien, pero tenemos que solucionar los detalles.

El jefe sacó una libreta encuadernada en piel del bolsillo interior de la chaqueta.

—Un nombre, dame el nombre de alguien de fiar que pueda encargarse del rescate.

—Tengo que ir al cuarto de baño —dijo Angela.

El jefe se volvió hacia ella y sacudió la cabeza irritado. Fue a la puerta y llamó a uno de los otros dos.

—Llévala al váter. —Angela levantó las manos y mostró el plástico que las maniataba. El jefe señaló el vestíbulo con el pulgar—. Ellos te desatarán, vete.

Observó cómo Angela se dirigía a hacia Justin y lo besaba en la mejilla. Justin intentó que su cara dibujara una sonrisa de ánimo. El jefe se hizo a un lado mientras Angela salía rápidamente de la sala.

A continuación el jefe dijo:

—Queremos un millón.

—Cristo bendito, ¿cómo voy a…? —exclamó Justin.

—Eso es calderilla para alguien como tú, calderilla.

—Le aseguro que…

—No estoy negociando. Un millón. Es la mitad de lo que teníamos pensado cuando creíamos que eras banquero. Es un término medio, ¿entendido? Lo dejamos en un millón para que tus socios lo puedan reunir rápidamente y acabemos cuanto antes.

Justin permaneció unos instantes sin decir nada. A continuación asintió. Era inútil resistirse, aquella gente tenía la sartén por el mango y no valía la pena negociar. Resolver los detalles, aceptar el trato y cumplirlo.

—Vamos a ver cómo podemos hacerlo…

El puño del jefe salió disparado y golpeó a Kennedy en el hombro.

—¿Quién cojones te crees que eres? ¿Me estás diciendo cómo podemos hacerlo? Tú… ya no tienes nada más que decir, gilipollas. ¿Lo has entendido? —Le clavó el dedo en el pecho a Kennedy—. ¿Lo has entendido, gilipollas?

Kennedy levantó las manos atadas en un gesto de sumisión.

—Mire, yo no le digo cómo ha de hacer las cosas. Solo sugiero cómo abordar el asunto.

—Pues no sugieras nada. Simplemente… —El jefe dejó escapar un berrido de rabia y apartó a Kennedy. Se dirigió a la unidad base del inalámbrico, colocado sobre un aparador cerca de la puerta, lo levantó, buscó el cable que lo conectaba a la toma del teléfono, sobre el rodapié, y lo arrancó de la pared. A continuación dio media vuelta y salió corriendo de la habitación. Un estremecimiento recorrió el pecho de Kennedy cuando oyó que el jefe gritaba:

—¿Dónde está esa zorra?

Los dos sabían lo que iba a pasar, incluso antes de que Justin lo expresara en palabras:

—Me van a llevar con ellos —le dijo a Angela.

Durante un rato albergaron la esperanza de que el malentendido del Bryton Bank pudiera abortar aquella operación, pero luego oyeron el ruido de cristales rotos en la cocina. Prosiguió

durante tantos minutos que quedaron tan desconcertados como asustados. Aquello no tenía sentido, ni siquiera en las extraordinarias circunstancias en que se encontraban. Permanecieron un buen rato en silencio. A continuación Justin dijo que sabía que se lo iban a llevar.

—Es lo que yo haría. Quiero decir que habrán invertido mucho tiempo en esto, y no se van a marchar con las manos vacías.

—¿No podríamos darles algo de dinero y ya está? Joyas, lo que sea… En la caja fuerte hay un par de miles en efectivo. Con eso y las joyas…

—Escúchame atentamente. Daragh O'Suilleabhain, el número de su casa está en mi agenda. En cuanto nos hayamos marchado, llámalo. No le cuentes nada por teléfono, no hace falta que sepa los detalles. Simplemente dile que hablas en mi nombre, que tiene que hacer exactamente lo que le digas…

Mientras Justin hablaba, Angela recordó que tenían otro inalámbrico. No dijo nada, simplemente escuchó las instrucciones que Justin le impartió para que se las transmitiera a Daragh O'Suilleabhain. Daragh sabría qué hacer: Justin podría entregar el pago una vez lo acordaran. Seguir las instrucciones del jefe de la banda. Hacerlo todo a través de Daragh.

—Es lo mejor, la manera más rápida de superar esto y volver a la normalidad.

La banda había desactivado los teléfonos de toda la casa y se había apoderado de los móviles. Habían cogido el de la unidad base que estaba en la sala. El segundo teléfono —Angela por fin recordó dónde lo había dejado— se encontraba en el cuarto de baño junto a la habitación de Saskia. Lo había utilizado mientras le secaba el pelo después de que esta se duchara, cuando la hermana de Angela la llamó desde París. ¿Lo había encontrado la banda mientras recorría la casa, o al desactivar los teléfonos? Y si no, ¿se atrevería a cogerlo?

Demasiado arriesgado.

Aun cuando consiguiera hacer una llamada, ¿y si la policía se presentaba en la casa y a la banda le entraba el pánico? ¿Y si se ponían a disparar y la policía respondía al fuego? A lo mejor había otra manera, quizá pudieran convencerlos.

En ese momento fue cuando el jefe entró y dijo:

—Vienes con nosotros.

Angela les ofreció dinero: varios miles en efectivo y bienes; se lo podían llevar todo. No estaba mal para una noche de trabajo. Pero el jefe simplemente le quitó el reloj nuevo a Justin y siguió haciendo planes.

Así que Angela decidió que no tenía sentido demorarlo más.

Si no lo haces, pase lo que pase, te despreciarás por tu debilidad.

—Tengo que ir al cuarto de baño —dijo.

El hombre alto y delgado que le había atado las manos utilizó el cuchillo para cortar la tira de plástico. La siguió hasta arriba y se quedó fuera del lavabo. En cuanto Angela entró, divisó el pequeño teléfono negro sobre el estante, junto al champú. Cerró la puerta.

—Emergencias.

Solo entonces recordó la luz verde que se encendía en la unidad base cuando alguien llamaba desde cualquiera de los teléfonos. Procuró no levantar la voz.

—La policía, deprisa.

—¿Qué servicio desea?

—¡Póngame con la policía!

—Por favor, no cuelgue y le paso.

Unos segundos más tarde se cortó la línea.

Medio minuto después, cuando el jefe abrió bruscamente la puerta del cuarto de baño, Angela se estaba lavando las manos. Había metido el teléfono en medio de un montón de toallas que se amontonaban en un estante junto a la bañera. Mientras el jefe de la banda le gritaba que era una zorra estúpida, la cogió del brazo, tiró de ella y, a continuación, la sacó a empujones al descansillo y la dejó allí. Tardó muy poco en registrar el cuarto de baño y encontrar el teléfono. Lo sacó al descansillo y comenzó a aplastarlo contra la barandilla.

Se abrió una puerta y asomó la cara asustada de Saskia. Se abrió la puerta del cuarto de Luke y este salió al descansillo.

—¿Mamá? —dijo Saskia.

—Vuelve la cama, cariño, todo va bien. —Angela se volvió hacia el jefe de la banda y dijo —: Por el amor de Dios, ¿es que no puede…?

Él le soltó una fuerte bofetada. Luke gritó. El jefe de la banda agarró la pechera del vestido de Angela, que se frunció en su puño, y la arrastró hacia él.

—¿Así es como lo quieres? ¿Quieres ser la protagonista? Muy bien, pues lo serás. Joder, tú lo has querido.

Los demás pistoleros estaban en el vestíbulo, mirando en dirección a las escaleras. Saskia y Luke llamaban a su madre.

El jefe de la banda se volvió hacia el cómplice de voz suave y le dijo:

—Encárgate de los niños, Martin, que se callen de una puta vez.

A continuación, cogió a Angela de un brazo y moviéndose deprisa la arrastró escaleras abajo.

En la sala de estar, Justin estaba de pie, y un miembro de la banda lo sujetaba por detrás. El jefe hizo entrar a Angela a empujones hasta que quedó junto a su marido. A continuación le dijo a Justin:

—Tú te libras.

Durante un segundo, el rostro de Justin reflejó su alivio. A continuación, el jefe de la banda dijo:

—Nos llevamos a la zorra.

Capítulo 11

—Tiene sentido —dijo Frankie a los demás en la cocina—. Si nos lo llevamos a él, tendremos que negociar a través de su mujer, o quienquiera que sea que pueda manejar su dinero. Si nos la llevamos a ella, él podrá conseguir el dinero más deprisa. Y de eso se trata. No les demos tiempo para pensar.

Dolly Finn asintió y Brendan Sweetman se encogió de hombros.

A Martin Paxton no se le ocurría nada más que sugerir, así que no dijo nada.

Es como si cada paso que damos nos alejara más de lo que habíamos planeado.

—Trae el coche —le dijo Frankie a Dolly.

Habían permitido que la mujer se llevara a los niños a su dormitorio para hablar con ellos. Frankie llevó al hombre a la cocina.

—Lo primero es lo primero. ¿Ves esto? —Levantó la pistola. El hombre no dijo nada—. Lo que tengo aquí es una Heckler & Koch. Alemana, puede que tenga veinte años, quizá más. Tiene ocho balas. Si meto un plomo de estos en la cabeza de tu mujer, se quedará tiesa. Si algo va mal, eso es lo mínimo que ocurrirá.

Empujó al hombre contra la encimera, le acercó mucho la cara y le habló en un susurro.

—Si todo el mundo hace lo que debe, esto se acabará enseguida. Nos llevaremos el dinero y tú volverás a tu feliz vida de antes. Si la cosa se tuerce y me veo en un apuro, ella será la primera en caer. No lo dudes. Así que si haces lo que te digo, solo te costará dinero. ¿Entendido?

El hombre simplemente asintió.

—Te juro que si intentas jugármela, me enteraré y cortaré por lo sano. La dejaré enterrada en cualquier parte y ni siquiera podrás hacerle un funeral. ¿Entendido?

Apartó el arma.

—No hay por qué llegar a eso. Yo no ganaría nada. Pero lo haré si tengo que hacerlo, ya lo sabes.

Cuando el hombre habló, tenía la voz baja y pastosa.

—Lo que diga lo seguiré al pie de la letra. ¿Puedo pedir una cosa?

—Pide.

—Lléveme a mí, por favor.

—No.

—¿Por qué?

—Eso son dos preguntas.

—Joder, mire… es más… podemos arreglarlo…

—Cállate ya, joder. Quiero que entiendas una cosa, gran hombre. En este asunto no pintas nada, ¿entendido?

El hombre se quedó en silencio.

—No tendrás noticias mías hasta dentro de cuarenta y ocho horas. No tiene sentido que nos pongamos en contacto antes de que tengas el dinero preparado. Cuarenta y ocho horas, ¿lo pillas?

—Cuarenta y ocho horas.

—Ten el dinero preparado.

—No estoy seguro de que pueda…

—Tendrás el dinero preparado. Un millón. En billetes de cincuenta. Hacemos el canje, y todo acaba en cuestión de horas. Si intentas alargarlo, si intentas jugárnosla, me la cargo, joder.

El hombre puso unos ojos como platos.

—¿Entendido? Me la cargo.

—Por favor, tendré el dinero, haré…

—Aquí tienes tu móvil. —Se lo entregó—. Tu mujer me dará tu número. A lo mejor te llamo a este, o a lo mejor ya te han arreglado el teléfono fijo. No te alejes mucho de casa, ¿de acuerdo?

—Muy bien. Escuche, hay otra cosa. —Pareció que esperaba a que el otro le diera permiso para continuar.

—¿Qué?

—Llevo una vida bastante estructurada… Hay sitios en los que debo aparecer.

—Tómate unos días libres.

—A eso me refiero. Tengo socios, familia… Es posible que alguien sospeche que pasa algo. Lo que me da miedo… ¿y si la policía se entera?

—Los llamas —dijo Frankie— y se lo cuentas tú mismo la policía. Quita el «y si». Daré por sentado que te vigilan. Puedes decirles lo que quieras, pero harás lo que yo te diga. Y no te pondrás en contacto con ellos hasta mañana por la mañana. No antes de las nueve, ¿entendido?

—Entendido.

—Lo sabré. Tengo maneras de averiguarlo. Si dices una palabra a la policía antes de las nueve de mañana, ya sabes lo que pasará.

—No lo haré. Lo juro.

—Otra cosa… —dijo Frankie—. Habéis hablado de unas joyas, y tu parienta ha dicho que había dinero en una caja fuerte.

El hombre asintió lentamente.

—Se lo enseñaré.

—Buen chico. Luego bajaremos a tu mujer y a los críos para que os despidáis de ella. Cuanto antes nos vayamos, mejor.

Unas horas después Angela se despertó sobre un colchón desnudo, en el suelo de una fría habitación de la zona norte de Dublín. Intentó comprender por qué no se había quedado paralizada de miedo cuando el jefe del grupo le dijo que se la llevaba. Durante todo el tiempo, desde que salió al vestíbulo y vio por primera vez a los hombres enmascarados, fue como si una corriente de bajo voltaje corriera por su interior. Era miedo e incertidumbre, pero cuando el jefe

de la banda dijo lo que dijo, su mente incrustó el temor en una grieta oculta y se puso a la tarea que tenía entre manos. Calmar a los niños y calmar a su marido.

—¿Mamá?

Luke era el problema inmediato. Saskia parecía haber decidido que lo que estaba ocurriendo, fuera lo que fuera, era algo que la superaba. Era un asunto que tenían que resolver los adultos. Con los labios apretados y los brazos cruzados sobre el pecho, se aisló de lo que estaba sucediendo.

Luke, un año más joven, estaba al borde de la histeria, con los ojos llenos de lágrimas y las mejillas encarnadas.

—Ese hombre gritaba porque tenía prisa, Luke. Ya sabes que los adultos se ponen muy nerviosos cuando tienen prisa y las cosas no les salen bien. —Pero aquello no estaba funcionando. La expresión incrédula de Luke se agudizó. La explicación, aunque procediera de su madre, no explicaba ni de lejos la ferocidad que había presenciado. Angela sintió la necesidad de darle algo sobre lo que edificar cierta esperanza, y prosiguió—: Tengo que acompañarlo hasta donde quiere ir, y luego vuelvo, ¿de acuerdo?

—No, mamá…

Angela tardó un rato, y supo que en cualquier momento el jefe de la banda subiría las escaleras otra vez gritando y hecho una furia. Habló deprisa, con dulzura, y supo que las palabras no iban a servir de nada, que los niños tendrían que pagar un precio y que ella no podía hacer nada para remediarlo. Se quedó con ellos todo el tiempo que le pareció prudente, y cuando bajó con los niños, uno de cada mano, Justin y los cuatro miembros de la banda estaban en el vestíbulo, esperando. Vio que le habían desatado las manos a Justin.

Luke era incapaz de apartar la mirada de las cuatro caras enmascaradas. Tenía la boca abierta y su mano apretaba con fuerza la de Angela. Esta procuró no imaginar cómo afectaría a los niños ver todo aquello. Al menos habían escondido las armas. Angela tuvo que tirar suavemente de Luke para conseguir que bajara la escalera a regañadientes.

Al pie de la escalera, Angela soltó suavemente las manos de los niños. Justin los abrazó con fuerza y los cogió de la mano. Mientras Angela retrocedía, sus hijos no apartaban la mirada de ella. Justin no se atrevía a soltarlos, ni siquiera durante los escasos momentos de que dispondría para tocar a su mujer. Con una tensa imitación de normalidad, le dijo a Angela:

—Bueno, vamos a sentarnos un rato.

Señaló en dirección a la sala. Angela asintió. Cruzaron una mirada durante unos instantes, y a continuación Justin desapareció llevándose a los niños. Cuando la puerta de la sala se cerró, todavía se oían los sollozos de Luke.

—Por favor —dijo Angela.

—Ponte esto —dijo el jefe. Arrojó algo al suelo, delante de ella. Angela reconoció su chándal color morado. Un segundo más tarde sus zapatillas Nike rebotaban en el suelo junto al chándal. Angela se lo quedó mirando.

—¿Aquí?

—Si te dejamos ir a otro sitio, seguro que encuentras otro teléfono escondido.

El lugarteniente del jefe dijo:

—Yo me encargo. —Le dijo a Angela—: Por aquí. —Y señaló en dirección a la cocina.

Angela cogió el chándal y fue con él a la cocina. El hombre se volvió y Angela contempló el centelleante mar de cristales rotos. Se quitó el vestido color burdeos y se puso el chándal lo más deprisa que pudo.

—Ya está —dijo Angela, y Martin se dio la vuelta.

—¿Cómo te llamas? —dijo el hombre.

Ella no contestó. Dentro de las deportivas encontró un par de calcetines. Se los puso, y luego las Nike. Se ató los cordones muy despacio.

—Tenemos que llamarte de alguna manera.

—Mire, ¿por qué…?

—Ya lo hemos hablado, y así es como lo vamos a hacer.

El hombre tenía un deje que Angela no pudo identificar.

—Angela —dijo—. Angela Kennedy.

Una vez en el vestíbulo, el jefe de la banda le entregó un pasamontañas.

—Es mejor que no nos veas la cara —dijo.

—Por favor…

El jefe le puso el pasamontañas del revés, por lo que los agujeros le quedaron en la nuca. Le ataron las muñecas con una tira de plástico bien apretada. Una mano la cogió por el brazo y la guio hacia la puerta. Angela oyó cómo esta se abría y cómo el jefe decía:

—Adelante.

Unas pisadas se alejaron rápidamente. Al cabo de un minuto oyó cómo arrancaba un coche en algún lugar de la calle. Entonces el jefe dijo:

—Vamos.

Oyó más pisadas que cruzaban el patio, mientras la mano que la guiaba la mantenía inmóvil. Se oyeron las portezuelas del coche al abrirse. Después de eso no escuchó nada; solo la mano que la sujetaba del brazo le hizo saber que no estaba sola. El sonido de un coche que pasaba por la calle. Le llegó el aroma de una loción almizclada. Era el lugarteniente de la banda. Reconoció su voz suave al hablar.

—Todo va bien, tómatelo con calma.

Creyó oír sollozar a Luke.

—Por favor —dijo.

—Vamos.

—Jesús, por favor.

—Ha llegado el momento de marcharnos, Angela. Por aquí. —Una exagerada amabilidad envolvía sus palabras—. Vamos.

Oyó cerrarse la puerta de la casa tras ellos. A continuación se alejaron de la casa. La mano le apretó el codo y ella se detuvo. Una segunda mano le tocó el hombro y la empujaron hasta que quedó sentada sobre algo estrecho y anguloso.

—Tranquila —dijo la voz—. Estás sentada sobre la parte trasera del coche. El maletero está abierto. Quiero que des media vuelta, levantes los pies y te metas dentro. Dentro hay una bolsa que puedes utilizar como almohada. ¿Entendido?

Obedeció mientras unas manos la guiaban. Se agachó hasta quedar tendida, de lado, la cabeza sobre la bolsa, las rodillas contra el pecho y las manos atadas debajo de la barbilla. Podía

sentir su pulso desbocado allí donde los dedos tocaban la garganta. Era como tocar el terror de su cuerpo. Desplazó las manos ligeramente hasta que ya no pudo sentirlo.

—¿Todo bien?

Angela no dijo nada. Se sintió como succionada hacia una parte de su mente llena de pavor, y supo que si se dejaba arrastrar hasta allí nunca regresaría.

Ni siquiera pienses en ello. Piensa despacio, tómate tu tiempo, aborda los problemas de uno en uno. Ni siquiera pienses en las cosas acerca de las cuales no puedes hacer nada.

Sabía que era imposible, pero le pareció que todavía oía los sollozos de Luke. Entonces el maletero se cerró de golpe.

La puerta de la habitación era de madera pesada y maciza. La ventana estaba cubierta por una gruesa plancha de conglomerado sujeta con unos tornillos. Lo primero que le dijeron a Angela fue que si intentaba arrancar la plancha de la ventana dejaría marcas, ellos se enterarían y le romperían los dedos. A continuación le quitaron el pasamontañas. Vio a dos hombres, ambos enmascarados. El jefe y el alto y flaco.

Se había pasado más de una hora en el maletero, donde había otras cosas: el cubo de la pala de plástico de Luke de cuando fueron a la playa en verano, las katiuskas de Justin y algo metálico que no pudo identificar. Todas esas cosas se deslizaban y traqueteaban a cada bandazo y a cada curva. Sentía los movimientos del coche con más brusquedad que si hubiera ido sentada. El conductor utilizaba el freno y el acelerador solo en el último momento, y luego lo compensaba con la violencia de su conducción.

Se puso a calcular, a partir de los giros y curvas del coche, hacia dónde podían estar dirigiéndose, pero al poco desechó la idea y prefirió intentar averiguar la duración aproximada del viaje. Avanzaban y se detenían, se oían ruidos urbanos. No era un trayecto recto ni se escuchaba el típico ruido de cuando te cruzas con un coche por la carretera, que era lo que no habría tardado en oír si se hubieran dirigido hacia el sur desde su casa. Probablemente estaban cruzando la ciudad en dirección norte, quizá hacia el oeste.

La banda hablaba sin parar. Parecían alterados. Angela oía las voces, pero no entendía las palabras. Al final el coche se detuvo, abrieron el maletero y el de la voz suave la ayudó a salir. Oyó cómo cerraban una especie de verja metálica, un chirrido metálico, el ruido de un pestillo y el chasquido de un candado. A continuación la llevaron al interior de una casa. Por el ruido comprendió que el suelo era de madera. A continuación alguien la cogió del brazo.

—Hay unas escaleras, ¿entendido? Vamos a subir.

La guio hacia arriba, un peldaño detrás de ella. Había alguien más delante. Angela contó doce, trece, catorce peldaños.

—Ya está.

Cuando le quitaron el pasamontañas comprendió que se encontraban en una especie de almacén de suelo de madera y paredes amarillentas y sucias recorridas por líneas de polvo y los agujeros dejados por los tornillos de cuando habían quitado los estantes. La luz procedía de dos fluorescentes alargados que colgaban torcidos del alto techo. La habitación olía como si el aire no se hubiera renovado en mucho tiempo. Si tuviera que calificar aquel olor, la palabra sería pútrido.

El jefe había establecido las reglas. Nada de tocar la ventana, nada de golpes en las puertas ni gritos.

—Si nos tocas los huevos acabaremos contigo. ¿Entendido?

Angela miró los ojos que había detrás del pasamontañas. Eran castaños, oscuros, implacables. Quizá detrás de una máscara, aislados de la humanidad de la cara, todos los ojos parecían iguales.

—¿Lo has entendido?

Se dijo que no iba a contestarle, ni siquiera a asentir con la cabeza. Si él comprendió su intención de ser insolente, su voz no lo delató.

—Si quieres ir al retrete, golpea el suelo con fuerza y te oiremos. Puedes estar sentada o de pie, pero no te pongas a dar vueltas, no quiero ruido. Y no hables a no ser que te pregunten.

Tiró el pasamontañas al suelo.

—Si te dicen que te lo pongas, te lo pones. Y te lo pones al revés. Cada vez que te digan que lo lleves, no te lo quites sin preguntarnos si llevamos la cara cubierta. No querrás vernos la cara, ¿verdad?

Angela asintió.

Cuando estaba en la puerta, el jefe se volvió.

—Si eso ocurre, no tendremos elección. ¿Lo entiendes?

A continuación se marcharon todos y cerraron la puerta a su espalda.

En el suelo había un colchón sin sábanas, solo una colcha infantil con el dibujo de Pokémon y una almohada con una funda color rosa y llena de manchas. No había muebles. Angela se tumbó y al cabo de un rato sintió frío, se cubrió con la colcha y se quedó mirando el techo agrietado. Se abrió la puerta. El jefe de la banda. Se quedó allí un momento, mirándola.

Detrás del pasamontañas, podía haber estado furioso, simpático, amenazador, divertido o lascivo. Angela quería decir algo, lo que fuera, para provocar una reacción que delatara cuáles eran sus sentimientos.

El hombre extendió el brazo y apagó la luz. A continuación cerró la puerta, y aparte de las finas franjas de luz que se colaban por encima y debajo de la puerta, todo quedó a oscuras. En la periferia de su mente, Angela percibió el aleteo de ese enjambre de pensamientos que de ninguna manera debía permitir que siguieran acercándose. Pensamientos de todo lo que podía ocurrir, todo lo que podía temer y las esperanzas que podía albergar, y eran demasiado poderosos para enfrentarse a ellos. Eran esa clase de pensamientos que no pueden visitar una mente sin colonizarla.

Tenía que pensar sin hacer cábalas. Pensamientos neutrales. Pensar en cosas sin importancia.

Los recuerdos eran buenos, siempre y cuando los escogiera cuidadosamente y no la hicieran llorar. Y tenía que pensar en cosas prácticas. Permanecer limpia. Pedir un cepillo. Una radio. Eso ayudaría a que el tiempo pasara. Se le ocurrió que a lo mejor oiría hablar de su propio secuestro por la radio. Así sería como sus amigos se enterarían de lo ocurrido. Alguien se enteraría por la radio y el teléfono comenzaría a dar brincos. La idea de que sus amigos oyeran por la radio su nombre asociado a un delito grave era tan absurda que casi le hizo gracia. En su mente no había palabras ni imágenes para esa idea. En su experiencia, nada podía explicar lo que estaba ocurriendo.

Mañana, jueves, la rutina consistía en dejar a Saskia y a Luke en la escuela, y luego ir al gimnasio. ¿Saldría tan pronto en las noticias? Los habituales del gimnasio hablarían de ella mientras pedaleaban en sus bicicletas estáticas.

El gimnasio.

Mañana no iría. Una hora sudando con las chicas, una ducha y el almuerzo. Mientras todo eso ocurría, estaría… ¿haciendo qué?

Haría ejercicio. No había mucho más que hacer si tenía que permanecer encerrada en ese armario elevado a la categoría de cuarto. No te puedes pasar todo el día sentada. Levántate y muévete. El jefe de la banda le había dicho que no caminara. Tenía que hablar con ellos de eso. Tendrían que dejarla desentumecer los músculos, correr en el sitio, algo así.

Dios todopoderoso. Estoy haciendo planes como si esto fuera a durar días y días.

Dios, no.

Por favor.

Parecía que habían pasado días desde el cumpleaños de Justin: la tarta, los regalos, el repentino sonido del timbre. Se dijo que ojalá hubiera mirado su reloj antes de que el jefe de la banda apagara la luz. Debían de ser, ¿qué?, las diez al menos, cuando todo había empezado. Las once, probablemente las once y media cuando salieron de la casa. Lo cual quería decir que si habían tardado más o menos una hora en llegar allí, ahora quizá fueran las dos de la mañana.

Lo primero que haría Justin en cuanto hubiera llevado a los niños al colegio sería telefonear a Daragh, ponerlo todo en marcha. Los niños —y ahí estaba bordeando pensamientos prohibidos —, lo mejor era que se fueran con su madre para que Justin pudiera hacer lo que tenía que hacer con más libertad. Los niños estarían bien. En cuanto volviera con ellos, Luke… no, ahora olvídate de eso, céntrate.

El maquillaje. Todavía llevaba maquillaje. Necesitaría toallitas desmaquilladoras para quitarse las pinturas de guerra. Por la mañana haría mentalmente una lista de cosas que iba pedirles.

Revistas. Bebidas, fruta. Todavía estaba completando la lista cuando su mente comenzó a nublarse de cansancio. Se quitó las Nike sin desatarse los cordones. Se dijo que debería despojarse del chándal antes de que el sueño pudiera con ella, o por la mañana se sentiría sucia, pero el rebujo de cansancio era demasiado agradable, la alternativa demasiado molesta, y se dejó ir.

Capítulo 12

A la mañana siguiente Frankie Crowe fue el primero en levantarse. Preparo café y se puso a escuchar la radio. Las noticias de la mañana no decían nada del secuestro, ni las de las siete ni las de las ocho. Si el marido seguía sus instrucciones, acudiría a la policía dentro de una hora. Por el momento, la policía no revelaría nada a la prensa. Pasarían los primeros días buscando por todas partes, intentando hallar alguna pista. Por la tarde y noche convocarían a los soplones, los amenazarían y les recordarían los favores debidos. No averiguarían nada. Solo cinco personas sabían que Frankie estaba implicado, y cuatro estaban con él en aquella casa. Milky era el quinto, y llegaría más tarde. Tommy Sholtis sabía que Frankie había comprado unas cuantas herramientas, pero no sabía en qué consistía el trabajo. De todos modos, a Tommy no le sacarían nada.

Para cuando la policía comenzara a sacar el agua clara, ya les habrían entregado el dinero y el partido habría terminado, juego y set.

Frankie estaba sentado en la cocina improvisada, una especie de sala para el personal situada en la parte de atrás del edificio. En las paredes, bajo las capas de polvo, mugre y grasa, se intuía una pintura color crema. Era una gran sala, con armarios y una nevera, además de una cocina y una pequeña encimera, un microondas y varias sillas. En un rincón había un gran televisor plateado mate sobre un soporte, con un vídeo debajo. No era nuevo, pero casi. Milky les había preparado un buen escondite. No tenían cable ni satélite, por lo que solo podían ver las emisoras de la televisión pública. A través de un arco se accedía a una enorme cámara frigorífica, y había un retrete al final del pasillo.

Era un edificio comercial de dos plantas situado en una calle lateral de Phibsboro. En la parte de atrás había un patio al que no daba ninguna ventana, por lo que era ideal para sacar a la rehén del coche y meterla en el edificio.

La puerta de la sala se abrió y entró Dolly Finn. Llevaba un chándal negro con la cremallera hasta la barbilla.

—Buenos días.

—¿Adónde te crees que vas?

Finn enarcó las cejas y arrugó la frente.

—Lo primero que hago por la mañana es ir a correr.

—Siéntate y toma un café. De aquí no sale nadie.

Dolly se quedó pensativo un momento. A continuación dijo:

—Muy bien. —Y se sirvió un café. Se sentó delante de Crowe y los dos fueron dando sorbos de café, y durante varios minutos no dijo nada. A continuación, Dolly preguntó—: ¿La mujer está bien? ¿No se ha puesto histérica?

—He ido a verla hace veinte minutos y dormía con un tronco —dijo Crowe.

Apareció Brendan Sweetman con una mirada somnolienta y la sombra de una barba cerrada.

—¿Hay algo para desayunar? Estoy famélico.

—Corn flakes —dijo Crowe.

—Joder.

—Milky vendrá más tarde, dile lo que quieres.

Durante un buen rato hubo un silencio que al final rompió Dolly Finn:

—¿No vamos a salir para nada?

—Así es más seguro.

Dolly asintió.

—Nos espera un largo día —dijo Brendan Sweetman.

—Hoy no pasará nada —dijo Crowe—. El marido tiene cuarenta y ocho horas para reunir el dinero, y luego veremos lo deprisa que nos movemos. Esa es la cosa. Nada de perder el tiempo, nada de negociaciones. Y luego pim pam y nos vamos. Hoy y mañana solo nos queda pasar el rato mientras nuestro amigo retira el dinero.

Martin Paxton fue el último en bajar, bostezando. Dijo:

—Quiere tomar una taza de té.

—Allí hay unas bolsas.

—Y tiene una lista.

—¿Que tiene qué? —Crowe puso una sonrisa sardónica.

—Una lista. Una lista de cosas que le gustaría que le lleváramos.

—¡Me encanta! ¡Me encanta!

—Un cepillo de dientes, dentífrico, cosas así.

—Unos candelabros en la mesa, un mantel y la cubertería de plata, ¿no? —dijo Crowe. Brendan Sweetman soltó una carcajada, que pareció una serie de hipos.

Paxton se encogió de hombros.

—Supongo que simplemente intenta afrontar la situación, llevarlo de la mejor manera posible.

—Lo que ocurre —dijo Crowe— es que puedes sacar a la zorra de la mansión, pero no puedes sacar la mansión de la zorra. A la mierda con la lista.

Martin llenó la tetera.

—¿Alguien quiere un té?

A eso de las once de la mañana, el Round Hall de Four Courts era como una gran estación de ferrocarril al comienzo de un fin de semana largo. El lugar estaba abarrotado, ruidoso y tenso. En el piso circular abundaban abogados con toga y peluca hablando entre ellos, con los procuradores y con los clientes. En torno a la sala, la gente se sentaba en bancos de madera curvos. Otros se apoyaban contra las parejas de altas columnas que flanqueaban las puertas de acceso a cada una de las cuatro salas principales del tribunal que rodeaban el vestíbulo. El atuendo negro y druídico

de los abogados marcaba la pauta. La cháchara acumulada se alzaba como vapor invisible hacia lo alto de la imponente cúpula que cubría al gentío. A pesar de las pretensiones del lugar, poseía el inconfundible carácter de un mercado.

El sargento de detectives Nicky Bonner se encontraba en las escaleras de la Sala N.º 3, y sus ojos barrían la multitud a la espera de la llegada de Desmond Cartwright, abogado de rango superior. Había estado llamando al móvil de Cartwright sin que este le contestara. Probablemente el abogado estaba hablando con algún procurador o algún cliente antes de la sesión del tribunal de las once, en cuyo caso no estaría disponible hasta que el tribunal hiciera una pausa para comer.

Los abogados apretaban contra el pecho fajos desordenados de documentos, como si fueran escudos. Los clientes llevaban la mirada desde el enorme reloj que había a la entrada hasta los rincones más ocultos del edificio. A las once, cuando las sesiones comenzaran o se reanudaran, años de preocupación y meses de preparación llegarían a su momento culminante. Los abogados exhibían la despreocupación y seguridad típicos de su oficio. Mañana habría otro caso, y la semana siguiente, y la otra. Los clientes podían temer por el resultado, pero para los abogados ganar o perder no significaba nada personal, no era más que otro remolino en la interminable corriente del negocio.

El gentío se apartó cuando una breve procesión de carceleros y presos apareció por la puerta principal y cruzó la sala en dirección a las escaleras que llevaban a la sala de espera. Los abogados no les hicieron ni caso. Los agentes comprobaron su identidad. Los ciudadanos lanzaban fugaces miraditas a los acusados, criaturas esposadas procedentes de un submundo exótico. Los litigantes de los casos civiles, para quienes ganar o perder significaba una pérdida o una ganancia económica, eran meros consumidores de los servicios legales. Los casos criminales importantes, asesinatos y violaciones, eran generalmente algo excepcional, fruto de la cólera o la pasión. Los criminales de carrera, los ladrones y traficantes de drogas, con sus uniformes del ejército de Nike y Reebok, en su mayor parte no parecían resentidos con su probable destino. Su reiterada dedicación a la delincuencia los convertía en el principal sostén de la prosperidad del negocio legal.

Bonner reconoció a uno de ellos: había cometido un robo con escalo varios años atrás. No era más que un fracasado nacido en un complejo de viviendas del centro que todavía jugaba la mano de la desesperanza que le había tocado. No conocía a los demás, tipos del gueto que mantenían un toque de arrogancia en su zancada, aun cuando fueran esposados. Era como si después de haber pasado por los escarpados peñascos del Tribunal de Distrito su graduación en esa cumbre de la justicia fuera una especie de ascenso. Cuando los delincuentes parecen tan jóvenes, se dijo Nicky Bonner, es señal de que te haces viejo.

—Aquí lo tenemos. —Desmond Cartwright apareció de repente al lado de Nicky Bonner, emergiendo de la multitud. Era un hombre pequeño, grueso y calvo, que cultivaba el aire de un aristócrata del siglo XIX que por casualidad se hubiera encontrado trabajando de abogado en el Dublín del siglo XXI, y no dejara de divertirle el giro que habían dado los acontecimientos.

—Señor Cartwright. —Bonner le tendió la mano y Cartwright se la estrechó. Que los dos se hubieran criado en Waterford era algo tangencial. El señor Cartwright dejaba su internado para ir a estudiar al Trinity y a King’s Inns en la misma época en que Nicky dejaba su trabajo en una fábrica para ingresar en la policía.

—Quizá podríamos… —Cartwright calló y se volvió a un lado. La multitud se apartó, esta vez para dejar pasar a un juez que cruzaba el vestíbulo en dirección a la puerta lateral de una de las salas. Precedía al juez un funcionario del tribunal, cubierto por una toga, que llevaba en la mano una larga vara de madera. Todos los abogados se volvieron e inclinaron la cabeza en dirección a Su Señoría, que les devolvió la deferencia. Sus repetidos saludos con la cabeza, junto con su cara carrilluda, le evocaron a Bonner uno de esos perritos de plástico que antes se veían en las lunas traseras de los coches.

—¿Quizá podríamos trasladarnos a… si me permite utilizar la expresión… un lugar más juicioso, sargento?

Cartwright, con la toga colgándole precariamente de los hombros y la peluca un tanto inclinada, abrió paso mientras salían de Round Hall. Cruzaron un vestíbulo y enfilaron un pasillo.

De joven, Cartwright se había labrado una sólida reputación en casos criminales, con alguna incursión esporádica en el derecho comercial. Sus tarifas habían ido creciendo en proporción a su experiencia, y su cintura en proporción a sus tarifas. Tras representar a un importante hombre de negocios en un tribunal de investigación que se había alargado muchísimo, Cartwright pasó de muy rico a inconcebiblemente rico. Ahora lo habían contratado dos hombres de negocios que temían que las indagaciones de otro tribunal de investigación revelaran sus intereses en uno de los acuerdos inmobiliarios más polémicos de la década anterior. Se trataba de un trabajo tan lucrativo que la participación de Cartwright en casos criminales era ahora esporádica. Una vez hecha su fortuna, y cada vez menos interesado en los casos rutinarios, había alargado sus tentáculos hacia los círculos políticos, y tenía la esperanza de que lo nombraran juez el próximo año.

Encontró un rincón junto a la ventana delante del despacho del juez del Tribunal Supremo. Debajo de un cartel de «Prohibido Fumar» encendió un Benson & Hedges.

—¿Está hecho?

Bonner asintió.

—Es un chaval honrado —dijo.

—Esta no es la descripción que me viene a la mente cuando recuerdo la manera en que me trató.

—Solo estaba haciendo su trabajo. Y no puede negar que aquel día llevaba usted una buena turca.

—Quizá había tomado una de más, pero era capaz de cuidar perfectamente de mí mismo.

Por lo que había contado el agente que lo arrestó, Cartwright había salido de su club más alumbrado que un santo. En mitad de la tarde. No aceptó el consejo de un amigo, se puso al volante y se fue quemando neumáticos.

—No hay de que preocuparse —dijo Nicky Bonner—. Parece ser que ha perdido la libreta de multas que utilizó en esa ocasión.

Cartwright sacó un sobre del bolsillo interior y se lo entregó a Bonner.

—Supongo que no ha costado mucho convencer a ese cabroncete avaricioso.

Bonner metió el sobre en su bolsillo interior.

El abogado sacó un segundo sobre del bolsillo y dijo:

—Y algo para usted, nada más que un pequeño regalo.

Bonner negó con la cabeza.

—Aparte eso de mi vista, señor Cartwright. El agente se arriesga a una reprimenda por haberla cagado en una rutinaria multa por conducción ebria. Así que es justo que obtenga una compensación. Yo no soy más que el intermediario. De verdad, ni se me ocurriría quedarme con un penique.

Cartwright escondió el segundo sobre.

—Gracias, amigo. Me alegra oír que la honestidad no es algo completamente obsoleto, incluso en este codicioso país en que por desgracia nos hemos convertido.

—La madre Irlanda ya no es lo que era, desde luego —dijo Bonner.

Cartwright enarcó una ceja.

—¿Detecto una nota de sarcasmo, sargento?

—En absoluto, señor Cartwright.

—No me trate con condescendencia, sargento. Soy perfectamente consciente de que lo que hacemos es innoble. Es una cuestión de proporción. Yo soy un buen abogado, y seré un gran juez. No uno de esos oportunistas a los que nombran jueces porque han lamido sobres para el partido y culos ministeriales. Yo poseo el intelecto y las agallas para hacer lo que es bueno para este país. No voy a ser el perrillo faldero de nadie. La cuestión es: ¿he de tirarlo todo por la borda porque me tomé un par de copas y un pequeño fascista quiere que lo ayude a llenar su cuota de multas de tráfico? ¿He de quitarme de en medio y dejar que esa vacante en la judicatura la llene algún don nadie que jamás ha juntado dos pensamientos originales? ¿O he de hacer lo más sensato?

—No pretendía ofenderle, señor Cartwright.

Nicky Bonner observó cómo Cartwright fruncía los labios.

Cabrón presuntuoso.

—No me ha ofendido, sargento. —Miró su reloj—. Bueno, empieza el espectáculo.

Se estrecharon la mano, Cartwright comentó algo de salir a tomar una jarra una noche de esas, y se acabó todo. Dos minutos más tarde, en un cubículo de los servicios, Nicky Bonner abrió el sobre y contó el dinero, y teniendo en cuenta que la carrera del abogado no habría sobrevivido a una condena por conducción ebria, era un dinero bien empleado.

Era lógico que Bonner rechazara sacar tajada. El segundo sobre no habría contenido más que unos cientos, mil como mucho, y ese era un precio muy bajo para la futura buena voluntad del abogado. De ese modo, él obtenía un provecho considerable y mantenía una reputación inmaculada delante de alguien importante. En años venideros, habría ocasiones en que a un sargento de detectives no le iría mal contar con un juez que estuviera en deuda con él.

Nicky Bonner salió de Four Courts y caminó por los muelles en dirección a O’Connell Street. La semana siguiente se repartiría el dinero con el agente que había arrestado al juez. Dos de los grandes de los cinco que había en el sobre serían suficientes para que ese jovenzuelo mantuviera la boca cerrada.

En una ocasión Bonner le ofreció a John Grace una parte de dos o tres chanchullos que tenía entre manos, pero Grace se enfadó muchísimo.

—Haz lo que quieras, pero a mí no me metas en esa mierda, ¿entendido?

—No hay problema.

—Te lo digo en serio, Nicky. Yo no sé nada. No quiero saber nada, y si te pillan…

Ambos sabían que eso era muy poco probable. Tal como lo veía Nicky Bonner, un policía que trabaja duro obtenía algún merecido extra muy esporádicamente. Y los ciudadanos decentes como el señor Cartwright conservaban su bien merecida respetabilidad. Nadie salía perjudicado. Y Nicky Bonner le llevaba a su mujer y sus cuatro hijos el dinero al que un hombre de su experiencia y dedicación tenía derecho. Había comprado dos casas en Waterford antes de que los precios de la propiedad se dispararan. Ahora transformadas en pisos, le proporcionaban unos buenos dividendos. El plan era regresar al barrio cuando se jubilara de manera anticipada.

Una vez rebasado el puente de Capel Street, paró un taxi y, mientras entraba, tecleó la contraseña de su móvil para hablar con John Grace. A no ser que hubiera algún asunto urgente que atender, pensaba tomarse el resto del día libre.

Capítulo 13

Milky llegó justo antes de la hora de comer. Les llevó el *Star*, el *Mirror*, el *Sun*, el *Daily Mail* y el *Irish Independent*, tres vídeos alquilados, ingredientes para un desayuno completo, manzanas, naranjas y plátanos, una docena de latas de Coca-Cola, una docena de sándwiches surtidos de una charcutería del barrio, leche, azúcar, un paquete de bolsitas de té y un tarro de café Maxwell House. En la etiqueta de los sándwiches figuraba el nombre de la charcutería, así que Martin tomó uno de jamón y le arrancó la etiqueta antes de llevárselo a la rehén, junto con una manzana y un vaso de leche.

Frankie Crowe mordió una manzana. Brendan Sweetman le dio de inmediato a Milky una lista de los alimentos que quería para preparar la cena.

Milky encendió un cigarrillo tranquilamente, un Player sin filtro, y dijo:

—Espero que con esto os apañéis.

Le ofreció a Dolly Finn el paquete de cigarrillos. Finn negó con la cabeza y colocó sobre la mesa su propio paquete de Benson & Hedges.

—Unos putos corn flakes, eso es todo lo que he comido —dijo Brendan.

—Tu parte por el trabajo. Te puedes pasar medio año en Canarias, con todo el servicio de habitaciones que quieras.

Se fue al coche y trajo una bolsa barata que contenía un par de mudas para los cuatro miembros del grupo.

Milky frisaba ya los sesenta y tenía una buena pelambrera de pelo teñido de negro. Todavía estaba en forma, y los años no se le habían convertido en michelines. Llevaba su atuendo habitual: una americana a cuadros, camisa lisa y corbata. Milky poseía un amplio surtido de chaquetas a cuadros, camisas lisas y corbatas, y Frankie nunca le había visto llevar otra cosa. La americana que llevaba aquel día era sobre todo verde; la camisa, amarilla, y la corbata marrón. Aunque su guardarropa también incluía un par de pasamontañas, hacía tiempo que había pasado a otro nivel. Poseía un garaje y un *pub*, adquiridos veinte años atrás con los ingresos de una serie de robos a mano armada. De vez en cuando se metía en algún negocio inmobiliario en Dublín, y últimamente había comprado tres propiedades junto a la playa en Ciudad del Cabo. Diversificaba su negocio proporcionando instalaciones para esporádicos proyectos llevados a cabo por sus amigos delincuentes.

—No hace falta pasar hambre —dijo Brendan Sweetman. Cogió las salchichas, las lonchas de beicon y el budín, sacó una sartén de un estante y comenzó a quitarle el polvo.

Frankie dio otro mordisco a su manzana y asintió con la cabeza a Milky.

—Tengo un poco de material para vender.

Los dos salieron de la sala y se adentraron en la parte delantera del edificio, una antigua carnicería. El escaparate estaba cubierto por una mugrienta persiana que antaño había sido blanca y que filtraba la luz del día. Se veía una antigua caja registradora de esas con adornos y una balanza mecánica. En los estantes que había debajo del mostrador, se veían pilas de papel de envolver blanco: el de arriba ya se había vuelto amarillo y se había rizado en los bordes. Había una especie de dispensador metálico a un extremo del mostrador que contenía una ristra de bolsas de plástico: las que colgaban llegaban casi hasta el suelo. En las bolsas se veía una ilustración en tinta azul oscura. Mostraba a un carnicero rollizo y jovial acompañado del eslogan: «No hay carne como la carne de Rafferty». Contra la pared del fondo había un bloque de carnicero, gastado, rayado y restregado. La carnicería llevaba más de dos años sin funcionar, pero perduraba el olor a carne muerta. Era como si alguien hubiera limpiado antes del fin de semana y el lunes siguiente a todo el mundo se le hubiera olvidado presentarse a trabajar.

El local lo habían comprado de manera consecutiva dos empresas que habían abandonado el negocio cuando las ventas se habían desplomado y la supervivencia se había antepuesto a la expansión. Cuando Milky alquiló el local para un mes, utilizó a dos intermediarios entre él y los propietarios del edificio.

—¿Cuánto calculas? —dijo Milky—. ¿Una semana, algo más?

—Tres o cuatro días —dijo Frankie—, no quiero que esto se alargue. —Apretó una tecla de la caja registradora y el cajón se abrió de golpe. Estaba vacía—. Lo que necesito ahora es una docena de móviles, de prepago, limpios e imposibles de rastrear, de los que pueda utilizar una vez y luego enterrar.

Frankie dio otro mordisco a la manzana, dejó caer el corazón dentro de la caja registradora y la cerró.

Milky señaló las voluminosas bolsas que había en el suelo, cerca de la registradora.

—¿Es eso?

—Joyas, material electrónico: un Palm Pilot, un par de portátiles, cámaras digitales, plata, chorradas. Un par de relojes buenos. Me quedo uno como recuerdo. —Frankie levantó la muñeca y Milky asintió admirado al ver el Rolex.

—Todo el mundo debería tener uno.

En cuanto Milky hubiera vendido ese botín a un perista, tendrían suficiente efectivo extra para cubrir los gastos corrientes.

Martin Paxton entró por la puerta de atrás.

—Justo el hombre que quería ver —dijo, y le entregó a Milky un trozo de papel arrancado de un cuaderno—. He hecho una lista con lo que la rehén me ha pedido. —Se llevó las manos a la cadera y sonrió.

Milky enarcó una ceja y observó la lista, chasqueando la lengua entre sus labios entreabiertos.

—¿Toallitas desmaquilladoras? Joder. —Negó con la cabeza, le pasó la lista a Frankie y sonrió—. Si la señora sigue así, a lo mejor deberías aumentar el rescate en unos cuantos miles.

Frankie leyó la lista.

—Nada de radio. No quiero que el marido le mande mensajes a través de algún DJ cómplice. Lo demás, qué coño. De todos modos lo va a pagar ella.

Aquella noche Milky regresó a la antigua carnicería con dos bolsas de plástico y apestando a *fish and chips*. Descargó una bolsa sobre la mesa de la sala de personal y dijo:

—La cena está servida, caballeros. —En el suelo, junto a la pared, dejó una bolsa más pequeña—. El pedido de la señora.

Brendan Sweetman se encargó de repartir las porciones envueltas individualmente en la tienda. Dolly Finn preguntó:

—¿No hay nada más?

Por un momento Milky puso cara de soltar una impertinencia, pero al final solo dijo:

—No.

Dolly dio media vuelta y se dirigió al frigorífico, donde encontró uno de los sándwiches que Milky había traído antes. Se sentó, abrió el *Mirror* y se puso a mordisquear el sándwich mientras leía.

Frankie Crowe desenvolvió un paquete de *fish and chips* y preguntó:

—¿Algo fuera de lo normal ahí fuera? ¿La policía ha puesto controles?

—No que yo sepa —dijo Milky.

—¿Registros? ¿Redadas?

Milky negó con la cabeza.

—Si hubiera algo fuera de lo normal, creo que me habría enterado.

Brendan, que ya se había terminado la mitad de su ración, extendió el brazo para coger el paquete de *fish and chips* que Dolly había rechazado, y lo acercó a su lado de la mesa.

Martin Paxton vació una bolsa de patatas fritas en un plato y añadió una porción de bacalao. Sacó una botella de agua mineral Ballygowan del frigorífico y le llevó la comida a la rehén.

—Milky —dijo Brendan Sweetman—, ¿de dónde cojones has sacado estos vídeos? *Titanic*, por amor de Dios. Y ese otro con Jack Nicholson. ¿No podrías traer alguna película de este siglo?

—¿Qué te pasa, Sweets? —Milky intentó imitar el acento de Nicholson—: *¿No puedes encajar la verdad?*

—Que te den. Luego saldré y compraré algo que valga la pena.

—Nadie sale de aquí —dijo Frankie Crowe—. No queremos que los del barrio vean un desfile de desconocidos entrando y saliendo. Milky es el que entra y sale, uno solo, no hay nada raro en ello.

—Una sola vez. Al final de la calle, a comprar unas pelis. No pasa nada.

—Serán solo un par de días, Brendan. No pasa nada. Cuando cobremos el rescate, te puedes comprar un saco de deuvedés.

Sweetman puso una mueca de disgusto. Se acabó la comida, arrugó el envoltorio de papel y lo arrojó a la otra punta de la habitación. No encestó en la papelera por unos centímetros. A continuación desenvolvió las patatas sin tocar de Dolly.

—¿No sientes la tentación de llamar, para ver cómo va lo del dinero? —le dijo Milky a Frankie.

—Es una persona sensata, estará trabajando en ello. Y si no, a la mierda.

Aquella noche, cuando volvía a casa de la comisaría de Turner's Lane, el inspector John Grace entró en la habitación que le servía de despacho y pasó una hora leyendo el archivo de un caso que iba a comenzar el martes en el Tribunal Penal de Distrito. Habían transcurrido catorce meses desde que supervisara la investigación, y aún había muchos detalles confusos. En el estrado, tendría que dar respuestas claras e instantáneas que encajaran con las de los demás agentes.

A eso de las ocho, entró su esposa, Mona, y le preguntó si quería llevar a Sam a la cama.

—Hoy me toca a mí —dijo John Grace.

—Todavía no has comido —dijo Mona—. Ya lo llevo yo.

—De ninguna manera —dijo Grace—. Me toca a mí.

Valoraba mucho esas noches en que podía leerle un cuento a su nieto. Se había casado a los veinte años, y ya tenía tres hijos antes de los treinta. Ahora, a los cuarenta y seis, hacía casi seis años que era abuelo. De sus hijos, Jocelyn trabajaba de ingeniero en Birmingham, y David estudiaba Económicas en el University College de Dublín. La mayor, Jess —la madre de Sam—, tenía un piso en el centro y trabajaba de ilustradora freelance. Como Jess era soltera y trabajaba, John Grace y su mujer la ayudaban a criar a Sam. A Grace le encantaba, y no olvidaba que cuando era joven y ambicionaba hacer carrera en la policía se había perdido gran parte de los placeres de la paternidad.

Ordenó el escritorio y cerró con llave el material del caso en un archivador. Sam a veces utilizaba el ordenador del despacho para ver *Pingu* y *Bananas en pijamas*. Mientras criaba a sus tres hijos, Grace siempre había procurado no dejar a la vista documentos ni fotos de ninguna escena del crimen. A veces traía material a casa que le provocaría pesadillas a un crío.

Hasta hacía muy poco, Grace nunca había dispuesto de una casa lo bastante grande como para poder tener un despacho propio. Hacía dos años que él y Mona se habían mudado a una casa cerca del mar, en Sutton. Cuando los dos hijos mayores se fueron de casa, dispusieron de más espacio del que necesitaban. El despacho que tenía en casa era el doble que la caja de zapatos que compartía con otro detective en Turner's Lane.

Sam se quedaba con ellos casi todos los viernes y sábados por la noche, a veces un par de noches más, según el trabajo y la vida social de su madre. A Sam le gustaba ponerse el pijama él mismo, y si a veces le quedaba al revés, no importaba. John Grace se sentó en el borde de la cama del crío y presenció el torpe *ballet* de mangas y perneras hasta que Sam estuvo preparado para acostarse.

—¿Por dónde íbamos?

Sam ya había sacado el libro de la estantería.

—Hoy íbamos a empezar la historia del gato.

—Muy bien, échate y empezaremos. —Grace contempló a Sam mientras este reptaba bajo las sábanas. La sencilla belleza e inocencia de esos grandes ojos castaños en aquella cara blanda y ovalada jamás dejaban de asombrarlo. Había visto esa misma característica en sus hijos, y también había presenciado cómo iba desapareciendo poco a poco en sucesivas oleadas de madurez. No había una cara sobre la tierra, por endurecida, hastiada o cruel que fuera ahora, que en algún momento, y aunque fuera de manera fugaz, no hubiera resplandecido con la misma belleza e inocencia. Grace abrió el libro sobre el regazo.

—*La gran aventura de Sunny*, capítulo uno.

Angela estaba tumbada boca abajo sobre el colchón cuando el secuestrador de voz suave entró con la ración de *fish and chips* y una botella de agua mineral. Angela levantó la mirada, vio la comida y a continuación volvió la cabeza hasta quedar de cara a la pared. Escuchó el chasquido del plato al posarse suavemente sobre las tablas desnudas del suelo.

—No seas tonta, encanto. Tienes que mantener las fuerzas.

El olor que desprendía el *fish and chips* era intenso e ineludible, y llenaba todos los rincones de la habitación.

El día había comenzado cuando el mismo secuestrador había entrado a ver cómo estaba, bostezando. Le había traído una taza de té. Cuando ella había dado unos golpes en el suelo, había venido el mismo, y la había llevado al retrete, al final de un breve pasillo. Habían pasado junto a unas puertas abiertas que daban a lo que parecían unos dormitorios improvisados. Vio colchones en el suelo y ropa de cama tirada de cualquier manera. El retrete estaba polvoriento y en penumbra. El hombre esperó fuera. Dentro no había ventana, y la bombilla desnuda era de bajo voltaje. En la parte de atrás de la puerta y en las paredes había algunas pintadas, algunas groseras, pero la mayoría eran solo nombres. Era una especie de lugar de trabajo.

Luego, cuando el mismo miembro de la banda le trajo un sándwich, una manzana y leche para almorzar, garabateó una nota mientras ella recitaba una lista de cosas que necesitaba, aunque el hombre le dijo que no podía prometerle nada.

Abrió el sándwich, pero no se lo comió. No es que estuviera malo, era de jamón con una hoja de lechuga mustia, pero de repente no tenía hambre. Tampoco se tomó la manzana, pero se bebió la leche.

El plan de organizar sus pensamientos había quedado en nada. Tenía la mente atorada y lenta, incapaz de juntar ideas coherentes. No era miedo y tampoco angustia. Era más bien una especie de indolencia. Se quedó echada en el colchón casi toda la tarde, como aturdida. Pasaron horas en las que no hizo otra cosa que permanecer allí tumbada. Sus ojos parecían haber adquirido la capacidad de enfocar de manera permanente un punto en mitad de la nada.

Cada media hora más o menos, algún miembro de la banda iba a ver cómo estaba y comprobaba que no hubiera manipulado la madera que cubría la ventana. Un vistazo para ver que todo estaba igual que antes y se marchaba. Ninguno de ellos decía nada, solo el de voz suave, el lugarteniente del jefe, que procuraba ser amable. *¿Todo bien? ¿Tienes frío? ¿Quieres una Coca-Cola?* Ella ni le contestaba.

El pistolero gordo y menudo era más fácil de calar, incluso con la máscara. Cada movimiento, todo lo que le decía, rezumaba irritación y resentimiento. Era como si deseara que Angela supiera que había hecho algo que lo ofendía personalmente. Por la tarde, apareció después de que ella golpeara las tablas del suelo. Cuando la llevó al retrete, solo utilizó monosílabos y una voz áspera y brusca.

—Vale —dijo cuando le abrió la puerta y ella dijo lo que quería. Cuando llegaron al retrete, solo añadió—: Aquí.

Cuando Angela cerró la puerta del retrete, él la abrió de mala manera y dijo:

—No.

Ella no entendió por qué.

—¿Pretende humillarme? —dijo.

Esta vez él utilizó tres palabras:

—Que te den.

El hombre se quedó en el pasillo, a un lado de la puerta y sin que ella pudiera verlo mientras utilizaba el retrete.

En algún momento del día Angela se quitó el reloj. Cada vez que miraba la hora, esta no parecía guardar ninguna relación con la que habitaba entre esas cuatro paredes. Había dejado el reloj en el suelo, a varios palmos del colchón, y no había tenido energía ni voluntad para levantarse y mirar la hora. El día se convirtió en un tiempo mortecino y uniforme, y el miedo que brotaba de cada uno de sus poros la dejaba inmovilizada.

Por la noche, el olor a *fish and chips* le recordó que no había comido en todo el día. La satisfacción de su insolente falta de respuesta al pistolero que le había traído la comida se había disipado. Se volvió y miró el plato. Puso una mueca. *Jesús, incluso un McDonald's sería mejor que esto*. Era un plato de tienda de *fish and chips* al viejo estilo. El grumoso rebozado que envolvía el pescado estaba visiblemente saturado de grasa. Las gruesas patatas no eran mucho mejores, pero resultaban comestibles si las pasaba con agua. Como no había tenedor, utilizó los dedos. Una vez se acostumbró al sabor, comió con más apetito. Cuando se hubo acabado las patatas, había matado un poco el gusanillo, pero seguía teniendo hambre. Partió el pescado en dos. La grasa había penetrado el rebozado y recubierto la superficie del pescado. Separó el rebozado del pescado y probó un trozo. Era difícil discernir el sabor bajo la capa de grasa, pero se lo comió todo. Cuando ya no quedó pescado, comió un poco de rebozado. Cuando apretó un trozo, vio que rezumaba grasa. Entonces apartó el plato, echó otro trago de agua y se tumbó en el colchón.

Al cabo de un rato subió el pistolero parlanchín a recoger el plato.

—Buena chica, bien hecho. —Dejó una bolsa de plástico en el suelo—. Lo que has pedido. —De nuevo, ella ni le contestó.

Cuando se hubo marchado, Angela vació la bolsa. Un par de revistas del corazón, un ejemplar de *Cosmo*, un cepillo para el pelo, pañuelos de papel, toallitas desmaquilladoras, una caja con tres bragas, cepillo y pasta de dientes, una esponja, dos botellines de Coca-Cola y un litro de agua Ballygowan. Utilizó las toallitas para quitarse la grasa de los dedos, y a continuación se limpió la cara, el cuello y las axilas.

Cuando sonó el teléfono en casa de John Grace, este acababa de bajar del dormitorio de Sam, que no llevaba más de diez minutos dormido y aún no estaba en esa fase que te hace inmune al sonido de un insistente timbre telefónico. Mona se encontraba en la cocina. Grace cruzó deprisa la sala y cogió el inalámbrico.

—John Grace.

—Me han dicho que es usted el hombre con el que he de hablar de un matón llamado Frankie Crowe.

—¿Perdón?

—Soy Colin O'Keefe. Necesito hablar con usted de ese tal Frankie Crowe.

Por un momento, Grace quedó desconcertado, pero luego recordó el nombre. Había conocido al comisionado adjunto Colin O'Keefe en la fiesta de jubilación de un colega, un comisario jefe. Dudaba que el comisionado adjunto lo recordara. Teniendo en cuenta el nivel general de ebriedad de la fiesta, esperaba que no.

—¿Qué ha hecho ahora? —dijo Grace.

—¿Cuánto podría tardar en venir?

—¿Tan grave es?

—Dígale a su señora que no le espere levantada.

Cuando Martin Paxton bajó las escaleras después de ver cómo estaba la rehén, se encontró con una sesión de fanfarroneo. Brendan Sweetman estaba contándoles a Frankie, Milky y Dolly la historia de un robo que había cometido en Rathmines, aquel en que un perrazo había subido aullando las escaleras.

—El perro de los Baskerville, y no lo digo en broma. Era grande como un condenado asno.

La historia terminaba cuando Brendan encerraba al perro en un armario y le chillaba al de la casa que volviera al dormitorio y contara hasta quinientos.

—Estaba a mitad de las escaleras cuando el cabrón abrió el armario. El perro salió disparado, más cabreado que un gallo con hemorroides. —Hizo una breve pausa—. Comenzó a morderle las piernas al tipo.

Frankie soltó una carcajada, aunque Martin sabía que había oído la historia al menos una vez. La cara de Dolly adoptó una expresión que podía haber sido una sonrisa.

Frankie contó la historia de la cagada de Harte's Cross, cómo a él y a Martin les llegó un chivatazo de Leo Titley, cómo fueron hasta ese *pub* de Hicksville y comprobaron que la información de Titley no había sido muy exacta, y tuvieron que marcharse con unos doscientos de mierda.

—No me sorprende —dijo Brendan Sweetman. En una ocasión había hecho un trabajo con Leo—. Menudo capullo paleto.

—Y encima tuvimos un poco de jaleo —recordó Frankie—. En el *pub* había un viejo gilipollas que me miró como si yo acabara de aterrizar de un platillo volante. *Aparta esa pistola,* me dijo. En mitad de un trabajo, el palurdo del pueblo decide acudir al rescate de la vieja zorra que dirigía el local. *Deja en paz a esa señora,* me dice como si fuera el abuelo de Rambo. Así que le acerqué el cañón de la pistola. *¿Quieres conservar las pelotas,* Sir *Galahad?*

Brendan Sweetman se rio.

—El viejo se cagó enseguida —dijo Frankie—. Había otro vejestorio con él. Cuando pegué un par de tiros para animar a la zorra a que me diera el dinero, ¿sabéis qué hizo? Se meó en los pantalones. Allí de pie, con las manos en alto, de repente le apareció una gran mancha en los pantalones.

Martin Paxton se puso en pie.

—Necesito un último café. ¿Alguien quiere? —Solo Dolly asintió.

Cuando Martin salió de la habitación, Frankie miró a Brendan y señaló hacia el techo.

—Apaga las luces —dijo.

Cuando el pistolero gordo y menudo subió a apagar la luz, Angela dijo:

—No, por favor, un ratito más.

El pistolero apagó la luz.

—Que te jodan —dijo ella.

El hombre se quedó allí, recortado en el umbral. Angela podía oír el ruido que hacía mientras mascaba chicle. Al cabo de unos momentos el pistolero emitió un gruñido, se dio media vuelta y cerró la puerta.

—¡Cabrón!

Hubo un segundo de silencio, y a continuación se oyó un ruido muy fuerte, y Angela casi pudo sentir cómo una sacudida recorría la habitación después de la patada que el pistolero acababa de darle a la puerta. Se incorporó en el colchón y cruzó los brazos delante de ella, agarrándose los codos para dejar de temblar.

Alguien gritó desde abajo, y Angela escuchó cómo el hombre gordo y menudo gruñía una respuesta. Cuando lo oyó bajar las escaleras, volvió a tumbarse en el colchón. Poco después escuchó unas sonoras carcajadas en el piso de abajo.

Aspiró larga y profundamente. De nuevo se esforzó por mantener a raya los pensamientos que había decidido esquivar. Intentó entender lo que decían abajo, pero las palabras llegaban apagadas, inconexas y acompañadas de carcajadas.

Se colocó de lado, sabiendo que tardaría mucho en dormirse. Oyó que alguien tiraba de la cadena, una puerta al cerrarse. Como cuando era niña y por la noche estaba tumbada en la oscuridad de su dormitorio, esperando que llegara el sueño, y no podía controlar los pensamientos que entraban y salían de su cabeza mientras escuchaba los ruidos de los adultos en el piso de abajo. Era el sonido de la vida que continuaba. Fue una de las cosas que le sirvió para comprender el tamaño y complejidad del mundo, que ella no era el centro, y que el mundo no se detenía cuando ella se iba a la cama y se dormía.

Al darse cuenta de que las vidas de los demás continuaban mientras ella se entregaba al sueño, comprendió que el mundo sigue estemos en él o no. Y comprenderlo la intrigó de niña y la aterró de adolescente, cuando comenzó a comprender que ella también era mortal.

Angela hundió la cabeza en el almohadón y cerró los ojos. Reconoció que estaba a punto de dejar paso a algunos de los pensamientos que había jurado vetar. Necesitaba pensar en otra cosa. De manera muy pausada, comenzó a intentar visualizar qué aspecto tenía el hombre gordo y menudo tras la máscara. Imaginó esa cara, regordeta y sudorosa, inexpresiva y con la mandíbula floja. Y en su imaginación, le escupió.

Cuando Brendan bajó las escaleras, Martin Paxton intentaba animar a Milky a que les contara a los demás de dónde procedía su apodo.

—Joder, déjame en paz —dijo Milky, aunque la verdad es que sonreía. Le gustaba la historia. Encendió un Player y con la uña del pulgar eliminó una brizna de tabaco de la lengua—. Cuéntala tú —le dijo a Martin.

—¿Cuántos años tenías? ¿Veinte, más o menos?

—Dieciocho, diecinueve. Era la primera vez que tenía una pistola en la mano. Una pistola de salida, de las que se usan en atletismo. Era una papelería de Bray, al norte de la ciudad —dijo Milky—. Ya había robado antes en una casa de apuestas, con la misma pistola de salida. Aquella vez me llevé un par de miles.

—Bueno, pues Milky entra en la papelería. No hay clientes, solo una tipa detrás del mostrador. *Dame la pasta*, dice Milky, y la mujer se pone a chillar, y cuando consigue calmarla, dice: *Dame el dinero, todo*. Nada le gustaría más que darle el dinero y que Jesse James se largara de la tienda, pero solo hay un puñado de billetes en la caja, de cinco y de diez, y la mujer los arroja sobre el mostrador. Todos los billetes de veinte para arriba van a parar a una caja fuerte, dice, y ella no tiene acceso. Así que Milky recoge el dinero, se lo mete en el bolsillo y se queda allí, pistola en mano, la boca cubierta por un pañuelo grande, con la mujer pasándose la lengua por los labios. ¿Y sabéis qué hizo Milky?

—¡No se me ocurrió otra cosa!

—Cogió un puñado de chocolatinas y se fue corriendo hacia la puerta.

Brendan Sweetman soltó un bufido.

—¡Bien hecho, Milky!

Milky negó con la cabeza.

—En ese momento aparece un tipo grandote que venía de su entrenamiento de *hurling*, con el palo en la mano. Ve mi pistola, me da un golpe en la boca con el palo, y cuando me despierto estoy rodeado de policías que se parten el culo de risa.

—Cuéntales qué nombre te pusieron los guardas en la cárcel cuando entraste en Mountjoy —dijo Martin.

Milky suspiró y levantó la vista al techo:

—El chico de las Milky Bar.

Dolly Finn soltó una carcajada aguda, una serie de bocinazos breves que le salían de la nariz y la boca. Era la primera vez que alguien oía reír a Dolly. Ver y escuchar las carcajadas de Dolly provocó la risa de los demás, y Milky echó la cabeza hacia atrás y soltó unas buenas risotadas. El tronco de Frankie Crowe se estremecía de risa. Martin miró en dirección a Dolly y vio que este se sonrojaba.

—Joder —dijo Brendan—. Me encantaría tomarme una pinta. Eso es lo que necesita una noche como esta, un poco de lubricación.

Frankie negó con la cabeza.

—Tranquilos, chicos. Si todo esto sale bien, nos iremos a casa con un buen fajo. O a lo mejor ya hemos hecho algo mal y la policía nos espera fuera con sus chalecos antibalas.

—De momento todo va rodado —dijo Sweetman.

—A veces pasa —dijo Frankie—. Sea como sea, lo mejor es mantener la cabeza clara. Luego ya tendremos tiempo de sobra para abrir botellas.

—¿Cuánto tiempo calculas? —dijo Dolly Finn.

—Tenemos un programa: sencillo y estricto. De momento, vamos bien.

Brendan Sweetman levantó un dedo en dirección al techo.

—¿Y ella? ¿Qué es lo mejor que podemos hacer con ella?

—No veo por qué no podemos devolverla sana y salva. No nos ha visto la cara, ¿verdad? No sabe cómo nos llamamos. No debería haber ningún problema. —Frankie se encogió de hombros

—. Quiero decir que en un caso así no puedes estar seguro al cien por cien, pero tal como están las cosas, no veo por qué no podemos darle una patada en el culo y mandarla de vuelta con su maridito.

Capítulo 14

En la cocina de la casa de los Kennedy había dos agentes provistos de un equipo de seguimiento de llamadas. Dos más estaban de guardia permanente en el vestíbulo. Todos armados. Había pocas probabilidades de que la banda volviera a la casa, pero tampoco era cuestión de arriesgarse.

Justin Kennedy estaba en su dormitorio, dando vueltas. Nada que hacer. Estaba demasiado tenso para poder quedarse sentado más de unos minutos. Eran… ¿qué? Miró su reloj… más de las diez. Habían pasado veinticuatro horas desde que… joder, habían *secuestrado* a Angela. Faltaban otras veinticuatro para la fecha límite: la llamada telefónica de los secuestradores. Las instrucciones para pagar al rescate. No ocurriría nada hasta entonces.

Lo más importante era no caer presa del pánico. Podía manejar el problema. Tenemos algo que ellos quieren. Ellos tienen algo —y no podemos permitir que el hecho de que se trate de Angela se interponga en la manera de afrontar el problema— que nosotros queremos. Tiene que haber una transacción. Hay que hacerla paso a paso, sin sorpresas, no ha de ocurrir nada que los ponga nerviosos. Podemos manejar la situación.

Después de que la banda se fuera de su casa, Kennedy se había pasado despierto toda la noche, consolando a los niños hasta que estos se durmieron. A continuación se preparó un café y estuvo dando vueltas por el vestíbulo con el móvil en la mano. Hizo una llamada a las seis de la mañana. Otra a las 6:15, a la hermana de Angela, que vivía en París. Le contó lo que había sucedido y le pidió que cogiera un vuelo esa misma mañana y se encargara de la situación familiar: darle la noticia a la madre de Angela y ayudarlo con los niños. Elizabeth era una organizadora de primera y quería muchísimo a su hermana pequeña, y lo gestionaría todo tan bien que Justin podría concentrarse en reunir el dinero del rescate. Aceptó coger el primer vuelo.

Obedeciendo las órdenes de los secuestradores, Kennedy no llamó a la policía hasta las nueve. Durante toda la noche pensó minuciosamente cuál era la mejor manera de abordar la situación. Llamó a uno de los asesores principales del Ministerio de Justicia, un hombre que hacía poco había invitado a los Kennedy a un importante acontecimiento benéfico en favor de los niños con síndrome de Down. Justin le explicó lo ocurrido, y le pidió que informara al comisionado de policía y se mantuviera la más estricta confidencialidad. Al cabo de diez minutos, llegaron unos agentes.

En las horas transcurridas desde que llamara al Ministerio, los agentes habían intervenido la línea telefónica para localizar las llamadas y habían puesto un equipo de protección en la casa. Un equipo especializado de agentes, enfundados en unos sobretodos blancos, recorrían todas las

habitaciones, sacaban fotos, tomaban huellas y registraban. Todavía no había podido entrar en la sala de estar ni en la cocina. Un comisario jefe, de nombre Hogg, se había presentado en casa y le había dicho a Justin que la policía todavía no había perdido a la víctima de ningún secuestro.

—Tenemos que aconsejarle que no pague el rescate, señor Kennedy —dijo Hogg—. Es un principio irrefutable. Pagar el rescate crea un incentivo, con lo cual el hecho vuelve a repetirse. Quizá no con su familia, pero eso es lo que ocurre. —Miró a Justin a los ojos—. Lo que suele darse en esta situación es que la gente escucha atentamente nuestro consejo. —Hizo una pausa antes de añadir—: Y luego en privado tiene preparado el rescate. Por si acaso. Puede que no se llegue nunca a esa fase. Y no es algo que alentemos, pero soy consciente de que tratamos con seres humanos.

—¿Y si fuera su familia?

—Por suerte, eso es solo una hipótesis.

Justin asintió.

—Todavía estoy un poco desconcertado por todo esto, pero creo saber lo que tengo que hacer.

De hecho, la primera llamada que había efectuado Justin Kennedy, tres horas antes de contactar con las autoridades, había sido a su amigo Daragh O'Suilleabhain, socio principal de Flynn O'Meara Tully & Co. Le había explicado lo ocurrido y O'Suilleabhain había exclamado: «Cristo bendito», y a continuación «Ajá» unas cuantas veces. Por lo demás, no había dicho nada hasta que Kennedy había dejado de hablar. Luego dijo:

—Ten paciencia, Justin. Cueste lo que cueste, traeremos de vuelta a Angela.

Acordaron que O'Suilleabhain se encargara de reunir el millón en efectivo. Para cuando la policía llegó a casa de Kennedy, O'Suilleabhain ya se había puesto en contacto con dos directores del principal banco a través del cual Flynn O'Meara Tully & Co. llevaban a cabo sus operaciones. Les hizo jurar que mantendrían el secreto y comenzó la labor de reunir el dinero del rescate. O'Suilleabhain telefoneó dos veces a Kennedy y le tuvo informado de cómo se desarrollaba todo. Durante la segunda llamada, le dijo a Justin que había hablado confidencialmente con un psicólogo que trabajaba para la empresa. Cuando Justin considerara que fuera el momento, estaría disponible para ayudar a los niños y a Angela.

En aquel momento, el comisario jefe Hogg le estaba diciendo a Justin:

—Debo pedirle que informe a los míos de todos los pasos que pretende dar en relación al pago del rescate. Como ya le he dicho, nos resulta difícil interferir, pero debemos saber lo que está ocurriendo, o… bueno, ya se lo puede imaginar.

El primer instinto de Kennedy fue no contarle a la policía lo que había hablado con Daragh O'Suilleabhain. Su única meta era que Angela regresara sana y salva, pero la policía tenía otras ambiciones. Parte de la estrategia tenía como objetivo atrapar a la banda. Excluir a la policía de sus planes tenía sentido hasta cierto punto. Pero intentar mantener en secreto la operación del pago del rescate, teniendo en cuenta que escuchaban sus llamadas telefónicas, no podía sino llevar al desastre. Kennedy le contó al comisario jefe Hogg que ya estaba intentando reunir el dinero a través de Daragh O'Suilleabhain, y el detective anotó los detalles.

Aquella noche, Elizabeth llevó a los niños, que estaban en casa de su madre, a ver a Justin. Saskia parecía estar bien, aunque no habló mucho y mantuvo los brazos cruzados durante toda la visita, como para protegerse. Luke lloraba cuando corrió para abrazar a su padre, y se aferró a él

y no dejó de mirarlo a la cara durante todo el rato. Se puso a sollozar cuando una hora más tarde se marcharon, y mantuvo su juguete de The Bear Factory apretado fuertemente contra el cuello. Elizabeth consiguió distraerle prometiéndole que dormiría en la sala de estar de la abuela, dentro de su saco de dormir. Luego, en cuanto los niños hubieron entrado en el coche de policía camuflado, empezaron otra vez las lágrimas. Luke se agarró a su tía, Saskia se sentó junto a ellos en la parte de atrás, los brazos aún cruzados contemplando la casa mientras Elizabeth procuraba encontrar palabras de consuelo. Dos guardas armados los acompañaron.

Justo delante de la cama de Justin y Angela colgaba un cuadro. Era una pintura bastante inocua de un artista dublinés que durante la pasada década había sido calificado de prometedor. Fue lo primero que colgaron cuando se mudaron a Pemberton Road. La pintura había ocupado una posición parecida en el dormitorio de su antigua casa desde que Justin lo comprara en una subasta benéfica cuatro años atrás. La noche que compraron el cuadro fue de las que no se olvidan.

Justin estaba sentado en la cama. La tensión y el cansancio iban minando la fuerza de sus músculos, y se tendió y dejó que el colchón absorbiera su peso.

El cuadro era algo especial para él y Angela, pero no recordaba haber comentado nunca con ella aquella noche. No hacía falta. Los dos sabían que había sido un hito en el camino recorrido hasta entonces.

—¿Mil?

El subastador, un famoso de la televisión pública, aceptó una puja de una mesa situada en la parte delantera de aquella sala grande y hortera del hotel donde se celebraba el remate. Casi todo el mundo ya se había tomado un par de copas cuando comenzó la cena benéfica, y en cada mesa había cuatro botellas abiertas a la espera de que los invitados se sentaran a comer, y los camareros, con mucha discreción, procuraban que las copas no estuvieran vacías mucho tiempo. La puja fue subiendo de quinientos en quinientos, y la sexta vez que el subastador preguntó si alguien ofrecía más de tres mil, Justin levantó un dedo.

—Gracias, señor. Tres mil quinientos.

El cuadro no estaba mal: era de unos azules claros y unos blancos brillantes, con algún toque de color oscuro desperdigado por el tercio inferior del lienzo. Podría ser una playa un tanto sui géneris o quizá tenía algo que ver con el espíritu del invierno. Fuera como fuese, Justin pensó que quedaba bien dentro de su marco gris jaspeado. Le gustaba la idea de figurar como comprador, y era por una buena causa: una máquina para algún hospital.

—Tres mil quinientos. Subo a tres mil quinientos.

Justin miró a su alrededor y al otro lado de la mesa, y descubrió que Angela le dirigía una amplia sonrisa. Tan solo moviendo los labios le dijo: *¡A por ello!*

Alguien dijo cuatro. ¿Por qué no?, se dijo Justin. Aquello era divertido.

—Cinco —dijo él. Había seis personas en la mesa de Justin, y al menos dos de ellas le murmuraron palabras de ánimo.

—Seis mil —dijo una voz gutural. Justin miró al otro lado de la sala y sonrió.

—¡Tommy Hederman, no te jode! —le dijo a nadie en particular.

Rubio, con una triple papada y generalmente sonriendo, Tommy se dedicaba al negocio inmobiliario, un negocio al que ya se dedicaba su familia y que había utilizado los servicios legales de Flynn O'Meara Tully durante más de veinte años. Tommy era más o menos una leyenda en la ciudad. Tenía una esposa fiel y tres hijos encantadores, y una amante igualmente fiel con dos hijas igualmente encantadoras. Aparte de sus residencias familiares —una en Dublín y otra en Sligo—, poseía un apartamento en Nueva York, una casa de campo en Wicklow, una granja en la región francesa del Languedoc y un avión privado que lo llevaba de una casa a otra. Su atractiva ayudante personal conocía bastante bien casi todo el alfabeto, y el tono de llamada que sonaba en su móvil era *La cabalgata de las Valkirias*.

Justin había trabajado con la familia Hederman en un par de negocios. Él y Tommy habían compartido piso durante una breve época en su época universitaria, y hasta hacía más o menos un año se veían de vez en cuando para jugar al *squash* a la hora de comer. Entonces Tommy comenzó a tener problemas respiratorios que limitaban sus actividades físicas. Dentro del mundo de los negocios se sabía que los problemas de salud de Tommy derivaban de una juerga con cocaína que lo había tenido una semana en la clínica Blackrock. Seguía siendo uno de los negociantes más astutos del país, y estaba especializado en comprar discretamente opciones sobre propiedades céntricas utilizando empresas fantasma. A continuación urbanizaba las propiedades que había reunido con una tasa de beneficio que generaría envidia si Tommy no hubiera sido un tipo tan bien considerado. Las invitaciones para pasar un generoso fin de semana en su casa de campo imitación estilo Gandon eran muy valoradas en los círculos financieros de Dublín. En tales ocasiones, Tommy proporcionaba toda la medicación recreativa que sus invitados pudieran precisar, aunque ahora se mantenía alejado de la química.

Justin y Tommy intercambiaron una sonrisa de genuino afecto. Tommy levantó la mano derecha e hizo el gesto de disparar.

—¡Siete! —dijo Justin en voz alta—. Siete, yo pujo siete.

Alguien detrás de Justin gritó:

—¡Vamos, sin miedo!

Tommy se tomó su tiempo, y dejó que el famoso de la televisión repitieran unos cuantos «¿Quién da más?» para aumentar la tensión. Finalmente, se puso en pie de un salto, apenas el tiempo suficiente para decir «¡Diez!» antes de volver a sentarse.

Con un rumor, la sala reconoció lo bien que Tommy había sabido elegir el momento. Ya no se trataba solo de dinero, sino de estilo, elegancia y gracia.

Todos los que estaban sentados a las mesas de los dos hombres y en las mesas vecinas fueron tomando partido por uno o por otro. La gente que se encontraba en las mesas más alejadas lanzaba vítores imparciales, y cada puja era saludada con un rugido de aprobación y expectación. *Doce, catorce, dieciséis…*

—¡Dieciocho!

—¡Veinte!

Cuando llegaron los veinticinco, Justin se puso en pie. Permaneció inmóvil, con las mejillas enrojecidas y una sonrisa que ocupaba toda la cara. Mientras estaba de pie, observó a un hombre medio calvo a un par de mesas de distancia, al que reconoció como un miembro poco importante de una empresa con la que a veces trabajaban en el Centro Internacional de Servicios Financieros. Su contacto más prolongado había consistido en subir juntos en ascensor, y en aquel

momento el individuo observaba a Justin con una cara avinagrada, como si estuviera muy contrariado por algo.

A la mierda. Todos los demás estaban contagiados por el entusiasmo del momento. *Siempre tiene que haber un amargado*.

Era como si cada partícula de aire de la sala estuviera conectada a un generador. Justin navegaba sobre una ola ni más ni menos que de dicha. Se volvió en dirección a la mesa de Tommy, y con una voz retumbante y firme dijo:

—¡Cincuenta mil!

El alboroto fue todavía mayor, y antes de que se extinguiera Tommy Hederman se puso en pie, dejó caer los brazos a los lados y le hizo una reverencia a Justin.

El estruendo dio paso a un clamor de aplausos, y cuando Justin se dio la vuelta vio que Angela lo miraba con amor y orgullo, contenta por él y con él. Posteriormente decidió que ese momento, y todo lo que lo rodeó —el dinero, el aplauso, la aprobación social, incluso la impotente desaprobación del capullo de cara avinagrada del CISF, la amistosa escaramuza con Tommy, el diáfano amor de Angela por él, la felicidad de todo eso—, fue el mejor momento de su vida.

Jesús, menuda noche. Fue como si todos se hubieran unido en una acometida arrolladora: el reconocimiento público de sus iguales, que lo consideraban un empresario serio; la percepción de sí mismo, su ambición, sus logros y el mundo de posibilidades que le esperaba. Y la intensidad del amor que sentía por Angela aquella noche le hizo ver con más claridad que nunca el absoluto acierto que había sido su matrimonio.

Justin se despertó de golpe de su agitada modorra, y su mano fue de manera instintiva al teléfono de la mesita de noche. Entonces comprendió que lo que estaba sonando era su móvil, que estaba en la cómoda, al otro lado del dormitorio.

—¿Sí?

—¿Estás ocupado?

Era la manera que tenía Helen Snoddy de preguntar si podía hablar libremente.

—Cristo —dijo Justin. Se incorporó en el lado de la cama de Angela.

Desde que aquello había comenzado, su mundo se había reducido a la casa, Angela, los niños y La Crisis. En ese momento recordó lo que le había dicho a Helen la última vez que habían estado juntos, cuando se habían besado en el aparcamiento: «Dame un toque cuando sepas cómo lo tienes».

Cristo.

—Mira, Helen…

—¿Va todo bien?

—No.

Un largo silencio. No tenía palabras, ni voluntad ni energía para decir nada más. Si eso la ofendía o no, si volvían a verse o no, nada importaba. Las cosas que normalmente le ocupaban la mayor parte del día —el trabajo, el lugar de su empresa en el tablero financiero, su coche, su oficina y su maldita papada—, ahora parecían tener tan poca relevancia como lo que elegiría para comer en un almuerzo aún muy lejano. Fuera de lo que era el núcleo de su vida, no había nada que no se pudiera arreglar, reemplazar, nada de lo que no se pudiera prescindir llegado el caso. Y

comprender que ese núcleo podía derretirse en los dos próximos días despojaba todo lo demás de significado.

—Lo siento, Helen…

—Parece que te he pillado en mal momento. Hablamos. Adiós.

—Adiós —dijo Justin, pero ella ya había colgado.

Cuando levantó la mirada, había un detective en la puerta del dormitorio.

—¿Algo importante, señor?

—No, nada.

Capítulo 15

La pared de la oficina que quedaba detrás del comisionado adjunto Colin O'Keefe era un himno a su carrera. Había certificados enmarcados de esto y lo otro, junto con fotos de un O'Keefe más joven acompañado de agentes y políticos veteranos. La reputación de O'Keefe como hombre que sabía caer en gracia a sus superiores no había perjudicado su reputación de policía concienzudo. Era cerca de medianoche, y el resto del complejo de Phoenix Park estaba en penumbra, pero O'Keefe tenía pinta de que iba a pasar allí la noche.

O'Keefe presentó a ese hombre robusto de cuarenta y pocos años sentado delante de su escritorio.

—Comisario jefe Malachy Hogg. Es quien dirige el caso. Le iría bien que le contara lo que sabe de Frankie Crowe.

Hogg no se levantó. Saludó con la cabeza a Grace, que le devolvió el gesto. No se conocían, pero cualquiera que estuviera al corriente de la política de la jerarquía del cuerpo había oído hablar de Malachy Hogg. Desde un principio, sus éxitos como detective de distrito habían llamado la atención, y había pasado a formar parte de la élite de Phoenix Park. Era un par de años más joven que John Grace, y nadie dudaba que acabaría dirigiendo el cuerpo con cincuenta y pocos.

O'Keefe asintió en dirección a una silla vacía que había delante de su escritorio y dijo:

—¿Conoce bien a ese capullo de Crowe?

—Frankie nos ha hecho trabajar un poco. Protección, robo. Al principio tuvo un par de tropiezos. —John Grace se sentó—. En los últimos años lo he detenido después de tres atracos diferentes. Sin resultado. Al final lo metimos a la sombra hará… no sé… tres o cuatro años.

—¿Por qué motivo?

—Lo arrestamos después de que le diera una paliza al propietario de un *pub* que se le puso farruco y no quería pagar protección. El propietario acudió a nosotros y conseguimos su colaboración.

—¿Un ciudadano valiente? —dijo Hogg.

—No duró mucho. Un par de días más tarde retiró la demanda, pero por entonces ya habíamos descubierto un alijo de cigarrillos de contrabando en el desván de Frankie. Estuvo a la sombra un par de años.

—¿Trabajaba solo?

—Durante un tiempo fue uno de los chicos de Jo-Jo Mackendrick, y luego se juntó con un par de pringados de Rialto, llamados Waters y Cox. Intentó hacer un par de trabajillos en

solitario, poca cosa. ¿Qué ha hecho ahora?

O'Keefe aspiró profundamente y formó una torre con las puntas de los dedos.

—Hace más o menos veinticuatro horas, Frankie Crowe ha secuestrado a una mujer llamada Angela Kennedy.

—¿Por dinero o es algo personal?

—El mensaje es que el marido tenga preparado el rescate dentro de cuarenta y ocho horas o la matará.

John Grace enarcó una ceja.

—El problema de Frankie Crowe es que es un delincuente de medio pelo y no lo sabe. Algo así… a Frankie le supera.

O'Keefe se había reclinado hacia atrás en su silla. Cuando volvió a abrir la boca, pareció que hablaba solo.

—La mitad de los problemas del mundo los causa gente que no conoce sus limitaciones.

—¿Quién es la víctima?

—La esposa de Justin Kennedy. Un abogado que tiene un montón de pasta. Vive por Ballsbridge.

Grace negó con la cabeza.

—No joda.

—No es alguien con quien se vaya a encontrar en los tribunales. Se dedica a asuntos de altos vuelos, negocios inmobiliarios y cosas así. —O'Keefe hizo una pausa. A continuación, como sin darle importancia, dijo—: Está bien relacionado. El caso nos ha llegado a través del Ministerio de Justicia. Es muy conocido en el circuito social, probablemente está en la lista cuando en época de elecciones el partido pasa el platillo.

Grace vaciló un momento. Conexiones políticas, un asunto delicado… ¿lo estaban invitando a comentar cómo podía influir eso en el desarrollo del caso? No, probablemente no. Simplemente tenlo en cuenta, no lo olvides.

—Entonces puede permitirse el rescate —dijo Grace.

—Piden un millón —dijo Hogg—, y él está dispuesto a pagarlo. Le hemos explicado cuál es la postura oficial de la policía con relación al rescate, y también cuál es la postura no oficial.

Por un momento, Grace no dijo nada. Entonces preguntó:

—¿Cómo saben que lo ha hecho Frankie?

La voz de Malachy Hogg era profunda y pausada, como si relatara una historia interesante que hubiera oído la noche anterior en el *pub* de su barrio.

—Mis chicos recibieron imágenes de las cámaras de seguridad de una casa cercana a la residencia de los Kennedy que muestra parte de la calle. Cuatro hombres llegaron en un Hyundai. Dos de ellos iban de traje, salieron del coche, y un poco después los siguieron los otros dos, vestidos de chándal. La hora coincide. Tienen que ser los mismos.

—¿Y Frankie es uno de ellos?

—La calidad de la cinta es una mierda. Pero esa noche se denunció el robo de un Hyundai Accent, que se encontró a la mañana siguiente cerca de Broadstone. Sin las imágenes de seguridad, no podríamos relacionarlo con el secuestro. En cuanto tuvimos la cinta, pusimos a la policía científica a trabajar en el coche. Casi todas las huellas son del propietario. Pero

encontramos dos que no lo eran: las de Frankie Crowe y las de un mierdecilla llamado Brendan Sweetman.

—Lo conozco. Trabaja de guarda de seguridad en el centro.

—El centro de operaciones será la comisaría de Carbury Street —dijo O'Keefe—. En cuanto salga de aquí, quiero que informe a los chicos de Malachy. Háblele de Crowe y de cualquiera de sus colegas que pueda estar implicado. Creo que hoy se irá a dormir tarde.

—Me gustaría que participara en el caso como una especie de asesor, puesto que conoce a ese mierda —dijo Hogg. Era la orden más educada que Grace había recibido.

—Procuraré que sus casos se repartan entre otros agentes de la comisaría —dijo O'Keefe.

—Tengo que declarar en un caso en el tribunal, el martes.

—Deme los detalles, yo hablaré con el juez.

Hogg estaba mirando su reloj.

—Deberíamos ponernos en marcha. He llamado a mis chicos para ponernos al día dentro de media hora más o menos. ¿Le parece bien?

Otra orden expresada con tacto. John Grace asintió.

—Hay algo que llama la atención —dijo O'Keefe—. Hoy en día ya no hay secuestros. Ya pasamos por eso con el IRA y algún que otro cabrón ambicioso, y nadie consiguió el rescate. Si atracas un banco, te persigue una brigada de policías. Pero si secuestras a alguien, tienes a todo el cuerpo detrás. Ese tal Frankie Crowe, ¿es muy estúpido?

—Frankie no es estúpido —dijo Grace—, pero tiene tendencia a actuar de manera impulsiva, y a veces hace cosas que no le benefician.

—¿Alguna vez ha hecho algo grave?

—Asumo que no conoce la historia del carrito del supermercado.

O'Keefe puso una mueca.

—Algo me dice que no estamos hablando de mangar.

John Grace tomó aire.

—Una semana después de que Frankie saliera de la cárcel y volviera con su amada familia tras pasarse dos años cascándosela, a un amigo suyo, Timmy Pocock, lo sacaron del Canal Real. En un carrito de supermercado y con un destornillador clavado en la oreja. Más o menos por los mismos días, la mujer de Frankie se presentó en el Hospital Beaumont con la cara en tecnicolor. La cara de Joan Crowe era una gran herida toda ella: hinchada, torcida, magullada y ensangrentada. —Grace recordó lo mal que lo pasó la mujer en el cubículo del hospital mientras escuchaba las preguntas, y más aún al negarse a contestarlas.

—¿Te lo ha hecho él, Joan? ¿Ha sido Frankie?

Joan no dijo nada.

—Que yo sepa, Frankie no es de los que atizan a su mujer. ¿No será que creía tener un motivo?

Joan ni siquiera lo miró.

—¿Qué sabes de Timmy Pocock? ¿También lo hizo Frankie? Eso es lo que he oído. Que es responsable de lo tuyo y de lo de Timmy. ¿Es eso cierto, Joan?

La historia que corría era que Frankie ya llevaba una semana fuera del trullo cuando descubrió que Timmy y Joan se lo habían montado.

John Grace corrigió el gesto para añadir un poco de compasión a su aspecto de persona sensible.

—No tienes que dejar que se salga con la suya, encanto.

Joan se volvió un momento hacia John Grace, evaluó su expresión comprensiva, y apartó la mirada. Estaba demasiado desinteresada como para ni siquiera molestarse, como si él fuera un mormón cerril que intentara convencerla para cambiar de religión.

—Presenta una denuncia. Antes de que acabe el día lo habré encerrado. No te volverá a poner la mano encima.

A Joan le costó abrir los labios, y cuando lo hizo Grace se dio cuenta de que le faltaba uno de los dientes de arriba. Joan habló con una voz baja, ronca, agotada y sin enfado alguno cuando le dijo que se fuera a tomar por culo.

Frankie y Joan se separaron, pero aunque John Grace intentó un par de veces más conseguir que le hablara del asesinato de Timmy Pocock, no le sacó nada.

—Fue una de esas cosas que todo el mundo sabe quién lo hizo, pero nunca pudimos demostrar nada —dijo Grace.

—¿Le cree cuando dice que matará a la rehén si no consigue el dinero?

—Ignora que nosotros sabemos que está implicado. Si vienen mal dadas, es capaz de todo.

En la parte superior del centro de operaciones había un tablón de anuncios blanco con fotografías de Frankie Crowe y Brendan Sweetman justo debajo de una foto de una sonriente mujer de pelo oscuro que debía de rondar los treinta. Las dos imágenes de los delincuentes eran fotos policiales. La imagen de la víctima no era una instantánea informal. El peinado poseía esa perfección despreocupada que solo se consigue a base de mucho esfuerzo. Tenía una dentadura impecable, a la americana. El amarillo de su blusa se complementaba a la perfección con el verde y marrón del fondo. Y la abstracción de ese fondo, artísticamente desenfocado, era el entorno perfecto para su resplandeciente belleza. No era tan solo que diera la impresión de que no tenía ninguna preocupación en el mundo, decidió el inspector John Grace, sino que parecía habitar un mundo en el que la preocupación era un concepto ajeno. *Pero fíjate, lleva veinticuatro horas en compañía de Frankie Crowe y sus amiguetes. Por muy bien que acabe todo esto, pasará mucho tiempo antes de que vuelva a poner esa sonrisa*.

Aparte de Grace, había catorce detectives en la sala de reuniones, todos alrededor de una larga mesa presidida por el comisario jefe Hogg. Todos los detectives eran hombres menos dos, todos más jóvenes que Grace, y todos poseían esa vigorosa confianza de los ambiciosos. Los hombres de Hogg eran jóvenes que lo daban todo, escogidos cuidadosamente para ascender deprisa. Aunque era pasada medianoche, todos iban con traje, y ninguno de ellos daba la impresión de haber pasado todo el día investigando un caso importante. No se decían palabrotas ni había falsa camaradería, ni tampoco el descuidado desorden típico de oficina, con los bosquecillos de vasos de plástico y carpetas desordenadas que John Grace asociaba con el intenso trabajo en grupo hasta altas horas de la noche. Casi todos esos agentes daban más la impresión de ir a un club nocturno, o al menos a la sala parroquial para un baile tradicional. John Grace comenzaba a lamentar haberse presentado sin corbata y con la chaqueta esport que se había puesto cuando Colín O’Keefe lo había telefoneado.

Hogg llevaba un traje *beige* con la corbata floja y una camisa de dos tonos abierta en el cuello. Al inicio de la reunión, Hogg presentó a Grace. Lo invitó a colocarse a su lado para que lo vieran los demás detectives. A continuación su brigada lo puso al corriente de las novedades. Todas las cuestiones rutinarias, el proceso de recogida de pruebas, búsqueda de pistas, y registro meticuloso de cada paso para utilizar en un posible proceso. Casi todo el trabajo policial implicaba visitar a la gente más evidente y formular las preguntas más evidentes. Con el tiempo, se encontraban con que dos o más pruebas no encajaban, momento en el cual comenzaban a presionar a alguien con un menguante nivel de cortesía, hasta que tenían pruebas suficientes para respaldar la acusación.

Varios miembros del equipo de Hogg informaron de las diversas áreas de trabajo que les había asignado. El agente de pruebas se encargaba de mantener la cadena de pruebas, otro detective redactaba un cuestionario para ir casa por casa. Un tercero servía de enlace con la Brigada Antiterrorista, la Policía Científica y las comisarías de distrito. Un cuarto mantenía contacto con la Unidad de Reacción Inmediata, pues existía la posibilidad de que un escuadrón armado tuviera que cargarse a alguien antes de que aquello terminara. El equipo necesario se había reunido de inmediato por si era necesario un asedio: cámaras y micrófonos espías de fibra óptica para insertar en las paredes, y técnicos para operarlas, junto con un surtido de arietes, gases y equipos de comunicación. Un negociador y un par de psicólogos estaban a la espera para actuar.

El resto del equipo había comprobado posibles pistas asignadas en una reunión anterior. Como Ballsbridge era un barrio donde vivía gente influyente, estaba bien vigilado. Los agentes de uniforme que habían estado de servicio la noche del secuestro y durante las semanas anteriores habían sido concienzudamente interrogados por los detectives de Hogg, y se les había pedido que comprobaran sus libretas por si constaba algún incidente que pudiera servirles de pista. Hasta ese momento se habían repasado unos dos tercios de las cintas de seguridad obtenidas de comercios y casas.

Dos detectives peinaban una lista de multas de tráfico de los meses anteriores correspondientes a las calles adyacentes a la casa de los Kennedy, y comprobaban si los números de matrículas correspondían a algún coche conocido o robado.

Dos detectives más se habían puesto en contacto con el propietario anterior de la casa de los Kennedy, que vivía en Portugal. Había aceptado verlos, y los detectives habían cogido un avión esa misma mañana. Lo más probable era que ese hombre no supiera nada, pero existía la posibilidad de que lo hubieran amenazado antes, o tuviera algún indicio de que alguien había estado vigilando la casa.

¿Estaba implicado el marido de la víctima? ¿Tenían problemas de dinero? ¿Problemas conyugales? ¿Alguno de los dos tenía un amante? ¿Rivales en los negocios? ¿Enemigos personales? ¿Amenazas? Los parientes y socios de Kennedy fueron interrogados por si alguno creía que eso podía ser una represalia por algo que había hecho. ¿Tenía enemigos su mujer?

Al principio había que considerar todos los puntos de vista posibles, pues el caso era una zona pantanosa y nebulosa con poco terreno firme. Habían encontrado el Saab de la familia abandonado en Lucan, y la policía científica lo había revisado sin ningún resultado útil. Pero luego la niebla se había aclarado. El Hyundai aparcado cerca de la casa de los Kennedy que aparecía en las imágenes de las cámaras de seguridad coincidía con el Hyundai robado en el que

habían encontrado la huella de Frankie Crowe. El secuestro ya no era un enigma sin acotar, era un problema identificable con dos objetivos concretos: Frankie Crowe y Brendan Sweetman.

Uno por uno, los miembros del equipo de Hogg fueron informando. El estilo de Hogg era brusco. Presta atención y píllalo a la primera. En ese equipo no había lugar para la negligencia. Son marionetas, se dijo John Grace mientras observaba cómo los entusiastas detectives citaban lo poco que sabían para impresionar a su jefe. Esbozaron los escasos detalles, dibujaron un cuadro de la familia Kennedy que la presentaba como adinerada y libre de preocupaciones. Los detectives siguieron enumerando posibilidades, solo por si acaso, pero Crowe y Sweetman estaban en el punto de mira de la investigación.

—Tenemos una dirección de Sweetman, una casa semipareada un poco más allá de Coolock —dijo Hogg—. En los archivos no hay nada reciente sobre Frankie Crowe. ¿Podría ayudarnos?

John Grace asintió.

—En la actualidad Frankie vive en el segundo piso de un bloque de apartamentos en Glasnevin… Temple Road, Temple Avenue, algo así. Una covacha en un barrio de mala muerte. Le daré los detalles.

Grace no se había fijado hasta ese momento en que los finos cabellos de Hogg eran más castaños de lo que deberían. *Nos hemos puesto un poco de Clairol, ¿verdad?* No era una de esas cosas que imaginabas que preocuparían a un comisario jefe con mucho futuro. Por lo demás, quizá era una peculiaridad de la estirpe.

Hogg se volvió hacia Grace.

—Muy bien, vamos a ver el historial completo de Frankie Crowe.

Grace les habló a los detectives de los años en que Frankie había trabajado para Jo-Jo Mackendrick y de su frustrada alianza con Waters y Cox.

—Frankie ronda los treinta. Está separado y tiene una hija. Es cruel cuando tiene que serlo. Su historial delictivo anterior es sobre todo de matón: protección, músculo, robo a mano armada a pequeña escala.

Les habló del asesinato de Timmy Pocock, les contó lo del destornillador y les dijo que se lo trabajaron antes de matarlo.

—¿Tiene familia, hermanos, primos? —preguntó Hogg—. ¿Alguien que debamos vigilar?

Grace negó con la cabeza.

—No tiene a nadie. Su padre poseía una furgoneta y repartía verduras por Finglas. Un tipo respetable. Montó su propia tienda. Ya está muerto. Frankie era un poco granujilla. Comenzó trabajando de mecánico, pero nunca le cogió el gusto, y tuvo un encontronazo con la familia. Tiene un par de hermanas y un hermano, y la madre aún está viva. Pero, que yo sepa, hace años que no habla con ellos.

—¿Y Sweetman?

—Un gorila, trabaja de segurata en el centro. Hace veinte años su padre tenía montado un tinglado de protección en Ballymun, y le enseñó al chaval todo lo necesario para convertirse en un matón de siete suelas. Brendan estaba con su viejo en el antiguo *pub* Watering Hole cuando alguien entró cubierto con un casco de motorista y empuñando una escopeta. Encontraron trozos de su papi pegados al techo.

—En el secuestro de los Kennedy han intervenido cuatro personas —dijo Hogg—. Aparte de Crowe y Sweetman, ¿tiene alguna idea de quién más podría estar implicado?

—Me sorprendería que Martin Paxton no estuviera entre ellos. Él y Frankie se conocen de toda la vida.

—¿Otro matón?

—Había trabajado de portero de hospital. Luego comenzó a robar en casas: entraba, cogía lo primero que encontraba y se largaba enseguida. Quizá un par de atracos. Se apunta a cualquier cosa deshonesta.

—¿Quién cree que puede ser el cuarto?

—Cualquiera de los centenares de manguis de tercera categoría de Dublín. Es el círculo en el que se mueve Frankie.

Hogg asentía.

—Necesitaremos algunas direcciones.

—Frankie vive solo. Paxton vive con una mujer, Deborah no-sé-cuántos. Sweetman está casado con una mujer que tenía un par de hijos de otro, y Sweetman los adoptó. Luego su mujer se quedó embarazada y tuvieron un hijo hace un año. Un auténtico hombre de familia. Decían que ahora llevaba una vida honrada.

Algunos de los detectives de Hogg estaban inclinados sobre sus libretas, anotando todo lo que decía. Todos parecían preparados para una larga noche de trabajo. A John Grace le dolían los pies y quería sentarse, pero la pareció que eso no sería muy inteligente. Ya se sentía como un abuelo al que le permiten quedarse levantado hasta tarde con sus nietos enrollados.

—En este caso serán importantes los confidentes —dijo Hogg—. Estos secuestradores no tienen infraestructura. Necesitarán delincuentes de segunda que les proporcionen coches y pisos francos, víveres y ese tipo de cosas. Chismes de manguis de baja estofa. Así que hablen con sus confidentes y retuerzan algún brazo si hace falta. —Asintió en dirección a su equipo—. Y todas las fotos que podamos conseguir las pasamos a la policía científica. —Se volvió hacia otro de aquellos elegantes agentes—. Direcciones de la familia, socios conocidos. Hablen con Grace, hagan una lista de todos y repasen los nombres. Tenemos a nuestra disposición todo el apoyo y tiempo que necesitemos, de manera que a cualquier sospechoso que encontremos le ponemos vigilancia.

Alguien levantó la mano:

—¿Registramos sus casas?

Hogg negó con la cabeza.

—Todavía no. Mantengámonos a distancia. Ni una palabra a los vecinos. Es posible que esos caballeros no sepan que tenemos sus huellas. Si aparecen por alguna parte, nos acercamos y los seguimos, nada de heroicidades. A lo mejor tenemos suerte y uno de ellos nos lleva a alguna parte. —Dio una sonora palmada y dijo—: Muy bien, eso es todo. Cualquiera que no tenga asignada una tarea, que descanse un rato. A primera hora de la mañana tengo que verme con la prensa, he de convencerlos para que mantengamos un bloqueo informativo. Cualquier pregunta de la prensa, diríjanmela a mí. Ya saben todo lo que tienen que hacer. Mañana a última hora de la tarde volvemos a reunirnos.

Mientras todos salían de la sala, Hogg tocó a John Grace en el hombro y le dijo:

—Bien hecho.

Grace sintió como si le hubieran puesto un diez en su cuaderno de caligrafía.

Eran casi las dos de la mañana. El *pub* se hallaba a diez minutos de la comisaría de Carbury Street, y cuando John Grace dio unos golpecitos en la ventana lateral, el propietario en persona lo dejó entrar. Era un tipo simpático que conocía el valor de darle jabón a cierto tipo de persona. Dos empleados del bar estaban limpiando, y como casi todas las noches, un puñado de policías que ya no estaban de servicio y un par de periodistas tomaban la última o la penúltima antes de irse a casa. Además de las bebidas, a esa hora de la noche el local ofrecía un sándwich gratuito, y Nicky Bonner se estaba comiendo uno.

—¿Y bien? —dijo.

—Invítame a una pinta y te lo cuento.

Inmediatamente después de que O'Keefe lo llamara convocándolo a la reunión informativa, John Grace había telefoneado a Nicky Bonner.

Nicky estaba de buen humor.

—Parece que has caído de pie, chaval.

—¿No te parece que me han tendido una trampa?

Grace sabía que si te relacionabas lo suficiente con los mandamases aprendías que los que tienen más éxito son los que abordan los problemas desde dos vías a veces contradictorias. Primero deciden lo que van a hacer. Y a continuación escogen a un cabeza de turco al que todos puedan señalar con el dedo si algo va mal.

La opinión de Nicky era que Grace no tenía opción.

—El comisionado adjunto te llama, y tú le haces una reverencia. Supongo que podrías decirle que estás enfermo. Pero si yo fuera tú, le seguiría la corriente.

Al final de la llamada, Nicky le había pedido a Grace que se reuniera con él en el *pub*, aunque fuera muy tarde.

Ahora, después de la reunión, los recelos de John Grace se habían disipado. Le contó a Nicky lo del secuestro y que estaban buscando a Frankie Crowe.

—¿Cómo es el equipo de Hogg?

—Joven, enérgico, sabe adónde va.

—Entonces no hay duda de que tienes que estar con ellos. Si juegas bien tus cartas, eso te puede abrir nuevas perspectivas.

A sus cuarenta y seis años, John Grace había perdido cualquier ambición profesional que hubiera alimentado cuando se unió al cuerpo. Dominaba la rutina metódica del trabajo de detective y estaba seguro de su capacidad para supervisar a aquellos que estaban debajo de él en la jerarquía. Estos talentos lo habían llevado a un nivel respetable, del que no se había movido. Desde buen principio, Grace reconoció que carecía de las habilidades políticas necesarias para zigzaguear hasta las máximas alturas de la pirámide policial. Había acabado creyendo que era de esos que hunden la nariz en su trabajo, y cuando se acuerdan de levantar la cabeza y ver dónde están, ya ha transcurrido la mayor parte de su vida. Grace —que continuamente se enfrentaba a un flujo de personas traumatizadas que cometían delitos estúpidos o desesperados— sabía que su vida laboral no había ido en la dirección que tenía planeada. A veces se preguntaba si él y los delincuentes no habían quedado acorralados en el gueto de la periferia de la vida real, condenados a repetir una y otra vez insignificantes juegos de policías y ladrones.

Quizá ese era el motivo por el que cada vez más se pasaba los fines de semana cuidando el jardín y viendo cómo su nieto, Sam, embadurnaba con el dedo sus cuadernos de dibujo.

Dar un paso adelante era una opción, pero un policía de mediana edad de rango y reputación modestos no podía esperar grandes ascensos, y era demasiado joven para dedicarse a la jardinería a tiempo completo.

Nicky tenía razón. Ese secuestro podía abrirle alguna oportunidad. Pues adelante. Si se desempeñaba de manera competente en un caso importante, la gente con influencias haría circular su nombre. Y cuando hubiera una vacante dentro del cuerpo o en otra parte, la gente lo recordaría. Lo ideal sería un ascenso, ejercer de oficial superior un par de años y luego quizá convertirse en director de una empresa de seguridad privada. Juntar un buen pico de dinero antes de jubilarse. Uno hacía carrera a base de casos como ese. A Grace le parecía casi indecente aprovecharse de los problemas de otros, pero así solían funcionar las cosas en ese negocio.

—Unirte al equipo de Hogg no te puede perjudicar.

—No voy a unirme a su equipo. Quiere disponer de alguien que conozca personalmente a Frankie.

—Recuerda que no eres el único.

—Ya lo sé.

—Lo digo en serio. Si ves la oportunidad, menciónale mi nombre al gran jefe. Conozco a Frankie. Podría ser útil.

—Yo no soy exactamente la mano derecha de Hogg, Nicky.

—Solo te lo digo. Por si se presenta la oportunidad, ¿vale? Estoy disponible.

—A lo mejor tienes suerte.

Nicky levantó su jarra.

—Por Frankie Crowe.

Capítulo 16

John Grace llegó a casa poco después de las tres de la mañana, durmió tres horas y media y, antes de que dieran las ocho, ya estaba de vuelta en el centro de operaciones de Carbury Street. De haber estado Nicky presente, habría comentado el aspecto imponente del mejor traje de Grace y habría soltado algún chiste del tipo: «Caramba, creo que nunca te había visto tan bien afeitado».

En ausencia de Nicky, Grace se burló en silencio de su propio entusiasmo. Si le hubieran preguntado, no habría sabido decir si se debía a su deseo de ayudar a que la víctima se reuniera de nuevo con su familia o a las ganas de impresionar a su jefe. Se dijo que, fuera cual fuera el motivo, a la víctima le daría igual.

Más o menos la mitad del equipo de Hogg ya estaba trabajando —tan frescos y enérgicos como durante la reunión de medianoche— y el resto buscaba pistas. Grace encontró un teclado libre y se puso a escribir todo lo que sabía de Frankie Crowe. Hizo algunas llamadas telefónicas, mencionó el nombre de Hogg y nadie le vino con el habitual «Haremos lo que podamos». Al cabo de una hora un agente mensajero le había entregado todos los documentos que necesitaba.

A media mañana, un recadero de la policía científica le entregó una carpeta de fotografías de Frankie y otros sospechosos, junto con instantáneas de parientes, socios y gente que solía frecuentarlos. A Grace le asignaron el trabajo de añadir detalles acerca de los diversos participantes. Hogg deseaba un expediente completo impreso que sirviera de guía informativa al equipo de detectives.

Era una sorpresa ver de nuevo a Brendan Sweetman en acción. Parecía que el matrimonio y la paternidad lo habían convertido en un ciudadano honrado. Su mujer era un personaje desagradable que había cubierto a Grace de insultos la última vez que le había hecho la visita rutinaria para charlar un rato con Sweetman. Desagradable, pero honrada a machamartillo. Después de años juntos, era evidente que Sweetman seguía estando loco por ella. A quien le tocara ir a registrar la casa de Sweetman podía contar con una bronca de campeonato por parte de su mujer.

John Grace tenía la costumbre de mantenerse en contacto con sus antiguos clientes. La última vez que había estado en el piso de Frankie Crowe en Glasnevin había sido poco antes de que este terminara su asociación con Oscar Waters y Shamie Cox. Era un cuchitril bastante caro, uno de los miles de apartamentos diminutos que habían aparecido en Dublín en la última década, construidos con cuatro céntimos y vendidos a precio astronómico. Era el signo más evidente de

una ciudad subdesarrollada, de nuevos ricos, que pedía mucho prestado y gastaba con impaciencia.

Durante una época, Grace depositó grandes esperanzas en Frankie. Conocía a los tipos como él. Ambiciosos, aunque nunca llegaban a gran cosa. Si los reclutabas en el momento adecuado, eran los mejores confidentes. Se habían movido en los círculos criminales, conocían a mucha gente y sabían lo que hacía esa gente. Al no haber alcanzado la posición que según ellos les correspondía, estaban amargados. Hacer de confidente te brinda la oportunidad de vengarte de los que han prosperado, y al que es ambicioso le otorga un cierto poder, que es más o menos lo que había querido desde el principio. De todos modos, la nueva posición de confidente ha de permanecer en secreto, pero para los que son como Frankie es un placer mirar a los ojos a alguien y sentir esa superioridad que da el engaño.

A los diez minutos de haberse puesto a hablar con Frankie Crowe, Grace comprendió que no había ido en buen momento. Frankie seguía convencido de su destino, desilusionado con Waters y Cox, pero todavía se creía destinado a hacer grandes cosas. Se le veía demasiado optimista como para hacerle una propuesta seria.

Al diablo, se dijo Grace. Hay que darle más tiempo, y picará.

—¿Nunca te sientes culpable de lo que le haces a la gente? ¿Entrometerte en sus vidas con una pistola en la mano?

—No soy mala persona, señor Grace. Casi todo lo que hago lo cubre la compañía de seguros. Así que no pasa nada. La cuestión es que… mire, si quieres lo mejor para ti, a veces tienes que hacer algo que sabes que está mal. Lo haces porque es la única manera de llegar adonde quieres. Si no lo haces, sigues siendo un pringado. —Hizo una pausa, como si estuviera a punto de recitar su credo personal—. La gente con cojones hace lo que tiene que hacer, y domina a los que no los tienen. O sea, que haces lo que tienes que hacer.

—¿Y puedes vivir con eso?

—Es algo malo, pero hacer algo malo no te convierte en mala persona. Te convierte en una persona que hace algo malo… una cosa mala. Lo haces, a lo mejor te sientes mal por haberlo hecho, pero se trata de eso o de ser un pringado. O sea, que lo haces. Lo haces y pasas página.

En el informe que estaba redactando para el equipo de Hogg, John Grace no mencionó las probabilidades que tenía Frankie de convertirse en confidente. En el tiempo transcurrido desde aquella conversación, la oportunidad no había vuelto a surgir. Acabara como acabara ese secuestro, las opciones de que Frankie Crowe algún día volviera a estar en situación de delatar a alguien eran bastante escasas.

Justin Kennedy estaba reclinado en la parte de atrás de un coche de policía camuflado. Tenía a un agente armado a un lado y había dos más en la parte delantera del vehículo, que avanzaba a toda velocidad por el carril bus. Era un alivio salir de casa. En las treinta y seis horas transcurridas desde que todo comenzara, cada hora parecía contener el doble de minutos de lo habitual. El mismísimo aire que respiraba parecía cargado de alguna forma de aciaga energía.

Desde la velocidad del coche, distinguía imágenes aisladas de la rutina cotidiana de la ciudad, todo nítido, aislado y separado del entorno. La visión del mundo normal, actuando a su ritmo de siempre, recalcaba la extrañeza del paisaje en el que ahora se movía. Una anciana en la

parada del autobús, con el pelo ralo teñido de un rojo vivo, la cara sin vida, como si hubiera renunciado a algo. Un cretino en un coche deportivo color plateado con el móvil incrustado en la oreja y conduciendo con una mano a través del tráfico: casi atropella a un ciclista.

Cuando el coche de policía se detuvo en un semáforo de Baggot Street, Kennedy observó cómo cruzaba la calle un hombre de pelo gris, alto y delgado, enfundado en un traje azul muy bien cortado: ponía un pie delante del otro con ese esmero y atención con que se mueven los que están realmente borrachos. Kennedy lo reconoció: una de esas personas que se aferran al uniforme de la respetabilidad al tiempo que se permiten la deliciosa irresponsabilidad de la embriaguez. Por un instante, Kennedy sintió envidia de aquel borracho, de abandonarse al confort de la temeridad, desembarazarse de todo lo que convertía la vida en algo complicado y tenso. La dicha y la esperanza, y también el dolor, la preocupación y el miedo. Era un pensamiento que a veces afloraba en momentos de tensión: en aquel momento, lo borró rápidamente.

El coche de policía cruzó una calleja de tiendas de aspecto abandonado. Kennedy reconoció la zona: él y sus socios la habían tasado de cara a una futura urbanización. Algunas de esas tiendas estaban en ruinas, otras habían reabierto con un contrato corto y de bajo alquiler. Quienes las llevaban ahora eran casi todo inmigrantes que ofrecían comida étnica, ropas y peinados pintorescos, reparación de móviles o internet barato y conexiones telefónicas a continentes remotos. La prosperidad económica había atraído a una oleada de asiáticos, africanos y europeos del este. Aparte de trabajar en los *pubs*, restaurantes y hospitales que no conseguían contratar a trabajadores irlandeses, generaban ese comercio al viejo estilo en los lugares más inverosímiles. Kennedy había decidido no comprar en esa zona, pero otros lo habían hecho. Una vez expulsaran a los inmigrantes, estos rápidamente comenzarían su negocio en cualquier otra parte.

Cuando el coche de policía dobló la calle, Kennedy vio a dos negros de pie junto a una tienda de ropa. Uno liaba un cigarrillo y el otro echaba la cabeza hacia atrás y soltaba una carcajada. Por lo general, cada vez que veía a un inmigrante, Kennedy se preguntaba cuál era su historia, qué peligros había soportado durante el viaje desde su deprimido país de origen hasta este. En aquel momento, le sorprendió experimentar una oleada de resentimiento hacia aquellos inmigrantes que no parecían en absoluto atribulados. No cuestionó ni rebatió aquella emoción, sino que encontró cierto consuelo al entregarse a ella.

Los policías se quedaron en el vestíbulo de las oficinas de Flynn O'Meara Tully cuando Kennedy subió en el ascensor. Daragh O'Suilleabhain le esperaba cuando las puertas se abrieron en la cuarta planta. Daragh tenía cuarenta y pocos años y había cultivado un ligero acento de la zona norte de Dublín y cierta tosquedad, a pesar de haber estudiado en una institución tan elitista como el Blackrock College. En los círculos financieros de Dublín se decía de Daragh que era «todo un carácter», lo que en su juventud había llevado a mucha gente a subestimarlo. Con el tiempo, sus coetáneos comenzaron a comprender con qué facilidad era capaz de abandonar la jovialidad y cortarles la cabeza. Hacía años que casi nadie lo infravaloraba.

Sus primeras palabras al recibir a Kennedy marcaron la pauta del encuentro.

—No voy a perder el tiempo expresándote mi apoyo, Justin. Acabemos con esto, entreguemos el dinero a esos cabrones y recuperemos a Angela.

Daragh había ido un curso por delante de Justin en Blackrock College, y aunque en aquella época no habían mantenido mucho contacto, desde entonces habían desarrollado una permanente

relación comercial y personal.

Daragh le llevó a una pequeña sala de reuniones, cuyos ocupantes se pusieron en pie y saludaron a Justin con el desasosiego de un pariente lejano que se ve obligado a asistir a un funeral. Había un alto ejecutivo del banco, y un contable de Flynn O'Meara Tully al que Justin no conocía. Como portavoz principal de la firma, parte del trabajo de Daragh O'Suilleabhain consistía en estrechar muchas manos, tanto dentro como fuera de la empresa, y se mostraba cordial casi de manera automática, aunque aquella mañana quedara un tanto fuera de lugar.

—Para acelerar las cosas, Justin, lo primero que hice ayer en cuanto me llamaste fue ir al banco, donde me asignaron a dos empleados en exclusiva cuya única función era la de obtener el efectivo, y he de decir que han hecho un trabajo fantástico.

Asintió en dirección al ejecutivo del banco, invitándolo a hablar.

El banquero asintió.

—Nos hemos puesto a reunir el dinero, y en este momento ya lo tenemos más o menos todo… y teniendo en cuenta que disponemos de todo el día de hoy para finalizar el trabajo, no preveo ningún problema.

—Imagino que será un paquete bastante grande, y quizá tengamos que hablar con esos cabrones acerca de cómo quieren que lo entreguemos —dijo O'Sulleabhain.

—Bastante grande —dijo el banquero—, pero no imposible de llevar. Un millón en billetes de cincuenta son unos veinte mil billetes, que pesan quizá nueve o diez kilos. Cabe en dos bolsas grandes.

—¿Cómo vamos a hacer llegar el dinero a esos cabrones? —dijo Daragh.

—Estoy esperando. Más o menos a las once de esta noche me dirán cuándo, dónde y cómo —dijo Justin.

—¿Y el transporte?

—Disponemos de varios vehículos seguros de aspecto anónimo que generalmente utilizamos para transportar grandes cantidades de manera discreta —dijo el banquero—. Todavía no lo hemos comentado con nadie, pero esos vehículos ya disponen de un sistema de rastreo por GPS, si queremos que los localicen.

Justin negó con la cabeza.

—No sé, a lo mejor la policía…

Daragh cortó en seco la discusión.

—Es una posibilidad.

El contable comentó de manera breve el procedimiento mediante el cual Flynn O'Meara Tully reembolsaría el dinero al banco, pero Daragh quiso que la discusión se limitara a los detalles más imprescindibles. Los activos de Justin, aunque más que suficientes para cubrir el rescate, estaban invertidos en propiedades y acciones. El papel del banco consistía simplemente en proporcionar el efectivo en el plazo necesario. Daragh puso fin a la reunión poco después, y cuando los dos empleados del banco se hubieron marchado, ordenó a su secretaria que les llevara una taza de café.

—¿Cómo lo llevas, hijo?

—En cuanto reciba instrucciones de esos cerdos, sabré cuánto vamos a tardar en liquidar este asunto. Esta noche se cumplen las cuarenta y ocho horas, poco después de las once.

—Angela es fuerte, Justin. Lo superará. —Puso una mano en el hombro de Justin y su voz áspera se suavizó—. Aférrate a eso. —Justin ya se lo había visto hacer anteriormente: eran las expresiones profesionales con que expresaba su desvelo por los clientes. Ahora que él era el destinatario, estaba totalmente convencido de su sinceridad, y también agradecido.

Intentó comentar la mecánica de convertir sus activos en líquido para devolver el dinero a Flynn O'Meara Tully, pero Daragh negó con la cabeza.

—Ya tendremos tiempo para eso. El dinero sirve para llevar el marcador, pero en este momento el partido se ha suspendido y el dinero no es más que una herramienta para hacer un trabajo. Cuando todo acabe, ya nos encargaremos del papeleo.

Durante la mayor parte de las doce horas siguientes, después de tres conversaciones telefónicas posteriores con O'Suilleabhain, Justin Kennedy supo que todo estaba en orden. Pero luego llegó la medianoche, pasaron las cuarenta y ocho horas, y los cabrones no llamaron con las instrucciones para el rescate. La cara de Justin estaba recubierta de una película de sudor. Se encontraba sentado en la cocina, a la mesa, con el teléfono fijo delante de él, también el móvil, acompañado de un par de aburridos técnicos telefónicos que manipulaban el equipo de seguimiento, y tres agentes más —incluido el comisario jefe Hogg— a su lado.

Y esos cerdos sin llamar.

Los pistoleros no solo se habían llevado el Rolex que Angela le había regalado, sino el que llevaba antes y dos más que habían encontrado en un cajón del dormitorio. Justin miró el reloj que le había pedido prestado a Daragh O'Suilleabhain. Las doce y veintitrés.

—Algo pasa —les dijo a los policías—. El miércoles por la noche se fueron de casa a las once y media. Más o menos. Y ya llevan una hora de retraso.

—No son hombres de negocios, señor Kennedy —dijo Hogg—. No podemos esperar que sean puntuales. Sé que es difícil, pero la paciencia es importante en estas circunstancias si no quiere acabar agotado.

La policía se había portado muy bien. Habían sido comprensivos, respetuosos y evidentemente eficaces. Querían recuperar a Angela sana y salva y atrapar a los secuestradores. Pero también era evidente que para ellos era una tarea profesional y resultaba necesario mantener cierta distancia. Pero joder, eran como fontaneros intentando arreglar una cañería.

Justin no había hecho nada mal. Había reunido el dinero para el rescate. La banda había dicho que podía contactar con la policía, que ya se lo esperaban. Había hecho exactamente lo que le habían dicho. Y sin embargo los muy cabrones no habían llamado.

Era como si hubieran estirado, retorcido y dejado en carne viva cada fibra de su cuerpo. Llevaba dos días sin dormir pero no se sentía cansado, sino electrizado.

—¿Qué cojones pretenden? —preguntó a nadie en particular.

Uno de los policías que acompañaban al comisario jefe Hogg —se lo habían presentado, pero a Kennedy no se le había quedado el nombre— dijo:

—Conozco a esas personas, señor, y créame, no le gustaría sincronizar su reloj con el suyo. Cuando esos hombres dicen cuarenta y ocho horas, pueden ser dos o tres días.

—El inspector Grace tiene razón, señor Kennedy —dijo Hogg—. Eso no significa nada. Además, puede que su intención sea poner a prueba sus nervios, sacarle de quicio.

Kennedy no contestó. Miró el reloj de Daragh. Eran las doce y treinta y siete, y habían pasado cuatro minutos desde la última vez que mirara la hora.

Pobre desgraciado.

Grace calculó que aquella noche no habría llamada telefónica. «No le gustaría sincronizar su reloj con el suyo» era una frase que pretendía consolar al marido de la rehén quitándole hierro al asunto. Era posible que Frankie Crowe hubiera dicho cuarenta y ocho horas porque en ese momento le sonaba bien, aunque no pretendiera que lo tomaran al pie de la letra. También era posible que se hubiera ido de juerga para celebrar lo gran delincuente que era y se despertara por la mañana recordando que la noche anterior tenía algo importante que hacer. También era posible que algo hubiera ido mal y Frankie se hubiera cargado a la rehén y ahora procurara pasar desapercibido, ignorando que la policía sabía que estaba implicado.

Si así es como han ido las cosas, lo más probable es que Frankie aparezca por su piso uno de estos días, lo detengamos y lo cuente todo. Y al cabo de un par de horas estaremos todos con un sobretodo blanco excavando en algún lugar de las montañas de Dublín con una máscara en la cara para filtrar el hedor.

Pero había algo distinto en aquel caso. Existía la posibilidad del desastre, pero también una sensación de satisfacción. Una sensación de responsabilidad. En casi todos los casos en los que John Grace había participado, desde el robo con escalo al asesinato, la policía había tenido que rebuscar entre los escombros del delito e intentar atrapar al culpable. Casi siempre, encontrar al culpable implicaba una lógica bastante simple. Había otras veces en las que los testigos estaban demasiado asustados o demasiado en peligro para testificar, o en las que lo aleatorio del delito dificultaba la investigación. De todos modos, nada de lo que hiciera la policía cambiaba las cosas, incluso en los casos en que el delincuente era atrapado y condenado. El delito ya se había cometido. El daño, el dolor y el miedo ya no iban a ser más profundos, y el trabajo de la policía consistía en retirar los escombros. El caso de Angela Kennedy era diferente. Lo que Grace y sus colegas hicieran o no podía determinar si una mujer volvía con su marido y sus hijos.

Grace reconocía los sentimientos que experimentaba desde que comenzara aquel asunto. Excitación, interés, pasión. Había pasado mucho tiempo desde que su trabajo le despertara esas emociones.

Lo que había acabado reconociendo tras unos cuantos años en el mundo policial era que el delito no se acababa nunca, seguía y seguía, y que lo que él o cualquier otro del cuerpo hicieran daba completamente igual. Solo podían trasladarlo de una zona a otra. Las bandas frustradas por la seguridad de los bancos se apropiaban de furgonetas llenas de chips de ordenador. Desmantelabas un negocio de protección y veías cómo los mismos gánsteres iniciaban un negocio de adulteración de diésel. Tal como estaban las cosas, cuando la gente no conseguía aquello que quería o necesitaba, algunos se amargaban o se deprimían, mientras que otros simplemente cogían lo que podían donde podían. Y habitaran mansiones o guetos, la idea de la vida que todos compartían les daba derecho a hacerlo. Y también el instinto de conseguir todo lo que su visión de la vida les exigía: dinero, sexo, posición o simplemente un colocón de la droga que mejor se adaptara a su mente perturbada. Y si conseguir lo que querían significaba quebrantar la ley o romperle la cabeza a alguien, pues adelante.

Había problemas que no resolvía ni toda la policía del mundo. Aparte del esporádico cura radical o trabajador social que no tardaba en quemarse, a nadie le importaba una mierda. John

Grace a veces se sentía como un basurero con un poco más de categoría, que recogía los desperdicios semanales y los llevaba donde nadie pudiera verlos. La policía no podía impedir que se quebrantara la ley, igual que los basureros no podían impedir la acumulación de desperdicios.

Nadie lo decía en voz alta, pero existía un nivel aceptable de criminalidad, quizá incluso un nivel deseable. John Grace calculaba que vivía mucho mejor del delito que la mayoría de infractores. Muy pocos delincuentes ascendían al nivel de prosperidad del que disfrutaban los abogados, las compañías de seguros, los periódicos, los peces gordos de las empresas que vendían alarmas y agentes de seguridad y todo el resto de servicios que prosperaban en el negocio de la delincuencia. Aun cuando un delincuente alcanzara el nivel de un Martin Cahill o un Jo-Jo Mackendrick, lo más probable es que despertara la animosidad de más de uno y al final acabara pagándolo.

Si encontraban con vida a Angela Kennedy —y todo apuntaba a que sería así— entonces el caso se convertiría en la conocida búsqueda de pruebas que acabaría con los malos a la sombra durante unos cuantos años, sin nada más en juego que el orgullo profesional. Mientras tanto, la perspectiva de recuperar a la mujer sana y salva y ahorrarle a la familia un dolor mucho peor despertaba en John Grace un entusiasmo que no había experimentado desde sus primeros días en Templemore. Sabía que después, cuando volviera al punto muerto en el que había derivado su carrera, esta le parecería menos interesante que nunca. Pero por el momento, sentía una especial gratitud hacia Frankie Crowe por concederle esa oportunidad.

Pobre desgraciado.

El marido de la víctima estaba hecho polvo.

Justin Kennedy no dejaba de frotarse la cara, como si la fricción pudiera distraerlo de sus temores. Sigue así, se dijo John Grace, y no le servirás de nada a tu mujer cuando las cosas se pongan feas.

—¿Una taza de té, señor? ¿Café?

Kennedy negó con la cabeza. Se quedó mirando los dos teléfonos que había en la mesa delante de él, como si se hubieran convertido en una especie de enemigo.

Capítulo 17

Era mediodía del sábado, sesenta horas después del secuestro, cuando Justin Kennedy recibió la llamada. No hubo preliminares, solo un lacónico:

—¿Ya tienes el dinero?

—Tenía que llamarme a las cuarenta y ocho horas. Han pasado…

—¿Tienes el dinero?

Recibió la llamada en el fijo. El inspector John Grace estaba en la cocina en compañía de otro detective, dos técnicos y Justin Kennedy. El comisario jefe Hogg se había ido a la cama a las dos de la mañana. Grace dormía en una habitación de invitados, junto al dormitorio de Kennedy. Este se había desvestido y metido en la cama por primera vez desde que aquello comenzara, y se quedó dormido al instante rodeado por sus dos teléfonos.

Aquella mañana estaba sentado en la cocina, sin probar el café que uno de los policías le había puesto delante. En la encimera, justo al lado del microondas, había dos bolsas grandes y pesadas que había enviado el banco. En cada una había medio millón en billetes de cincuenta. En cualquier otra circunstancia, la presencia de un millón en efectivo en su cocina habría despertado en Justin Kennedy al menos cierta curiosidad. Pero no se había molestado ni en abrir las bolsas para mirar los billetes. Daragh O'Suilleabhain le había dicho que todo estaba en orden. El dinero le interesaba tan poco como las bolsas que lo contenían.

Sabía que cuando llamaran aquellos cabrones, apenas tendría opción de decirle unas pocas palabras a Angela. Estuvo un rato pensando qué era lo más importante. Rechazó palabras y frases hasta que dio con una sola frase tranquilizadora. *Todos te queremos muchísimo, el dinero está en camino y todo terminará pronto.*

Aquella mañana hubo varias llamadas telefónicas, familiares o de negocios. Cada vez que sonaba el teléfono, John Grace se ponía unos auriculares y un técnico hacía correr la cinta. Grace asentía y Justin Kennedy cogía el teléfono. Cuando recibieron la llamada de los secuestradores, justo después de mediodía, Kennedy se frotaba las mejillas de manera compulsiva, nervioso en su silla.

—¿Ya tienes el dinero?

—Tenía que llamarme a las cuarenta y ocho horas. Han pasado…

—¿Tienes el dinero?

—Necesito saber que Angela está bien.

—¿La policía está escuchando?

Kennedy levantó la mirada hacia Grace, y rápidamente dijo lo que habían acordado.

—Sí, usted dijo que no pasaba nada si contactaba con ellos. ¿Angela está bien? ¿Puedo hablar con ella?

—Acerca del rescate.

—¿Puedo hablar con Angela? ¿Cómo sé que…?

En la voz asomó un deje de irritación.

—Acerca del rescate.

—Tengo el dinero, ha tardado un poco pero está listo. ¿Cómo lo hacemos?

—Dos millones.

—¿Perdón?

—Dos millones, en billetes de cincuenta.

—No puede…

—Ese rollo del Bryton Bank me desconcertó un poco, pero he estado pensando. No te voy a hacer ninguna rebaja. Si puedes reunir uno, puedes reunir dos.

—Espere…

—Dos millones. Otras cuarenta y ocho horas. Estaremos en contacto.

Colgó.

Una nota de histeria asomó en la voz de Justin Kennedy cuando gritó:

—*¡Espere!*

Uno de los técnicos negaba con la cabeza.

—Nada —dijo.

John Grace se quitó los auriculares.

—¿La voz le ha resultado familiar, señor?

—Sí, se parecía a la del jefe de la banda. ¿Cómo sé que no ha…? ¿Por qué no me ha dejado hablar con Angela? ¡Dos millones, joder!

Grace ya estaba tecleando un número en su móvil. Cuando Hogg contestó, Grace dijo:

—Ya ha llamado, señor, y sin duda era la voz de Frankie.

—Bien.

—Me temo que ha surgido una complicación.

Mientras le contaba a Hogg que había aumentado el rescate, no apartaba los ojos de Justin Kennedy, que ahora tenía lágrimas en los ojos, la boca abierta y estaba rojo. *Mierda, lo que nos faltaba. Que el marido de la víctima sufra una crisis nerviosa*.

Frankie había hecho la llamada desde el muelle sur, en Dun Laoghaire. Nunca se sabía qué mierdas utilizaban ahora para localizar llamadas de móvil, así que buscó un lugar que nadie pudiera identificar. Un lugar de la zona sur. Un lugar donde fuera fácil deshacerse de un móvil. Su intención había sido hacer la llamada exactamente cuarenta y ocho horas después del secuestro, aunque luego se le ocurrió que estar en el muelle poco antes de la medianoche no era una buena idea. Pero le gustó la idea del muelle, así que le pareció que lo mejor era dejar la llamada para el día siguiente. Y esa mañana, al despertarse, se le ocurrió la idea de doblar el dinero del rescate.

Que se joda. Un ricachón es exactamente igual a otro. Vale, no tiene su propio banco, pero es un abogado que está forrado, con una casa como esa… Que se joda. El mismo precio que

habíamos decidido para el banquero. Si puede juntar un millón, no le costará mucho juntar dos.

Eso significaba que el asunto se alargaría. No había ninguna garantía de que el tipo fuera capaz de reunir el segundo millón tan deprisa como el primero, por lo que aquello podía retrasar las cosas. A la mierda. Valía la pena perder un poco más de tiempo por toda esa pasta.

Una vez hecha la llamada, apagó el móvil y se acercó al borde del muelle. Era la hora de comer y había gente paseando. Frankie se detuvo mientras una temblequeante pareja de ancianos pasaba arrastrando los pies, la mujer cogida del tembloroso brazo del marido. Llegados a este punto, ¿para qué seguir?

Los móviles eran cosa de Milky, y no tenían nada que ver con Frankie, pero con la tecnología de que disponían en aquella época, se podía averiguar quién llamaba a quién desde qué teléfono, a qué hora y desde dónde. Incluso con un teléfono de prepago, podían identificar la zona desde la que llamabas. Había muchísimos listos que habían acabado en una celda por culpa de algún puto técnico telefónico. Úsalo y tíralo. Cuando el teléfono cayó al agua, Frankie ya se había dado media vuelta y bajaba por el muelle tras adelantar a la pareja de ancianos.

En el mostrador del McTell's Bar, situado en la calle mayor de Dun Laoghaire, Frankie pidió un café y un sándwich de pollo. Como era la hora de comer y había mucha gente, el camarero fue brusco. Frankie casi había acabado de comerse el sándwich cuando observó, en el espejo que había detrás de la barra, el reflejo de la pantalla del televisor que colgaba de la pared, a su espalda. Mostraba una foto de la rehén con una gran sonrisa en la cara.

Frankie se dio la vuelta a tiempo para ver cómo esa foto era sustituida por una presentadora cuyos labios se movían en silencio. A continuación apareció una foto del exterior de la casa de la rehén. Frankie le dio la espalda a la barra y se puso en pie. Un camarero apartó la mirada de la caja registradora.

—El sonido —dijo Frankie en voz alta. El camarero se lo quedó mirando, al borde de la irritación. Frankie añadió—: La televisión, rápido. Por favor. —El camarero miró a su alrededor, encontró el mando a distancia sobre un estante, y cuando Frankie se volvió hacia la pantalla, la locutora estaba diciendo: «… el portavoz de la policía no tiene nada más que comentar. Un amigo de la familia ha declarado a RTE News que mantienen la esperanza de que la señora Kennedy regrese sana y salva con su familia, y ha solicitado que se respete la intimidad de la familia en estos momentos difíciles».

Frankie salió del *pub* y encontró un taxi. Tenía que ocurrir. Algo así no se puede mantener oculto. De todos modos, ahora resultaba un problema seguir utilizando la antigua carnicería mientras el marido reunía el segundo millón.

Cuando regresó al piso franco, Martin Paxton, Brendan Sweetman y Dolly Finn estaban de pie en la cocina.

—¿Te has enterado? —dijo Brendan.

—Nos vamos de aquí —les dijo Frankie. Cuatro horas más tarde llegaban a Rosslare Strand, en Wexford, a casi seiscientos kilómetros de distancia.

Dios te salve, María,
llena eres de gracia;
el señor es contigo.

Bendita tú eres
entre todas las mujeres,
y bendito es el fruto
de tu vientre, Jesús.

Antes incluso de que el hombre gordo y menudo cerrara de un portazo el maletero, Angela supo que iba a morir.

Subieron a la habitación. Las pisadas de dos hombres apresurándose por la escalera, el gordo y menudo y el jefe de la banda. No dijeron nada al entrar, simplemente le pusieron el pasamontañas, de nuevo al revés, y no fueron muy amables cuando le ataron las manos.

—Qué… —dijo cuando el jefe de la banda sacó el pasamontañas—. Escuche… —añadió, pero ellos no dijeron nada, ninguno, y cuando le hubieron colocado el pasamontañas en la cabeza, Angela emitió algunos sonidos de súplica, y a continuación una mano le agarró la cara y unos dedos de hierro le apretaron la mandíbula y se clavaron en el músculo. Dejó de hablar. Sabía que era la mano del gordo y menudo la que le tiraba del brazo y la guiaba escaleras abajo, al aire libre, con movimientos bruscos. Unas manos ásperas le hicieron agachar la cabeza. Oyó sus gruñidos, una mezcla de irritación y satisfacción, antes de cerrar el maletero de un golpe.

Era un coche distinto, pues del interior del maletero le llegaba un olor a ladrillos de turba.

Santa María, Madre de Dios,
ruega por nosotros, pecadores,
ahora y en la hora de nuestra muerte.

Algo va mal. Algo ha pasado. O no.

No han conseguido el rescate.

Justin. Algo ha pasado. Justin ha hecho algo, o no ha hecho algo. Ha dicho algo.

Él nunca la pondría en peligro, al menos de manera deliberada. No cometería ninguna estupidez.

Ha dicho algo y ellos lo han malinterpretado… o quizá ellos han dicho algo y él no lo ha entendido bien…

Me van a matar. Oh, Jesús.

Me arrojarán en cualquier parte. ¿En algún callejón? En un contenedor, al fondo de algún callejón.

Por un momento pudo ver el contenedor y estaba lloviendo. Oyó la lluvia repiqueteando sobre el contenedor.

No. En la ciudad no. Me encontrarían demasiado rápido.

El olor.

Me llevan a algún lugar apartado. Me enterrarán, quizá en medio de un bosque.

El escalofrío de una oleada de terror la estremeció de arriba abajo, le cerró los ojos. Dejó pasar el escalofrío y sintió un picor en la coronilla. Intentó obligarse a respirar de manera lenta y regular.

A lo mejor simplemente me llevan a otro sitio. Me esconden en otra parte hasta que llegue el dinero.

¿Por qué iban a hacerlo?

Podrían haberme matado allí, donde estábamos antes. Meter mi cadáver dentro del maletero y lanzarlo en cualquier lugar fuera de la ciudad.

A lo mejor en las montañas.

No. Si los paran y los atrapan ahora, y yo estoy con vida, los acusarán de secuestro.

Si hay un cadáver en el coche, será asesinato.

Asesinato.

El mío.

Un cadáver en el maletero.

Me tendrán con vida hasta que lleguemos allí.

Y entonces.

El miedo era un hacha que iba cayendo sobre sus pensamientos inconexos, rebanándolos a trocitos que tropezaban unos con otros y escapaban a la comprensión de su mente, dominada por el pánico.

El olor.

Yo. Mi cuerpo. Descomposición. Nada.

El coche paraba y arrancaba. Iban por la ciudad. Luego continuaron un buen trecho sin parar, fuera de la ciudad, por una carretera, a una velocidad constante, y su mente intentó calmarse. Le sobresaltó descubrir que se había dormido. Luego no estaba segura de si se había dormido, se había desmayado o había permanecido despierta en todo momento.

Al cabo de un rato el coche se detuvo y abrieron el maletero. La sacaron. Le costaba caminar porque le dolían las piernas y el suelo era irregular. El pasamontañas estaba húmedo de su propio sudor.

Oía el silbido y el gorjeo de los pájaros. Aire. ¿Un bosque? ¿Las montañas?

Pisadas.

La voz del jefe de la banda.

—Descanso. Estira las piernas.

Oh, Jesús, María y José.

Por favor, Dios. Aquí no. Ahora no.

Un poco de tiempo, por favor, un poco de tiempo.

Saskia, Luke.

Justin.

Elizabeth, Elizabeth.

De entre todas las cosas, en un fogonazo recordó una soleada tarde en Galway, quizá veinte años atrás. Ella y su hermana Elizabeth estaban en Salthill coqueteando con dos muchachos. Comían helado y un cucurucho se cayó al suelo y se oyó un paf en la acera. Siguió una carcajada histérica.

Qué desperdicio.

Una palabra se extendió por su mente, y por un momento aplastó todas las demás.

Restos.

«La policía afirmó que los restos se encontraron en…».

Jesús, María y José.

De nuevo se obligó a respirar a un ritmo lento y regular.

Si me entierran aquí, nunca me encontrarán. Semanas, meses. Nadie sabrá con certeza que he muerto. No habrá cadáver. Ni tumba.

«¿Por qué mamá todavía no ha vuelto?».

«Ha habido un pequeño retraso», dirá Justin.

Semanas, meses. Los niños lo sabrán. Lo sabrán antes de que nadie les diga nada.

El sonido de un líquido. ¿Estaban vertiendo algo?

Alguien estaba meando en el suelo.

¿Sentiré la pistola contra la nuca? ¿La bala? ¿La sentiré? ¿Oiré algo?

No sabré cuándo. No me dirán nada. Puede que lo hagan ahora mismo.

Sacudió la cabeza, como si notara algo tocándole la nuca. Dio un paso adelante, pero sus piernas no tenían fuerza para correr. Se inclinó hacia delante, se encogió.

No saberlo. Estás viva, y al instante siguiente ya has muerto.

No, dímelo.

—Dímelo. —Casi no reconoció su voz, ahora un seco graznido.

Nada. A lo mejor no la habían oído. A lo mejor sí.

Les importa una mierda.

Los oía hablar tranquilamente. Solo a dos. A cierta distancia.

Lo hará el gordo.

Cabrón.

—¡Cabrón!

Dejaron de hablar. Al cabo de unos segundos, oyó al gordo que decía:

—Venga, al coche.

Le temblaban las extremidades. En algún lugar de las tripas sentía un fluido que se desplazaba. A cada respiración tragaba la lana del pasamontañas.

Al cabo de un momento, la voz del jefe de la banda dijo:

—¿Estás lista?

Tenía la boca demasiado seca para hablar. Pisadas que se acercaban.

—Ha llegado el momento de irse. Solo nos queda otra hora de camino. ¿Quieres mear? ¿Quieres beber? ¿Una Pepsi?

—¿Qué ocurre? Dígamelo. Quiero saberlo antes de que ocurra. No es solo… dígamelo…

Gritó cuando unas manos ásperas la cogieron, la empujaron, la arrastraron. Sus piernas rozaron el borde del maletero, el cuerpo aterrizó de golpe y volvió a oír cómo se cerraba súbitamente. Lloró tanto de alivio como de angustia. El motor arrancó y el coche se puso en marcha. La lana del pasamontañas se le metía en la boca y en las fosas nasales mientras aspiraba grandes bocanadas de aire.

> Santa María, Madre de Dios,
> ruega por nosotros, pecadores,
> ahora y en la hora de nuestra muerte.
> Amén.

Hasta después de una hora de haber salido de Dublín, rumbo sur por la carretera de Wexford, Martin Paxton no consiguió que Dolly Finn le contestara con algo más que monosílabos.

—Tú mismo —replicó Finn cuando Martin dijo que quería parar a comer algo. Martin era quien conducía, y tenía tantas ganas de hacer una pausa como de comer.

—¿Jack White's? —preguntó Martin—. ¿Te parece bien?

Dolly Finn asintió. Había estado escuchando música en su iPod desde que salieran de Dublín. Nada más meterse en el coche, Dolly se había puesto los auriculares y apretado el *play*.

En una ocasión, Martin le preguntó a Dolly si quería parar a tomarse una Coca-Cola o un sándwich. En dos ocasiones Dolly negó con la cabeza y siguió escuchando su música.

Cuando el calor comenzó a apretar, Martin bajó la ventanilla y dijo:

—¿Te molesta?

—No.

Tras un par de vanos intentos, Martin renunció. Cuando Frankie y Brendan se metieron en el otro coche con la rehén, Martin supo que el viaje hacia el sur con Dolly Finn no sería un gran acontecimiento social, aunque la verdad es que el cabrón tampoco se esforzaba.

Más adelante, justo a la izquierda de la N11, Martin vio el Jack White's Pub, un edificio de dos plantas. Se preguntó si Dolly se quitaría los auriculares para comer.

Hay gente que no para de hablar.

No pones a Johnny Hodges como música de fondo, para llenar los huecos de la conversación. Si lo pones, lo escuchas. Y aun cuando Dolly Finn no hubiera estado absorto en su música, tampoco se le habría ocurrido de qué hablar con Martin Paxton. No es que le cayera mal, parecía un tío decente. Pero Dolly Finn no tenía amigos, ni colegas, ni siquiera socios en ese negocio, tan solo contactos. Tenía un amigo al que veía tres o cuatro veces al año, alguien con quien había ido a la escuela. A veces iba a tomar una copa con algún cliente que quería hablar de música. Había un coleccionista de Nottingham que le proporcionaba mucho material de Blue Note. Unos años atrás, invitó a Dolly a quedarse en su habitación de invitados cuando estuvo en la zona para una convención de coleccionistas, y Dolly lo consideraba un amigo. Aparte de eso, Dolly Finn se mostraba muy celoso de su intimidad.

El saxo de Johnny Hodges lo acompañó durante todo el camino al ritmo de la banda de Duke Ellington. Las notas de piano de Ellington bailaban alrededor de la melodía de Hodges, que subía y bajaba como esparciendo una capa de pétalos a su paso. Era una de esas canciones que habían acabado formando parte de Dolly Finn tanto como su propia carne. A veces, de noche, cuando estaba en la cama, revivía la música en su cabeza, los instrumentos individuales y el sonido colectivo de la banda, y allí seguía cuando se despertaba por la mañana.

Dolly no prestaba atención a los campos que atravesaban. Era una tierra ajena en la que tenía que trabajar hasta que pudiera regresar a la vida que podía permitirse gracias a esos trabajos. Era algo que soportaba, siempre y cuando ese exilio tuviera un propósito y una finalidad a la vista, pero disfrutarlo, no lo disfrutaba. Aquella música familiar lo consolaba, y los esporádicos intentos de cháchara de su compañero eran un coñazo del que no hacía caso.

Cuando se detuvieron en el aparcamiento del Jack White's, Dolly apagó el iPod. Sabía que tendría que charlar. Martin Paxton flexionó los brazos detrás de la cabeza y dijo:

—¿La conociste? —Señaló el *pub* con la cabeza.

Dolly arrugó la frente.

—A la antigua propietaria de este local, a la que le mataron el marido. ¿No la conociste nunca?

Dolly hizo memoria. Negó con la cabeza.

—En una ocasión —dijo Martin— me sirvió en la barra pocos meses después del tiroteo. Antes de que la arrestaran. Parecía bastante simpática. Brendan Sweetman jura que le ofreció trabajo, pero es un trolero.

Brendan Sweetman, en opinión de Dolly, era un animal. Para sobrevivir en un mundo pérfido, todo el mundo tiene que hacer lo que debe. Y cuando eres un animal, todo es muy simple. No ves las cosas con perspectiva, no tienes remordimientos ni esperanza de redención espiritual. Solo buscas saciar tus apetitos animales. Desde hacía mucho tiempo Dolly Finn había aceptado que a veces tendría que compartir su vida con gente así. No dijo nada, pues no sabía si Martin había acabado de hablar.

—¿Vienes a tomar un bocado?

—No, esperaré aquí. —Decidió dar una explicación—. Quiero escuchar los dos temas que vienen ahora.

—Se come bien.

—No tengo hambre.

—Tú mismo.

Dolly no leía los periódicos, pero se había enterado de lo fundamental del asesinato del Jack White's Pub al oír la noticia del juicio por la radio. Parecía ser que a la mujer solo le había faltado poner un anuncio en el periódico pidiendo un presupuesto para cargarse a su marido. Cualquier idiota que se dejaba arrastrar hacia un marrón como ese merecía lo que le pasara. La breve etapa de Dolly como asesino a sueldo había acabado siete años atrás por culpa de estupideces como esas.

Era un incidente en el que había estado pensando mucho últimamente, pues creía saber quién había matado a Jo-Jo Mackendrick.

Unos ocho años atrás, un compañero del ejército de Dolly, Johnner Mulligan, le propuso asesinar a un anciano: ocho mil por adelantado. Había gente en Dublín que mataría a cualquiera por el precio de una buena noche de juerga, pero Dolly no se movía en esos círculos. Imaginaba que si una persona seria quería que el trabajo se hiciera bien tenía que estar dispuesta a pagar un fajo de dinero. A Dolly le gustaban los trabajos sencillos. Nada de planes complicados que pudieran salir mal, ni de armas que la policía científica pudiera rastrear. Utilizaba un cuchillo de la cocina de la víctima y luego lo arrojaba al río Liffey. Generalmente Dolly sabía poco de la víctima y nada de quien lo quería muerto, ni por qué. Si el tipo estaba en el negocio, cosa muy probable, no era nadie importante. Tan solo alguien que se había metido con alguien que no debía, y este alguien conocía a alguien. Y un par de años después, Johnner le ofreció otro trabajo.

—Este es diferente.

Tendría que hacerlo en colaboración con alguien, y necesitaría utilizar un arma, dijo Johnner. Tendría que matar a alguien desde una moto que conduciría otro. Colocarse al lado de la víctima, dos tiros y fuera. Así fue como lo describió Johnner. Cuando Dolly se enteró de quién era la víctima, sacudió la cabeza.

—Tendría que pensármelo. Y no me digas quién te lo ha propuesto. No quiero nombres, ¿entendido?

—Claro que no. —Johnner estaba entusiasmado—. Es un montón de pasta, mucho más de lo que suele pagarse.

—¿Solo Jo-Jo? ¿Y qué pasa con Lar?

—Sin Jo-Jo, Lar es inofensivo. El problema es Jo-Jo. Cárgatelo solo a él. Lar no es nadie.

Dolly hizo unas cuantas preguntas más, en un tono despreocupado que ocultaba la rabia que sentía. Le ofreció a Johnner otro café. Cabrón de los cojones. No se enteraba de nada. Creía que era un trabajo más. En un trabajo así, saliera como saliera, no podías dejar ningún cabo suelto, y Johnner hablaba como si se tratara de ir a mangar a una tienda para pasar la tarde.

Lo haces y te conviertes en un cabo suelto. Pam.

Lo rechazas, y a lo mejor lo hace otro, o no. En cualquier caso, cuando las cosas se calman siempre existe la posibilidad de que alguien te considere un cabo suelto. Pam.

A lo mejor el trabajo sale mal y Jo-Jo le aprieta las tuercas al pistolero o a Johnner o a cualquiera a quien le ponga la mano encima. Le mete un par de hojas de afeitar en la boca, le sella los labios con cinta, y empieza a atizarle puñetazos en la tripa, en el pecho, va subiendo hasta la cara.

«*¿Hay algo que te gustaría contarme?*».

Es lo que le hizo un capullo de Limerick a un cretino al que se le subieron los humos. Se lo trabajó un rato, se cansó y luego le pegó un tiro en la nuca. Tiró el cadáver, y cuando el forense le quitó la cinta de la boca al cadáver, salió una hoja de afeitar ensangrentada. Lástima de la bonita huella dactilar que el capullo de Limerick había dejado en la cinta, que es lo que normalmente suelen hacer los capullos de Limerick.

No es la clase de error que cometería Jo-Jo. Y si Jo-Jo saliera con vida de algo así, querría hacer cantar a alguien para que le dijera los nombres de todos los implicados, Dolly incluido. Jo-Jo dispararía primero y ni siquiera se molestaría en hacer ninguna pregunta. Pam.

En cuanto Johnner abrió la boca para hacerle aquella propuesta, Dolly supo que ambos ya estaban de mierda hasta el cuello. Le repitió que tenía que pensárselo.

Dolly se lo estuvo pensando toda la tarde, tomó una decisión y la consultó con la almohada. Asistió a la primera misa de la mañana, pero se dio cuenta de que no podía concentrarse. Volvió a casa, se lo pensó otra vez y a continuación se fue a la oficina central de correos e hizo una llamada desde una cabina. Consiguió el número de Jo-Jo, lo llamó por teléfono y le dijo:

—No me conoces, pero me han ofrecido dinero para matarte.

Por la tarde se vieron, y tres días más tarde las noticias de mediodía de la radio relataron que se habían encontrado dos cadáveres en un campo situado en la parte de atrás del aeropuerto. Johnner era uno de ellos, estrangulado. El segundo tenía dos agujeros en la cabeza, uno de entrada y uno de salida. Probablemente era el otro tipo con el que Johnner había hablado del trabajo, el conductor de la moto. A los dos se los habían trabajado de lo lindo.

Una noche Dolly volvía a casa y se encontró a Jo-Jo esperando en un coche delante de su piso. En el regazo llevaba una bolsa con sesenta mil pavos.

Dolly se enteró de que en cuanto aparecieron aquellos dos cadáveres cerca del aeropuerto, un ambicioso sujeto de la zona sur llamado Gerry Forbert tomó las de Villadiego. Acabó en el continente, probablemente en España. Nadie supo por qué, solo que era por el bien de su salud.

En los meses siguientes, uno de los hermanos de Forbert y dos de sus socios aparecieron en un campo, también en la parte de atrás del aeropuerto.

A lo largo de los años, Jo-Jo le había ofrecido a Dolly un par de trabajos tranquilos, pero el instinto de este le dictaba que, en la medida de lo posible, más le valía mantenerse alejado de gente así. Siempre eran un problema.

La hipótesis de Dolly era que, después de tanto tiempo, a Gerry Forbert le había entrado morriña y, antes de volver a su tierra natal, había despejado el terreno liquidando a Jo-Jo y a su madre.

Al cabo de media hora, cuando Martin Paxton salió del Jack White's, Dolly apagó el tema de Miles Davis que estaba sonando y buscó en el iPod algo que sirviera de sonido de fondo a la cháchara que podía esperar de Paxton. Cuando este abrió la portezuela del conductor, Dolly subió el volumen de *Sidewinder*, de Lee Morgan, y sintió el ritmo de aquel vigoroso tema retumbando en su cabeza.

Salió el sol, Frankie Crowe comenzó a preocuparse. Abandonó la carretera y encontraron un lugar tranquilo. Cuando sacaron a la rehén del maletero, tenía el chándal empapado de sudor, y Brendan Sweetman tuvo que sujetarla para que no se cayera. La echaron en el asiento de atrás, la cubrieron con la chaqueta de Frankie y le dijeron que si hacía cualquier chorrada la matarían. Frankie consideró que dejarla salir un rato del maletero era mejor que llegar a Rosslare con un rehén muerto. Cada vez que volvía la cabeza hacia ella, la veía inmóvil. En cierto momento, le preguntó:

—¿Estás bien?

Como no contestó, Frankie se inclinó y la zarandeó.

—¿Estás bien?

Silencio. Le dio un capirotazo en la oreja y la mujer emitió un gruñido seco.

—Contesta. ¿Estás bien?

Al cabo de unos segundos se escuchó un sonido que podía corresponder a un «Sí».

—Bebe esto —dijo Frankie. Le puso en la mano un botellín de Coca-Cola. La rehén se apartó el pasamontañas de la boca y se oyó perfectamente cómo tragaba.

Capítulo 18

Una hora después de que se rompiera el bloqueo informativo del secuestro de la señora Kennedy, el comisario jefe Malachy Hogg recibió instrucciones de presentarle un informe al comisionado adjunto Colin O'Keefe antes de las nueve de la mañana siguiente. A las dos horas, Hogg sabía todo lo que había que saber de aquella cagada, y después de la tercera hora había informado telefónicamente a O'Keefe.

Cuando a las nueve menos diez de la mañana siguiente llegó a la oficina de O'Keefe en la sede de Phoenix Park, fue simplemente para confirmar lo que había relatado en el informe de una página. Algún metomentodo, probablemente un vecino de los Kennedy que conocía a todo el clan familiar, se enteró de lo que estaba ocurriendo y propagó la noticia. Las informaciones recibidas por los periódicos y las emisoras de radio se diluyeron en el bloqueo informativo organizado por Hogg. Más adelante alguien telefoneó a un programa de cotilleos matinal para quejarse de la situación del país. Por culpa de un gobierno sin agallas, unos matones armados podían apoderarse de cualquier ciudadano decente y obediente de la ley. El idiota del locutor lo convirtió en un gran suceso, y los demás medios de comunicación fueron presa del pánico y asumieron que tenían barra libre.

O'Keefe llevaba su atuendo *sport* de domingo. Media docena de sus hombres trabajaban con él el fin de semana. No podía hacer gran cosa, pero si se tomaba una decisión ejecutiva no quería encontrarse en un sitio perdido donde la conexión de móvil fuera mala.

—¿Está seguro de que ninguno de los suyos ha filtrado la noticia por cuatro perras?

—Seguro.

—Entonces no se ha podido evitar. Tenemos que aguantarnos.

—Hay una cosa. Ayer por la noche, John Grace me telefoneó con una sugerencia. Dice que todo este alboroto podría poner nervioso a Frankie. Dice que incluso podría acojonarlo tanto que decida cortar por lo sano, abandonar la idea.

—¿Y matar a la rehén?

—Y matar a la rehén. En caso de que la mujer viera u oyera algo. Frankie cree que nadie sabe quién cometió el secuestro. Podría decidir enterrarla en cualquier parte e irse a casa.

—¿Grace cree que eso cabe en lo posible?

—Ya lo creo.

—¿Y?

La voz de Hogg permaneció neutral e hizo lo imposible para calibrar su opinión.

—Grace considera que deberíamos filtrar que sabemos quién está detrás del secuestro. Entonces ya no tendría razón para matarla.

O'Keefe tamborileó los dedos en la mesa durante unos momentos. A continuación, negó con la cabeza.

—Hay demasiados «quizá» y «quién sabe» en todo esto. También podría ser que a ese cabrón le entrara el pánico. No, creo que no lo haremos.

O'Keefe enarcó las cejas, invitando a Hogg a dar su opinión.

—Grace no es ninguna lumbrera —dijo Hogg—, pero conoce a Frankie. Eso es cierto. De todos modos, es arriesgado.

Los dos hombres sabían qué factor pesaba más en esta ecuación. Si esperabas, no hacías nada y algo salía mal, era opinable si debería haberse intentado una iniciativa u otra. Si dabas un paso arriesgado y algo salía mal, te la cargabas con todo el equipo. Hasta que asomara algún objetivo identificable, desde la perspectiva de O'Keefe lo más seguro era aguantar el tipo.

Más o menos una hora más tarde, Frankie Crowe estaba esperando a que la rehén dejara de vomitar. Y cuando acabó, esperó un poco más. El tiempo justo para que pudiera recuperarse. Al cabo de unos minutos, dio unos golpecitos en la puerta del cuarto de baño. Llevaba unos guantes de látex. «Tengo un trabajo para ti». Oyó que tiraban de la cadena y corría el agua. Levantó la muñeca —el pasamontañas de los cojones no facilitaba las cosas— y le echó un vistazo a su Rolex. Todavía no eran las diez.

Se abrió la puerta del cuarto de baño y salió la rehén. Hay que decir que se estaba portando. Ya habían pasado cuatro días —cuatro y medio— y el chándal color púrpura estaba arrugado y mugriento, la mujer llevaba el pelo recogido hacia atrás, tenía la cara pálida y pegajosa, no se había lavado, y los chicos le habían dicho que no había comido gran cosa en los dos últimos días. Luego estaba la tensión de un par de duros viajes en el maletero del coche y haber permanecido encerrada en un pequeño cuartucho durante el resto del tiempo. A pesar de lo que había pasado, seguía siendo una mujer espectacular. Se acordó de cuando, después de que la muy idiota intentara pedir ayuda por teléfono, la agarró en el descansillo por la pechera de su vestido rojo, y de cómo, incluso furioso como estaba, percibió la delicada ligereza de la tela, el fugaz roce de sus nudillos contra sus pechos.

—Necesito que le escribas una nota a tu marido.

La llevó de vuelta al pequeño dormitorio donde había permanecido desde la noche anterior. La ventana estaba cubierta con tablones, pero era mejor que aquel viejo almacén de Dublín. Era un sitio más limpio, con una cama individual, una mesita de noche y una lámpara junto a la cama.

A Frankie la antigua carnicería había comenzado a ponerlo nervioso. Estaba bien como escondite para un par de días, pero cuanto más tiempo pasara, mayores serían las probabilidades de que algún vecino fisgón se fijara en aquellas idas y venidas tan poco habituales. En cuanto el secuestro se hizo público, y los chismosos se pusieron a buscar algo sospechoso, quedó claro que lo más sensato era dirigirse a la casa de Rosslare antes de lo programado.

El plan original era utilizarla como casa intermedia, un lugar donde descansar, dividir el dinero y ver cómo estaban las cosas en cuanto el trabajo hubiera terminado, hubieran liberado a

la rehén y tuvieran el rescate en el bolsillo. Ir a Rosslare había sido idea de Milky. Había utilizado un intermediario para alquilarla por un mes.

—Es un lugar de vacaciones, por allí pasa mucha gente y nadie se fija. Está a veinte minutos de Wexford, si quieres ir a comprar ropa, comida y cosas así.

Y estaba lo bastante lejos de la ciudad como para que te sintieras en medio de ninguna parte, en un lugar completamente diferente, y lo bastante cerca para regresar a Dublín cuando Frankie lo necesitara. Aquel día Frankie iría a la ciudad a la hora de comer, haría lo que tuviera que hacer, y quizá pasaría una hora en un hostal, quizá en casa de su tío Cormac. Mañana, a la hora del té, la fase uno del trabajo debería estar completamente terminada.

Era un *bungalow* de cuatro habitaciones, encalado por dentro y por fuera, con una ventana en saledizo y un largo sendero hasta la verja. Quedaba a unos doscientos metros de la playa, en una zona aislada, con árboles, zarzas y altos arbustos en todas direcciones. Tenía ese aire barato y pasajero de una casa que no le importa a nadie, una inversión construida para alquilarla durante las vacaciones. Casas como esa habían ido apareciendo por la costa como sarpullidos, construidas por gente que necesitaba algo en que gastar el efectivo sobrante generado por la prosperidad económica. Mientras el escondite de Dublín significaba que nadie podía salir y dependían de Milky para los comestibles, el recogido entorno de la casa de Rosslare, y el hecho de que la zona estuviera llena de desconocidos que llegaban y se marchaban a los pocos días, significaba que los chicos tenían más libertad para moverse. Milky les había proporcionado bañadores, damas, ajedrez y un montón de deuvedés piratas.

La rehén cogió el cuaderno y el bolígrafo que Frankie le entregó. Se sentó en la cama y esperó. Tenía la cara encarnada, pero parecía menos alterada, casi tranquila. Era como si hubiera llegado a un acuerdo consigo misma.

—Hablé con tu marido ayer. Quería saber si tenía el dinero. ¿Y sabes qué me dijo? «Que te den», me dijo, eso fue lo que me dijo. «No puedo reunir tanto dinero». Eso es lo que me dijo.

A Frankie le encantó ver cómo el desasosiego se extendía por la cara de la rehén.

Enarcó las cejas.

—No sé. A lo mejor estaba diciendo la verdad. A lo mejor resulta que le he pedido demasiado dinero. ¿Tú qué crees?

Se inclinó hasta quedar cerca de Angela, y esta apartó la cabeza. Frankie le habló al oído en voz baja.

—No estará regateando, ¿verdad? ¿No me estará intentando bajar el precio para que le salgas más barata? ¿Tu marido es de esa clase de hombres?

Ella permaneció sentada sin decir nada.

—Si por mí fuera, ya tendría el dinero y tú estarías de vuelta. A lo mejor tu marido hace lo que puede, pero no consigue reunir el dinero. ¿Tú qué opinas?

—¿Qué quiere que escriba? —dijo Angela.

—No te preocupes, encanto, estoy seguro de que todo saldrá bien.

—¿Qué quiere que escriba?

—Una nota a tu marido. Con tus palabras. Lo que quieras. Dentro de unos límites. Dile que quieres volver a casa.

Angela estuvo un rato sin hacer nada. A continuación se inclinó hacia delante y se puso escribir. Apoyó el cuaderno sobre la mesita de noche, escribió lentamente, agarrando el bolígrafo

con torpeza, cerca de la punta, como si fuera una herramienta con la que no estuviera familiarizada. Utilizó la mano izquierda como una especie de pantalla, para que él no viera lo que estaba escribiendo, como si eso importara. Cuando terminó, arrancó la página del cuaderno, la dobló en dos y se la entregó.

—¿Podría tomar una tostada y una taza de té?

—Luego —dijo él, y leyó la nota—. Buena chica. —Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta—. Ahora descansa un poco.

En el pasillo, Frankie se quedó inmóvil durante un momento, la oreja pegada a la puerta. Entonces la oyó llorar, tal como había previsto.

El banquero negaba con la cabeza.

—No estoy diciendo que sea un problema. No digo que nos bajemos del barco. Podemos hacerlo, pero al fin y al cabo estamos hablando del dinero de los accionistas, y la prudencia exige claridad a la hora de saber en qué nos estamos metiendo exactamente… Eso es todo lo que digo.

Daragh O'Suilleabhain asintió. Cuando habló, su voz fue comedida e inalterable, y solo quien lo conociera podía adivinar que se estaba esforzando por no perder los nervios.

—Entendido. De ninguna manera estoy pasando por alto las responsabilidades del banco, pero a fin de cuentas, todo lo que se le pide al banco es que facilite dinero en efectivo en un caso de emergencia. Flynn O'Meara Tully avala la transacción, y disponemos del dinero.

Justin Kennedy había solicitado que en esta ocasión la reunión tuvieran lugar en su casa. La conmoción por que el secuestro se hiciera público había menguado, pero ahora se sentía cada vez más reacio a alejarse demasiado del teléfono. Daragh de inmediato estuvo de acuerdo en acudir a casa de Justin, y también el banquero. En aquel momento, en la salita que había en la parte de atrás de la casa, donde en un extremo estaban los juegos de mesa y en el otro dos mullidos sofás —un televisor colgaba de la pared en medio—, el banquero planteó una pregunta. ¿Hasta qué punto se comprometía Flynn O'Meara Tully? ¿Hasta una cifra ilimitada?

Desde la ventana se veían dos agentes de policía, situados al otro del patio y enmarcados por la enorme ventana de la cocina que había al otro lado, que tomaban café en la mesa de la cocina. La policía había limpiado los cristales rotos e instalado su base de operaciones en la cocina. Regularmente le mandaban sándwiches a Justin, de los que se había comido un par.

En la salita, Daragh y el banquero compartían uno de los sofás. Justin Kennedy estaba de pie detrás del otro, con las manos en los bolsillos de su chándal azul claro, la cabeza inclinada hacia atrás y la mirada fija en el techo, como si mediante un gran esfuerzo de concentración pudiera bloquear todo lo que no quería oír.

En la gran pantalla de plasma que colgaba de la pared, a su espalda, un locutor de las noticias de Sky se reía de algo que había dicho el hombre del tiempo. El televisor estaba sin volumen. Justin sabía que era improbable que la prensa se enterara de algo antes que él, pero quería tener puestas las noticias de la televisión todo el día, y escuchaba cada hora los boletines de noticias de la radio, solo por si acaso.

—¿Y si el secuestrador aumenta aún más el rescate? —preguntó el banquero. Era un hombre pulcro de cara reluciente—. ¿Subiremos hasta tres millones? ¿Cuatro? ¿Hasta qué punto

podemos estar seguros de que… —hizo una pausa y corrigió la frase—… de que esa gente puede hacer la entrega?

—Lo que está preguntando —dijo Justin, inclinándose hacia delante y apretando con las manos el respaldo del sofá— es, en primer lugar, cuánto…

—Justin —dijo Daragh—, quizá sería mejor…

—… cuánto vale Angela. ¿Hay alguna cantidad a partir de la cual podamos decir, no, ella no vale tanto? Y segunda pregunta, la segunda pregunta que usted me formula, *si pueden hacer la entrega.*… Cuando dice eso supongo que se refiere a cómo sabemos que no está en una zanja con un tajo en el cuello. Eso es lo que pregunta, ¿no?

El banquero procuró disimular su incomodidad. Daragh le echó un cable.

—Estoy seguro de que el banco simplemente intenta ver este asunto desde todos los ángulos… y es su deber. Pero, al fin y al cabo, todos trabajamos con el mismo objetivo, que Angela vuelva sana y salva.

Le sonó el móvil.

Daragh miró la pantalla y de inmediato se puso en pie. Al contestar la llamada, se alejó rápidamente en dirección a la ventana en saledizo que daba al amplio jardín de la parte de atrás.

—Gracias por contestarme tan pronto.

Escuchó mientras se iba pasando los dedos de la mano libre por el pelo.

Pasó un minuto antes de que Daragh volviera a hablar, y cuando lo hizo había emoción en su voz.

—Gracias. Gracias, amigo mío. Lo que estás haciendo es estupendo. No…

Escuchó de nuevo, se volvió hacia Justin y sonrió.

—Desde luego que lo haré. Y sé que Justin está muy agradecido… bueno, tienes razón, hay cosas que no hay ni que decirlas. Ya se sabe. —Dio las gracias un par de veces más, y cuando volvió a la mesa le dijo al banquero, con una sonrisa deferente y el tono más cordial—: ¿Le importa si Justin y yo hablamos a solas un momento?

En cuanto el banquero hubo salido de la salita, Daragh O’Suilleabhain se acercó a Justin Kennedy y le habló en voz baja.

—Hay dos opciones, y creo que deberíamos decidirnos por la segunda. —Sujetaba el móvil como si este contuviera algo muy preciado—. Esta llamada telefónica lo cambia todo. De no haberla recibido, iba a sugerirte que utilizáramos la cuenta de Liechtenstein.

—Tardaríamos una eternidad en conseguir efectivo… —dijo Justin.

—Si usáramos la cuenta de Liechtenstein, el banco haría un *back-to-back*, de eso no hay duda, y para empezar se llevaría una tajada. Con estos cabrones siempre hay una cosa segura: en cuanto les garantizas el beneficio, ya no te ponen problemas. Te darán el dinero, y si para ese acuerdo hay que hacer un poco de contabilidad creativa, qué cojones.

La cuenta de Liechtenstein consistía en un plan de evasión de impuestos que había iniciado en Flynn O’Meara Tully a principios de la década de los noventa. Inicialmente la cuenta estaba en un banco de Liechtenstein, y había una serie de empresas intermedias que dificultaban enormemente que se pudiera investigar. A lo largo de los años, las ganancias de la empresa que no figuraban en los libros se canalizaban hacia esa cuenta a través de un pequeño banco de

Dublín, y poco a poco se había ido creando un sólido colchón de efectivo a compartir entre los ejecutivos principales. El dinero habitualmente no estaba accesible, y solía guardarse para pagar las bonificaciones de los abogados veteranos que dejaban la empresa o se retiraban, cosa que se llevaba a cabo a través de una cuenta distinta en un paraíso fiscal de Jersey.

—No es lo ideal, pero ya he hablado con algunos de la empresa, y no habrá ningún problema para acceder a la cuenta.

La cuenta de Liechtenstein había estado activa hasta el cambio de siglo, cuando un inspector del Tribunal Supremo, mientras investigaba otras cuestiones, vio que se mencionaba en un archivo y quiso seguir indagando. Las cuentas de Liechtenstein y Jersey se cancelaron de inmediato y sus activos se transfirieron a las Islas Vírgenes, aunque la cuenta todavía se conocía por su nombre original. Se llevaron a cabo otras operaciones para facilitar el pago de las bonificaciones cuando fuera necesario, pero había una moratoria sobre sus pagos con esa cuenta hasta que se acabara de organizar un plan más seguro.

Por entonces, el clima político se había vuelto más favorable a la actividad empresarial, y evadir impuestos ya no merecía tanto la pena. Justin, que no se había molestado en llevarse su parte cuando se marchó de Flynn O'Meara Tully —pues lo consideraba un plan de pensiones—, desconocía cómo funcionaba ahora esa cuenta.

—Está ahí, podemos disponer de ella —dijo Daragh—. Es una alternativa, pero hay que manejarla con cuidado. Si nos decidimos por la segunda opción, Liechtenstein no será necesario. —La sonrisa de Daragh tenía dos partes de astucia y tres de triunfo—. Una confesión… aunque no creo que te importe. He roto la confidencialidad. Ayer por la noche telefoneé a Kevin Little. Era él quien me ha llamado ahora.

—Cristo, Daragh…

—Hablar con Kevin es como confesarte con un sacerdote. No se lo contará a nadie.

—No lo conozco, nunca nos hemos visto.

Daragh se encogió de hombros. Todo el mundo conocía a Kevin Little.

—¿Por qué iba él a…?

—Kevin siempre está atento al mundo de los negocios. En los últimos años, te has ganado cierta reputación. Ahora ya no eres ninguna promesa, Justin. Y Kevin… juega en las grandes ligas, desde luego, pero su corazón sigue aquí. Sigue con atención lo que ocurre… Kevin se considera una especie de ángel de la guarda. En un asunto como este, en el que tú estás implicado, hará todo lo que pueda. Lo sé, y por eso me he puesto en contacto con él.

—Cristo, no estoy seguro de que…

—Solo con que Kevin diga una palabra, media docena de bancos entregarán el segundo millón, sin preguntas, sin condiciones, en el tiempo que les lleve reunirlo. Y diez veces esa cantidad, si nos hace falta.

—¿Así de fácil?

—Yo lo llamo, él hace una llamada telefónica, y ya está. —Señaló en dirección a la puerta por la que había salido el ejecutivo del banco—. Me encantaría llamar a ese cabrón y cuando vuelva decirle dónde se puede meter el banco su dinero… en los términos más educados posibles. Pero ya tienen el primer millón preparado, y sería estúpido mandarlos ahora a la mierda.

—Así que aceptamos su…

—Aceptamos su millón, y hacemos que Kevin ponga en marcha enseguida una transferencia de dos millones. Les pagamos enseguida a estos mangantes y tenemos el segundo millón en un par de días.

Meter en esto a Kevin Little, joder, era como tener a todos los pesos pesados de su parte. Exiliado por cuestión de impuestos, emprendedor, era un hombre cuyo firme avance en la estratosfera del mundo de la riqueza había inspirado a toda una generación de licenciados en las facultades empresariales de Irlanda. En el pasado de Little había más de un borrón. Negocios que medio habían salido a la luz y de repente se habían desvanecido en la oscuridad justo cuando las cosas se ponían interesantes. Pero hoy en día Little era intocable. Su riqueza parecían tan ilimitada que cualquier escaramuza con la ley adquiría el aura de una juerga juvenil. Los abogados especializados en libelos patrullaban de manera ostentosa el territorio de la cobertura mediática dedicada a Little, por lo que rara vez se publicaba algo que pudiera avergonzarle.

Y ahora, cuando Little no entraba o salía del país para cerrar un negocio o aplastar a un rival, o para negar algún rumor de que estaba a punto de cerrar un negocio o de aplastar a un rival, aceptaba con modestia los aplausos por su último proyecto filantrópico.

—¿La ayuda de Kevin tiene un precio? Estoy agradecido, desde luego, pero ¿qué saca él de todo esto?

—Nada. Kevin no saca nada. Tu favor, el mío… quizá no los necesite nunca. —Daragh se recostó en su butaca y colocó las manos detrás de la cabeza—. Así es como funcionan las cosas. Por ejemplo, Kevin compró una casa en West Cork hace dos años. Solo el mobiliario costó más de lo que yo pagué por mi casa de Dalkey. Nunca ha vivido en ella, y que yo sepa, ni siquiera ha estado.

Daragh levantó un dedo.

—Es un activo. —Levantó un segundo dedo—. Tiene un piso en Nueva York que utiliza una vez al mes. —Tercer dedo—. Otro en París, que utiliza una o dos veces al año. Un piso en Barcelona que sé de buena tinta que no ha visto nunca. —Levantó las palmas de las dos manos —. A Kevin le gusta tener activos aquí y allá. Al final acabaremos devolviéndole el favor, y él tendrá algo que el dinero no puede comprar… El apoyo de un par de operadores en uno de sus terrenos de juego.

—¿Cómo puedo darle las gracias?

—Lo llamaré ahora mismo. Él hará una llamada, al banco que decida, y mañana, cuando cierren el banco, quizá a primera hora del martes, lo tendrán todo preparado. Cuando esto acabe y todo se calme, cuando Angela haya vuelto a casa y Kevin esté en el país… una noche iremos a cenar con él.

—Dale las gracias de mi parte, cuando lo llames. Y gracias también a ti, Daragh. Has sido…

Kennedy se dio cuenta de que apretaba una de las manos de O’Suilleabhain entre las suyas.

—Gracias —repitió.

Se había resuelto un problema, y estaba un paso más cerca de conseguir que Angela volviera. La intervención de Kevin Little eliminaba cualquier problema logístico para reunir el dinero. Y más aún, Justin tuvo la impresión de que, de manera implícita, acababa de conseguir una especie de ascenso.

Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.
Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía.
Jesús, José y María, con vosotros descanse…

A la mierda.

Angela se colocó boca arriba y se estiró para aflojar los músculos de la espalda. *Las monjas me lo hicieron aprender a golpes, y ahora no me acuerdo de la oración apropiada*.

Apropiada, pero no importante. Ni siquiera ahora. Las oraciones que había aprendido en la escuela parecían no significar nada, convertidas en absurdas ristras de palabras cuando la fe que las sostenía se había evaporado. Seguían grabadas en la memoria, pero ya borrosas, los bordes erosionados.

Jesús, José y María, con vosotros descanse…

Estaba en el misal bajo el encabezamiento de «Tres jaculatorias», lo que a las chicas de St. Catherine les provocaba una risita imparable[5]. Fue Sheila Brannigan quien un día se puso en pie en medio de clase, sacudiendo la cabeza para que su pelo largo y rubio bailara sobre sus hombros, y le preguntó a la hermana Dominica: «Hermana, ¿cuántas jaculatorias son apropiadas en una sesión?».

Fue cólera lo que ahogó la monja, no bochorno. Su cansino «Siéntate, niña» reconoció la verdad. Las cosas estaban cambiando. Siempre había alguna niña de trece que en privado se atrevía a burlarse de la majestad del hábito. Ahora en las escuelas abundaban esas jovenzuelas que querían alardear en público de hasta qué punto se sentían moral e intelectualmente por encima del Papa.

«La oración para pedir la gracia de una buena muerte», la llamaba la hermana Dominica. Angela intentó recordar si alguna vez, en la época en que tenía fe, llegó a creer de verdad que había palabras mágicas que ayudaban a enfrentarse a la muerte. Atisbada, como mucho, en pensamientos fugaces que nunca se prolongaban, la muerte era una intrusión inesperada, un accidente, una enfermedad que de repente se cruzaban en tu camino. En casi todos los casos, la certeza de la muerte se asociaba con las arrugas y las enfriadas pasiones de una vejez que aún tardaría décadas en llegar. La muerte sería algo que con el tiempo se le insinuaría, la iría asediando a distancia, le daría tiempo a que la familiaridad engendrara aceptación. Esa consoladora imagen ahora había quedado borrada al comprender que su vida pendía de un hilo, a lo mejor solo le quedaban horas, minutos, o —como había pensado cuando los secuestradores se habían detenido en el bosque— segundos.

Los pensamientos que tan concienzudamente había reprimido ahora correteaban por su mente, como ratones por el rodapié. Había algo en la grosería del jefe de la banda, en su indiferencia, sobre todo en el desprecio de su voz, que resultaba inconfundible. Cuando la miraba, cuando hablaba de ella o se dirigía a ella, Angela se sentía prescindible. *No habrá ceremonia alguna*. Cada vez que se encontraba en su presencia, buscaba ese repentino movimiento que le indicaría que todo había terminado.

¿Es verdad que Justin está regateando?

El pensamiento le llegó de manera espontánea.

Es lo que hace todo el día. Regatear por una palabra o una cláusula, por fechas y cantidades de dinero. Justin se gana la vida regateando.

Justin me ama.

¿Le estaba diciendo la verdad el jefe de la banda? ¿De verdad Justin estaba regateando? ¿Estaba confiando en sus habilidades negociadoras para tratar con una gente cuya brutalidad quedaba más allá de su entendimiento? ¿Era para eso que el jefe de la banda necesitaba la nota? ¿Para presionar a Justin? ¿Debería haber escrito algo más emotivo? ¿Debería haber suplicado?

Justin la amaba. Ella lo sabía. Desde el principio, él le había proclamado su amor de manera abierta, rotunda, y se lo había repetido a menudo de manera convincente.

Ella sabía que él la amaba más de lo que ella lo amaba a él.

¿Lo amo?

Se lo preguntó la mañana en que se casaron, y la respuesta que se dio fue la misma que ahora.

Lo amaba, o mejor dicho, amaba estar casada con él. Lo amaba por lo que era. Por su carácter, sus cualidades, su seguridad en sí mismo, su generosidad, lo orgulloso que estaba de ella. Justin le gustaba por muchas razones. Era el perfecto sostén de la familia. Nunca la avergonzaba. Era un hombre. Le gustaba cómo se había abierto paso a través de los negocios y de la jungla social, le gustaba que nunca dudara de sí mismo, de ella, de ellos.

Ella lo apreciaba.

Y luego estaba el hecho de que él follara con otras.

Angela lo había sabido desde el principio. Sin otra prueba que su comprensión de las sutilezas de aquella relación. La pausa innecesaria, las palabras dichas alegremente pero desviando casualmente la mirada. Muy esporádicamente, ese tono de «No preguntes».

Las pruebas no habían llegado hasta tres años atrás, cuando despedía a Elizabeth en el aeropuerto. Mientras compartía un café en una mesa de la entreplanta que daba a la zona de salidas, vio entrar a Justin a través de las puertas correderas. Llevaba un maletín, y a su lado iba una rubia bajita demasiado alegre. La rubia recogió un sobre grande en el mostrador de Ryanair, le cogió el maletín a Justin y le dio un beso en la mejilla. No había nada evidente en sus gestos; podría haber estado despidiendo a una colega del trabajo, pero entre ellos había intimidad: la mano de Justin en el antebrazo de la rubia, la inclinación de cabeza, el intercambio de miradas.

Elizabeth no paraba de hablar, y Angela se reclinó en la silla, y como quien no quiere la cosa apartó la cabeza de la línea visual de Justin y asintió a algo que había dicho su hermana. Al principio se dijo que su reacción había obedecido al temor de que la pillaran husmeando, pero luego comprendió que, de manera instintiva, rechazaba la posibilidad de avergonzar a su marido. Antes de conocer a Justin, Angela había sido durante años la ayudante personal de un prometedor corredor de bolsa. Era un hombre casado y trataba a Angela con impecable profesionalidad. No disimulaba que tenía una amante, y Angela acabó comprendiendo que entre sus colegas era tan habitual comentar los problemas y satisfacciones de la vida extramarital como lamentarse de un golpe especialmente desafortunado mientras jugaban al golf.

Pues que así fuera. Con el tiempo, cada vez que Justin tenía una de sus pequeñas aventuras, Angela procuraba permanecer fuera de su línea visual. La confrontación no llevaba a nada, solo a la cólera, el dolor y el fin de todo. Aquello iba incluido en el lote.

El entusiasmo de Angela por sus habituales justas sexuales con Justin no disminuyó. Sus sentimientos por él y su matrimonio no cambiaron. En cierto modo, el darse cuenta de que el

matrimonio sobrevivía a esos ataques levantaba el ánimo. Sabía lo que tenían juntos. Lo sabía. Era lo que era.

¿Confío en él?

Angela lo conocía. Podía confiar en que era el hombre que ella sabía que era.

El jefe de la banda intentaba confundirla.

Justin nunca regatearía.

No en algo así. Angela concluyó que tenía una fe absoluta en el amor de su marido y en su lealtad hacia ella.

Jesús, José y María, con vosotros descanse…

Y de repente estaba ahí, un tanto desvaído pero irremediablemente grabado en su mente. Le llegó la brusca voz de la hermana Dominica, y por primera vez le envidió a la monja sus petulantes y eternas certezas.

Jesús, José y María, con vosotros descanse en paz el alma mía.

Capítulo 19

Dolly Finn y Brendan Sweetman caminaban por la playa de Rosslare. Ninguno de los dos tenía gran cosa que decir, cosa que ya les iba bien a ambos. Anduvieron por la orilla y a la mitad regresaron, y en ese momento Sweetman le dijo que tenía que ir al lavabo. Finn asintió y observó cómo Seetman subía la escalera que conducía a la carretera.

El pub.

En teoría iba contra las reglas de Frankie, aunque tampoco es que a Dolly Finn le importara un pito. Siguió paseando un rato, encontró un lugar tranquilo y se sentó. Había chavales gritando y padres irascibles. Como el verano ya se acababa, había poca gente en la playa. El día era soleado, con un poco de brisa, y Dolly Finn intentó recordar la última vez que se había sentado en una playa. Hacía demasiado como para recordar cuándo y con quién. Recostó la espalda y sintió como la tensión abandonaba sus hombros.

En Dublín, Frankie aparcó en los jardines de la Iglesia de la Preciosa Sangre de Cristo. Se puso sus guantes de látex, sacó del bolsillo la nota que la rehén había escrito y utilizó un lápiz para añadir en mayúsculas dos líneas al pie. A continuación entró en la iglesia y dejó la nota.

Tres horas antes, poco después de obligar a la rehén a escribir la nota, había puesto rumbo a Dublín. Probablemente estaría de vuelta en Rosslare al día siguiente por la noche. A lo mejor debería tener otra charla con Martin. El día anterior, después de que los cuatro llegaran a la casa de la costa en compañía de la rehén, Frankie y Martin bostezaban mientras se tomaban un par de tazas de café en la cocina del *bungalow* de Rosslare. La conversación no duró lo bastante como para que Frankie lo supiera con certeza, pero tuvo la impresión de que Martin ya no veía con tanto entusiasmo los planes que habían comentado los meses antes del secuestro. Martin hablaba de comprarse una casa en las afueras de Dublín. Para él y Debbie. Lo cual no tenía nada de malo. Pero había que pensar con previsión, imaginar dónde querías estar dentro de diez años. Y si querías mirar a largo plazo, tenías que considerar aquel asunto como la raíz de un árbol de dinero. Especular para acumular.

—No habrá muchos trabajos como este. Si quieres dilapidar el dinero en una casa y en comodidades, pues muy bien. Pero con los negocios de los que te estoy hablando, podrías acabar comprándote toda una calle.

—Es solo —dijo Martin— que no estoy seguro de cuánto tiempo quiero seguir viviendo en este estado de tensión. Si esto funciona, tendremos un montón de dinero, y quizá ha llegado el

momento de dejarlo.

De lo que Frankie quería hablar con Martin era de ambición. Hacer algo solo por dinero —para poder comprarte una casa más grande, un coche nuevo, o ir de vacaciones a sitios más caros— era tan solo codicia. Hacer algo para conseguir dinero que te permitiera subir un peldaño, eso era ambición. Pensar a largo plazo. Te consolidas, das un paso al frente y acabas metiendo mano en muchos pasteles diferentes, muchos de ellos legítimos. Ese era el objetivo. A lo mejor era que Martin no estaba preparado para ello, quizá no lo estaría nunca. Lo que sería una lástima.

Mientras salía de los jardines de la Iglesia de la Preciosa Sangre de Cristo, Frankie miró su Rolex. Era hora de comer. Llamaría al marido de la rehén y así la policía tendría algo que hacer.

El secuestrador de voz suave le llevó la comida a Angela. Una fina rodaja de *roast beef* frío entre un par de rodajas de pan barato y un tetrabrik de naranja Tropicana. El pistolero vertió el zumo de naranja en un vaso de papel y se quedó junto a la puerta mientras Angela se comía el sándwich. El secuestrador llevaba unos tejanos descoloridos, una camiseta blanca y el pasamontañas marrón de lana. A lo mejor era porque ya se había acostumbrado a verlos con pasamontañas, pero ya no le daban tanto miedo. El secuestrador parecía un niño grande que jugara a disfrazarse.

La ventana, al igual que la de la habitación del primer lugar en el que la habían retenido, estaba cubierta por dentro por una chapa de madera. La noche anterior, al llegar, la habían encerrado allí con una botella de Pepsi. Hasta después de la medianoche no se presentó el alto y flaco para llevarla al cuarto de baño. No le habían dado nada de comer, y por la mañana se había despertado con náuseas y había tenido que dar golpes en la puerta hasta que se había presentado el jefe y la había llevado al cuarto de baño para vomitar.

Cuando hubo acabado de escribir la nota que le había pedido el jefe de la banda y este se la hubo llevado, se quedó sola y se puso a llorar, sumida un buen rato en la niebla de la depresión. Los odiaba por provocarle ese miedo, los odiaba por el horror que le habían creado a su familia. Y sobre todo, los odiaba por saturarla de desamparo.

Que les den por culo.

La bombilla del centro del techo era de sesenta vatios, y apenas daba luz suficiente para disipar la penumbra de la habitación. La plancha de madera que cegaba la ventana quedaba enmarcada por una fina línea de luz solar que resaltaba lo escaso de la luz artificial.

Sabía que cualquier cosa que le escribiera a Justin en la nota solo serviría para presionarlo aún más. Ese era el propósito. Así que procuró ser lo más breve y escueta posible.

> Querido Justin:
>
> Me han dicho que te escriba una nota. Estoy bien, pero os echo muchísimo de menos a ti, a Saskia y a Luke. Sé que estás haciendo todo lo que puedes. Cuídate.
>
> Angela

Tenía hambre, pero sabía que sería absurdo comer algo pesado cuando hacía tan poco que había vomitado. Cuando el jefe de la banda leyó la nota, Angela le preguntó si podía tomar unas tostadas y una taza de té.

—Luego —había dicho él. Pasaron más de dos horas antes de que el de la voz suave le llevara el sándwich de *roast beef*.

Angela lo tomó a pequeños mordiscos y masticó cada uno lentamente. La carne sabía mejor de lo que esperaba, y en su boca los sabores del pan industrial, la mantequilla, la sal y la carne fría parecían separarse y complementarse perfectamente. Bajó las últimas migajas con un trago de zumo de naranja, y si aquella inyección de energía que le inoculó la comida fue algo imaginario, tampoco le importó.

Por amor de Dios, haz algo. Lo que sea, joder.

Todavía llevaba el mismo chándal, más mugriento que antes. Tenía el pelo pegajoso y la piel tensa.

Oyó salir un coche durante la mañana, y de la falta de sonidos y movimiento en la casa intuyó que solo estaban ella y el de la voz suave. Cuando este se llevó el plato vacío, Angela se frotó las perneras del chándal con la mano y dijo:

—¿No hay más ropa que pueda ponerme?

—A lo mejor podemos conseguir algo. Veré si hay alguna tienda.

—¿Podría al menos darme una ducha?

El hombre tardó un momento en contestar, y su indecisión se reflejó en sus movimientos vacilantes: un paso atrás, una mano a medio levantar. Al final contestó:

—Supongo que sí…

La llevó por un pasillo hasta un cuarto de baño.

—Luego tendrás que llevar la misma ropa.

La ventana del cuarto de baño era de cristal esmerilado. Cuando el secuestrador la dejó sola, Angela tocó el tirador de la ventana, empujó un poco y le pareció que estaba soldada. A lo mejor sí. De todos modos, ¿y si es una especie de prueba? ¿Y si uno de los demás estaba fuera, vigilando la ventana? Abrió el grifo de la ducha.

Durante unos minutos, la desnudez la hizo sentirse vulnerable, pero enseguida comenzó a disfrutar de la energía de la ducha caliente. Era como si el agua se llevara una piel temporal y agotada y permitiera que la capa de abajo pudiera respirar. Mientras el agua le recorría el pelo y le caía por los hombros, arrastraba parte de la tensión. Tras frotarse enérgicamente con la toalla, la piel no le quedó solo seca, sino fresca y enrojecida.

Se resignó a las bragas usadas, pues ya había llevado todas las que tenía al menos una vez, aunque decidió no molestarse con el sujetador. Era ese de encaje que había llevado bajo el vestido color burdeos la noche del cumpleaños de Justin, y después de cuatro días ya había dado de sí, estaba sucio y era incómodo.

Se puso las zapatillas de deporte y los calcetines sucios. Una vez vestida, el chándal no parecía tan mugriento, sus movimientos eran más libres y tenía la mente más despejada. El secuestrador la esperaba en el pasillo.

—¿Te sientes mejor?

Pasada la puerta de su habitación pudo ver, al otro extremo del pasillo, una puerta entreabierta. Parecía dar a un jardín trasero. Asintió en dirección a la puerta y preguntó con una voz cohibida:

—¿Podría ir a la cocina, sentarme a una mesa y tomar un café? ¿Quizá incluso salir al jardín y tomar un poco el aire?

El secuestrador negó con la cabeza.

—Por favor. Significaría mucho para mí.

El secuestrador miró en dirección a la puerta, volvió los ojos hacia ella, se lo pensó un momento y al final se encogió de hombros.

—Cinco minutos, no más. Volveremos cuando yo lo diga, ¿entendido?

Angela le concedió una amplia sonrisa.

—Se lo prometo.

Fue delante de él por el pasillo y atisbo una amplia sala de estar a la izquierda, con muebles baratos y un pequeño televisor. Pasó por una cocina que quedaba a la derecha —pudo ver un escurreplatos en el que se amontonaban platos y tazas— y salió por la puerta de atrás.

En el patio había una extensión de veinte metros de hierba. En la otra punta del jardín, y a ambos lados, se veían unos arbustos. A lo lejos flotaban unas nubes solitarias, pero el sol brillaba y el cielo era azul. Angela se apartó el pelo húmedo de la cara.

Detrás de ella, el secuestrador se había quedado en la puerta, las manos en los bolsillos de los tejanos. El pasamontañas de lana marrón parecía aún más absurdo a la luz del día. Angela aspiró profundamente. Pudo oler el mar por encima del aroma de la hierba. Sintió en la cara el tenue calor del sol. Cuando se arremangó, notó la brisa en los brazos. Separó de la barriga el borde inferior de la chaqueta del chándal, lo movió adelante y atrás y sintió el aire fresco en los pechos.

—Debe de haber sido duro viajar todo el rato en el maletero —dijo el secuestrador.

—¿Dónde estamos? —preguntó Angela.

El secuestrador vaciló y solo dijo:

—Fuera de Dublín.

—Cuando me sacaron del maletero oí el mar. Y ahora puedo olerlo. Está cerca.

Supuso que se encontraban cerca de Wexford. El mar, a dos o tres horas de Dublín. Wexford, lo más probable.

—¿Todavía tienes hambre? —preguntó el secuestrador.

Angela miró aquella cara cubierta por el pasamontañas y le vio los ojos. Azules, parpadeantes. Estaba nervioso.

—Tú no me odias.

El hombre no contestó.

—El gordo sí que me odia. No entiendo por qué, pero eso es lo que transmite. Odio. Como si estuviera enfadado conmigo por algo.

El secuestrador negó con la cabeza.

—No es mal tío. No es nada personal. Para él, para nosotros, no es más que un trabajo.

Angela mantuvo la cara lo más impávida posible cuando dijo:

—El alto, el flaco… Él será el que me mate, si hay que hacerlo.

El secuestrador negó con la cabeza.

—O a lo mejor lo hará vuestro jefe. ¿Lo habéis hablado entre vosotros? ¿Habéis decidido quién lo hará?

El secuestrador seguía negando con la cabeza. Se le acercó.

—Eso no va a pasar, te lo juro. Ni hablar.

Angela se quedó sorprendida de lo poco que le costó llorar. No fue mucho, no hubo histeria, solo se le entrecortó la voz y le salió un líquido de las comisuras de los ojos.

—Vuestro jefe… me ha repetido cosas que según él había dicho mi marido. Que no iba a hacer nada para recuperarme… ¿Es cierto?

—Mira, no es más que un poco de desgaste psicológico. Es el negocio. Tu marido es un abogado importante, probablemente tiene un seguro para una cosa así. Es solo cuestión de concretar los detalles, nada más.

De repente, Angela se puso a hablar deprisa, de manera imperiosa.

—Déjeme escapar. Deje que me vaya.

—Jesús.

—Puede decir que lo derribé, que lo cogí por sorpresa y me escapé.

—Jesús, venga.

—Yo no puedo identificarle, no identificaré a nadie. Le pagaré. Más de lo que él pide. Se lo mandaré, se lo enviaré adonde me diga.

—Venga, basta ya. —Tenía los pulgares metidos en los tejanos, se le veía incómodo y no dejaba de moverse.

—Sabe que no le traicionaré. Tendría demasiado miedo. —Angela dio un paso hacia él. El secuestrador negó con la cabeza. Angela dijo—: Sáqueme de aquí. Le enviaré el dinero adonde me diga.

—Eso es lo que intentamos solucionar. El rescate.

—Con rescate o sin rescate, él me matará.

—No lo has entendido. Esto son negocios, no es nada personal. ¿Cómo te llaman? ¿Angela, Angie?

—Angela.

—Angela. Todo esto es cuestión de paciencia. Todo esto es…

—Tú te llamas Martin, ¿verdad?

—¿Cómo cojones…?

—Se lo oí decir al otro, la primera noche en mi casa. Lo oí cuando se puso furioso y me hizo bajar las escaleras a rastras, cuando te dijo que cuidaras a los niños. Te llamó Martin.

Durante unos momentos Martin no dijo nada y se la quedó mirando.

—Simplemente oí el nombre. No os he visto la cara. Escucha, Martin, ¡va a matarme! Aunque consiga el dinero, me matará.

—No…

—Por favor. Date la vuelta unos segundos, eso es todo. Diles a los demás que intentaste detenerme… por favor, Martin.

Martin negó con la cabeza.

—Lo que estás diciendo es absurdo. Las cosas no funcionan así. ¿Cuánto tiempo piensas que Frankie se creería una historia como esa?

Frankie.

Ahora se le veía agitado, impaciente.

—Mira, todo esto es una cagada, una puta estupidez. Vamos, entra…

—¿No podría tan solo…?

—¡Entra!

—Por favor…

—Deja de tocarme los huevos. Sé lo que estás haciendo. ¡Y ya basta, ahora! —De repente hablaba con una voz brusca—. Entra ahora mismo, ¿entendido?

En el pasillo, mientras volvía a su habitación, Angela se sentía eufórica. *¡De puta madre!*

No había ido muy lejos. Pero, joder, qué bien sentaba haber hecho algo, intentar algo, ser algo más que un cacho de carne lucrativa encerrada en una pequeña habitación en penumbra a la espera de que ese malhumorado cabrón, Frankie —*¡Frankie! Ahora sé algo que no sabéis que sé* —, le hiciera lo que pretendía hacer.

A su espalda, quizá interpretando su paso lento como una señal de depresión, Martin dijo:

—Funcionará. Te lo prometo.

Ella no contestó, ni siquiera se dignó mirarlo cuando entró en el cuarto y se tumbó sobre el colchón, de cara a la pared. Martin tardó quizá medio minuto en cerrar la puerta. Ella se quedó allí tumbada con los ojos abiertos, la respiración pausada, negándose a volver la cabeza. Solo cuando oyó el chasquido de la cerradura y los pasos de Martin al alejarse volvió la cabeza, se incorporó, abrazó las rodillas y comenzó a mecerse adelante y atrás.

La llamada llegó al móvil de Justin. Estaba en la cocina, hablando con la hermana de Angela por el fijo. Los niños estaban levantados, dijo Elizabeth. Luke estaba un poco lloroso, pero Saskia se comportaba como si no pasara nada, como si aquello fuera una visita normal a casa de su abuela, y eso resultaba más preocupante.

—La policía está aquí constantemente —dijo Justin—, y eso los alteraría, aunque quizá sería mejor que…

Y entonces sonó el móvil.

Sin más preámbulos, la voz dijo:

—Hay una iglesia llamada de la Preciosa Sangre de Cristo. —Justin no le dijo nada a Elizabeth. Simplemente colgó el teléfono y habló por el móvil.

—¿Quién es?

—En Cabra. En Cabra West. Allí hay una nota, detrás de la estatua de Santa Teresa. Un mensaje de tu señora. Para demostrar mis credenciales.

—Por favor, dígame…

—¿Me has oído? ¿Cuál es el nombre de la iglesia?

—De la Preciosa Sangre de Cristo, en Cabra.

—Buen chico. —Y se cortó la comunicación.

En menos de media hora la policía había recogido la nota y la había llevado a casa de los Kennedy. John Grace y el comisionado adjunto Colin O’Keefe ya habían llegado cuando Malachy Hogg se puso unos guantes de látex y abrió el sobre. Miró la nota y se la entregó a Justin, que la leyó y dijo:

—Es la letra de Angela.

Al pie de la nota, en lápiz y mayúsculas, habían añadido dos líneas:

TE LLAMO EN UNA SEMANA
PALABRA CLAVE: GIRASOL

Capítulo 20

El sofá del tío Cormac estaba mojado. Una veta húmeda y oscura recorría en diagonal la tela marrón claro del respaldo, cruzaba el asiento, daba varias vueltas alrededor de sí misma y acababa en una mancha amplia y oscura en mitad de los tres cojines.

Frankie sacó otra Coca-Cola de la nevera y la engulló sonoramente.

En la sala de estar, Frankie desenchufó los ocho móviles que había puesto a cargar al levantarse por la mañana. Los introdujo en su bolsa negra marca Umbro.

El día anterior, tras dejar la nota en la iglesia de Cabra y llamar por teléfono al marido de la rehén, Frankie necesitaba un lugar donde pasar la noche. Una opción era ir a una pensión, pero se decidió por la casa del tío Cormac. Allí tendría un poco más de conversación. Lástima que el muy capullo no estuviera. Últimamente Frankie había estado pensando en algunos asuntos familiares y había decidido que hacía ya tiempo que el tío Cormac no recibía su ración de sopapos.

Al llegar encontró la nevera tan bien provista como siempre y se preparó un sándwich de ternera, se pasó la noche mirando cualquier mierda por la tele y luego se fue a la cama de la habitación del tío Cormac.

No estaba mal su nueva chabola. Una casa de cuatro dormitorios en mitad de Griffith Avenue, aunque no sabía para qué necesitaba cuatro dormitorios el muy cabrón. Las ganancias de toda una vida de arduo trabajo en la venta al por mayor y el cobro de un seguro de seis cifras cuando se incendió un almacén que llevaba escrito Maguire & Patterson en la fachada.

El dormitorio del tío Cormac era el único que estaba amueblado. Utilizaba un segundo como almacén, y los otros dos estaban vacíos. El dormitorio de su tío estaba desordenado, la cama sin hacer y las ropas tiradas encima de una silla. En un cajón de la mesilla de noche, Frankie encontró un par de revistas guarras. Bajo el forro perfumado del cajón de la cómoda de ébano encontró un sobre con mil euros en billetes pequeños. Un dinero que guardaba por si acaso. Gracias, tío Cormac.

En la parte de atrás de la puerta de la cocina había un calendario de Allied Irish Banks, en el que todas las fechas de septiembre y los primeros diez días de octubre se habían rellenado con recordatorios escritos a bolígrafo. Comenzando con el día anterior, en seis de ellos había escrito la misma palabra: «Londres». Cuando el tío Cormac no importaba una cosa, exportaba otra, generalmente con un papeleo que conseguía hacer pasar por legal.

En cuanto hubo metido los móviles en la bolsa, Frankie se puso a mirar una foto colgada de la pared de la sala. Una pareja mayor y una mujer de unos veintipocos, los tres relajados en

alguna playa, le sonreían a la cámara. Frankie no reconoció a la joven. La pareja de más edad eran sus padres. Su padre, muerto hacía seis años, exhibía su habitual sonrisita de comemierda, y su madre mostraba su mueca engreída. Con los brazos en jarras, Frankie se quedó mirando la foto e intentó recordar alguna ocasión en que no hubiera visto lo falsa que era aquella basura.

Fue el tío Cormac quien consiguió que todo se viniera abajo, aunque Frankie ya se había pasado casi toda la adolescencia enemistado con el viejo y su queridísima esposa.

—¿De dónde has sacado esta foto?

En el interior de la pequeña salita familiar, junto a la puerta, su madre sostenía un maletín que Frankie había dejado bajo la cama. La expresión de la cara de su madre no era de curiosidad ni de preocupación, sino de triunfo, como si finalmente hubiera solucionado un problema que la llevara de cabeza. *Te pillé.*

Frankie a sus diecisiete años, tumbado en el sofá. Una música sale del televisor y Madonna coloca los brazos en una sucesión de poses nerviosas, la cara rígida, sin expresión, mirando fijamente a Frankie, que no le hace ni caso a su madre hasta que interviene el padre:

—Tu madre te está hablando.

Que fue justo en el momento en que Frankie salió disparado del sofá, agarró el maletín y se puso a chillar que aquello no era asunto de su madre, joder. Arrojó el maletín a la otra punta de la habitación y su viejo tuvo que esquivarlo con la cabeza para no recibir un golpe.

Frankie había encontrado el maletín en un coche que él y dos colegas suyos habían cogido para ir a dar una vuelta unas noches antes. Ya estaba saliendo del asiento de atrás cuando se fijó en el maletín que había en el suelo, lo cogió, miró en su interior —un montón de páginas impresas, con cifras y garabatos—, una mierda inútil que lanzó por los aires, alejándose mientras las hojas de papel entraban volando en uno de los jardines vecinos. Guardó el maletín simplemente porque le parecía demasiado chulo para tirarlo. Nunca se sabe.

Dos días después del incidente con sus padres, la policía fue a buscar a Frankie. Fue idea del tío Cormac. Lleva el maletín a comisaría, le aconsejó al padre de Frankie. Que la policía le dé un susto al chaval, que le quiten la rebeldía del cuerpo. El tío Cormac era el hermano menor de su padre. El cerebro de la familia. Calvo, flaco y más sentimental que deshojar margaritas; metomentodo, maniático y lleno de grandes ideas. No tenía ni mujer ni hijos, pero siempre metía la nariz en todo y se quejaba de las ovejas negras.

Y la pasma se llevó a Frankie a comisaría y lo metieron en una habitación sin ventanas. Entraron dos paletos, sacando barbilla y demostrando que eran dos grandes hombres. Frankie les dijo que se fueran a la mierda. Uno se quedó junto a la puerta mientras el otro le daba un pequeño repaso, aunque tampoco nada del otro mundo. Ni se molestaron en presentar cargos.

Aquella noche, mientras estaban en la diminuta salita de su casa, la madre de Frankie le contó que había sido idea del tío Cormac. Se lo dijo con una sonrisa en la cara, como si lo retara a dar rienda suelta a su ira. Su padre, junto a la puerta, no dijo nada. Como si aquella habitación no fuera ya lo bastante pequeña —no podías dar tres pasos sin tener que sortear algún mueble—, su hermano mayor, el gordo y grandote Seamus, estaba junto a su madre, con los brazos cruzados y el odio grabado en aquella cara grandota que dibujaba un puchero. De vez en cuando, a lo largo de los años, Frankie se encontraba preguntándose por qué su madre decidió remover el asunto, por qué le hizo saber que había sido idea del tío Cormac. Aquello era siniestro: su madre, su padre y el tío Cormac.

—Que la policía tenga que venir a detener a mi propia familia.

Su madre ensanchó su sonrisa carente de humor.

—«Que vea un poco lo que es el mundo real», eso es lo que dijo Cormac. «Los actos tienen consecuencias», dijo. Aunque en tu caso, ha sido una maldita pérdida de tiempo.

—Espera un momento… —dijo el padre de Frankie.

Frankie salió de casa. Su padre lo siguió por la calle y le dijo que no fuera estúpido. Frankie le dijo que se fuera a tomar por el culo o le abriría esa estúpida cabeza que tenía. El padre de Frankie se paró y se quedó en mitad de la calle.

Frankie recorrió los más de dos kilómetros que había hasta la casa del tío Cormac, y cuando su tío abrió la puerta —«Ah, eres tú»— Frankie le soltó un sopapo en la cara y reculó un par de pasos para evitar que lo manchara la sangre que le brotaba de la nariz. Luego le dio una patada en las pelotas, y lo pateó un poco más cuando lo tuvo en el suelo, encogido. Finalmente, cuando ya se habían congregado varios vecinos a cotillear, Frankie se bajó la cremallera de la bragueta y meó encima de su tío.

Frankie jamás volvió a casa, y jamás volvió a acercarse a nadie de su familia. El día que le dio una patada en los cojones a su tío Cormac, Frankie se presentó en casa de Jo-Jo Mackendrick, los ojos enrojecidos y sin tener adonde ir. Jo-Jo le dejó pasar la noche en su casa y al día siguiente le consiguió un piso y pagó el alquiler de un par de meses hasta que Frankie pudiera salir adelante. Frankie ni se molestó en ir a recoger sus cosas. Nada de lo que tenía en su casa valía una mierda.

Posteriormente su padre le escribió dos veces, con su pulcra letra en bolígrafo azul sobre papel de carta Basildon Bond, y Frankie rompió las cartas sin leerlas. Un día su padre fue a verlo y Frankie escupió en el suelo antes de cerrarle la puerta en la cara.

A lo largo de los años había ido a ver a su tío Cormac varias veces, más para asustarlo que por otra cosa. En un par de ocasiones simplemente entró, pasó la noche en la habitación de invitados, y solo abrió la boca para beberse la cerveza y comerse la comida del tío Cormac, que no dijo ni mu. En otras ocasiones, le soltaba algún guantazo al muy cabrón. Cuando el padre de Frankie murió, el tío Cormac fue a ver a Frankie para decirle dónde y cuándo era el funeral, y Frankie le contestó que se fuera a la mierda. Frankie no asistió al funeral, pero por correo le llegó un pequeño recordatorio con una foto de su padre y unos versos que afirmaban que no lo olvidarían. El pobre cabrón se derrumbó en el mercado de Smithfield con un saco de patatas a la espalda. Frankie se sorprendió al leer en el recordatorio que su padre solo tenía cuarenta y ocho años. El pobre desgraciado, que se había dejado la piel por un sueldo de mierda y prácticamente pedía perdón por existir, estaba mucho mejor muerto.

Al rememorar todo aquello, se decía que todo había tenido un final feliz. Aunque eso no significaba que denunciar a tu propio hijo no fuera algo repugnante.

Frankie descolgó la fotografía de la pared. La aplastó contra la repisa de la chimenea y los añicos de cristal relucieron sobre la alfombra peluda de color blanco que había delante de la chimenea. Sacó la foto del marco y la partió por la mitad. A continuación terminó su tercera lata de Coca-Cola y entró en la cocina para prepararse un sándwich de queso y un café. Antes de salir de la casa, volvió a mearse en la alfombra.

El flamante Mitsubishi Montero del tío Cormac estaba aparcado en el camino de entrada; las llaves estaban en un cajón del vestíbulo. Frankie se pasó diez minutos trabajando en las placas de matrícula. A continuación cruzó la ciudad y encontró un aparcamiento en Haddington Road, a un par de calles de distancia de la casa de la rehén.

Sentado en el coche, escuchó el ronroneo del móvil en la oreja. Cuando contestaron a su llamada dijo:

—La palabra clave es girasol.

—La nota decía que llamaría la semana que viene —dijo Justin Kennedy.

—¿Tienes el dinero?

—Escuche, tenemos que hablar.

—¿Tienes el dinero o no lo tienes? ¿Cuál es la respuesta?

—Mire…

—¿Tienes el dinero?

—Maldita sea, quiero saber…

—¡Que te den!

Justin dejó de hablar.

—Dijiste que tendrías el dinero cuando te llamara.

—Tengo el primer millón. Te dije que para el segundo necesitaba un poco de tiempo. Está todo arreglado, el banco lo está reuniendo. Ya está casi listo, un día o dos más y…

—Entonces ya hablaremos dentro de un día o dos. Quiero el primer millón ahora.

—Mire…

—Dijiste que lo tenías. ¿Era mentira?

—¡No! Lo tengo, está aquí, pero usted dijo…

—Mételo en tu coche. Tu coche, y el de nadie más. El Land-Rover. Ahora mismo. En este mismo momento. No le digas a nadie adónde vas. Que no te acompañe nadie. Dile a la policía que se vaya a la mierda. ¿Lo has entendido?

Justin intentaba encontrar algo que decir cuando el jefe de la banda chilló por teléfono:

—¿Lo has entendido o no, joder?

—¡Sí, de acuerdo!

—Coge el coche, tu coche, el Land-Rover, gira a la derecha, a la derecha otra vez, y ve directamente hacia Dun Laoghaire. Lleva el móvil.

—De acuerdo.

—Es importante que lo hagas todo bien. Estarás vigilado todo el camino, a cada paso. Tenemos gente. Si utilizas dispositivos de rastreo, cualquier mierda como esa, si traes un móvil extra para hablar con la policía, si haces cualquier cosa para joderme, se ha terminado.

—Yo solo…

—Si te sales del guion, desapareceremos. No sabrás nada más. Y dentro de veinte años tus hijos todavía tendrán pesadillas con lo que le pasó a su madre, ¿entendido?

—Por favor…

—Sal de casa con el dinero. Ahora. En este momento. Te llamaré al móvil dentro de cinco minutos. Si no estás en camino, si no haces exactamente lo que te digo, adiós, mami.

—Tiene que decirle a…

Justin se dio cuenta de que no había nadie al otro lado.

Uno de los dos policías que había en la casa —Justin no sabía su nombre— se movía inquieto en el vestíbulo, muy aturullado y como si quisiera hacer valer su autoridad.

—Por favor, salga de en medio —dijo Justin.

—Acordó con el comisario jefe Hogg que lo avisaría antes de hacer nada…

—Apártese de mi camino.

Justin se dio la vuelta. Fue hacia la cocina y volvió al vestíbulo arrastrando las dos pesadas bolsas llenas de dinero. Dejó una en el suelo y metió una mano en el bolsillo en busca de las llaves del coche.

—Tiene que esperar, señor…

—Váyase a la mierda. —Incluso en ese momento de exaltación, Justin comprendió que estaba enseñando los dientes—. Estamos hablando de mi familia. Si se mete en mi camino, si intenta seguirme… Jesús, tengo influencias… saldrá en la primera página del *Evening Herald* como el policía que puso en peligro la vida de una madre.

—Señor, lo más sensato…

—Solo dispongo de minutos para hacer esto. Cójanlos después, me importa un huevo. Voy a hacer exactamente lo que me han dicho.

El aturullado policía comenzó a teclear un número en su móvil. El otro agente, un tipo gordo y tranquilo de cara sonrosada, asintió en dirección a Justin, cogió la segunda bolsa y lo acompañó hacia la puerta principal.

—¿Dónde está? ¿Exactamente?

—Hay una gasolinera Statoil al otro lado de la calle. —Justin miró a su alrededor. Estaba aparcado con dos ruedas sobre la acera, donde había parado cuando su móvil había comenzado a sonar, menos de tres minutos después de salir de casa—. Hay una papelería justo delante de mí, a la izquierda, Wiley’s, y hay…

—Solo lo diré una vez. ¿Estás listo?

—Estoy listo.

—Conduce en línea recta hasta que veas una iglesia a la derecha, una iglesia grande. Cruza la verja y aparca. ¿Lo has entendido?

—Conozco la iglesia.

—Deja el móvil en el suelo, bajo la rueda izquierda trasera del Land-Rover.

—¿Por qué? ¿Cuál es…?

—Ese móvil está muerto. Vas a recoger otro en la iglesia. Un móvil cada vez, para que no hagas ninguna llamada. Cuando llegues al nuevo móvil, no lo uses. Si te llamo y estás comunicando, tu mujer está muerta.

—No llamaré. Dígame dónde encontrar el móvil.

—Entra en la iglesia. Hay tres confesionarios a la izquierda. Ve al primero, el que está más cerca de la puerta. Hay dos puertas en cada confesionario, a la izquierda y a la derecha. Es la puerta de la izquierda. Dentro, en el suelo. ¿Entendido?

—Primer confesionario a la izquierda, la puerta de la izquierda. El móvil está en el suelo.

—Espera en la iglesia. Yo te llamaré al móvil y te diré lo que tienes que hacer. Habrá otro móvil esperando, y lo repetiremos hasta que sepa que puedes hacer la entrega sin peligro. Tengo cinco móviles más colocados en sitios diferentes, y vamos a ir deprisa.

—Muy bien, entendido.

—Te están vigilando. Lo digo en serio. Si haces cualquier tontería…

—Le juro que no.

—Si dejas una nota a la policía, o algo parecido, adiós a mami.

—Haré exactamente lo que me diga.

—Mi gente te vigila. En la iglesia y cuando salgas, en todo momento. Si nos olemos algo raro, hago una llamada y desaparecemos. ¿Lo pillas? La enterraré, joder. Y luego lo repetiré con otro, y los suyos sabrán que no vamos de farol.

—Haré lo que me diga.

—Tienes cinco minutos para llegar a la iglesia.

Apagó el móvil.

Justin había pasado cada día por delante de esa iglesia desde que se mudaran a Pemberton Road. Era un edificio de 1950, feo y grande, erigido cuando la Iglesia católica dominaba la vida de Irlanda. El aparcamiento que quedaba a la izquierda de la iglesia estaba vacío cuando Justin llegó. Salió del coche y miró a su alrededor con toda la calma que pudo aparentar, preguntándose si la banda tenía a alguien apostado en un coche al otro lado de la calle, en alguna ventana que diera a la iglesia, esperándolo. Se inclinó hacia delante y colocó el móvil bajó la rueda posterior izquierda.

En mitad de la iglesia había dos mujeres sentadas juntas que hablaban en voz baja. En el altar, un hombre enfundado en una sotana lustraba el tabernáculo.

Las mujeres estaban ya en la última fase de la mediana edad, y no parecían cómplices de una banda de secuestradores. Justin miró a su alrededor y descubrió el primer confesionario a la izquierda. La placa que había en la parte de delante rezaba «Padre Thomas Daily». Justin volvió la cabeza hacia el altar. El hombre de la sotana había dejado de lustrar y ahora miraba en dirección a Justin. Volvió la cabeza y siguió lustrando. Justin se quedó allí de pie, mirándolo durante medio minuto. A continuación abrió la puerta del confesionario y entró. Enseguida encontró el móvil, salió del confesionario y se sentó en un banco. El teléfono estaba encendido e indicaba que había total cobertura.

El hombre que estaba en el altar acabo de lustrar y se dirigió a uno de los laterales mientras recorría la iglesia con la mirada.

Las dos mujeres seguían charlando. Justin se sentó con el teléfono en la mano, mirándolo. Era un Nokia negro y pequeño. La pantalla decía «Vodafone», y debajo estaba la fecha y la hora. No dejaba de frotarse la rodilla con la mano libre. Levantó la vista y vio que una de las mujeres lo miraba fijamente, como si lo hubiera pillado haciendo algo obsceno. Él levantó la vista. La mujer dijo algo y su compañera se volvió y también miró a Justin. Sonó el teléfono, con un gorjeo de pajarito.

—Lo tienes.

—¿Adónde voy ahora?

—Sal de la iglesia exactamente dentro de cinco minutos. —Justin miró su reloj—. Gira a la derecha, conduce unos diez minutos. ¿Conoces el hospital de St. Vincent?

Las dos ancianas intentaban ocultar su gesto de desaprobación. Justin apartó la mirada de ellas.

—Sí.

—Entra en el aparcamiento con el coche.

—¿Usted estará allí?

—No tengas prisa. Cuando llegues a St. Vincent, espera en el coche hasta que yo te telefonee para darte más instrucciones. Delante del hospital hay un *pub*. Allí tendrás que recoger otro móvil. Te daré los detalles cuando llegues al hospital.

De repente, el jefe de la banda pareció un tanto distraído. Al fondo, Justin oyó cerrarse la portezuela de un coche.

—¿No podemos…?

Se cortó la comunicación.

Justin se quedó mirando el teléfono. A continuación se lo acercó de nuevo a la oreja, pero seguía sin haber comunicación.

Miró la pantalla. Decía «Llamada finalizada», y a continuación apareció «Vodafone», con la fecha y la hora debajo. Se quedó allí sentado mirando la pantalla durante quizá diez segundos, y a continuación exclamó: «¡Jesús!».

Se levantó y corrió hacia el porche, y por el rabillo del ojo vio que las dos mujeres se medio levantaban, sobresaltadas. Cuando salió, vio un Montero saliendo del aparcamiento. Lo vio, y al mismo tiempo vio la ventanilla rota de su Land-Rover y la puerta abierta. Gritó algo incoherente y corrió hacia el Montero. Vio cómo aceleraba, salía a la calle y se alejaba a toda velocidad. Se detuvo, avanzó hacia su coche, vaciló al comprender que no había anotado la matrícula del Montero. Volvió hacia la verja y comprendió que era demasiado tarde.

Corrió hacia el Land-Rover. El móvil que había colocado bajo la rueda del coche había desaparecido. Las dos bolsas del asiento de atrás habían desaparecido. Comenzó a teclear el 999 en el Nokia que había recogido en la iglesia y vio que los números no aparecían en la pantalla y las teclas no funcionaban. Soltó un grito agudo.

—¿Va todo bien?

El hombre de la sotana estaba a pocos palmos de distancia, preocupado pero sin atreverse a acercarse.

—Un teléfono —dijo Justin.

El hombre de la sotana observó el móvil que Justin tenía en su mano temblorosa.

—No puedo —dijo Justin—. No…

—Por aquí —dijo el hombre y lo condujo hasta la iglesia.

Capítulo 21

Tendrías que sentir un poco de lástima por esa pobre zorra. Si encierras a un animal durante unos cuantos días, empieza a gemir. La rehén —¿cuánto había pasado, cinco días?— comenzaba a parecer un perro apaleado.

Dolly Finn se quedó unos minutos en la puerta de la habitación de la rehén, pero ella no se volvió. Se quedó echada dándole la espalda. Pobre tonta.

—Vamos, mujer —volvió a decir—, no seas idiota.

Angela no había tocado el sándwich ni el vaso de leche que le había dejado junto a la cama hacía una hora.

Dolly estaba solo en la casa con la rehén. Frankie se encontraba en Dublín, con suerte haciéndose con el primer pago. Aquella mañana, los otros dos habían ido a Wexford a comprar provisiones.

Dolly entró en el dormitorio, rodeó la cama y se la quedó mirando. Angela no le hizo caso y siguió con la mirada fija en la pared del dormitorio. Él hizo ademán de tocarla y Angela reaccionó bruscamente, arrastrándose hacia el otro lado del lecho. Levantó los ojos hacia él, y lo miró como si fuera capaz de quemarle el pasamontañas de lana con los ojos.

—Tienes que comer —dijo Dolly Finn.

—Serás tú —dijo ella con una voz monocorde—. Serás tú el que me mate. Si tu jefe te lo ordena.

Dolly la miró desde su altura.

—Lo sé por la manera en que me miras —dijo Angela—. Serás tú.

Él quiso responder: «No necesariamente». No habían decidido quién lo haría si había que hacerlo, aunque probablemente no sería él. Pero su acusación fue tan tajante que le provocó una oleada de resentimiento. No tiene ninguna razón para decir eso. Lo estaba juzgando. Como si fuera más siniestro que los demás, más malvado.

Al diablo. Pobre tipa. Era de esperar.

Dolly recogió la leche y el plato con el sándwich y salió de la habitación, que cerró con llave.

Dejó la leche en la mesa del vestíbulo y arrojó el sándwich al cubo de basura que había nada más salir de la casa. Se volvió para entrar otra vez, pero de repente se quedó parado.

Al otro lado de la verja pudo ver a un hombre que cruzaba el puente peraltado que quedaba a unos cincuenta metros. Era de mediana edad; llevaba un jersey a rayas, pantalones cortos oscuros y no tenía mucho pelo. Mientras caminaba miraba en dirección a Dolly.

Por los clavos de Cristo.

Dolly se inclinó hacia delante y se sacó el pasamontañas. Cuando volvió a mirar, el hombre había desaparecido.

Dolly corrió hacia el interior de la casa y tiró el plato que había en el vestíbulo, volcando el vaso de leche. Se puso su cazadora, sacó el cuchillo del bolsillo interior y a continuación salió a toda prisa de la casa y corrió hacia la carretera.

Cuando Dolly Finn regresó a la casa, Martin Paxton y Brendan Sweetman ya habían vuelto de Wexford y estaban descargando los comestibles en la cocina.

—¿La has dejado sola?

—Diez minutos, no he podido evitarlo.

Dolly les contó lo del paseante que lo había visto en pasamontañas, y que lo había perseguido.

—No lo entiendo. Estaba en la carretera, y no pudo ir muy lejos. Pero cuando llegué, no había rastro de él. Corrí durante cien metros carretera arriba, y nada.

—A lo mejor entró en alguna casa —dijo Brendan—. O quizá te vio venir y se escondió en los arbustos.

Dolly negó con la cabeza.

—Lo comprobé, a los dos lados de la carretera.

Se quitó la cazadora y la colgó en el respaldo de una silla.

—De todos modos, joder, Dolly, ¿qué le habrías hecho de haberlo encontrado? —dijo Martin.

Dolly se encogió de hombros.

—¿Dónde habrías escondido el cadáver? —dijo Martin—. ¿Qué habría pasado si no vuelve a casa, su mujer llama a la policía y esta comienza a visitar todas las casas?

—A lo mejor —dijo Brendan— al verte desde lejos no notó nada raro y se creyó que el pasamontañas era un sombrero.

Dolly negó con la cabeza.

—Sale por la radio, en los periódicos. Y de repente este tío ve a alguien con un pasamontañas.

—No todo el mundo presta atención a las noticias —dijo Martin.

Dolly se estaba frotando la cara: se pasaba el pulgar y el índice por los profundos surcos que discurrían junto a cada comisura de la boca. Negó con la cabeza.

—Más vale que decidamos qué hacer —dijo Martin.

Frankie Crowe procuraba no pasar de los ochenta y evitó entrar en Ashford. No tenía prisa. Había abandonado el Montero a los pocos minutos de hacerse con las bolsas llenas de dinero y recogido un Volvo que Milky le había dejado a poca distancia a pie. Pasado Arklow compró un sándwich de queso y una Coca-Cola en una gasolinera. Condujo hasta que encontró una área de pícnic con un poco de vista. Se quedó sentado en el coche, comiendo y escuchando música por la radio. Al cabo de unos minutos, otro coche se detuvo en la zona de descanso. Frankie colocó el tapón a la Coca-Cola y dejó la botella en el asiento del copiloto. Acercó la mano a la pistola que

llevaba escondida en el asiento. Una mujer y dos críos salieron del coche y se sentaron a una de las mesas de pícnic. Eran dos niños que se peleaban con mucho escándalo. La mujer los regañó, pero ellos siguieron como el perro y el gato. Más que pelear, se empujaban y se agarraban de la ropa, pero armaban mucho alboroto y no acababan nunca. Frankie puso el coche en marcha y se fue.

Después de llamar dos veces al móvil de Frankie sin que este lo cogiera, Brendan Sweetman dijo que en su opinión tenían que largarse de Rosslare.

—Más vale curarse en salud —dijo.

—A lo mejor echamos a correr por nada —dijo Martin Paxton—. Este tío habrá visto algo de lejos. O no. ¿Qué probabilidades hay de que le dé muchas vueltas, por no hablar de tomarse la molestia de llamar a la policía?

—Quedarse aquí es arriesgado —dijo Dolly Finn.

—Hagamos lo que hagamos, ya estamos corriendo riesgos. ¿Adónde vamos a ir? ¿A un hotel? ¿Y entrar la rehén con el resto del equipaje?

—Vamos a casa de Milky —dijo Brendan—. Nos encontrará algún sitio y nos alojará hasta entonces.

Martin negó con la cabeza.

—Que no cunda el pánico.

Al cabo de un momento, Dolly dijo:

—A lo mejor el tío iba despistado, y ni siquiera me ha visto. Solo que, en ese momento…

—A esa distancia —dijo Martin—, ve una figura a lo lejos, delante de la puerta de su casa, ¿y se va a fijar en si lleva pasamontañas? Yo diría que no.

Los tres estuvieron unos minutos sin decir nada. La conversación parecía haber disipado la preocupación de Dolly.

—Mirad —dijo Martin—, tenemos entre manos un asunto realmente bueno. ¿Continuamos o queréis echarlo todo a perder? ¿Hemos de darnos al pánico por nada y pasar la noche en una zanja comiendo barritas de Mars?

—Ni de coña —dijo Brendan.

Dolly se encogió de hombros.

—De acuerdo. Yo vigilaré la parte de delante.

Había pasado una semana desde la última vez que Martin tomara una comida decente, y ahora silbaba al cocinar. Preparó un relleno para el pollo, con miga de pan, hierbas y mantequilla, hirvió las patatas y las escurrió bien antes de meterlas en la grasa caliente e introducirlas en el horno. Preparó las zanahorias y las coles de Bruselas. Nada de alcohol, siguiendo las órdenes de Frankie. Solo agua mineral Ballygowan. Pasó un rato sentado junto a la ventana delantera con Dolly, y lo más interesante que vieron fue una pareja de ancianos de cara enrojecida y pecho blanco que se encaminaban hacia la playa.

Martin se dio una ducha, y cuando salió del cuarto de baño entró en el dormitorio que compartía con Brendan y se lo encontró inclinado sobre la mesita de noche, inhalando los restos de una raya de polvo blanco.

—Jesús, Brendan, por todos los santos.

Brendan levantó la cabeza y dijo:

—No se lo cuentes a Frankie, ¿entendido? —Se agachó y apuró las últimas motas blancas.

Martin se sentó al extremo de la cama y contempló cómo su grueso amigo utilizaba el dorso de la mano para limpiarse la cara.

—¿Le das mucho?

—Un poco. Este último año.

—No te lo recomiendo. Lo último que necesitamos en esta situación es a alguien blandiendo una escopeta y colocado hasta las cejas.

—Estoy bien.

Martin recordaba la sensación. *Estoy bien*. Mejor que nunca. Se metía cualquier cosa que encontrara y se sentía de puta madre.

—¿Solo tomas coca?

—Prácticamente sí.

Martin solía tomar coca, caballo y hierba cuando iba bien de pasta. Si no, un puñado de cualquier surtido de barbitúricos que él o sus colegas robaban en cualquier farmacia.

Así pasó dos años, sin enterarse de nada. Comprender en qué estabas metido no era algo que ocurriera de pronto, sino que venía a destellos, como si de vez en cuando te vieras en un escaparate. No había nada que te abriera los ojos de repente, sino que poco a poco te ibas dando cuenta, comprendías que a veces no controlabas tanto como creías. Cosas que no salían como esperabas, una buena idea que de repente parecía un disparate, un día que empezaba de una manera y nunca sabías cómo iba a acabar. Con el tiempo te dabas cuenta de que dedicabas demasiado tiempo y demasiado esfuerzo —demasiado de todo— a colocarte. Y te dabas cuenta de que el mero hecho de pensar que un día no tuvieras material era una pesadilla.

Martin estaba sentado en la cama, junto a Brendan.

—Es asunto tuyo, pero déjalo hasta que acabe este asunto.

—Es asunto mío, exacto. Y no le digas nada a Frankie, ¿entendido?

Martin se encogió de hombros.

—Es cosa tuya.

Lo dejas o no lo dejas. Nada más entrar en la cárcel, con el problema de Bomber Harris y todo el rollo, Martin estaba tan hecho polvo que necesitaba todo el consuelo que pudiera.

Entonces llegó Frankie y se encargó de desactivar a Bomber.

—Cristo bendito, Martin. Un mierda como ese. —Fue todo lo que dijo Frankie el día antes de hacer una visita a Bomber Harris. Frankie y Martin se habían distanciado desde la época de Finglas. Frankie había dejado embarazada a Joan, se habían ido a vivir juntos y ya no frecuentaban el ambiente tanto como antes. Jugaban a la familia feliz y él se forjó una reputación con Jo-Jo Mackendrick. Cuando llegó a la cárcel, Bomber Harris iba de Don Pez Gordo, y ni siquiera el propio Jesucristo hubiera sido tan bien recibido en la galería.

—Un mierda como ese.

Y la siguiente noticia fue que llevaron a Bomber Harris al hospital de enfrente, a Frankie lo incomunicaron y acabó cumpliendo unas semanas más de lo que estaba programado.

Antes de salir de la cárcel, Martin dejó todo lo que tomaba. Tardó un par de meses, y no fue tan terrible como había pensado al principio. Había un asistente social con un programa de desintoxicación un tanto chapucero, pero para Martin era una cuestión de si querías hacerlo o no.

Cuando llevas mucho tiempo viviendo en la mierda, quizá llega un momento en que no notas el olor. Aquel último período en el trullo, lo que vio fue no solo el mundo de mierda en el que había acabado viviendo, sino el hecho de que todavía se podía ir a peor. Frankie Crowe tenía planes, tenía una meta, y si Martin Paxton no estaba del todo seguro de adonde iba, al menos sabía adónde no quería ir, y eso era lo que contaba.

Si a Brendan le hacía feliz empolvarse la nariz, pues a la mierda, era cosa suya.

—¿Le has echado un vistazo a la rehén?

Brendan asintió.

—Le he preguntado si tenía hambre. Tan malhumorada como siempre. No dice una palabra.

—Espera a que averigüe qué hay en el menú —dijo Martin—. Nada como una buena comida para animarte.

Entraron en la cocina y Martin sacó el pollo del horno mientras Brendan llenaba los vasos de agua mineral. Martin estaba comprobando las patatas cuando Dolly entró por la puerta principal y dijo:

—Mierda, chicos. Lo siento.

Cuando Martin se acercó a la ventana de delante y vio a los dos agentes uniformados saliendo del coche patrulla decidió que solo tenían una oportunidad. Engatusar a los pasmas. En su opinión, después de todo, lo más probable era que la policía simplemente comprobara las alucinaciones de algún entrometido del pueblo. Dales una razón para creerte.

Martin hizo un gesto de calma a los otros dos, y cuando sonó el timbre de la puerta se puso un guante de horno en una mano, con la otra cogió un trapo de cocina y fue hacia la puerta.

—¿Todo bien, agente?

El policía más joven se quedó a mitad del sendero que conducía hasta la puerta, como si supiera que aquello no era nada. El otro llevaba los suficientes años a la espalda como para saber que casi todo lo que haría antes de jubilarse sería pura rutina.

Lo podías ver en sus caras. Por aquella zona, lo más grave a que se enfrentaban era cuando alguien arrojaba un ladrillo a la ventana de un *pub*, los políticos locales armaban bronca y en Dublín daban el visto bueno para que hicieran un montón de horas extras a fin de combatir la oleada de crímenes. Así, cuando por la tele se ponían a hablar de un secuestro que había ocurrido en Dublín, era normal que algún capullo del pueblo creyera haber visto «un lindo gatito» y tuvieran que ponerse la gorra, arreglarse la corbata y mover el culo para comprobarlo.

—¿Podría decirme cuánto tiempo hace que tiene alquilada esta casa?

—Un par de días. Los muchachos y yo hemos venido de Dublín para tomarnos un descanso. ¿Hay algún problema?

—¿Cuántos son, ustedes?

—Somos cuatro. Conductores de autobús. Hemos venido a tomar copas, jugar unas partidas y ver a las chavalas, ¿ocurre algo?

Primero, los policías formulan las preguntas cuya respuesta ya conocen. En cuanto el entrometido había denunciado haber visto a un hombre con un pasamontañas, lo primero que habían hecho había sido consultar al propietario de la casa.

Y ahora, al grano.

—¿Le importa si echamos un vistazo?

Martin hizo un gesto con la mano.

—Ningún problema. ¿Hay algo que debamos saber?

—Nada de que preocuparse.

Dolly Finn estaba sentado en la cocina. Asintió cuando entró el agente. Brendan Sweetman permaneció en el vestíbulo, vigilando de reojo al joven agente, que no consideraba necesario entrar en la casa.

El policía de más edad se asomó por las puertas, asintió y dio unas vueltas por la casa. Cuando habló, no había ninguna curiosidad en su voz.

—¿Cuándo se marchan? —Su lenguaje corporal indicaba que todo iba a salir bien.

—En un par de días, en cuanto se nos acabe el dinero para empinar el codo. Escuche, ¿no hemos hecho nada malo, verdad?

Una última puerta. El policía intentó hacer girar el pomo, pero estaba cerrada con llave.

Tranquila, Angela. Ni pío.

—¿Qué hay aquí dentro?

—Es la habitación de nuestro otro amigo, Liam —dijo Martin—. Supongo que es una costumbre de Dublín cerrar con llave cuando sales. Esta mañana se ha ido a Wexford a buscar algunas cosas.

El sargento asintió.

Lo sabe.

Quizá fue el tono de voz de Martin o su cara. Quizá la manera en que Brendan deambulaba por el vestíbulo, como si esperara una visita del Espíritu Santo. Fuera como fuera, el policía lo supo. No había ninguna duda. Y supo que no era momento de hacerse el héroe. Mentalmente midió la distancia hacia la puerta.

—Bueno —dijo—, parece que todo está correcto, muchachos. Ningún problema.

Se sonrojó.

Sabe que nosotros sabemos que lo sabe.

El policía avanzaba hacia la puerta principal con una flemática sonrisa clavada en la cara y unos movimientos demasiado pausados. En ese momento, Dolly Finn, que estaba junto a Brendan, sacó su pistola y apuntó al sargento.

—Todos sabemos de qué va —le dijo sin levantar la voz al policía—. Lo siento.

—No… —dijo Martin. Vio cómo el dedo de Dolly se tensaba sobre el gatillo y supo que se encontraba demasiado lejos para poder hacer nada. Brendan aulló: «¡Pero qué cojones!» y apartó el brazo de Dolly. La pistola se disparó, y el ruido pareció estremecer la habitación. El olor de la detonación del arma se propagó por el aire. De manera instintiva, Martin se había arredrado al oír el disparo. Abrió los ojos y se volvió hacia el sargento, solo que este ya no estaba. Martin cruzó corriendo el vestíbulo hacia la puerta principal y comprobó que el sargento ya se encontraba en mitad del sendero. Corría encogido, como si esperara una segunda bala en la nuca. El policía más joven ya estaba en la carretera.

Brendan y Dolly salieron de la casa un paso detrás de Martin. El sargento pasó de largo el coche patrulla, y mientras corría gritó:

—¡Déjalo!

El policía más joven dejó caer el micrófono de la radio del coche patrulla y corrió detrás del sargento. Ya estaban a más de diez metros de distancia y a pocos del bosque.

—¡Joder!

Martin se detuvo. Se volvió hacia Brendan:

—El coche patrulla. Destruye la radio, procura que el coche no pueda moverse.

A Dolly:

—Ponle el pasamontañas a la mujer y métela en el maletero. Nos vamos.

—Deberíamos haberlos liquidado. ¡No podíamos hacer otra cosa!

—Ahora ya es tarde. Vamos.

—Por qué… —Dolly se dio la vuelta y le gritó a Brendan—: Por qué demonios…

Brendan arrancó el cable del micrófono de la radio que salía del salpicadero del coche patrulla.

—¿Matar a dos policías? No lo dirás en serio, tío. Por todos los santos.

Con la suela de la bota aplastó el micrófono y pequeños fragmentos de plástico se dispersaron por la carretera.

—¡Muévelo! —dijo Martin—. Ahora ya está hecho, coge lo que puedas.

Brendan abrió el maletero del coche patrulla. Los otros dos regresaron hacia la casa.

—¿Huellas? —dijo Dolly.

—No hay tiempo —dijo Martin—. Quema la casa.

Al cabo de una hora, los boletines de noticias de la radio ya mencionaban el tiroteo de Rosslare. Sin muchos detalles, tan solo se decía que dos agentes de Wexford habían sido tiroteados en un incidente que había tenido lugar en una urbanización. «No conocemos más detalles». Frankie se aproximaba a la rotonda de Wexford de la N11 cuando oyó la noticia. Giró 180 grados en la rotonda y puso de nuevo rumbo a Dublín.

Mientras conducía con una mano, tecleó el número de Martin en el móvil. Nada.

A lo mejor los habían cogido. A lo mejor habían tenido que huir apuradamente y Martin se había dejado el móvil. Una hora más tarde, Frankie se encontraba en el atasco de tráfico de Gorey cuando el siguiente boletín de noticias comunicó que los dos agentes de Rosslare se recuperaban de su terrible experiencia a manos de una banda armada. Fuentes de la policía creían que el incidente tenía que ver con el secuestro de una mujer de Dublín llamada Angela Kennedy.

Y aún había más, aunque no decían nada de lo que Frankie necesitaba oír.

A lo mejor la policía ya había atrapado a Martin y a los demás. A lo mejor ya lo sabían todo. A lo mejor no sabían nada. Joder, podía ser cualquier cosa.

Frankie mantuvo la radio encendida. Cuando volvió a oírse el boletín de noticias, las palabras iniciales fueron exactamente las mismas que una hora antes: «Dos agentes de la policía de Wexford se recuperan…».

Frankie volvió a telefonear a Martin. Nada.

Necesitaba dejar el dinero en un lugar seguro, en un lugar donde no tuviera que vigilar las dos bolsas. La casa del tío Cormac no era segura, el muy cabrón podía aparecer antes de lo previsto. Joan nunca lo aceptaría. Intentó pensar a quién podía confiarle aquellas dos gruesas bolsas sin despertar su curiosidad.

Después de la cagada del atraco al *pub*, dos meses antes, Frankie no había tenido intención de volver a pisar nunca más Harte's Cross. Y ahora conducía un Volvo robado por la calle principal de aquel pueblo con dos bolsas que contenían un millón de euros en el asiento trasero del coche. Cuando pasó junto al *pub*, le echó un vistazo.

Tres kilómetros más allá de Harte's Cross, abandonó la carretera principal y siguió un estrecho camino durante casi dos kilómetros antes de llegar a una granja que tenía un cobertizo a un lado y un tractor destartalado al otro. La casa de Leo Titley era un edificio sencillo, gris y achaparrado sin ningún adorno. Era rectangular, con un tejado en pendiente no muy alto, dos dormitorios y un salón comedor. No habían pintado la casa en un par de décadas, los marcos de madera de las ventanas estaban agrietados y el cristal empañado. Como llamó y no contestó nadie, Frankie se dirigió a la parte de atrás y forzó la puerta. Sacó el dinero del coche y cinco minutos después jadeaba ligeramente después de haber escondido las dos pesadas bolsas en el desván.

La cocina olía a *curry* barato, y los platos sin lavar que había en la encimera mostraban restos endurecidos de lo que podía haber sido el almuerzo de aquel día o la cena de la noche anterior. Las ventanas eran demasiado pequeñas, las habitaciones demasiado oscuras. En la sala había pocos muebles, y desparejados. Frankie estaba acostumbrado a vivir en un piso pequeño, pero un lugar como ese te volvía loco a las dos semanas.

Cuando Leo regresó de donde hubiera estado, Frankie dijo:

—Más vale que arregles la puerta de atrás.

Leo era alto y fibroso, y vestía un mono y botas. Tenía el pelo largo y se lo recogía en una cola de caballo. Tenía treinta y pocos, y ese aire exhausto de quien libra una batalla en la que ya no cree.

—¿Qué ocurre, Frankie?

—Nos diste una información de mierda. Pero te traté bien, aun cuando el trabajo del *pub* fue una auténtica cagada. Ahora estoy metido en un lío y necesito un lugar donde dejar una cosa. ¿Te parece bien?

—¿Qué ocurre, Frankie?

La vida de Leo se consumía en el esfuerzo de ganarse la vida con unos miserables acres de tierra. Cuando su padre murió, Leo abandonó el negocio del transporte y regresó para dedicarse con terca lealtad al imposible legado de su padre. La tierra rendía tan poco que se pasaba casi todo el tiempo trabajando en las granjas de los demás y haciendo pequeños arreglos en Harte's Cross. Lo más sensato habría sido vender la tierra, pero la lógica económica no puede nada contra el orgullo.

Como camionero, Leo había tenido un papel secundario en diversos proyectos delictivos, en uno de los cuales había participado Frankie Crowe, y después de eso le había dado el chivatazo de que había un *pub* vulnerable en el que los ingresos del bar se sumaban a los del concierto semanal.

—Me lo debes, eso es todo —dijo Frankie—. Necesito un sitio. Tampoco te supone nada. Tú entras y sales, yo entro y salgo. No digas nada a nadie y estamos en paz.

Leo se quedó allí de pie, en silencio, con las manos en los bolsillos.

—Ya sabes que no quiero nada gratis —dijo Frankie.

Leo se lo pensó unos momentos, y al final dijo:

—¿Quieres una copa o algo?

—Creo que es mejor que arregles la puerta trasera y me des una llave para que no tenga que forzarla otra vez.

—¿Te quedas ahora?

—Necesito comer algo. ¿Hay algún lugar por aquí?

Leo dijo que le llevaría al Olive Grove, en Harte's Cross.

—No es el peor sitio del mundo.

Cuando se subió a la camioneta, Frankie dijo:

—Ni una palabra a nadie, ¿entendido? Tú y yo sabemos que estoy aquí. Nadie más. Y no te acerques al desván.

Leo lo miró un momento y a continuación dijo:

—Muy bien.

Tres veces durante el camino al pueblo, y dos más mientras comía, Frankie llamó al móvil de Martin. Todavía nada.

Después de comer, mientras volvía a casa de Leo en la camioneta, Frankie puso la radio.

—Dos agentes de la policía de Wexford…

Todavía escuchaba el boletín de noticias cuando le sonó el móvil.

Al escuchar la voz de Martin dijo:

—¿Qué cojones está pasando?

Mientras la tarde se convertía en noche, Martin Paxton, Dolly Finn y Brendan Sweetman se limitaron a circular por las carreteras estrechas y sinuosas de Wicklow, atravesando montañas que quedaban fuera del alcance de la cobertura del móvil. Cada curva de la carretera ponía a prueba sus nervios. Aquel no era un paisaje para persecuciones en coche. Si se topaban con algún policía de por allí, habían pringado. En dos ocasiones salieron de la carretera y se metieron en el bosque para liberar la tensión que todos sentían, y dejaron salir a la rehén del maletero para que respirara un poco de aire.

Brendan conducía, Martin miraba la pantalla del móvil. Casi siempre decía «Sin señal». De vez en cuando las barras de cobertura se erguían, aunque desaparecían antes de que pudiera conectar con Frankie. Al final, mientras se tomaban un descanso, le llegó la señal de que había bastante cobertura. La conversación fue breve y, cuando terminó, Martin no recordaba gran cosa de lo que habían dicho. Sobre todo recordaba la expresión «decisiones difíciles».

—Ha sido pura mala suerte —le dijo a Frankie—. Te lo cuento luego.

—Puede que tengamos que enfrentarnos a algunas decisiones difíciles —dijo Frankie—. ¿Sabes a qué me refiero?

Martin lo sabía.

—Ya hablaremos cuando… —dijo Martin.

—¿Dónde? No digas nombres.

—No podemos permanecer a la vista, tenemos que escondernos en alguna parte.

—¿Dónde?

—Nos dirigimos a… el tipo que nos consiguió la carnicería… a su casa.

—¿Cuándo llegaréis?

—En un par de horas. Tal como viajamos, la cosa va lenta.

—Te veo ahí.

Y eso fue todo.

Decisiones difíciles.

Ella sabe mi nombre. Puede que también conozca el de Frankie.

La mujer no había reaccionado cuando a Martin se le había escapado el nombre de Frankie. A lo mejor no lo había pillado. O a lo mejor sí.

Pero desde luego sabe mi nombre.

Decisiones difíciles.

Era poco después de la medianoche.

En la reunión de emergencia, uno de los niños prodigio del comisario jefe Hogg hablaba desde Wexford a los presentes a través del manos libres, explicando por qué la policía de aquella localidad había enviado a dos policías desarmados a comprobar la posible presencia de la banda de secuestradores. A continuación habló otro agente, que informó con más detalles de los necesarios del fracaso a la hora de averiguar la identidad de la persona que había alquilado el *bungalow* de Rosslare a la banda.

—¿La policía científica ha estado en la casa? —dijo Hogg.

—Hace muy poco. La banda intentó incendiar el lugar, pero el fuego no prendió. Hay montones de huellas, como suele ocurrir en un apartamento de vacaciones. La mayor parte de veraneantes. Lo están analizando todo lo más deprisa que pueden.

La reunión de emergencia en la comisaría de Carbury Street fue convocada en cuanto el comisario jefe Hogg averiguó que la banda había conseguido hacerse con el primer millón del rescate. Antes de que se celebrara la reunión, llegaron las noticias del caos de Rosslare, y eso lo dejó todo en suspenso. Cuando a medianoche comenzó la reunión, tres de los hombres de Hogg se encontraban en Wexford, y un par de ellos seguían la metedura de pata del rescate. Cuatro acompañaban a las Unidades de Reacción Inmediata que registraban las casas de los miembros de la banda conocidos. El resto se encontraba en el centro de operaciones de Carbury Street, y no se les veía tan animados como la última vez que John Grace los había visto.

Hogg mantenía su aire de serenidad, y de manera metódica guiaba a su equipo a través de posibles pistas y líneas de investigación. Todos los que estaban en la sala sabían que la evolución del caso dependía del siguiente interrogatorio, la siguiente llamada telefónica o la siguiente idea brillante. Todos los que estaban en la sala sabían que el caso podría derrumbarse súbitamente, y que de un momento a otro cualquier ciudadano podía encontrar el cadáver de la secuestrada en una zanja.

Era una imagen que a John Grace le iba pareciendo más plausible a medida que pasaban las horas. Ahora que Frankie tenía un millón, y que todavía ignoraba que se le había identificado como participante en el trabajo, la opción de recoger sus ganancias y matar tranquilamente a la rehén debía de parecerle más atractiva.

En cuanto se acabó el bloqueo informativo, debería haberle insistido a Hogg para que hiciera público que habíamos identificado a Frankie y a Sweetman.

Uno de los niños prodigio le dijo a Hogg por qué había concluido que la palabra clave de los secuestradores, «girasol», no tenía ningún significado. No dejaba de pasarse los dedos de una mano por el pelo mientras explicaba que había desperdiciado media tarde introduciendo la palabra en las bases de datos de la policía en busca de alias, empresas o tiendas de Dublín que hicieran alguna referencia a las flores en su nombre, y que también había buscado a todos los propietarios de floristerías en un radio de una milla en torno a la casa de los Kennedy.

Cuando los agentes acabaron su informe, Grace le dijo a Hogg en una aparte:

—Señor, creo que es más importante que nunca que le hagamos saber a Frankie que…

—Lo sé, y ya estamos en ello. Puede que a Frankie ya le haya llegado la noticia de que las Unidades de Reacción Inmediata están derribando más de una puerta, pero aparte de eso utilizaremos a la prensa.

Hogg sacudió la cabeza, como si Grace hubiera sacado a colación una historia antigua.

—En cuanto la policía científica haya terminado con la casa de Rosslare —prosiguió Hogg —, nos pasarán cualquier cosa que pueda sernos de utilidad: cuadernos, todo lo que encuentren en las mesillas de noche, cosas así, incluso los periódicos que descubran en la casa. Le quiero aquí a primera hora para repasarlo todo, cada página, cada trozo de papel. Solo le llevará un par de horas. Busque nombres, direcciones, teléfonos, cualquier cosa que le suene mínimamente.

En la otra punta de la sala, el comisionado adjunto O'Keefe llamó la atención de todo el mundo golpeando la mesa con los nudillos.

—Queremos que actúen rápido. Como resultado de los acontecimientos recientes, el comisario jefe Hogg y yo hemos concluido que existe peligro de que la banda quiera deshacerse de la rehén. De que entierren a la víctima en cualquier parte y se conformen con el dinero que tienen. Por ello, es importante que los secuestradores sepan que hemos identificado a algunos.

Asintió en dirección a Hogg, quien les dijo que él personalmente había estado en las emisoras de radio y televisión y que los nombres de los secuestradores aparecerían al principio de cada boletín de noticias de la tarde y la noche.

—En los periódicos también publicarán fotografías de Crowe y Sweetman. Por la mañana aparecerán en todas las primeras planas.

Grace encontró una silla y se sentó. Miró su reloj. Un poco tarde, se dijo. En más de un sentido.

No pierdas la cabeza, Frankie, estate tranquilo. Deja vivir a la mujer. Toma el dinero y corre.

Grace despertó a Nicky Bonner cuando le telefoneó a su casa.

—Ahora vuelvo a casa, pero tengo que estar en Carbury Street a primera hora de la mañana. Hogg quiere que examine el material que Frankie dejó al huir. No te puedo prometer nada, pero, si todavía tienes tantas ganas, a lo mejor mañana puedes meter la nariz en ese material.

—Fabuloso.

—Lo único que tienes que hacer es estar en mi casa a primera hora y llevarme en coche a Carbury Street.

—Vago de los cojones.

Capítulo 22

Lo único que Angela podía ver era una línea de luz vertical, no más gruesa que un cabello. El resto era oscuridad. A lo lejos, quizá a un par de habitaciones de distancia, oía el sonido apagado de una tremenda discusión. Desde que había llegado, la habían sacado dos veces de su diminuto armario situado bajo las escaleras para utilizar el retrete. Había pasado la noche, y una o dos horas de la mañana. No tenía ni idea de dónde estaba: ni en qué casa, ni en qué barrio, ni en qué condado.

El viaje desde Wexford había durado horas, pues habían seguido carreteras sinuosas, y ella se había pasado el trayecto resbalando de un lado a otro del maletero del coche. Se habían parado dos veces y le habían permitido dar unos pasos por el bosque con el pasamontañas sobre los ojos. Había hecho calor, y de tanto viajar en el maletero estaba sudada, cansada y dolorida. En el bosque el aire era fresco, pero casi no conseguía penetrar las capas de mugre que la rodeaban. De pie en el bosque, incapaz de ver, rememoró el terror de aquella primera vez, mientras se dirigían a Wexford. Pero fue un terror atenuado. Era como si la envoltura de agotamiento que la rodeaba se hubiera espesado tanto que ni siquiera el miedo pudiera atravesarla. Durante una de esas pausas, uno de los secuestradores abrió una bolsa de patatas con sal y vinagre y se la puso en la mano. Para comer le permitieron subirse el pasamontañas hasta la nariz. Comió hasta que no quedó nada, y con el índice hurgó en el fondo de la bolsa en busca de migajas. Se chupó la sal de los dedos.

La noche anterior, cuando llegaron a esta casa, la llevaron al armario que había bajo las escaleras y la encerraron. Oyó que apoyaban una silla contra el exterior de la pequeña puerta, formando cuña en el pomo. No había nada más que oscuridad y esa finísima línea vertical de luz. *Jesús, ¿cómo se llamaba? No la hija de los Rockefeller… la otra, Hearst, Patty Hearst*. Una noche, meses atrás, Angela y Justin estaban viendo una película por televisión en la que secuestraban a una mujer y la ocultaban en un espacio pequeño como ese. La película no era gran cosa, y a la mitad apagaron la tele y se fueron a la cama. *Patty y yo. Viviendo bajo las escaleras*. Entonces se acordó de algo que le había leído a Luke antes de dormirse. *Patty, yo y el capullo de Harry Potter*. Soltó una pequeña risita.

De vez en cuando alguien pasaba por delante del armario, quizá de camino a la cocina. Cada vez que alguno subía o bajaba las escaleras, el sonido de sus pisadas retumbaba sobre su cabeza. Pero esas distracciones eran pocas y, a medida que las horas transcurrían, Angela se iba hundiendo en una tediosa neblina intemporal.

El armario era demasiado pequeño para estar de pie. La apretujada oscuridad la hacía ser más consciente de su cuerpo. Le llegaba el olor a suciedad y el sudor que la recubría. Se había quitado las zapatillas de deporte para descubrir que tenía los pies irritados. Aquella mañana había notado la primera punzada que le indicaba que pronto tendría el período.

Había pasado una noche inquieta, sin estar del todo segura de dónde se hallaba la frontera entre el sueño y la realidad, entre la conciencia y la inconsciencia. El suelo era de baldosas, duro y frío, y solo tenía el brazo por almohada. Producto del cansancio, como una forma que emergía a través de la niebla, un nuevo temor comenzó a materializarse. El pánico que se había desatado en Wexford había desbaratado los planes de la banda. La presión para cortar por lo sano debía de ser mayor que nunca. Nadie le había dicho nada, pero cuando la llevaron al retrete con el pasamontañas, comprendió por las voces de los secuestradores que estaban nerviosos e indecisos. Cuando la acompañaban al lavabo, las manos que la sacaban del armario y luego la empujaban de vuelta eran ásperas e impacientes.

Ahora, en otra parte de la casa, tenía lugar una discusión. Las voces subían y bajaban, y a veces se producía un prolongado silencio, como si una oleada de cólera hubiera dejado a todos sin habla. Angela estaba sentada con la espalda contra la pared, las piernas encogidas, y los brazos apretaban las rodillas contra el pecho. Aunque quisiera llorar, ya no le quedaban lágrimas.

Al cabo de un rato volvió a oír cómo hablaban levantando la voz. Parecía que la banda había dejado que se acumulara una cólera silenciosa hasta el punto de estallar otra vez. Angela había estado contemplando la línea de luz que se formaba al borde de la puerta. Lenta, vacilante, levantó una mano hasta que las puntas de los dedos tocaron la puerta. La presión que aplicó fue tan ligera que ni siquiera sintió cómo se movía la puerta. Tan solo vio ensancharse la línea de luz: al principio era fina como un cabello, y enseguida el cabello se ensanchó y la puerta se separó de sus dedos. Cuando quedó entreabierta una pulgada, comprendió que se habían olvidado de colocar la silla.

En la sala había periódicos por todas partes. El titular del *Irish Independent* decía: ¿HA VISTO A ESTOS HOMBRES? Se veían fotografías de Frankie y Brendan. No había ninguna foto de Martin Paxton, pero se mencionaba su nombre. El titular del *Irish Times* rezaba: LA POLICÍA IDENTIFICA A LOS SOSPECHOSOS DEL SECUESTRO. El *Star* publicaba las fotos con el titular: LOS CABRONES QUE SE LLEVARON A ANGELA.

El pánico que le entró a Milky cuando la banda se presentó en su casa la noche anterior se había convertido en rabia, y luego en firmeza a la hora de echar cagando leches a Frankie y a su pandilla de memos.

—No —le dijo a Frankie cuando contestó al timbre y vio quién estaba en el umbral.

—Los chicos están de camino.

—No, de ninguna manera. Lárgate, Frankie.

—Hablemos dentro —dijo Frankie. Y en cuanto hubo pasado la puerta, ya no hubo manera de echarlo.

—¿Adónde? —no dejaba de preguntar—. ¿Adónde quieres que vayamos? —El resto de la banda llegó casi una hora más tarde.

En aquella parte de Killester, las casas eran casi todas *bungalows*, con altos setos entre una y otra. La de Milky era una imitación Tudor de dos plantas. Casi todas las calles eran estrechas y breves, pero aquella era ancha y tenía una longitud de casi doscientos metros. No había más de media docena de personas en toda la calle que Milky fuera capaz de reconocer si se cruzaba con ellas. Era uno de esos lugares en los que la virtud que más se valoraba era la discreción. La novia de Milky, una modelo rubia de veinticinco años, montó un numerito, y Milky le dijo que se fuera a casa de su hermano en Howth. Casi no pasaba ni un momento despierto sin tener un cigarrillo encendido en la mano. A Frankie le hizo gracia descubrir que Milky llevaba una chaqueta de cuadros incluso dentro de su casa.

La tarea más urgente de Milky era encontrar un sitio de alquiler al que poder trasladar a Frankie y los suyos. A primera hora de la mañana inició una ronda de llamadas telefónicas, pero no consiguió nada. Lo que lo complicaba todo era la necesidad de utilizar intermediarios entre él y la casa de alquiler. Necesitaba a alguien que consiguiera que otra persona contratara a alguien para que le alquilara una casa a alguien que no hiciera preguntas. Una casa de vacaciones sería difícil, ahora que el desastre de Rosslare estaba en los periódicos y todo el mundo que tuviera una casa de vacaciones que alquilar se hallaba en estado de alerta. Lo mejor era otro local comercial, algo parecido a la carnicería que habían utilizado los primeros días.

Al final apareció una posibilidad que rozaba lo probable.

—Tallaght —dijo el contacto.

—Vale.

—Es una antigua…

—Lo que sea —dijo Milky. Había mucha gente a la que le gustaba ponerse a charlar por teléfono.

—Lo sabré esta noche —dijo el contacto.

—Esta tarde —contestó Milky. *Confirmo el lugar esta tarde y esta noche los saco de aquí*.

—Será esta noche. Tarde.

—Joder. Haz lo que puedas.

Todo el mundo estaba nervioso. Aquella mañana, todo el mundo le sacaba punta a cualquier comentario casual, y había una discusión tras otra.

—De ahí no paso, Frankie —dijo Milky—. A primera hora de la mañana, y quiero decir a primera hora, os largáis todos. Si os consigo una casa, cojonudo. Y si no, os jodéis y os largáis igual. Esto de venir a mi casa ha sido una mierda.

—Necesitaremos dos coches.

Milky levantó los ojos al cielo por un momento. A continuación dijo:

—Vale.

—Esto se ha acabado —dijo Frankie.

Presidía la mesa rectangular de pino de la cocina. En torno a ella, Martin Paxton, Milky, Brendan Sweetman y Dolly Finn prestaban diferentes grados de atención. Milky parecía impaciente por escuchar cada palabra de Frankie. Dolly Finn tenía el codo izquierdo sobre la mesa, la cabeza apoyada sobre la mano, y se acariciaba la frente como si quisiera mitigar una furia interior. Martin Paxton escuchaba a Frankie, pero no perdía de vista a Dolly.

—Tenemos el millón —dijo Frankie—, y ya no vamos a conseguir nada más. Dijimos que sería un trabajo rápido, y ya ha pasado casi una semana. Cogemos el dinero y nos largamos.

Yo no.

Milky se quedó mirando a Frankie.

En cuanto se larguen, me pongo a borrar huellas. Yo estoy limpio.

Tenía algo de dinero que le había adelantado Frankie. En cuanto al resto, ya se vería. Lo importante era conseguir mantenerse al margen de ese marrón.

—¿Y la mujer? —dijo Martin Paxton.

—Os la lleváis —dijo Milky.

—Que yo sepa, no ha visto nada, ¿no? —dijo Brendan Sweetman.

—En mi opinión —dijo Frankie—, tal como están las cosas, lo mejor es encontrar algún sitio que no se utilice, una antigua tienda, un garaje, algo así, y dejarla allí. Cuando estemos lejos, le haremos saber a la familia dónde encontrarla. —Miró a su alrededor y vio que un par de los presentes asentían con la cabeza. Nadie dijo nada.

—Iré a buscar el dinero por la mañana —dijo Frankie—. Tardaré un par de horas en ir y volver. Cuando Milky os diga dónde está la casa de alquiler, me llamáis, nos encontramos allí, quizá mañana a mediodía, dividimos el dinero y adiós muy buenas. Dejamos a la rehén en alguna parte, cogemos el dinero y nos largamos.

Brendan Sweetman observaba a Frankie como si quisiera leer su mente.

Cogemos el dinero y nos largamos. ¿Qué cojones significa eso? ¿Quién coge el dinero? ¿Quién se larga y adónde? Un par de horas en ir y volver significa que el dinero está fuera de Dublín. ¿Dónde? Y una vez Frankie esté en la carretera…

—Creo que uno de nosotros debería ir contigo. No te ofendas, Frankie, pero hemos de ser sensatos. Quiero decir que ninguno de nosotros sabe dónde guardas el dinero.

Frankie no dijo nada durante unos segundos.

—¿Que no me ofenda? —Miró a los otros tres—. ¿Alguien más cree que me voy a largar con la pasta?

—Eso no es lo que he dicho, Frankie.

—¿Alguien más lo cree?

—A la mierda —dijo Dolly. Se puso en pie y salió de la cocina. Oyeron cómo subía las escaleras y luego un portazo.

Brendan tenía una expresión impertérrita.

Mierda.

Si alguien tenía que apoyarlo en aquello era Dolly.

Martin y Frankie son uña y carne. A Milky le da igual, solo quiere que nos larguemos.

—Frankie —dijo Brendan—, sabes que todos confiamos en ti. Solo era un comentario. Eso es todo.

—¿Solo un comentario?

—Quiero decir, que si algo te ocurriera…

Martin Paxton miraba hacia la otra punta de la cocina, más allá de donde estaba Frankie. A través de la puerta abierta podía ver el pasillo hasta el armario donde se encontraba la rehén. La puerta del armario estaba medio abierta, y la rehén, de manera lenta, como quien no quiere la cosa, se dirigía hacia la puerta principal. Frankie le estaba diciendo a Brendan lo importante que

era que todo el mundo mantuviera la sangre fría y que todavía podían salir con bien de aquello. Martin miró a Frankie. A continuación miró a la rehén.

Cuando la puerta del armario se abrió una pulgada, Angela se quedó allí sentada durante varios minutos. Su primera reacción fue enganchar el borde de la puerta con un dedo y volver a cerrarla. Encontró palabras para expresar el miedo que la paralizaba.

No hagas nada.

No hacer nada al menos no empeoraría las cosas. Significaba que permanecería en aquel predecible agujero hasta que alguien tomara alguna decisión y las cosas adquirieran uno u otro cariz. Llevar a cabo algún movimiento podía poner fin a aquel horror, pero también podía despertar la cólera de los secuestradores, y el resultado era impredecible.

Más vale malo conocido.

Podía elegir, pero no quería elegir.

Quédate aquí, con la mente embotada por el aburrimiento y el miedo, el cuerpo sucio, el mundo reducido a un armario oscuro y asfixiante, a la espera de una conclusión incierta. O lárgate de aquí, acaba con la tensión, reclama tu vida. Aquello exigía salir ahí fuera, donde había unos hombres violentos, fuertes y hostiles, una furia como nunca había experimentado, y el riesgo paralizador de un final inmediato y brutal.

Alguien levantó la voz: «A la mierda». A continuación oyó que alguien pasaba rápidamente junto al armario, después unas sonoras pisadas en los peldaños que había sobre su cabeza y un portazo en el piso de arriba.

Al cabo de unos momentos Angela apoyó una mano en la pared del armario y se medio incorporó; todavía acuclillada, sacó la cabeza. Empujó la puerta, la abrió sin hacer ruido y salió arrastrando los pies hasta que pudo erguirse.

Estaba en una especie de pasillo no muy largo, y las luces eran azules y verdes. A la izquierda estaba la cocina, donde se oía hablar a toda la banda. Se obligó a no mirar en esa dirección. El instinto le dijo que si no los veía, ellos no la verían a ella, y aunque sabía que aquello no tenía sentido, lo creyó a pie juntillas.

A la derecha, el pasillo conducía hasta una puerta abierta y después se ensanchaba en un amplio vestíbulo, al final del cual se veía una madera oscura y maciza que tenía que ser la puerta principal de la casa. Dio la espalda a la cocina y se apoderó de ella el impulso de echar a correr. Anduvo hacia el vestíbulo, esforzándose por no acelerar el paso, por caminar tranquilamente, como si fuera a comprar el periódico. Sentía la moqueta azul fría bajo sus pies. La tela de sus pantalones de chándal se le pegaba al interior del muslo.

En la puerta principal había una gran cerradura de latón, con una especie de pestillo. Abrió la puerta, el sol le inundó los ojos, y en ese momento oyó movimiento a su espalda y no comprendió las palabras, pero supo que era la voz del jefe de la banda.

Lo que Frankie dijo fue:

—Cierra la puerta, ahora.

Procuró no perder la calma:

—Cierra la puerta y no pasará nada.

Angela dio otro paso hacia el primer peldaño de la escalera. Frankie levantó su automática negra y grande y apuntó a su espalda.

—¡Aquí no! —gritó Milky.

—¡No! —gritó Martin Paxton.

Angela volvió la cabeza. Levantó una mano y se tocó un lado de la cara. Le temblaba la mano, tenía sudor en la mejilla. Extendió la mano y colocó la palma a modo de escudo entre ella y Frankie.

—Vamos, cierra la puerta —dijo Frankie.

Angela no dijo nada. Negó con la cabeza.

—Si eso es lo que quieres —dijo Frankie. Alineó la vista con el punto de mira y apuntó a la frente de Angela.

Martin lo agarró del brazo y dijo:

—No.

Frankie se soltó.

—Nos ha visto la cara. A todos.

Angela dio un paso atrás.

—¿Y qué? Nuestros nombres salen en todos los periódicos. En Rosslare, la policía vio nuestras caras.

—La mía no, ni la de Milky. Además, hay una diferencia.

El testimonio de la policía de Rosslare, y quizá también sus huellas, probablemente eran suficientes para meterlos en la cárcel, pero el que la víctima compareciera ante el tribunal, le señalara con el dedo y dijera: «Es él», eso no tenía vuelta de hoja.

—Todo ha terminado —dijo Martin—. Nada de esto importa. Tenemos el dinero, podemos repartirlo mañana, la semana que viene, cuando sea. ¡La dejamos en alguna parte, nos olvidamos de la casa de alquiler, nos olvidamos de todo y nos largamos de una puta vez!

—No —dijo Brendan—, nos ha visto la cara. Eso es importante.

—Un secuestro es una cosa —dijo Martin—. Sé sensato, joder.

—Los cojones —dijo Frankie.

Dolly apareció a mitad de las escaleras. Parecía presenciar la escena que se desplegaba ante él con cierta distancia, como si mirara un programa de televisión que no le interesara demasiado.

Martin dio media vuelta y volvió corriendo a la cocina.

Quizá a unos quince metros, había dos mujeres de veintipocos años que pasaban por el otro lado de la calle caminando a grandes zancadas. Llevaban camiseta y pantalones cortos Nike, y una de ellas se sujetaba el pelo con una cinta de color rosa. Caminaban deprisa, moviendo los brazos rectos, derramando calorías a cada tranco. De haberse vuelto hacia la derecha, habrían visto a Angela en la puerta, con la cara vuelta hacia la casa y una mano extendida delante de ella, y también a Frankie, un poco más allá, apuntándola con la pistola. Pero las dos mujeres siguieron caminando y charlando y desaparecieron detrás de un seto.

Frankie hizo un gesto con la pistola.

—Vuelve a entrar —dijo.

—Por favor —dijo Angela.

—Aquí no, por favor —dijo Milky. Echó a correr hacia Angela, la rodeó torpemente con un brazo y la arrastró hacia el vestíbulo. Ella se agarró al dintel de la puerta y con una rodilla hizo fuerza contra el arquitrabe. Milky le dio un golpe en los dedos y una patada en las piernas. La arañó y ella soltó un grito. Brendan la agarró por el pelo y le dio un tirón, y ella volvió a gritar, perdió el equilibrio y cayó de espaldas sobre la gruesa alfombra azul. Milky cerró la puerta principal.

Frankie se quedó delante de la rehén y le apuntó con la pistola a la cara.

—¡He dicho que no! —Martin volvió de la cocina con su pistola a un lado—. Va, tomémonos un minuto y tranquilicémonos.

Frankie miró a Martin y emitió un ruido despectivo.

Martin negó con la cabeza.

—Lo digo en serio. Nada de muertes.

—Esto es una emergencia. Ya lo sabes.

La voz de Angela era aguda y vacilante.

—Por favor, Martin, no dejes que me mate.

—¿Martin?

La voz de Frankie tenía un punto de histeria.

—*¿Martin?*

—Mira —dijo Martin—, vamos a…

—¿Así que Martin de los cojones, eh? ¿Le has dicho tu nombre? ¿Os habéis dado la manita, es eso? Te ha estado engatusando, tío. —Giraba lentamente alrededor de la rehén, sin dejar de apuntarle a la cara—. ¿Eso es todo lo que te ha hecho?

Cuando, en la puerta principal, Angela se dio la vuelta y vio al jefe de la banda que le apuntaba a la frente con una pistola, lo miró a la cara y vio su propia muerte. Si hacía lo que quería y volvía a entrar, la llevaría a otra parte de la casa y la mataría. Si se quedaba donde estaba, también la mataría.

A partir de aquel momento, algo en su interior se encorvó, se preparó para el golpe mortal. La acometida del miedo borró todo pensamiento. En la lucha, mientras se resistía para impedir que la volvieran a meter en la casa, apenas sintió dolor. Cada segundo era el último segundo antes del final. Cuando podía intentaba levantar una mano o la otra para interponerla entre su cara y el lugar donde creía que estaba la pistola del jefe de la banda.

Y cuando estaba tumbada en el suelo y la pistola daba vueltas alrededor de su cara, una debilidad física se apoderó de ella y sintió que se le vaciaba la vejiga.

—¡He dicho que no!

Mientras los dos secuestradores discutían si la dejaban vivir o no, no acababa de entender sus palabras. Angela dijo algo, una súplica, pero no estaba segura de haberla pronunciado en voz alta. Las voces eran cada vez más ásperas.

Al final, Martin agarró a Angela por un brazo y prácticamente la arrastró hacia el armario. El jefe de la banda seguía apuntándole a la cabeza.

Alguien dijo:

—¡Joder, mira cómo ha quedado la alfombra!

Martin la empujó bruscamente hacia el interior del armario.

—Por favor…

—Cállate, joder.

—Tiene que sacarme de aquí, él…

El secuestrador, con una expresión amarga y furiosa, cerró de un portazo. Oyó el sonido de la silla formando cuña contra el pomo.

Luego no hablaron mucho de lo ocurrido. Martin y Frankie no quisieron remover el asunto, dejaron que la cosa se calmara. El momento en que Martin entró en el vestíbulo con el arma a un lado, procurando no apuntar a Frankie: eso se interpondría siempre entre ellos. Podías deducirlo de la cortesía con que pronunciaron las pocas palabras que intercambiaron a partir de entonces. La cólera se habría podido negociar. Martin podría haber explicado que en ese momento preciso no estaba seguro de cómo estaban las cosas con Frankie, y que sabía que necesitaba coger la pistola antes de decir nada más, y a lo mejor eso no había sido muy acertado, pero era el instinto primario cuando la situación se caldeaba.

—Matarla sería absurdo. Ya lo sabes. Nos hundiríamos más en la mierda.

Frankie no dijo nada, solo se encogió de hombros. Martin asintió. Los encogimientos de hombros, los gestos con la cabeza, y las escasas educadas frases que siguieron solo sirvieron para recalcar la tensión existente entre ambos.

Posteriormente llegó uno de los hombres de Milky con dos juegos de llaves.

—Están aparcados en el paseo marítimo —le dijo Milky a Frankie—. Un Mégane rojo y una Ford Transit blanca.

Frankie entregó las llaves de la furgoneta a Martin, que estaba tumbado en el piso de arriba.

—Por la mañana. Yo me llevaré el Mégane y tú necesitarás la furgoneta para la rehén.

Por un momento pareció que Frankie estaba a punto de añadir algo más, pero solo asintió con la cabeza y se fue. Era como si ambos comprendieran que cualquier cosa que se dijera acerca de aquella locura solo empeoraría las cosas.

A eso de las seis, Martin bajó con la chaqueta puesta y dijo:

—Le dije a Debbie que hoy iría a verla.

Frankie asintió, Martin se detuvo como si tuviera algo importante que decir, pero sus únicas palabras fueron:

—Vale.

Y se fue.

Para encontrarse con Deborah tardó veinte minutos: primero tuvo que mandarle un mensaje de texto, luego vigilarla a distancia, indicarle que entrara y saliera de algunas tiendas del Omni Centre de Santry antes de estar seguro de que no la seguían. Al final se reunió con ella en la sandwichería O’Brien, y en la voz de Martin se advirtió un deje de súplica. Después de dejarlo hablar durante quizá cinco minutos, Deborah solo dijo:

—No.

—Deb, piénsalo, por favor. Es la única manera.

—Tengo una familia —dijo Deborah—. Tengo un trabajo. No puedo dejarlo todo aquí, largarme y quizá nunca volver a verlos.

El tono de Martin cambió, ahora hablaba como si quisiera hacer valer un derecho.

—También es mi hijo.

—Y va a nacer en su país.

—Deb…

—Es imposible que yo pueda aprender otro idioma.

—*Sí, sí, señorita, mucho dinero*[6].

Ella no le devolvió la sonrisa.

—Vamos —dijo Martin—. No tardarás nada en recoger tus cosas. Mañana a esta hora tendré mi parte y podemos iniciar una nueva vida.

Deborah tardó en hablar. A continuación, con la mirada fija en la mesa que tenía delante, dijo:

—Ya sabes que eso es lo que quiero, los tres juntos, pero… esto no es vida, Martin. Esto no es vida.

La sinceridad de su tristeza era inconfundible, y Martin comprendió que nunca la había amado más.

Al cabo de unos momentos, Deborah dijo:

—¿Qué vais a hacer con esa pobre mujer?

—No le pasará nada.

—¿Qué vais a hacer con ella?

—¿Y el bebé? Hablo en serio. Tengo mis derechos. Al menos tengo que poder verlo.

Deborah negó con la cabeza.

—No sé cómo manejaremos esta situación, amor mío. Tenemos años por delante. Jesús, Martin, ¿cómo lo haremos? ¿Dónde? ¿Con qué frecuencia? Es algo para toda la vida.

—La policía al final se cansa. Conozco gente que entra y sale del país cuando le da la gana. La gente vuelve. Mientras, discretamente, encuentras algún lugar y te instalas. Con un nombre distinto y todo eso, ya sabes. Podemos hacerlo.

Deborah cerró los ojos durante unos segundos e inclinó la cabeza. Cuando volvió a abrirlos, el dolor que Martin vio en ellos fue respuesta suficiente.

Martin no dijo nada durante unos momentos. Dio un sorbo a su taza de café todavía llena. Estaba tibio. Al final exclamó:

—Cristo bendito, menuda cagada.

Capítulo 23

Milky medía a pasos la habitación.

—¡Cabrón!

Repitió la palabra una y otra vez. Brendan Sweetman estaba de pie junto a la chimenea de mármol, y con la mano derecha esculpía nerviosamente sus cabellos erizados.

—Se lo dije —exclamó Milky—. Se lo dije, joder, una y otra vez. ¡Aquí no, le dije, aquí no!

Dolly Finn estaba en el piso de arriba, en una pequeña habitación al fondo de la casa, sentado en el suelo junto a la ventana, con la espalda contra la pared, las rodillas levantadas y las manos tapándole los ojos.

Procedentes de abajo, de la cocina, los ruidos habían durado casi veinte minutos. Habían comenzado quizá media hora después de que Martin se marchara. Primero, sonidos de lucha, luego un chillido, luego una serie de gritos ásperos y crispados, luego otro chillido. Durante un rato, no se oyeron más sonidos bruscos ni de lucha, tan solo un gemido repetitivo.

Desde el momento en que se enteró de que la policía conocía los nombres de los que habían participado en el secuestro, Dolly Finn se sintió físicamente débil. Solo era cuestión de tiempo que lo acusaran. Era como si los tendones de los brazos y las piernas se le hubieran aflojado y ya no pudieran funcionar. Incluso los pensamientos más rutinarios tenían que abrirse paso a través del sólido bloque de angustia que se había aposentado en su mente. Aunque en proyectos como ese siempre era posible que te atraparan —o algo peor—, la repentina certeza de haberse separado para siempre de su casa y su tienda, de la totalidad de la pequeña y satisfactoria vida que había construido, lo había dejado paralizado. La policía no había pronunciado su nombre en la radio ni su foto salía en los periódicos, pero había demasiada gente que sabía que estaba involucrado, y después de algo así ya no podías volver a tu casa.

Tenía un amigo en Inglaterra, en Nottingham, lo bastante amigo para contarle lo fundamental. Pero aunque eso funcionara, nunca recuperaría ni una mínima parte de lo que iba a perder. No era el dinero lo que importaba, sino la tienda, su mercancía, sus clientes, y el pequeño papel que desempeñaba Dolly en aquella cultura que comenzó con instrumentos de músicos lejanos, casi todos ya fallecidos, y que se propagaba por el mundo a través de una red de personas capaces de apreciar esa música. La tienda, el apartamento y la rutina que sustentaban la vida de Dolly Finn, todo eso había desaparecido.

Del piso de abajo llegaba el interminable «¡Aah! ¡Aah! ¡Aah! ¡Aah!» de la rehén.

—No, espera —fue todo lo que le dijo Dolly a Frankie cuando aquello empezó—. Simplemente espera.

Aquello no tenía sentido. Se había iniciado una discusión acerca de si tenían que deshacerse de la rehén, de si matarla podía salvarlos del desastre. Tenías que contraponer una acción tan drástica a todo el perjuicio que te supondría el hecho de que ella declarara como testigo, y eso sería una decisión razonable. Eso eran negocios. Pero esto no.

Aquello no tenía sentido.

Lo que se conseguía con aquello era pasar del desastre a la pesadilla.

—¡Espera! —había dicho Dolly, mientras su mente se esforzaba por encontrar las palabras.

Y Frankie había contestado: «Vete a la mierda», y Dolly se había quedado allí durante un momento. A continuación había salido de la cocina. Había pasado junto a Brendan y Milky, que se encontraban en el vestíbulo, ambos con muy mala cara. A continuación Dolly había subido las escaleras.

Los «¡Aah! ¡Aah! ¡Aah! ¡Aah!» de la rehén continuaban. Dolly Finn comprendió que tenía lágrimas en las mejillas.

Angela comprendió lo que estaba a punto de ocurrir tan solo por la postura del hombre cuando la sacó del armario. Allí de pie, con el pasamontañas puesto, respirando pesadamente, en aquella pose desafiante, casi invitándola a huir. Sabiendo que no había esperanza, Angela echó a correr, y en ese momento lo oyó gruñir de satisfacción. La atrapó en la cocina y le puso la zancadilla. Al caer, un muslo rozó la esquina de la mesa y la espalda golpeó contra el suelo de baldosa.

Detrás de ella, uno de la banda dijo algo. El jefe exclamó:

—Vete a la mierda.

La abofeteó, le tironeó la ropa, con la rodilla le fue bajando los pantalones del chándal.

Angela gritó.

El puñetazo en la cara le sumió la cabeza en la oscuridad, y vio motas de luces de colores formando un arco y extinguiéndose.

Entonces fue como si se despertara de repente. Segundos, minutos más tarde, estaba en el suelo, como si hubiera quedado totalmente inconsciente. Un ritmo recorría su cuerpo, el peso del hombre encima de ella, su jadeo, su deseo, el cuerpo de ella moviéndose de un lado a otro, el duro suelo agrediéndole los omóplatos.

Jesús, Jesús, Jesús.

Los ojos del secuestrador la miraban desde los agujeros del pasamontañas. Poco importaba que Angela no pudiera ver el resto de la cara: en aquellos ojos se inflamaba todo su odio. Sentía cómo la sangre le corría por un lado de la nariz y le bajaba por la mejilla. Al tiempo que empujaba, el hombre emitía unos ruidos roncos, y cuando ella gritó, él le dijo que cerrara la puta boca. Empujaba con violencia, ella chilló y fue entonces cuando le soltó un segundo puñetazo y ella sintió que algo se movía dentro de su cara. Aquella vez no perdió la consciencia, y al cabo de un rato se dio cuenta de que no paraba de jadear. *¡Aah! ¡Aah! ¡Aah! ¡Aah!*

Él tenía una mano en el suelo para mantener el equilibrio. Los ojos de Angela atisbaron algo que le resultó familiar. A pocos centímetros de su cara, el Rolex que le había comprado a Justin para su cumpleaños indicaba que eran poco más de las siete.

Angela lo oyó susurrar:

—Zorra.

Ahora le agarraba el pecho izquierdo con la mano, lo apretaba con fuerza, se lo retorcía. Levantó la otra mano y le apretó el antebrazo contra la garganta. Aquello la obligó a levantar la barbilla y echar la cabeza hacia atrás. El antebrazo apretaba y se relajaba con el ritmo de sus acometidas. La presión la aplastaba. Ahora ella respiraba de manera irregular.

Sabiendo que no serviría de nada, se esforzó por suplicarle que no la matara, pero de su boca no salieron los sonidos que necesitaba. Parpadeó, el sudor se le metió en los ojos, se esforzó por encontrar las palabras, ponerlas en orden. Frases a medio construir se rompían dentro de su cabeza, y las palabras salían con una serie de ruidos entrecortados.

En él, el jadeo se disolvió en una sola palabra, un susurro palpitante que se repetía al ritmo de su celo.

¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Volvió a pegarle, esta vez un torpe manotazo de refilón a un lado de la cara. En aquel momento gritó:

—¡Dilo!

A través del rugido de la sangre que recorría su cerebro balbuceante, ella lo comprendió, y su mente se aplicó a encontrar la palabra, y su garganta la obligó a salir a través de sus labios temblorosos. Y fue más un gemido que una palabra:

—Sí…

A los pocos segundos, él soltó un bramido y todo acabó, y ya estaba de pie, arreglándose la ropa. Se agachó, la agarró por el pelo y por un brazo y la sacó a rastras de la cocina. Ella quiso suplicar, pero en los ruidos que le salían no había palabras. La empujó hacia el vestíbulo, le mantuvo la cabeza agachada y la arrojó de espaldas al armario. Ella dio con la espalda contra la pared, su coronilla chocó con la parte inferior de las escaleras y se derrumbó. La puerta del armario se cerró de un golpe, y en la oscuridad oyó cómo la silla volvía formar una cuña contra el pomo.

Comprendió que emitía unos sonidos sibilantes. Permaneció inmóvil, la mejilla húmeda tocando el suelo frío.

Martin le dijo al taxista que se detuviera. Se encontraban a un par de calles de distancia de la casa de Milky, y Martin anduvo un par de manzanas por aquel barrio tranquilo. Mucho tiempo atrás, ese era el tipo de vecindario que él, Frankie y sus colegas recorrían en busca de oportunidades. A lo mejor un coche elegante en el camino de entrada, una casa completamente a oscuras que quizá valía la pena visitar colándose por una de las ventanas de arriba. En aquella época, no tenías más que escoger. Pero ahora todo el mundo tenía alarmas y ventanas reforzadas.

Pasó junto a una verja y vio a dos personas charlando en la entrada. En otra casa, de la ventana abierta salían risas enlatadas de la televisión. Al doblar la esquina, pasó un coche y entró en el aparcamiento de una casa. Miró su reloj: las nueve y media.

Un par de años atrás, Martin y Deborah habían ido a ver una casa en venta en esa calle. Solo para divertirse. Aun cuando los bancos arrojaban dinero a paletadas a cualquiera que pedía prestado, cosa que aumentaba los precios de la vivienda, era imposible que una bibliotecaria y un ladrón de medio pelo pudieran reunir el dinero necesario para comprar una casa en el barrio. Aunque la verdad es que ahora ya tampoco importaba.

Antes de separarse de Deborah, cuando la conversación se limitaba a unas cuantas frases farfulladas cada pocos minutos, Martin ya había renunciado a intentar convencerla. Por entonces, ni siquiera él creía en lo que estaba diciendo. Al despedirse, él la abrazó con fuerza y lo que dijeron acerca del futuro fue en serio, aunque sabían que nada de lo que dijeran o desearan importaba gran cosa. Cuando se marcharon en taxis separados, Deborah se fue a casa y Martin regresó a la casa de Milky.

Cuando llegó, mientras Milky le contaba lo ocurrido, se quedó en el vestíbulo, pálido, con los dedos de una mano pellizcándose la boca.

—¿La mujer está bien?

—Le he echado un vistazo —dijo Brendan Sweetman—. Está hecha un desastre, pero viva.

—Jesús, ¿y no has podido hacer nada?

—Ya lo conoces —dijo Brendan—. Ya sabes cómo se pone. Cristo, tampoco es que yo la conozca de nada. Entrometerse en algo así, cuando hay pistolas de por medio…

—¿Dónde está Frankie?

—Se ha ido sin dar explicaciones.

—¿Y nosotros nos tenemos que quedar aquí, limpiando su mierda?

—Ha ido a recoger el dinero, al lugar donde lo escondió —dijo Brendan—. En cuanto Milky sepa la dirección de la nueva casa, telefonearemos a Frankie, nos encontraremos a la hora de comer, dividiremos el dinero y la soltaremos.

Martin negó con la cabeza.

Cuando Martin abrió la puerta del armario, la rehén se apartó de la luz que se derramaba. Martin se agachó y dijo:

—No pasa nada. Mira, me he enterado de lo ocurrido.

Se acercó un poco más y ella soltó un ruido estridente.

—Yo no estaba en la casa. No lo sabía. No sabía nada.

Silencio.

—Mira, ¿me dejas que te ayude, por favor?

La voz de ella fue un susurro:

—Vete.

Avanzó la cabeza hacia la luz y Martin vio los ojos amoratados, las mejillas hinchadas, el ojo derecho cerrado, el hilillo de sangre en la mejilla. La mujer apretaba un trozo de tela manchado de sangre contra el lado derecho de la cara. Era difícil adivinar dónde acababa la sangre y dónde comenzaban los moratones.

—Jesús, Angela, lo siento.

—Vete a la mierda —dijo en otro susurro.

Frankie Crowe tenía una noche entera por delante antes de ir a recoger el dinero a casa de Leo Titley a la mañana siguiente. Quería despedirse de Joan y Sinead, pero no aquella noche. Sinead ya se habría metido en la cama, y Joan no querría que la molestara. De todos modos, la policía estaría vigilando la casa desde todos los ángulos, así que más valía contactar con Joan lejos de allí. Sobre todo, no quería pasar la noche en casa de Milky, pues ya sabía lo que le esperaba allí cuando Martin regresara. Después de haber dicho a los demás que iba a buscar el dinero, dejarles

un número de móvil al que llamar y decirles que se encontrarían al día siguiente en la casa que les había conseguido Milky, Frankie se dirigió al paseo marítimo y encontró el Mégane rojo.

Estuvo conduciendo sin rumbo durante mucho tiempo, y después aparcó en un callejón situado detrás de una calle comercial de Santry, y se apoltronó en el asiento trasero. A un lado del callejón se veían los patios traseros de las tiendas, y al otro los patios traseros de las casas. Las paredes servían de lienzo a los grafiteros locales, y parecía ser el lugar preferido de todos los que tenían que hacer añicos alguna botella. Solo durante el día tenía aquel callejón un uso legítimo: cuando repartían el género a las tiendas. Había tres luces de seguridad en el callejón, y la del medio estaba rota, así que Frankie aparcó justo debajo. Por la mañana ya vería a Joan y a Sinead. Luego iría a casa de Leo y recogería el dinero del desván.

Miró su reloj y comprendió que debía de haber dormido al menos una hora. Eran las once pasadas. Bajó la ventanilla dos dedos y llenó los pulmones de aire fresco. Sacó la cartera de cuero de imitación que Sinead le había regalado y extrajo un trozo de papel. Tecleó un número de Belfast en el móvil.

—Soy yo. ¿Cómo está la cosa?

—Ya tienes la reserva. Pasarás como miembro de la tripulación.

—¿Seguro?

—Llámame en cuanto llegues. Ninguna agencia de viajes te ofrecerá un servicio mejor.

—Gracias. Me has salvado la vida.

—Y trae el dinero en efectivo.

Frankie se tumbó en el asiento trasero, apoyó la cabeza en un brazo, se tapó con su chaqueta de cuero y a los pocos minutos volvió a dormirse. Se despertó de repente y al principio creyó que estaba en un apuro. El coche se balanceaba y se oían golpes reiterados. A través del cristal empañado pudo ver a una chica tumbada de espaldas sobre el capó. El pelo, negro y largo, rozaba el parabrisas. Frankie se quedó mirando incrédulo. Encima de la chica, un chaval con el pelo cortado al rape, con la barbilla levantada y los ojos cerrados, empujaba entre sus muslos.

Frankie se llevó el reloj a la cara. Era más de la una de la mañana.

Me cago en su puta madre.

Se quedó mirando. Aquello no tenía fin. El ritmo ni aumentaba ni disminuía, sino que seguía constante. Frankie se colocó lentamente entre los asientos delanteros, estiró el brazo hasta que fue capaz de tocar la llave de contacto.

Segundos después, los dos chavales estaban en mitad del callejón, entre movimientos espasmódicos y gritos ahogados, intentando ponerse la ropa como podían. Frankie estuvo carcajeándose un buen rato. Cuando le vino la necesidad, detuvo el coche y meó contra un muro.

Cuando volvió a entrar, estaba completamente despierto. «No ha sido un buen día —se dijo —. No te preocupes. Mañana ya ni te acordarás».

Había transcurrido más de una hora y Frankie seguía despierto. Puso la radio, encontró una emisora musical y se acurrucó en el asiento de atrás. Las cosas al principio van en una determinada dirección, intervienen unos y otros, las cosas se tuercen y, antes de que puedas solucionarlo, acabas donde no te esperabas. A la mierda todos. Todos ellos. Martin y esa zorra. Dolly, Brendan, Milky, toda aquella pandilla. Mañana iría a ver a Joan, recogería el dinero en casa de Leo y se pondría en camino. De Larne a Troon en el ferri. Luego dejaría pasar un par de

días antes de cruzar Inglaterra hasta Dover, y desde allí tenía todo un continente en el que perderse. A la mierda, todos y cada uno de ellos.

Y sobre todo, Martin. «Dime la verdad, Frankie. ¿Esto es lo que tenías en mente?».

Martin no lo creería nunca. Las cosas al principio van en una determinada dirección, y luego se tuercen.

Así de simple, se dijo Frankie.

Algún locutor idiota comenzó a parlotear acerca de una estúpida competición telefónica. Frankie se pasó al asiento delantero y apagó la radio. Cuando se despertó, varias horas más tarde, todavía estaba arrebujado en el asiento delantero, helado y dolorido.

Capítulo 24

Cuando salieron del coche de Nicky Bonner en el aparcamiento de la comisaría de Carbury Street, John Grace dijo:

—Si alguien te pregunta, estás aquí porque me has traído en coche. Después de eso, te las arreglas por tu cuenta. Si aparece Hogg, te echará a patadas.

—Como decía mi viejo —contestó Nicky—, mostrar buena voluntad no hace daño a nadie.

Incluso a la escasa luz de primera hora de la mañana, en la comisaría reinaba esa excitación que acompaña cualquier caso importante que se encamina a su fase crítica. Todos los que participaban en la investigación sabían que, fuera cual fuera el desenlace, se hablaría del caso durante años. Había una vida humana en peligro. Y también sabían que era uno de esos casos que forjan o destruyen la reputación de cualquier agente de la ley. Grace apenas conocía de vista al equipo habitual de Hogg, y no había intercambiado más que un puñado de frases con alguno de ellos. Percibía el aire de competitividad en el que trabajaban, y lo compartía. Sabía que, al igual que los demás, experimentabas una excitación que procedía en igual medida del riesgo del fracaso y las posibilidades de éxito.

Saliendo del centro de operaciones, pasillo abajo, en una pequeña oficina que les habían asignado, Grace y Bonner se estaban poniendo los guantes de látex cuando un agente de uniforme trajo una bolsa de plástico y extrajo de ella un montoncito de documentos y varios periódicos y revistas.

—Este es el material de Rosslare —dijo—. Hay más en camino.

—¿Los de la científica han encontrado algo?

El agente de uniforme negó con la cabeza. Lo que podía querer decir que no habían encontrado nada o que no lo sabía. Parecía un poco molesto por tener que hacer de secretario para unos desconocidos. Le entregó a Grace un impreso de cadena de custodia para que lo firmara y se marchó.

Los detectives se sentaron cada uno a un lado del escritorio y Grace le entregó los periódicos y revistas a Nicky.

—Busca números telefónicos garabateados en los márgenes, nombres, direcciones, cualquier cosa que pueda significar algo.

Sobre el montón de documentos había dos pasaportes. Pertenecían a los Kennedy. Había una factura de la compañía eléctrica, que también pertenecía a los Kennedy, impresos de renovación de la Asociación del Automóvil, ofertas de préstamos baratos de los bancos y basura doméstica de ese calibre procedente de la casa de los Kennedy. La clase de material que alguien como

Frankie Crowe, si dispusiera de tiempo, podría utilizar para crear documentos falsos. Grace repasó rápidamente el resto de papeles con la esperanza de encontrar algún *ticket* o recibo que indicara alguna dirección en concreto. Nada de nada. Regresó a los pasaportes y comenzó a comprobarlo todo, página por página.

Joan Crowe se bajó de su Ford Fiesta de doce años de antigüedad y observó cómo Sinead salía después de ella con su mochila. Joan cerró la puerta e hizo caso omiso de los dos policías de paisano que se detuvieron detrás de ella en un Sierra camuflado. Simplemente se quedaron allí sentados, con sus caras largas y su peinado de Action Man, mirándola, al igual que la habían observado cuando ella y Sinead habían salido de casa. Allí, delante del St. Ciaran, en aquella calle plagada de padres que llevaban a sus hijos al colegio, llamaban tan poco la atención como un par de payasos en un funeral.

Mientras Joan cruzaba la verja de la escuela, notó cómo su hija le cogía la mano. Desde que la foto de Frankie apareciera en los periódicos, a Sinead se la había visto alterada, enfurruñada, y contestaba con un no a todo lo que Joan le preguntaba. Joan había intentado hablar con ella acerca de lo que estaba ocurriendo, pero Sinead se enfadaba y volvía la cabeza. Los demás niños probablemente le habían dicho algo, pero lo más probable es que ella no quisiera hablar con sus compañeros. La noche anterior, de madrugada, Sinead se había metido en la cama de Joan, y mientras esta permanecía despierta a su lado, Sinead lloraba en sueños. Acabara como acabara todo aquello, Joan sabía que esa escena se repetiría a menudo.

Aquella mañana, Sinead había adoptado de manera muy deliberada una actitud alegre y se había puesto a hablar de una serie de televisión, y Joan le había seguido la corriente. Cruzaron el patio y doblaron una esquina en dirección a la zona de módulos prefabricados de la escuela. Se besaron al pie de las escaleras que llevaban al aula, y Joan observó cómo Sinead entraba. A continuación dio media vuelta para volver a la entrada del colegio y vio a Frankie apoyado contra la pared del edificio administrativo, sonriendo.

Frankie Crowe se asomó por la esquina del edificio administrativo y vio cómo su hija entraba por la verja de la escuela y cruzaba el patio de la mano de Joan. Faltaban cinco minutos para las nueve, la hora justa. A Sinead le gustaba llegar a la escuela cinco minutos antes porque así podía hablar con sus amigas antes de comenzar las clases. Frankie reprimió el impulsó de salir de su escondite y llamarla. Por mucho que anhelara ver cómo su cara se ensanchaba en una sonrisa, verla correr hacia él y sentir sus bracitos en su cintura, no habría manera de consolarla en cuanto supiera que él se marchaba del país.

Ya llegaría el momento en que volvieran a encontrarse. Si conseguía llegar a Ámsterdam, se quedaría allí un año o dos, utilizaría el dinero y sus contactos en Londres para conseguir nuevos papeles, una nueva vida. Con el tiempo, Sinead formaría parte de ella, aunque solo fuera de visita. Sería incómodo, y perderse una parte de la vida de su hija sería difícil, igual que cumplir condena en la cárcel. Pero ya se habían adaptado a eso antes, y volverían a hacerlo, y mientras veía a Sinead alejarse de Joan y subir los peldaños hacia el edificio prefabricado, se esforzó por ver su cara, por fijarla en su mente, hasta que la niña desapareció.

Contempló cómo Joan se daba media vuelta y se dispuso a decirle todo lo que había pensado durante la incómoda noche que había pasado en el Mégane. Que a veces pasan cosas que te obligan a actuar de una manera. Que cuando amaina la tormenta y sales del túnel, ya no estás tan gallito como antes y tus prioridades han cambiado.

Frankie puso una sonrisa justo antes de que ella levantara la mirada y lo viera.

—Están delante de la escuela —dijo Joan—. Y también en la casa.

Frankie asintió.

—La pasma está por todas partes.

Joan hizo ademán de pasar de largo.

—Adiós, Frankie.

—No, espera un momento. Quiero decirte una cosa.

Joan miró su reloj.

—Me voy —dijo Frankie—. Conozco a un tipo que esta noche puede meterme en un ferri.

—No quiero saberlo.

Frankie asintió y levantó las palmas de las manos.

—Lo único que quiero decirte es que estaré fuera mucho tiempo.

Ella no dijo nada. Tan solo lo miró.

—Te mandaré dinero.

—Guárdatelo.

—Joan…

El tono de su voz, la evidente súplica de su cara, le dijo lo que de repente Frankie no podía expresar en palabras.

—No seas idiota —dijo Joan.

Frankie negó con la cabeza. Ya sabía la respuesta, pero no podía irse hasta que no se lo hubiera oído decir.

—Si algo me ocurre… —dijo.

Joan no dijo nada, simplemente se lo quedó mirando como si no pudiera decir nada que ella no hubiera oído ya una docena de veces.

—Lo que quiero decir…

Joan se alejó.

Frankie hizo ademán de seguirla, pero enseguida comprendió que si daba dos pasos más entraría en el patio, y los policías que vigilaban a Joan lo verían.

Durante un segundo estuvo a punto de seguirla.

—Joan —dijo, pero ella ya estaba en mitad del patio.

Zorra desalmada.

Frankie dio media vuelta y se encaminó al pasadizo que conducía a la verja de atrás.

—Todo lo que hay aquí es mierda pura —dijo Nicky Bonner apartando el montoncito de revistas. Un número de teléfono garabateado en el dorso de un sobre roto y vacío resultó ser el número de información al cliente de la Compañía de Gas de Dublín. Dos números que encontró

en las páginas interiores de las revistas resultaron ser de un restaurante de la zona sur y de un servicio de aparcacoches. Una dirección pulcramente anotada en el centro de una hoja DIN A4 pertenecía a un hombre de negocios que había celebrado una fiesta a la que los Kennedy habían asistido un par de meses antes.

John Grace se encontró con varias hojas de papel DIN A4 con algunas notas garabateadas.

—Parece que Frankie hizo algunas versiones de la nota de rescate.

Las colocó en una carpeta como posible prueba en un futuro juicio.

Al cabo de un rato, regresó el malhumorado agente de uniforme, esta vez con una carpeta de cartón llena de material recién llegado de la policía científica.

—¿Han terminado?

Grace asintió con la cabeza y el policía de uniforme cogió los documentos originales de Rosslare y los devolvió a la bolsa de plástico en la que los había llevado.

—Este material procede de la casa de Brendan Sweetman. En cuanto hayáis acabado con eso, hay una caja de zapatos llena de material del apartamento de Frankie Crowe.

Estaba firmando el impreso de cadena de custodia cuando Grace se inclinó hacia el escritorio y levantó el material que había estado examinando.

—¿Qué es esto?

El agente de uniforme lo miró como si siempre hubiera sabido que los agentes de paisano no eran demasiado listos.

—Es el material de Rosslare. Lo acaba de examinar.

—La bolsa de plástico. ¿Los documentos y los periódicos venían dentro de la bolsa o usted los puso en ella?

—Así es exactamente como me los dieron los de la científica, y así se los he dado yo.

Grace levantó la bolsa de plástico para que Nicky Bonner pudiera verla. En ella se veía a un jovial carnicero que anunciaba que no había carne como la carne de Rafferty.

—Debajo hay una dirección de Phibsboro —dijo Grace—. Y acabó en Rosslare. —Nicky sacó una pequeña agenda de la policía del bolsillo interior, buscó un número y lo tecleó en el móvil.

—¿La científica ha descubierto algo de esto? —dijo Grace.

—No han sacado nada útil de este material —dijo el agente de uniforme.

Menos de un minuto después Nicky Bonner finalizó su llamada.

—Según la comisaría local, la carnicería de Rafferty cerró hará cosa de un año o dos.

El comisario jefe Malachy Hogg se encontraba en la tercera planta del Departamento de Justicia cuando recibió la llamada de Grace. Estaba poniendo al día a un funcionario de cuál era la situación del secuestro para que este informará al ministro. El funcionario era lento tomando notas, y se las leyó a Hogg varias veces para que las confirmara. Hogg tenía la sensación de que todo lo que dijera podría utilizarse en su contra.

—Puede ser importante o no —le dijo a Grace—. Deme la dirección de la carnicería. Haré que la Unidad de Reacción Inmediata eche un vistazo y me reuniré con usted.

Cuando se puso en pie y se dirigió hacia la puerta, el funcionario le dijo:

—Me parece que debería terminar el informe antes de irse a toda prisa.

—Seguro que tiene razón —dijo Hogg. Al salir, cerró la puerta suavemente.

Cuando Grace y Bonner llegaron a la carnicería de Rafferty, los de la URI ya había inspeccionado el edificio.

—Parece que el lugar es seguro. —Con todo el equipo y empuñando una Uzi, el jefe de la unidad táctica se presentó como el sargento Derek Dowd. Grace lo encontró absurdamente joven para estar al frente de cualquier cosa en la que hubiera que ir armado.

Dowd condujo a Grace y a Bonner al piso de arriba, donde estaba la ventana cegada con una gruesa plancha de conglomerado. En la habitación no había más que un colchón con un edredón de Pokémon.

—Mis compañeros han hecho una inspección rápida, pero no hay nada más.

Grace y Bonner no tardaron en concluir que el sargento Dowd tenía razón. Si era allí donde habían retenido a Angela Kennedy, la banda había hecho una buena limpieza antes de irse.

En la parte delantera de la tienda, a un extremo del mostrador, encontraron un rollo de bolsas de plástico de la tienda, una de las cuales se había utilizado para envolver los documentos que habían llevado a Rosslare. Grace se inclinó y miró bajo el mostrador. No había nada más que papel de envolver blanco. Apretó una tecla de una caja registradora de las antiguas y vio cómo se abría el cajón. En el interior había un corazón de manzana en descomposición. Grace cerró el cajón.

En lo que parecía haber sido una especie de sala para el personal, Bonner inspeccionó la nevera y la encontró vacía. Miró dentro de los armarios y del microondas. Cuando Grace se le acercó, estaba observando un cubo de basura. Vacío.

—Puede que los de la científica encuentren algunas huellas —dijo Nicky.

Grace se encogió de hombros.

—Es un callejón sin salida.

El sargento Dowd entró para informar de que él y su unidad se marchaban. Grace le dio las gracias y le dijo que él y Bonner vigilarían la escena antes de que llegaran los agentes de uniforme.

Grace encontró una silla y se sentó. Nicky, de pie junto al televisor, apretó con un dedo uno de los botones del reproductor de vídeo. Se oyó un ronroneo y un videocasete asomó de la máquina. Nicky intercambió una mirada con Grace y sacó la cinta.

—*Algunos hombres buenos*. —Le dio la vuelta—. Es una cinta de alquiler. Vídeo Express.

Grace se dirigió a la parte delantera de la tienda y regresó con un listín telefónico.

—¿Hay algún número, código, esa clase de cosas?

—Sí, hay uno en el lomo.

Existían quince Vídeo Express en la guía de Dublín, nueve de ellos en la zona norte. En la primera llamada averiguaron que el prefijo del número de la cinta pertenecía al videoclub de Clontarf. Nicky tardó menos de dos minutos en telefonear a ese Vídeo Express y obtener un nombre.

—Ya deberían haberlo devuelto —dijo metiéndose el móvil en el bolsillo. Miró su libreta—. Alguien llamado Adrian Moffat.

—No me suena —dijo Grace.

—La dirección es de Killester.

—¿Quién es ese?

Ninguno de los dos había oído entrar al comisario jefe Hogg. Estaba de pie justo en la entrada, mirando a Nicky pero hablando con Grace.

—Sargento de detectives Bonner, señor. Me está ayudando a inspeccionar el material de Rosslare.

Hogg lo miró como si no acabara de saber muy bien si estaba poniendo a prueba su paciencia.

—El sargento Bonner es de Turner's Lane, señor. Ha tenido tantos encontronazos con Frankie Crowe como yo.

Nicky sonrió.

—Solo esperaba ser de alguna ayuda, señor, y…

Hogg se inclinó hacia delante con las manos en los bolsillos de su abrigo.

—Adrian Moffat. ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—¿Señor?

—El chico de las Milky Bar. ¿Cuál es la historia?

Martin Paxton no durmió mucho, y cuando se despertó por la mañana había tomado una decisión. Los demás estaban diciendo chorradas.

—En cuanto lleguemos a la casa de alquiler —dijo Brendan Sweetman—, dividimos el dinero, y los que quieran irse, que se vayan. Yo digo que vayamos a por todas, que la retengamos e intentemos conseguir el segundo millón. Tal como estamos, tampoco nos podemos permitir dejar pasar esta oportunidad.

—En cuanto tenga mi parte —dijo Dolly Finn—, me largo. —Negó con la cabeza—. Esto se ha terminado.

Martin llamó al móvil de Frankie media docena de veces aquella mañana, y lo único que oyó fue una voz que repetía que el número marcado estaba fuera de servicio. Ni de coña iba a aparecer Frankie para dividir el dinero.

Lo único que le importaba a Milky era que todo el mundo se largara de su casa, sobre todo la rehén. La noche anterior ya habían confirmado la casa alquilada en Tallaght, y a primera hora de la mañana Milky había recogido la Ford Transit del paseo marítimo y la había aparcado delante de su casa. Eran las diez y no había señal del contacto que tenía que llegar con las llaves de la casa.

—A las once, con llaves o sin llaves, os quiero a todos fuera de aquí —dijo Milky.

La voz de Brendan Sweetman fue tan fría como su mirada.

—Nos iremos cuando tengamos adonde ir.

Para Martin Paxton, salir de allí era muy arriesgado. Las probabilidades de llegar a un lugar seguro eran escasas.

Que pase lo que tenga que pasar.

Sabía que tarde o temprano Sweetman y Finn acabarían comprendiendo la situación. Tal como estaban las cosas, cualquiera sabía lo que harían. Lo más probable era que Dolly huyera a

las colinas. Sweetman a lo mejor también decidía escapar, o a lo mejor intentaba utilizar a la rehén para negociar.

A lo mejor decidía que la mujer había visto demasiado.

Todavía no hemos matado a nadie. Sigamos así.

Poco más de media hora más tarde llegó el contacto con las llaves de la casa.

—Ya está —dijo Milky, señalando en dirección a la puerta—, largaos. Y llevaos también a la mujer.

Capítulo 25

Cuando el coche de la URI aparcó delante de la casa de Adrian Moffat, el conductor comprendió de inmediato que había cometido un error. Las amplias puertas de la verja de madera estaban abiertas y había una furgoneta Ford Transit en la entrada, con el morro enfilado hacia la calle. El tipo sentado en el asiento del conductor —delgado y con un bigote a lo Fu Manchú— divisó el coche camuflado de la policía y casi se oyeron los engranajes del mecanismo de su cerebro.

—Mierda —dijo el policía al volante. Había altos setos a cada lado de la verja. De haberse detenido en otra parte, no los habría visto llegar.

Un segundo coche de la URI aparcó detrás del primero. Dentro del coche, el jefe del comando táctico, el sargento Derek Dowd, mantenía el subfusil Uzi por debajo de la línea de la ventanilla del coche. Un seto alto impedía ver la casa del sospechoso. En una situación así, lo ideal era disponer de veinte minutos para evaluar la situación, calcular cuántos eran, quiénes y dónde estaban. Pero aquel día iban contra reloj. Podía ser una pista falsa, o podía ser la auténtica. Pero no había tiempo para sutilezas, había que entrar.

El sargento Dowd estaba saliendo del coche cuando comprendió que algo ocurría. Los tipos del coche que tenía delante estaban completamente inmóviles.

El conductor del primer coche de la URI cruzó una mirada con el tipo que estaba detrás del volante de la furgoneta blanca. Pasaban los segundos. A lo mejor Fu Manchú no era el más listo de la banda. A lo mejor se creía que se trataba de un vendedor que iba a hacerle una oferta especial para reemplazar los canalones del techo.

¿Cómo vamos a jugar esta mano?

Un tercer coche de la URI adelantó a los dos primeros y frenó en seco.

—Ah no —dijo el conductor del primer coche mientras el de la furgoneta blanca metía la primera y el vehículo arrancaba con una sacudida. El conductor de la URI observó cómo la furgoneta blanca avanzaba hacia él a toda velocidad.

Cuando llegó la policía, en sus coches camuflados pero inconfundibles, Dolly estaba sentado en el asiento del conductor de la Ford Transit y tenía el motor en marcha. Detrás de la furgoneta,

Brendan Sweetman estaba saliendo de la casa mientras guiaba a la rehén, que llevaba el pasamontañas puesto, hacia la puerta de atrás de la furgoneta. Milky estaba en la puerta de su casa, y Martin Paxton detrás de él, en el vestíbulo.

Cuando Sweetman oyó detenerse los dos coches, se quedó paralizado. Cuando el tercero dio un frenazo, le pegó un empujón a Angela.

—¡Deprisa! —gritó.

Angela estaba a tres pasos de la puerta trasera de la furgoneta blanca.

Dolly dio una patada al acelerador y la furgoneta arrancó, dejando a Brendan Sweetman allí de pie, con la boca abierta. Casi ni se dio cuenta de que la rehén seguía caminando a ciegas hacia la verja de la casa.

—¡Mierda! —dijo Milky.

El conductor del primer coche de la policía no podía dar marcha atrás, porque tenía el segundo coche demasiado cerca. Y con el tercer coche delante, apenas disponía de menos de un metro para maniobrar. Avanzó. Dolly pegó un volantazo a la derecha cuando la furgoneta salió por la cancela de la verja, pero no había sitio suficiente para pasar, y el borde delantero izquierdo de la furgoneta chocó con la parte de atrás del coche de la policía.

Se oyó un áspero sonido metálico y la Ford Transit salió a la acera con una sacudida y dio un giro al llegar a la calzada. El coche de la policía volcó y quedó de lado, y los dos agentes sufrieron una violenta sacudida.

Los demás policías salieron de los otros dos coches empuñando sus armas y buscando a sus objetivos.

En la puerta delantera, Milky estaba paralizado. Se había quedado rígido, con las manos a los lados.

Se oyó un fuerte golpe cuando el lateral de la furgoneta chocó con una farola situada en la otra punta de la calle.

Brendan Sweetman tenía la pistola a un lado. Primero se movió lentamente y luego echó a correr agachado, alejándose de la puerta principal y cruzando el jardín delantero de Milky.

Martin Paxton gritó:

—¡Angela!

La rehén, ahora cerca de la cancela de la verja, se quitó el pasamontañas y descubrió su cara magullada. Parpadeando, se volvió en dirección a Martin y luego hacia la verja. A la izquierda, más allá del seto del jardín, vio la parte superior de la farola, doblada.

Se la quedó mirando unos momentos y a continuación se dirigió hacia la verja.

Momento en el cual comenzó el tiroteo.

Cuando la furgoneta dejó de moverse, después de chocar con el lateral contra la farola, Dolly salió del vehículo apuntando a la policía con su arma automática. Se había dado un golpe en un hombro, pero no era nada serio. Caminó hacia atrás, deprisa, con la espalda recta y la cara inexpresiva, moviendo los brazos en una y otra dirección, apuntando consecutivamente a cada uno de los policías de paisano que veía acuclillados detrás de los dos coches. Los dos policías del coche que había volcado estaban desplomados en los asientos delanteros. Parecían no participar

en todo aquello. Dolly no apretó el gatillo, solo deseaba que los polis supieran que si iban a ponerse a disparar, él estaba preparado.

Era poco probable que quisieran iniciar un tiroteo en una calle residencial como aquella.

Uno de los policías gritó algo.

Dolly miró a derecha e izquierda. *¿Hay más?* Nada. Se movió de lado, colocándose detrás del poste de ladrillos de una casa que quedaba en diagonal delante de la casa de Milky. Y en ese momento, uno de los policías disparó.

Dolly Finn asomó la cabeza desde el poste y disparó tres veces.

Cuando volvió a ponerse a cubierto se oyó una descarga cerrada y las balas emitieron un ruido sordo al chocar contra el poste.

Angela estaba en la línea de fuego. Oyó un grito: «Esperen hasta tener un blanco claro», y alguien le tiró del brazo.

—¡Agáchese!

Había hombres armados con pistolas, agachados, y coches desperdigados de cualquier manera por la calle, con las portezuelas abiertas.

—Señora. ¡Agáchese!

Angela miró a la izquierda. Le pareció ver a alguien arrodillándose en uno de los jardines. Luego ya no estuvo segura de si había alguien.

—Señora Kennedy. Agáchese, túmbese en la calle.

Angela miró en una dirección, luego en otra. Detrás de ella oyó correr a alguien. Se oyeron más disparos.

Milky corrió hacia delante, cruzó la verja de su casa y pasó junto al rehén. Tenía las manos en alto y no dejaba de moverlas. Cuando llegó a la calzada se tambaleó y perdió el equilibrio. En un instante pasó de correr a caer al suelo de espaldas.

A la mierda.

¿Qué ha pasado?

Estaba de espaldas y se dio cuenta de que un líquido le brotaba del costado izquierdo.

Jesús, me han dado. Mierda.

Sintió dolor donde la espalda había golpeado el suelo, pero en ninguna otra parte.

Estoy bien jodido.

¿Dónde me han dado?

En el costado izquierdo.

¿Solo ahí?

Realizó un rápido inventario. Los brazos le funcionaban. Tenía una pierna atrapada debajo de la otra, pero podía mover las dos y no le dolían. No era la barriga, porque no tenía sangre en el pecho. Y lo más importante, no le habían disparado en la cabeza. Estaba herido, desde luego. En algún lugar del costado izquierdo, hacia abajo, pero nada indicaba que fuera una herida peligrosa.

Me cago en ti, Frankie. Me cago en ti y en tu estampa.

Dolly Finn avanzó rápidamente siguiendo el lado de la casa. De una patada abrió una fina puerta de madera y cruzó corriendo un jardín trasero. Al final de este entró en otro jardín trasero, cruzó una puerta lateral, entró en un jardín delantero y se detuvo.

Se despolvoreó la ropa, se metió la pistola en el bolsillo, recorrió despacio la entrada para coches y salió a la calle.

Cuando comenzó el tiroteo, Brendan Sweetman atravesó una fina sección de setos y se metió en el jardín contiguo al de la casa de Milky. Cruzó el jardín y se abrió paso entre unos densos matorrales. Tenía la escopeta en la furgoneta, y esta se la había llevado Dolly. Lo primero que hizo fue sacar la pistola del bolsillo y deslizarla entre unas raíces muy apretadas. Ni de coña iba a iniciar un tiroteo con un escuadrón de tropas de asalto de la policía. Lo mejor que podía hacer era intentar escabullirse en medio de la confusión.

Ahora había gente a ambos lados de la calle. Se veían coches patrulla aparcados por todas partes, y los agentes armados brotaban como caspa.

Tropiezan unos con otros. A lo mejor tengo una oportunidad.

Espera un par de minutos. Ábrete paso por el seto hasta el jardín de al lado, a ver adónde lleva. Intenta colarte por una entrada lateral hasta un jardín trasero, a ver si puedes llegar a la calle siguiente. O incluso quédate aquí, mantén la cabeza gacha hasta que todo cabe, luego camina tranquilamente hasta el jardín del vecino, y desde ahí sal a la calle como un ciudadano normal y corriente. Actúa con calma. Lo puedes conseguir.

—Eh, tú.

Vaya.

—Tú, el de los matorrales.

Joder.

La voz sonaba a su espalda.

—Eh, tú, el gordito.

—No dispare. No voy armado.

—Las manos en la cabeza.

—Sí, señor.

—¿Dónde está tu arma?

—La he tirado, señor. Bajo unos arbustos.

—Buen chico. Ahora tienes una posibilidad de que no te vuele la cabeza. Muy bien, camina hacia atrás y sal de ahí. Despacio.

Mierda. Mierda-mierda-mierda.

—Muy bien, mantén las manos en alto. Sobre la cabeza. No te pares. Muy bien. Quédate aquí.

—¿Quiere que me eche al suelo?

—Eso estaría bien.

Dolly Finn se encontraba a dos calles de distancia, de pie en mitad de la calle, y con la pistola apuntaba al parabrisas de un coche que se acercaba, un Fiat azul pequeño y rectangular. El coche se detuvo. La conductora era una joven con el pelo corto y oscuro y un traje chaqueta negro, y cuando Dolly se sentó en el asiento del copiloto, la muchacha llevó la mano hacia el tirador de su portezuela.

—¡Conduce! —le gritó Dolly.

—Coja el coche, déjeme.

—Conduce.

—¡Por favor!

Dolly volvió la cabeza y vio un coche que doblaba lentamente la esquina, quizá a unos cincuenta metros. La puerta del copiloto estaba abierta, y un agente de paisano corría junto al coche con un fusil automático apoyado en el hueco del codo. Dolly le clavó la pistola en el costado a la mujer.

—Basta de cháchara. Conduce.

Tenían a uno de aquellos cabrones, el gordito de los arbustos, boca abajo en el suelo, esposado y desactivado. El tipo mayor, el de la chaqueta a cuadros, había recibido un disparo, y por la pinta que tenía también estaba fuera de combate. El conductor de la furgoneta… ¿cómo demonios saberlo?

¿Cuántos quedan, entonces?

El sargento Dowd estaba agachado detrás de su coche, evaluando la situación. El vehículo se encontraba a varios metros de la casa del secuestro.

—Que todo el mundo mantenga sus posiciones. Permanezcan alerta.

En el auricular del sargento Dowd una voz le informó que habían divisado al conductor de la furgoneta blanca secuestrando un Fiat azul.

En aquel momento ya habían llegado los refuerzos armados, y se veían agentes uniformados agachados y hablando por radio, bloqueando la carretera. Estaban aislando el perímetro. La víctima estaba viva, de pie en medio de la calle, justo delante de la casa de los sospechosos. Los hombres del sargento Dowd avanzaban desde todos los lados. Los dos agentes del coche que la furgoneta se había llevado por delante todavía estaban un poco groguis, pero ya habían salido del coche y se hallaban a cubierto. Ninguno de los buenos estaba herido de gravedad. Y a aquella hora de la mañana, con los niños en el colegio y los adultos trabajando, no parecía que fuera a estorbarles ningún civil curioso.

Puede que la cosa no haya ido tan mal.

—¿Señora?

No hubo respuesta.

¿Se han ido todos los secuestradores? ¿O la utilizan como señuelo hasta que tengan un blanco claro?

—¿Señora?

Hay que conseguir que se mueva. Si empieza otro tiroteo, no la queremos aquí en medio. Alejarla de la casa de los sospechosos. Que se acerque al coche.

—¿Señora?

Jesús, está hecha un desastre.

La mujer levantó la cabeza. Tenía un ojo hinchado y cerrado, y el otro miraba fijamente al sargento.

Cristo bendito. Pobrecilla. No podemos dejar que esto se alargue.

—¿Señora Kennedy?

No hubo respuesta. Estaba allí en medio, como si esperara para pagar en la cola del supermercado.

—Cubridme, chicos, voy a por ella.

El sargento Dowd salió de detrás del coche y avanzó por en medio de la calle.

Si había peligro vendría de la izquierda, de la casa y el jardín de los sospechosos. Pero no había manera de saberlo. Demasiados setos altos, demasiados sitios donde esconderse.

Sabía que había al menos media docena de policías armados apuntando a la casa y a los jardines. Llevaba su propia Uzi firmemente apoyada en el hueco del codo, con el cañón en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Preparado para volverse en cualquier dirección.

En ocasiones como aquella, cuando había armas y sentía la sombra de una mirada telescópica en el cogote, el sargento se acordaba de un superintendente llamado Oakley. Era un tipo rudo pero encantador, el tío favorito de todo el mundo. Tenía cara de spaniel. Uno de esos que le caen bien a todo el mundo. Le habían asignado un cometido que le iba que ni pintado. En momentos como ese, si algo iba mal, sería Oakley el que, quizá dentro de una hora, se presentaría en la verja de la casa del sargento y recorrería el camino hasta la puerta de la casa. Y cuando la mujer del sargento abriera la puerta, vería la compasiva cara de Oakley.

Seis metros, cinco, cuatro.

—¿Señora?

La víctima enfocó la mirada. Lo vio.

Bien, señora, que ahora no le entre el pánico.

—Soy agente de policía, señora. Está a salvo.

Ella no dijo nada.

Ahora estaba a su lado, y con mucho cuidado se interpuso entre ella y la casa de los sospechosos. En ningún momento apartó la mirada de la casa.

—Todo irá bien, señora. No se ponga nerviosa. Retroceda hasta el coche. Despacio. Un paso, luego otro. Lo está haciendo muy bien.

—¿Por aquí? —dijo Angela.

—Sí, eso es —dijo el sargento—. Tómese su tiempo. Hacia el coche.

Angela se movía despacio, y él se acomodó a su paso sin dejar de vigilar la casa de los hechos. Dos de sus hombres corrieron hacia ellos, uno a cada lado, cerrando filas entre el sargento y la casa. El sargento se dio la vuelta y se llevó a la víctima a toda prisa mientras sus hombres seguían caminando hacia atrás y apuntando con sus armas a la casa.

Cuando consiguió ponerla a cubierto, el sargento dijo:

—¿Cuántos hombres había ahí dentro?

—Me llamo Angela —dijo la mujer.

Observaba con cierta curiosidad el brazo izquierdo de su chándal, roto y veteado de sangre.

—¿Qué ha pasado? —dijo.

Veamos el lado positivo. Han disparado contra un hombre desarmado. Juega bien tus cartas en el tribunal. Han disparado contra un hombre desarmado. Todo tiene su parte buena.

Milky metió la mano en el bolsillo para coger los cigarrillos y el mechero. Observó que había perdido un botón de la pechera de su chaqueta verde a cuadros. Levantó la mirada y vio un policía ante él. Un agente desaliñado, sin uniforme. En tejanos, gorro de lana, y con el chaleco reflectante amarillo de la policía. Delante del pecho llevaba una especie de semiautomática bastante chula. Miraba a Milky desde su estatura, como si fuera el jefe de la primera patrulla que entra en una ciudad conquistada.

Se quedarán la casa. El pub*, y también el garaje. Hoy en día estos cabrones tienen leyes que les permiten hacer todo eso. Te lo confiscan todo.*

Que te jodan, Frankie.

Nunca encontrarán las cuentas bancarias. Ya pueden registrar la casa de arriba abajo, que nunca las encontrarán. Cabrones.

Le han disparado a un hombre desarmado. Con esto me libraré de buena parte de la condena. Tendré que ganarme sus simpatías, pero a la mierda.

Las propiedades de Ciudad del Cabo, eso no lo pueden tocar.

Solo se relacionaba con estas personas de vez en cuando, Señoría.

Mi cliente no tiene antecedentes, aparte de alguna locura juvenil. Entraron en su casa por la fuerza. Amenazas. Miedo. Y luego, cuando intentaba huir a un lugar seguro, la policía le disparó.

Juega bien tus cartas, y funcionará.

Se moría de ganas de fumar. ¿No le habían quitado los cigarrillos del bolsillo hacía un momento? Y ahora estaban… ¿dónde?

El policía desaliñado se arrodilló a su lado, hizo la señal de la cruz, se inclinó hacia su oído y le susurró:

—Di el Acto de Contrición conmigo.

Milky se lo quedó mirando.

Que te den.

El policía estaba recitando:

—Señor mío Jesucristo, me pesa de todo corazón haberos ofendido…

Vete a la mierda. Métete el Acto de Contrición por el agujero del culo.

—… también me pesa porque podéis castigarme…

Lo primero de todo telefonear a Dave.

No, Dave está bien para el Tribunal de Distrito. Para esto necesita un abogado de esos a los que les pone demandar a la gente y sacarles el tuétano. De esos que se llevan un buen cacho cada vez que ganan un caso.

—… y con la ayuda de vuestra divina gracia, propongo firmemente nunca más pecar…

Jesús y si encuentras al picapleitos adecuado, quizá incluso ganes dinero.

Oyó un ruido que podía haber sido una risita.

Oyó decir al policía:

—Ha muerto.

Cabrón de los cojones.

A medida que la conciencia se convertía en otra cosa, Milky se dijo: *No me he muerto. Estoy aquí. Solo que descansando*.

Es tan joven, se dijo Dolly, que con este traje chaqueta parece una niña vestida con la ropa de su madre. Le había dicho que no perdiera la calma y no apretara mucho el acelerador. De momento, no le había entrado el pánico. Un Fiat pequeño no era el coche ideal para una huida, pero a caballo regalado. La muchacha había seguido todas sus instrucciones, girando cada vez que se lo indicaba. No se veía señal de ningún coche camuflado de la policía. Dolly no estaba seguro de que la policía supiera que uno de los fugitivos había secuestrado ese coche para huir.

La joven miraba al frente mientras conducía, como si detestara reconocer la existencia de Dolly.

—¿Cómo te llamas?

—Bonnie.

Dolly volvió la cabeza y miró hacia atrás. Todavía no había señal de la policía.

A lo mejor no lo perseguían. Después de coger a la mujer, de recuperar a un rehén, lo último que necesitaban era matar a otro en una persecución.

—¿Vives por aquí?

—En Raheny.

Dolly tenía la mano derecha entre sus rodillas, empuñando la pistola, pero sin apretar. Se encontraban en una calle estrecha y tranquila.

¿Y si aparcaban y dejaba el Fiat allí? Si la policía había identificado ese coche, ¿no era mejor coger otro?

—¿A qué te dedicas?

—Soy subdirectora de un supermercado. Mire, yo…

—No te pasará nada, te lo prometo.

—Por favor.

—En cuanto nos larguemos de aquí, te lo prometo.

Tres metros por delante del Fiat, un coche que estaba aparcado de repente salió por la izquierda y se les puso justo delante. Al principio Dolly pensó que era un puto dominguero, pero enseguida vio a un par de hombres armados saliendo del jardín de la derecha. La mujer frenó, el Fiat se detuvo a pocos centímetros del coche camuflado de la policía y Dolly salió proyectado hacia delante y con la frente golpeó el parabrisas del Fiat.

La mujer gritó.

La pistola de Dolly se había caído al suelo. Con una mano la recogió y con la otra se limpió la sangre de la frente.

La ventanilla de su lado se rompió hacia dentro, y cuando se abrió la portezuela Dolly hundía la pistola en el vientre de la mujer.

—Estate tranquilo y no hagas ninguna tontería. —La voz del agente era tranquila, suave. Llevaba un mono roñoso y el pelo largo y sin lavar. Había otros dos agentes, uno delante del coche y el tercero al otro lado, y ambos apuntaban con su pistola a Dolly.

La mujer emitía ruidos nerviosos. Miraba fijamente la pistola incrustada entre los pliegues de su blusa azul pálido.

—Por favor —dijo con una voz aguda y llorosa.

—Atrás —dijo Dolly—, no me lo hagáis repetir. La mataré. No bromeo.

El policía de pelo largo dijo:

—Fin de trayecto, de una manera u otra. Tú eliges.

El cañón de su arma estaba a un palmo de la sien de Dolly, completamente inmóvil.

—¡Atrás! ¡Alejaos del coche!

—Venga, ¿de qué vas? No te pongas nervioso.

—Tú serás responsable. —Dolly miró a los ojos al policía de pelo largo. Los dos respiraban pesadamente.

—Nadie tiene por qué morir —dijo el policía.

Dolly se quedó allí sentado, pensando. Apartó de su mente el lloriqueo de la mujer.

Elige.

No le dispararían. Era demasiado arriesgado: si apretaban el gatillo podían matar a la chica.

Elige.

Si esperaba demasiado, los policías podían decidir que estaba planeando algo y pegarle un tiro allí mismo, aun arriesgándose a herir a la mujer.

Elige.

Asintió en dirección al policía de pelo largo. A continuación se reclinó despacio y dejó que el policía viera que estaba quitando el dedo del gatillo. Sujetaba la pistola con la mano floja, procurando no apuntar a nadie. A su derecha, se abrió la puerta del conductor y sacaron a la mujer. Dolly la oyó llorar mientras uno de los policías se la llevaba a toda prisa.

Ahora el policía de pelo largo tenía la pistola de Dolly. Se la metió en un bolsillo del mono.

—Sal. Y pon las manos sobre la cabeza.

Dolly salió del coche lentamente, y nadie vio el cuchillo hasta que dibujó un arco en el aire y le hizo un tajo al policía en la mejilla. El agente soltó un grito y dejó caer la pistola, y antes de que esta golpeara al suelo Dolly estaba a su espalda y le había puesto el cuchillo en la garganta.

Ahora Dolly les gritaba a los otros dos:

—¡Las pistolas en el suelo! ¡Los dos! ¡Ahora! ¡Ahora mismo o le rajo!

Durante casi diez segundos no pasó nada.

Dolly notaba cómo la sangre del policía le mojaba y le calentaba la mano que empuñaba cuchillo. Veía cómo los otros dos iban calculando sus opciones. ¿Podían dispararle sin herir a su compañero, o el secuestrador sería lo bastante rápido con el cuchillo?

—Él vive y yo me escapo. De momento —dijo Dolly—. Si intentáis algo, él muere. Para siempre.

Tenía la cara tranquila, como si el resultado no le importara gran cosa.

—Decidid.

Primero un agente, y luego el otro, dejaron de apuntar a Dolly y colocaron la pistola en el techo del coche de la mujer. Esta se encontraba a diez metros de distancia. Se tapaba la boca con una mano y las piernas le temblaban de manera perceptible.

Dolly mantuvo el filo del cuchillo rozando la garganta del policía hasta que recuperó su pistola del bolsillo de este. A continuación dijo:

—Ahora podéis alejaros.

El policía de pelo largo cerraba el corte de la mejilla con una mano, y la sangre se derramaba entre sus dedos. Se apartó sin dejar de mirar a Dolly.

Dolly le dijo al otro agente:

—Ve a por ella.

El hombre se volvió hacia la joven.

—Muy bien —dijo. Y fue caminando hacia atrás.

—Tú también. —Dolly movió la pistola en dirección al otro policía.

Dolly recogió del suelo la pistola del policía de pelo largo, quitó las balas y la arrojó a un jardín cercano. Hizo lo mismo con las dos pistolas que estaban sobre el techo del Fiat. Mientras se limpiaba las manos ensangrentadas en la tapicería del asiento del conductor, observó que un anciano, de pie en la puerta de una casa, al otro lado de la calle, lo miraba boquiabierto.

Dolly se volvió hacia los policías y dijo:

—Dadme los teléfonos y la radio.

Después de haber aplastado los tres móviles y el transmisor, disparó contra un neumático delantero del coche de la mujer. Esta gritó. Uno de los agentes la sujetó con fuerza y le susurró palabras de calma.

El motor del coche camuflado de la policía todavía estaba en marcha. Dolly se puso al volante.

El policía de pelo largo estaba sentado en la acera, cubriendo el corte con una mano. Contempló cómo se alejaba Dolly.

La URI no se precipitó a la hora de entrar en la casa de los sospechosos. En aquel momento el lugar estaba lleno de hombres uniformados. Habían evacuado a los vecinos de varias casas de cada lado de la calle, de delante y de la calle que quedaba justo detrás. Bloquearon los accesos y los tiradores de la URI apuntaban a puertas y ventanas. El sargento Dowd utilizó un megáfono y exigió que cualquiera que estuviera en la casa o en los jardines se dejara ver. La casa permaneció en silencio, y no se oía nada en ninguna ventana ni en el vestíbulo en sombras que había más allá de la puerta abierta.

Muy bien, lo haremos por las malas.

Provistos de chalecos antibalas y cascos entraron por la puerta principal, despacio, cubriéndose unos a otros, con la adrenalina disparada. Utilizaban pequeños espejos al extremo de una varilla de aluminio para otear las esquinas y entrar en las habitaciones. Encontraron a Martin Paxton sentado en la cocina, con los codos sobre la mesa, los dedos entrelazados y la barbilla apoyada en las dos manos. Había una pistola a unos tres metros de él, sobre la encimera. Levantó la mirada cuando entró el primer policía militarizado y vestido de oscuro. A continuación, apartó la vista.

Se tumbó boca abajo cuando se lo dijeron, y cuando lo hubieron esposado y le preguntaron el nombre, se lo dijo. Le explicaron que no tenía por qué hablar y le preguntaron si quería un abogado. No contestó. Lo entregaron a los policías de uniforme, que se lo llevaron a la comisaría de Santry, donde se negó a hacer ninguna declaración ni a contestar a ninguna pregunta.

El abogado de Brendan Sweetman, Connie Wintour, llegó a la comisaría de Clontarf menos de una hora después de que hubieran metido a su cliente en una celda. Wintour, un hombrecillo nervioso con la piel llena de manchas y un cansino aire de superioridad, habló con el agente a cargo del arresto, y luego se entrevistó con su cliente en voz baja. A continuación le dijo al agente que redundaría en interés de la policía que le permitieran mantener una consulta privada con el señor Sweetman antes de que comenzaran los interrogatorios.

El señor Wintour pasó casi una hora con Sweetman y salió con una declaración escrita, redactada por él mismo y firmada por su cliente, que fue recogida por dos detectives del equipo del comisario jefe Hogg. El señor Wintour les dijo que deseaba leerles la declaración en presencia de su cliente.

Diez minutos más tarde trajeron a Sweetman a su presencia. Se le veía pálido y sudoroso. El abogado se sentó junto a él. Los dos detectives se sentaron al otro lado de la mesa, con el bolígrafo preparado para escribir. El señor Wintour pidió un vaso de agua. Mientras esperaba, canturreó el *Baile de los caballeros* de Prokófiev. Cuando llegó el agua, dio un sorbo y comenzó a leer.

> Me llamo Brendan Sweetman, y vivo en Thornhill Crescent n.º 15, Coolock, Dublín. Nací el 16/6/1969. Estoy casado, tengo tres hijos y trabajo de manera regular como agente de seguridad en el centro de la ciudad. Hace unos meses me ofrecieron la oportunidad de formar parte en lo que, sabía, era una empresa ilegal, el atraco de un negocio de venta al por mayor en Crumlin. Aunque había conseguido abandonar un estilo de vida que implicaba actividades delictivas, por las que pagué mi deuda con la sociedad, en esta ocasión sucumbí a la tentación por problemas económicos derivados de las necesidades médicas de mi hijo pequeño. Estaba convencido de que esa operación se llevaría a cabo de manera considerada, sin que nadie resultara herido. Solo en el último minuto descubrí la auténtica naturaleza del proyecto. Intenté retirarme, pero recibí amenazas del instigador del proyecto, el señor Frank Crowe, y a regañadientes decidí seguir adelante. Los demás implicados en lo que resultó ser un secuestro, aparte del señor Crowe, fueron Martin Paxton y un hombre conocido como «Dolly» Finn. El difunto Adrian Moffat, conocido, creo, como Milky, nos proporcionó un local donde escondernos. En ningún momento herí ni amenacé a la víctima de este delito, la señora Angela Kennedy. No participé en la toma de ninguna decisión, y en todo momento acaté las órdenes que me dieron bajo amenaza de grave agresión física. Me hallaba en la casa cuando el señor Frank Crowe agredió de manera violenta a la señora Kennedy, y estoy dispuesto a testificar a tal fin si fuera necesario. Yo no participé en esa agresión y deseo expresar mi más profundo remordimiento por haberme visto implicado en esta desdichada cadena de sucesos.

El abogado dio otro sorbo de agua.

—Mi cliente me ha indicado su disposición a cooperar con las autoridades a fin de que este desdichado asunto llegue a una rápida conclusión. A tal fin sugiere que cierta información que está en su poder quizá podría ser útil. Sin embargo, mi consejo profesional es que no haga ninguna otra declaración hasta el momento en que, en mi opinión, sirva mejor a sus intereses.

Uno de los detectives se inclinó hacia Sweetman.

—¿Por qué seguiste con esto? Cuando averiguaste que era un secuestro, ¿por qué no…?

El abogado negó con la cabeza.

—Lo siento, debo insistir en…

Brendan se inclinó hacia el detective.

—Para usted es fácil decirlo. —Hizo caso omiso de la mano levantada del abogado—. No es tan fácil cuando tratas con un chalado como Frankie Crowe. No sabe cómo es. Está loco de remate.

—Ya basta —dijo el abogado—. Es suficiente. —Se puso en pie—. Caballeros, debo pedirles que devuelvan a mi cliente a su celda. —Colocó las dos manos sobre la mesa y se inclinó hacia delante. Con una voz pausada, dijo—: Si sus superiores quieren plantear la posibilidad de una declaración atenuante que deseen hacer llegar al tribunal durante el futuro juicio de mi cliente, estaré a su disposición a la mayor brevedad. En mi opinión, cualquier demora en este asunto no redundaría en el interés de las investigaciones en curso. Y tampoco, de hecho, en el más amplio interés de la justicia.

El ministro de Justicia se encontraba en el Hotel Westbury acompañado del presidente del gobierno y dos ministros más jóvenes. Asistían a un almuerzo para recaudar fondos para el partido cuando recibió una llamada del comisionado adjunto Colin O'Keefe. No, le dijo O'Keefe al ayudante personal del ministro, no quiero dejar ningún mensaje. No, tampoco quiero que el ministro me llame cuando pueda interrumpir sus deberes actuales.

—Dígale que se ponga y se deje de chorradas —dijo O'Keefe.

El ministro cogió el móvil y salió a un pasillo.

—Ya la han liberado —le dijo O'Keefe—. La señora Kennedy está a salvo.

—Jesús. Eso es estupendo.

—Y se encuentra bien. Recibió algunos golpes, pero está viva.

—Gracias a Dios. ¿Qué ha pasado?

—Conseguimos una pista. La encontramos en una casa de Killester, y hubo un pequeño tiroteo.

—¿Y?

—Uno de los miembros de la banda ha muerto, dos más están detenidos, al menos uno de ellos huyó de la escena del crimen, y no hay señal del jefe, Frankie Crowe.

—¿Y el dinero?

—Hasta ahora ni rastro.

—Mis más sinceras felicitaciones, comisionado adjunto. Escuche, transmítale también mis felicitaciones al comisario jefe Hogg. Se lo agradeceré formalmente en un momento más oportuno.

El ministro sintió un golpecito en el hombro. Al darse la vuelta, vio que dos de los invitados al acto se disponían a marcharse. Uno de ellos era un consultor de relaciones públicas y el otro un constructor responsable de muchos de los nuevos apartamentos de Dublín. El constructor señaló su reloj, con el pulgar apuntó en dirección al vestíbulo del hotel, al final del pasillo, y a continuación levantó los dos pulgares en señal de triunfo.

—Lo siento… —dijo el ministro a la persona con la que hablaba por teléfono, y primero estrechó la mano del constructor y luego la de su acompañante—. Dios le bendiga, cuídese… —Imitó el gesto de los pulgares hacia arriba mientras volvía a hablar por teléfono—. Lamento la interrupción.

O'Keefe siguió hablando sin inmutarse.

—Aparte de una grave herida facial y dos agentes con heridas leves, no hay ninguna baja policial.

—Muy bien, eso es estupendo. ¿Debería…? ¿Dónde está la señora Kennedy? ¿Debería ir a verla?

—En la clínica Blackrock. No creo que esté para visitas. Hay otra cosa. Le están haciendo las pruebas del VIH.

—Joder. ¿Qué ha pasado?

—El jefe de la banda, Crowe.

—Jesús.

La voz del ministro adquirió el tono de una conferencia de prensa.

—Por lo que a mí se refiere, es usted libre de autorizar todos los recursos y hombres adicionales que le parezcan necesarios. Hemos recuperado a la víctima, pero no descansaremos hasta que el jefe de esta banda de malhechores esté donde le corresponde.

Capítulo 26

Stephen Beckett, con su camiseta negra y sus calzoncillos negros, soltó un gruñido y se sentó erguido en el borde de la cama. Enderezó la espalda, se pasó la mano por el pelo gris y enmarañado y aspiró profundamente. Salir de la cama era una de las muchas actividades rutinarias que en aquella época ya se le hacían cuesta arriba. Ejecutaba cada movimiento con mucho cuidado. Primero colocaba una rodilla sobre la alfombra verde y raída, y luego la otra. Ponía una mano sobre la cama y la otra tocaba apenas una silla de madera hasta que estaba seguro de mantener el equilibrio. Entonces se quedaba arrodillado junto a la cama.

Jesús bendito, quién lo habría dicho.

Habían transcurrido casi setenta años desde la época en que se arrodillaba junto a la cama, nada más levantarse y justo antes de acostarse.

Renuncié a ese viejo cabrón antes de ir en pantalón largo, y mírame ahora.

En aquellos días si se arrodillaba no era para rezar, sino por recomendación del fisioterapeuta de Dublín que su médico de cabecera le había recomendado. Parecía que algo se había desgastado en el interior de la espalda de Stephen, y el dolor que antes padecía de vez en cuando era ahora algo constante durante la mayor parte del día.

—Nada más levantarse, le llevará menos de un minuto —le había dicho el fisioterapeuta—. Se pone de rodillas, afloja la columna, y notará la diferencia.

Una vez de rodillas, Stephen se puso a cuatro patas, y luego, lentamente, llevó las nalgas hacia los talones mientras notaba cómo se le estiraba la columna, y paró justo cuando comenzaba a dolerle. Cinco veces hacia atrás, cinco veces a cada lado, y luego otras cinco veces hacia atrás, y viviría para luchar otro día.

Se puso en pie agarrándose a la silla y a la cama. Era un hombre alto que rondaba ya los ochenta, de huesos grandes y el pelo tan tupido como cuando era joven. Solo que ahora incluso aquella mata color gris opaco parecía cansada. Le esperaba un gran día. Había decidido que iba a matar a un hombre.

En su mesilla de noche, sobre una toalla de mano roja y blanca, había una pistola gris y deslucida, una Colt del 45.

Stephen se había marchado de Meath en 1942, cuando tenía diecisiete años. Poseía el músculo y la ambición para prosperar trabajando en la construcción en Londres. A la mierda su país. Alto y fuerte como era, recoger nabos por cuatro perras le habría destrozado la espalda mucho antes.

Después de unos cuantos meses en Londres, se alistó en el ejército, y durante las semanas posteriores al Día D formó parte de los miles que irrumpieron en las playas de Normandía obligando a retroceder a los alemanes, de cada seto a cada pueblo, de cada seto a cada ciudad, y siempre había otro seto traidor al acecho.

—Vaya —dijo en voz baja un hombre llamado Benny. Caminaba junto a Stephen Beckett, y los dos iban de patrulla. Habían transcurrido varias semanas desde el Día D, y una vez rebasado Caen, se dirigían a Falaise. Tras varios días de intensos combates, la cosa había estado tranquila toda la mañana, aparte del intermitente duelo de morteros. Cuando lo comentaron después, ninguno de los soldados recordó haber oído el disparo. En un segundo, Benny pasó de caminar junto a Stephen a caer de rodillas; luego se derrumbó sobre un costado y al final quedó de espaldas, con una mancha oscura en el pecho que se ensanchaba a cada latido, y al cabo de unos segundos se escuchó el tableteo de una ametralladora y los compañeros de Benny se desperdigaron y este comenzó a pedir auxilio en un hilo de voz mientras las manos le temblaban a los lados. Siguió pidiendo ayuda durante los veinte minutos siguientes, mientras la vida y la sangre le abandonaban al unísono, y cada vez que alguien intentaba avanzar hacia él caía una lluvia de balas desde la posición alemana. Benny no gritaba, tan solo pedía ayuda con aquella voz deshilachada, y generalmente acababa cada llamamiento con un prolongado «Por favor». La unidad se encontraba aislada e inmovilizada. Intentaron salir por los flancos y dos soldados perdieron la vida, mientras que otro quedó con un codo destrozado por una bala.

Los gritos de Benny eran incesantes. Stephen vio que uno de los sargentos le hacía seña a otro, y lo que le sugería era evidente. ¿El tiro de gracia? El otro sargento se lo pensó un instante y negó con la cabeza.

No pasó mucho tiempo antes de que Benny dejara de suplicar y comenzara a maldecir a sus camaradas, chillando obscenidades y mandándolos a todos al infierno. A continuación comenzó a suplicarle ayuda a Dios y a llamar a su madre, y sus gritos se fueron haciendo más débiles, más intermitentes, más amargos, y a su alrededor la tierra se fue empapado de sangre. Al final los gritos cesaron y Benny murió.

Al cabo de un rato apareció un tanque Centaur y se encargó de la media docena de alemanes que se habían agrupado al borde de un huerto, en una elevación que les permitía dominar un radio de trescientos metros. Dos de ellos seguían con vida cuando el tanque acabó con su cometido. Se rindieron. Los dos estaban heridos y ensangrentados, y Stephen Beckett y sus camaradas lo estuvieron hablando un rato, y en su parloteo había una nota de histeria. A continuación Stephen y un sujeto rubio llamado Carter se llevaron a los dos alemanes a una zanja y los mataron. Uno de los alemanes no dijo nada, el otro, un soldado raso de apenas veinte años, se puso a rezar en voz alta al comprender cuál era su destino. Justo antes de que una bala en la espalda lo silenciara, comenzó a sollozar y a respirar de manera entrecortada. El otro, de treinta y pocos, un sargento, un cabrón huraño de ojos oscuros con una herida en la mano, no dijo nada.

Antes y después de aquel incidente, Stephen Beckett combatió en diversas batallas encarnizadas. Sin duda disparó a otros soldados enemigos y probablemente mató a algunos, pero ninguno quedó tan arraigado en su mente como la imagen de aquel cabrón de ojos oscuros. Apenas transcurría una semana sin que Stephen se acordara de él, de cómo se había enfrentado a la muerte sin mostrar miedo alguno. Era como si el hombre aceptara que su vida se reducía ya a aquellos segundos que le quedaban en esa franja dejada de la mano de Dios y hubiera decidido

vivirla como se le antojara, negándose a permitir que el miedo, la esperanza e incluso la cólera dominaran la bajada del telón. Cuando su camarada murió a su lado, miró apenas un instante el cuerpo desplomado, y a continuación examinó la mano que tenía herida y se arregló el sucio vendaje. Esperó sin ansiedad ni resignación, tan solo observando lo que ocurría, y luego murió.

Durante un tiempo, Stephen Beckett envidió y admiró la fuerza que había demostrado aquel cabrón de ojos oscuros ante la muerte. Posteriormente, cuando las sensaciones de su propia guerra se diluyeron con el tiempo, comprendió que ver y realizar cosas terribles podía dejar a un hombre como aquel cabrón de ojos oscuros vacío por dentro, y lo único que sintió por él fue compasión. En su larga vida, Stephen Beckett tuvo que tomar dos decisiones importantes que habría deseado enmendar, y llevar a aquellos dos pobres desgraciados a la zanja fue una de ellas.

La segunda… bueno, esa era más reciente. Y quizá pudiera repararla antes de que terminara el día.

Stephen se planteó darse una ducha, pero al final decidió que al diablo. No podía desperdiciar tiempo ni energía. Para ser un hombre que podía disponer de tanto tiempo, Stephen Beckett se dijo que nunca le había sobrado ni un minuto. En la época en la que trabajaba, conseguía hacer un montón de cosas durante el día y todavía le quedaba tiempo para la familia.

Después de la guerra, Stephen volvió a Londres para trabajar en la construcción. Conoció a una mujer llamada Lily y se casó con ella. Era una enfermera que se había criado en Kilkenny, y tuvieron tres hijos varones, uno de los cuales, el mayor, murió a los seis años de una enfermedad en el pecho. En los boyantes años sesenta, Stephen se estableció como subcontratista y empleó a un puñado de trabajadores. Nunca se hizo rico, pero le fue bastante bien. Luego Lily murió. Stephen nunca supo exactamente de qué. Lo único que dijo el médico fue: «La barriga, lo siento», y negó con la cabeza cuando Stephen preguntó qué se podía hacer. Seis semanas después del diagnóstico, Stephen la enterró.

Su hermana pequeña, Eilish, fue a vivir con él para cuidar a los niños. Cuando él se fue de casa, ella todavía era un bebé, y Stephen apenas la conocía. Callada y tímida, un fin de semana en Tramore era lo más lejos que había estado de casa. Se quedó con Stephen hasta que los niños llegaron a la adolescencia, y después se casó con un electricista de Kent del que se divorció al cabo de un año. Lo último que Stephen supo de ella es que tenía una pensión en Liverpool.

A Stephen no se le daba mal educar a los niños. El mayor ingresó en la policía metropolitana, y el otro tuvo una época alocada, hasta que acabó en Cornualles y montó una pequeña tienda de bricolaje. A mediados de los ochenta, poco después de cumplir sesenta años, Stephen estaba un día en la cama, pensando por primera vez en qué había sido su vida desde la muerte de Lily. ¿Por qué seguía trabajando tanto como antes, buscando encargos, reuniendo equipos, fijando el precio de los materiales, ocupando el día en encontrar soluciones a problemas que no le importaban nada? Sus hijos ya tenían su propia vida, las necesidades de Stephen eran pocas, y estaba cansado. No solo físicamente, sino exhausto por lo absurdo de todo. Tenía una edad en la que, antes de conciliar el sueño, era bastante habitual ponerse a pensar en la posibilidad de no volver a despertarse, y comprendió que la idea no le incomodaba.

Le llevó un tiempo tomar la decisión, pero dieciocho meses más tarde vendió el negocio y visitó a sus dos hijos y sus familias. A pesar de que estos le insistieron en que no era necesario, decidió que aceptaran una parte del dinero del negocio. A continuación vendió su casa —a los sesenta y dos años—, y se fue a Meath a esperar la muerte. Sus dos hermanos mayores habían

fallecido, y el que aún estaba con vida era muy simpático, pero un desconocido. Stephen alquiló un piso en Harte's Cross, la población más cercana a la casa donde se había criado, demolida mucho tiempo atrás, y fue allí, una mañana de julio, dieciséis años más tarde, mientras se encontraba en Sweeney's, cuando dijo: «Tú, déjala en paz. Que la dejes en paz».

Y cuando Frankie Crowe —entonces Stephen no conocía el nombre del pistolero, pero ahora sí— le contestó: «¿Quién cojones eres, abuelo? ¿*Sir* Galahad?» y le apuntó con la pistola a las pelotas, Stephen sintió miedo físico por primera vez en décadas.

El desayuno de Stephen Beckett en el Olive Grove fue el de siempre: zumo de naranja, café y dos rebanadas de pan integral, seguido de un cuenco de gachas. Sean Willie Costello jamás se cansaba de arrugar la nariz para expresar su simulado desdén por el desayuno de Stephen. Cada mañana, Sean Willie se preparaba un desayuno a base de huevos y salchichas en su casa de una sola planta de Coulthard Lane.

—¿Crees que si tomo comida de conejo viviré para que el presidente me premie por mis cien años? —decía con una risa socarrona—. Esto no es desayuno para un adulto.

Aquella mañana, antes de que robaran en Sweeney's, Sean Willie se había tomado sus huevos con salchichas. Llegó al *pub* con los crucigramas de los tres dominicales. Cada semana, sin excepción, Sean Willie hacía todos los crucigramas de los periódicos dominicales. En una ocasión ganó una estilográfica Cross por completar uno de ellos, y el quiosquero, Angus Tubridy, a la semana siguiente recortó el crucigrama del periódico, debajo del cual aparecía el nombre del ganador, Sean Willie, y lo pegó en el escaparate.

Cada domingo, después de desayunar, los dos hombres tomaban el té en Sweeney's, mientras Stephen ayudaba a Sean Willie con las palabras que le faltaban. Ambos habían adquirido un número de amigables costumbres.

Stephen Beckett y Sean Willie Costello habían sido compañeros de clase en la escuela nacional de Harte's Cross a principios de los años treinta. Durante una época habían jugado juntos a *hurling*, hasta que Sean Willie perdió el entusiasmo después de que alguien le golpeara la frente con el palo y lo dejara inconsciente durante dos días.

Unos años más tarde, cuando Stephen se fue a Inglaterra, Sean Willie se quedó a trabajar de peón agrícola. Sus padres habían muerto de tuberculosis antes de que él llegara a la adolescencia. Sean Willie tenía un tío, un veterano de la guerra de independencia que había trabajado para Michael Collins en Dublín. Su tío cumplió con sus obligaciones, y, a decir de todos, fue un trabajo sucio, y luego regresó a Harte's Cross para encargarse de un *pub*. Cuando Sean Willie quedó huérfano, su tío pagó a un vecino para que lo cuidara. A principios de los años cuarenta su tío emigró a Boston, y Sean Willie ya no volvió a saber nada de él. En 1963 comenzó a correr la voz de que su tío había muerto el año anterior.

En los años cuarenta, Stephen había escrito a Sean Willie en dos ocasiones animándolo a ir a Londres a trabajar con él en la construcción, pero a su amigo no le interesó. No era solo que ya tenía bastante trabajo, sino que además le gustaba laborar en las granjas locales. Aunque nunca superó el metro cincuenta y parecía liviano y frágil, tenía suficiente músculo como para pisar la turba o segar los prados, y era capaz de pasarse el día agachado, remodelando surcos y caballones después de rozar, y aguantaba más que muchos hombretones. Tal como estaban las

cosas, sabía que nunca tendría una granja propia, pero carecía de esa ansia de tierras que parecía tan arraigada en muchos de quienes lo rodeaban. Le gustaba el trabajo duro, los ritmos anuales, la relación directa entre el trabajo y el subsiguiente florecer de los campos. Incluso cuando se derrumbaba exhausto, incluso en los años realmente malos, cuando apenas ganaba para ir tirando, sentía en sus músculos doloridos la certeza del trabajo hecho, de la jornada bien empleada. Era consciente de su pobreza, y de no haber dispuesto de la casita de Coulthard Lane que su tío le había dejado, habría tenido problemas para salir adelante. En el pueblo, ni siquiera los más acomodados tenían gran cosa. Había unas cuantas familias prósperas, y los peones y criados iban baratos, pero en aquella época ya no había nobles en Harte's Cross, y a aquellos que se daban aires bastaba con una mirada de burla para ponerlos en su sitio. Sean Willie se sentía a gusto entre las calles de Harte's Cross, entre sus campos y convecinos. Las crueles certezas de una ardua existencia en su tierra natal eran infinitamente más atractivas que una vida mejor en medio de una jungla de desconocidos. A los pocos años de su retiro, su pensión estatal era más de lo que había cobrado trabajando. Sus necesidades eran pocas, y había ido ahorrando lo que él consideraba una cantidad respetable en la caja de ahorros de Harte's Cross.

Después de más de cuarenta años en Londres, Stephen Beckett llevaba dos semanas en Harte's Cross, ya casi convencido de que había tomado una decisión equivocada, cuando saliendo de la papelería de Tubridy se encontró con un hombre menudo y encorvado tocado con un viejo sombrero de fieltro. Los dos ancianos se miraron durante unos momentos, hasta que Sean Willie esbozó una sonrisa, apartó el cigarrillo liado que llevaba entre los labios y dijo:

—¿No te había dicho que nunca echarías raíces en esa nación pagana? Bienvenido a casa.

Eran muy distintos de aquellos escolares que habían sido amigos. Stephen se había convertido en un hombre distante y sombrío, y Sean Willie era reflexivo y pillo. Tenían poco en común, aparte de los recuerdos de antaño, y posteriormente, cuando hablaban de su juventud, cada uno recordaba un Harte's Cross que se parecía muy poco al recuerdo que tenía el otro.

Sean Willie no se había casado.

—No me interesó —dijo.

Stephen imaginaba perfectamente cuáles debían de haber sido las perspectivas matrimoniales para un peón agrícola pobre y un tanto raro en la Irlanda de cuando Sean Willie era joven.

—¿Y qué hacías?

—Trabajaba. Miraba muchas películas y leía.

En la casita de Sean Willie Costello apenas se veía una superficie plana en la que no hubiera un libro. Tenía estantes llenos de libros de bolsillo, Pelicans azules y Penguins naranjas que había reunido durante los años sesenta, y una selección de clásicos de bolsillo. Un auténtico cajón de sastre, casi todo de segunda mano, desde George Orwell hasta Mickey Spillane, desde *El viento en los sauces* hasta *Guerra y paz*, desde Jane Austen a Joseph Heller, pasando por Stephen Spender, Stephen King, James Thurber y Myles na gCopaleen. Había libros de historia y libros de cine, un libro que explicaba cómo Houdini llevaba a cabo sus trucos se apoyaba sobre una historia de la huelga general de Inglaterra de 1926, y a su lado había un volumen con la poesía de William Plomer. Las páginas estaban descoloridas, algunos lomos habían cedido. Cada año leía sus libros preferidos, y algunos habían sido sustituidos a lo largo de las décadas de tan rotos como estaban.

Cuando Sean Willie era más joven, pasaba mucho tiempo en el cine del pueblo, que a finales de la década de los setenta había cerrado y se había convertido en un MegaMarket. Conocía las oscuras calles de Nueva York y las amplias avenidas de Los Ángeles tan bien como el árido paisaje de Monument Valley. Había seguido la carrera de los John Wayne, Robert Mitchum y Humphrey Bogart, pero también estaba familiarizado con los actores de reparto, los Elisha Cook, Neville Brand y Jack Elam, tan bien como conocía a los secundarios de la vida cotidiana de Harte's Cross.

Sean Willie había conocido el abrasador calor del desierto, había visto cómo Spencer Tracy se rebelaba contra los prejuicios, y había visitado poblaciones sureñas más endogámicas que la suya, donde Gregory Peck hacía gala de su integridad. Había merodeado por los callejones con Richard Widmark y Robert Ryan, había estado en la cárcel con James Cagney y aprendido de Richard Conte que hay sonrisas en las que no puedes confiar. En las películas de gánsteres y del oeste había reconocido versiones diluidas de las grandes historias y temas clásicos que había leído en sus libros.

Después de tantas décadas viendo cine y leyendo, convenía tener a Sean Willie en tu equipo cada vez que había un concurso de cultura general en el *pub*. Sean Willie, siempre un personaje popular, se había convertido en un imprescindible en el pueblo, en alguien a quien se respetaba con cariño. El experto en cine, el hombre de los concursos, el hombre capaz de decir cuándo tuvo lugar aquella batalla y quién la ganó, o quién obtuvo el Oscar por qué papel, y qué caballo de carreras ganó el Grand National remontándose incluso a los años treinta.

La pasión de Sean Willie por las películas de Hollywood provocó que alguien lo apodara «Sean Wayne», y jamás se le ocurrió a Sean Willie que ese apodo, aplicado a un hombre muy menudo, podía contener un elemento de burla. O cuando menos, no quiso reconocerlo. Si alguna vez alguien lo dijo con intención de ridiculizarlo, esta quedó borrada por el afecto.

A lo largo de los últimos años, había reunido docenas de películas en vídeo. Casi todas las grababa de la televisión, y otras las compraba en el MegaMarket local. Las tenía clasificadas en categorías, y casi todas eran wésterns y películas de gánsteres de los cuarenta y los cincuenta. Hacía poco había comprado un reproductor de deuvedé.

Stephen Beckett nunca había sido aficionado al cine. Todo era sensiblería hollywoodiense, mua-mua y bang-bang. Bajo la guía de Sean Willie se encontró inmerso en una rutina y acabó viendo una película tras otra de directores o actores concretos, mientras Sean Willie le explicaba los antecedentes y los vínculos entre ellas. Le describía la clase de películas que producían los grandes estudios en su época de mayor apogeo: el romanticismo *flou* de la Paramount, el *glamour* de MGM, y sus favoritas, las historias oscuras y sombrías que la Warner Brothers producía como salchichas. Una noche le dijo que su corazón estaba con las películas de los años cuarenta, cincuenta y sesenta.

—Ahora todo ha terminado —le dijo a Stephen—. Siempre hay alguna buena, pero casi todo es mierda para divertir a los adolescentes obesos de Ohio mientras se atiborran de perritos calientes.

Stephen Beckett y Sean Willie comían juntos, bebían juntos, veían películas, se veían casi cada día, conversaban perdiéndose por las ramas y daban largos paseos. Stephen ya no tenía la sensación de estar pasando el rato hasta que le llegara la muerte. Consideraba a su viejo amigo una persona más divertida, más triste y compleja de lo que sugería su imagen de personaje

pintoresco. Para Sean Willie, era una camaradería que no experimentaba desde la infancia. Y esa misma camaradería le permitía reconocer lo solo que había estado durante décadas en Harte's Cross, una cuestión de la que era incapaz de hablar, ni siquiera con Stephen.

A veces se ponían a charlar de sus propias vidas. A Stephen nunca le había gustado hablar de su época en la guerra, pero Sean Willie se sentía fascinado. Que Stephen le hablara de un gran acontecimiento del que había leído en detalle era como poseer un pequeño fragmento de historia en la cocina de su pequeña casa. Una noche, mientras daban cuenta de una botella de *whisky*, Stephen le contó la historia de Benny. Le dijo que a menudo se decía que podía haber sido él, y no Benny, el que acabara tirado en un camino de tierra de Francia mientras la vida se le escurría por una herida de bala. Lo único que tendría que haber ocurrido era que el francotirador alemán hubiera desplazado la mira un poco a la izquierda. Benny habría podido pasar todos aquellos años con su familia y su trabajo, compartiendo todas las cosas buenas y malas.

—¿Te arrepientes de algo?

Por un momento, Stephen se acordó de los dos soldados alemanes ejecutados en una zanja, pero nunca le había mencionado a nadie ese episodio, y no estaba seguro de poder explicar lo que sentía, si la mínima satisfacción experimentada compensaba el gran daño causado, así que negó con la cabeza.

—¿Y tú?

Sean Willie se puso el dedo índice en la sien.

—Todo está aquí. Toda mi vida la he vivido aquí dentro. —Exhibió los dientes amarillentos que le quedaban en una sonrisa carente de alegría—. Supongo que así es como han ido las cosas. Quizá hice lo que me pareció más cómodo. Solía repetirme una cita. —Cigarrillo en mano, señaló las estanterías—. Está en alguna parte, en un libro de ensayos de Pelican, de los azules. Un tipo que habla de los desfiles. Decía que la mayor satisfacción pertenece no al que marcha en un desfile, sino al que lo contempla de lejos. Antes pensaba que eso era cierto. Ahora que me acerco al final… eso es lo que a veces lamento: haberme pasado la vida contemplando el desfile. —Asomó cierta calidez a su sonrisa—. Pero solo a veces.

Habían transcurrido dieciséis años desde que Stephen Beckett regresara a su pueblo natal de Harte's Cross para morir. Habían pasado rápidamente, y en su vida había una levedad que no había conocido antes. Era como un plus inesperado al final de una larga existencia. Y una mañana, de repente, cuando él y Sean Willie intentaban desentrañar las últimas palabras del crucigrama, un hombre armado con una pistola entró en Sweeney's.

Cuando el atracador apuntó con su arma a la entrepierna de Stephen Beckett, este se arredró. Sabía que la muerte estaba en aquel local, y experimentó un temor desconocido en años. Le sorprendió descubrir que no estaba preparado.

Stephen sabía por la guerra que solo el azar escogía quién vivía y quién moría, y el repentino fallecimiento de su mujer le había corroborado que ese azar no se limitaba al campo de batalla. Todos vivíamos con la muerte posada en el hombro, como un pájaro que estira y se acicala las plumas. A él le llegaría según ese mismo capricho. En cuanto hubo criado a sus hijos, sintió alivio. Ya no poseía ningún vínculo emocional, nadie dependía de él. La muerte podía llegar cuando se le antojara, él estaba a punto.

Aquella mañana, en Sweeney’s, comprendió lo mucho que le habían cambiado los dieciséis años que había pasado en Harte’s Cross.

Con la mirada calculó la distancia que lo separaba del atracador. Sin pensar, medía el tamaño del pistolero, su fuerza y peso en comparación con el suyo, calculando la velocidad y el ángulo que necesitaba. El muy cabrón seguro que no esperaba que un anciano le causara ningún problema.

Cuando el segundo atracador salió del *pub* y aquel cabrón se acercó un poco más, la cosa se hizo factible.

El resto de personas presentes en el *pub* eran civiles. Stephen Beckett había llevado uniforme y un arma durante tres años exactos, hacía más de sesenta, y todavía sentía ese impulso de cumplir con su deber que los civiles no experimentaban. Se daba cuenta de que Sean Willie estaba tieso de miedo, y que la señora Sweeney estaba a punto de sufrir un *shock*. Se obligó a hablar.

—Entrar aquí con una pistola. ¿Por qué no trabajas para ganarte la vida, igual que los demás?

Cuando el atracador le apuntó, la rabia de Stephen Beckett se transformó en miedo. Sabía lo que podía hacer la pistola, lo que podía arrancarle, y cada fibra de su cuerpo se arredró. Cuando el atracador se acercó hasta donde estaban, Stephen calculó la distancia hacia la mano armada del hombre, la comparó con la fragilidad de su cuerpo y las consecuencias instantáneas si fracasaba, y se echó atrás.

Haberse rendido al miedo era la segunda cosa importante que lamentaba de su vida. Su fracaso a la hora de actuar, y el saber lo que había ocurrido, después le hizo sentirse como si le hubieran vaciado gran parte de las entrañas.

La propietaria del *pub*, Maura Sweeney, no había vuelto a trabajar en su local desde el día del atraco. Ahora solo trataba con proveedores, y a veces, a la hora de comer, ayudaba en la caja del MegaMarket de la familia. El barman que se encontraba presente aquel día ahora trabajaba como conserje en la escuela a tiempo parcial.

Joe Hanlon, el joven agente que estaba de servicio ese día en Harte’s Cross, después del robo recibió el apoyo de sus colegas y superiores. Encontraron la gorra de su uniforme en un espantapájaros, en un campo cercano al lugar donde habían quemado el Nissan Primera. «No podías hacer nada —le dijo el sargento—. Se te pasará el disgusto, ya verás». Un mes más tarde lo trasladaron a una comisaría de la zona oeste de Galway. «No tiene nada que ver con lo ocurrido —le dijo el sargento—. Nos gusta que los agentes se muevan». Dos semanas más tarde, Joe Hanlon abandonó el cuerpo y aceptó un empleo de vendedor de espacios publicitarios en una emisora local de su condado natal de Tipperary. Les dijo a sus padres que la policía le había parecido algo demasiado reglamentado, demasiado restrictivo, y sus padres le contestaron que estaba muy bien encontrar un trabajo en el que él fuera su propio jefe.

De los otros clientes del *pub*, aparte de Stephen Beckett, la joven y el bebé no parecían haber salido perjudicados. El tercer cliente, Sean Willis Costello, murió tres semanas después.

Fue una muerte dulce. Una noche se acostó y ya no volvió a despertarse. Las tres semanas anteriores a su deceso, cada hora que pasaba despierto era una neblina de pesar y vergüenza.

El día posterior al atraco, cuando Sean Willie entró en la papelería de Tubridy para comprar el *Irish Independent*, alguien le preguntó qué había sentido al estar presente en Sweeney's durante el atraco, y él se encogió de hombros y farfulló que todo había ocurrido muy deprisa. Todo el pueblo comentaba lo sucedido, y Sean Willie figuraba en el centro de todos los chismes. El hombre que siempre había tenido una historia que contar ahora no tenía nada que decir. La noche siguiente, en la barra de la parte de atrás de Hartnett's, Sean Willie pidió una pinta, y estaba contemplando cómo se la ponían cuando media docena de jovenzuelos que jugaban al póker junto a la chimenea levantaron la mirada y uno le dijo:

—Eh, Sean Wayne, me han dicho que has ido a un *casting* para interpretar un papel en «Se mearon con las botas puestas».

Si fue la propietaria del *pub* o la joven del bebé quien comenzó a contarle a todo el mundo que Sean Willie se lo había hecho encima, le importó muy poco. A lo mejor fue el agente Hanlon, o cualquier otro que entrara en el *pub* después del tiroteo.

Los demás jóvenes que jugaban a los naipes soltaron una carcajada y Sean Willie se sonrojó. Salió del *pub*. El joven que había hecho el chiste fue tras él y se disculpó.

—Jesús, Sean Willie, perdona, ha sido una estupidez decir eso. Solo he querido hacerme el gracioso. Sabes que no pretendía ofenderte, ¿verdad? —Sean Willie asintió y dijo que no le guardaba rencor, pero nunca volvió a entrar en Hartnett's, Sweeney's ni ningún otro *pub*.

No entendió qué le había ocurrido, ni siquiera durante los segundos posteriores al tiroteo, cuando sintió los pantalones húmedos y el líquido caliente bajándole por la pierna, mientras toda su mente gritaba «¡No!». Cuando todo terminó, llegó el agente Hanlon y le permitieron volver a casa. Y aunque nadie pareció haberse dado cuenta, después de eso no consiguió relajarse ni un momento. Stephen había sido testigo, pero jamás lo mencionó. Cuando la mañana después del atraco un detective de Dublín fue a casa de Sean Willie para tomarle declaración, tampoco hizo alusión alguna. El miedo a revivirlo otra vez era como un pesado implante en la parte de atrás de su cráneo. Cuando el chaval del *pub* hizo el chiste de «Se mearon con las botas puestas», de repente comprendió que ya nunca podría liberarse de aquello. Le contó a Stephen lo que le había ocurrido aquella noche en el *pub*.

Después de eso Stephen visitó a Sean Willie cada día, y en una ocasión consiguió convencerlo de que fuera a pasear con él por el río, pero eso fue todo. Sean Willie no salía de casa, y hacía su pedido en el supermercado por teléfono. Miraba las noticias y los deportes por televisión, pero había dejado de ver sus películas. No volvió a hacer ningún crucigrama.

Sean Willie nunca se derrumbó delante de su amigo, pero un día estaba preparando la comida en la cocina y Stephen le vio poner una mueca y cerrar los ojos, como si la vergüenza por todo aquello lo invadiera de nuevo. Sean Willie se retiró a la sala durante unos minutos, y cuando regresó siguió cocinando sin hacer ningún comentario.

Una noche, una semana antes de morir, mientras jugaban al cinquillo, dejó los naipes sobre la mesa y le dijo a Stephen:

—Me he pasado toda la vida contando películas. Y cuando me enfrento con la vida real, me meo en los pantalones y todo el mundo sabe lo que soy.

Stephen le dijo que aquello era una tontería, pero sabía que Sean Willie no le estaba escuchando.

Y una mañana ya no se despertó. Era un anciano, y no había manera de saber si lo ocurrido en Sweeney's aceleró su muerte. Pero lo que Stephen Beckett sabía era que aquellas tres últimas semanas habían menoscabado una buena vida y roto el corazón de un hombre generoso.

Un día, a la hora de comer, tres meses después de la muerte de Sean Willie, Stephen cruzaba la calle mayor después de hacer su compra en el Spar. Se detuvo para dejar pasar a una furgoneta Toyota. Vio quién era el conductor: Leo Titley. Stephen había conocido bien a su difunto padre, que solía ir a beber a Sweeney's. Se quedó mirando la furgoneta mientras esta doblaba la esquina y tomaba la carretera de Kildorney. Se quedó allí unos minutos, sin que se le alterara la respiración, con los sentidos repentinamente aguzados, consciente de todo lo que lo rodeaba con una claridad que no conocía desde que, de joven, recorriera aquellos letales caminos de la campiña francesa.

El muy cabrón.

La última vez que había visto la cara del pasajero que iba en el coche de Leo, aquel llevaba la cabeza cubierta con una gorra de béisbol decorada con un personaje de dibujos animados, y el muy cabrón salía del aparcamiento de Sweeney's y le sonreía.

Se sintió como si lo hubieran tumbado de un golpe. Se acercó a la esquina y dirigió la mirada hacia la carretera de Kildorney, pero la furgoneta ya había desaparecido. En dirección a la granja de Leo Titley, a unos cuantos kilómetros carretera abajo, Leo y su pasajero, el muy cabrón.

Volvió a casa con ese aguzamiento de los sentidos que había experimentado al ver al pasajero de Leo, y en todo el día no pensó en otra cosa. Solo comió judías y una tostada, y aquella noche durmió demasiado. En ningún momento se le ocurrió llamar a la policía.

A la mañana siguiente, mientras desayunaba en el Olive Grove, Stephen leyó el titular del *Irish Independent*: ¿HAN VISTO A ESTOS HOMBRES? Sintió una repentina presión, como si algo se expandiera rápidamente dentro de su pecho, al contemplar la primera de las dos fotos que subrayaban el titular.

Stephen arrugó el periódico en su regazo.

El muy cabrón.

Durante los tres meses transcurridos desde la muerte de Sean Willie, Stephen había prestado menos atención de la habitual a las noticias nacionales. Unos días atrás había oído mencionar por la radio que en Dublín habían secuestrado a alguien. En aquel momento leyó los detalles.

Pobre mujer.

Debajo de la foto aparecía el nombre de aquel cabrón. Frankie Crowe.

La otra foto era la de un mangante gordo y menudo llamado Sweetman. Aquel día del mes de julio, habían sido dos los que habían atracado en Sweeney's, aunque Stephen no había visto con claridad al que vigilaba junto a la puerta. A lo mejor era ese maleante gordo y menudo.

Aquella noche Stephen se dirigió a Hartnett's y se sentó solo. Las noticias de las nueve de la noche mostraron una casa en la zona alta de Dublín, delante de la cual había unos agentes armados. El ministro de Justicia le hacía saber a un reportero lo agradecido que estaba de que hubieran rescatado sana y salva a la señora Kennedy. Cuando la entrevista terminó, apareció una foto del secuestrador gordo y menudo, y el locutor dijo que la policía todavía seguía buscando al

jefe de la banda, un tal Frank Crowe. Mostraron su foto y dijeron que la policía estaba siguiendo algunas pistas.

Stephen Beckett se fue a casa y sacó la pistola de Sean Willie de lo alto del guardarropa. Una Colt del 45 grande y gris. Se acordó de la primera vez que Sean Willie se la enseñó. La tenía envuelta en una toalla de mano roja y blanca. De pie en la sala de su casita, con la pistola metida en el cinturón, riendo como el chaval que había sido cuando jugaban a indios y vaqueros en los campos, medio siglo antes.

—¡Muy bien, forastero, desenfunda!

Aunque el tío de Sean Willie fue el único miembro de la familia que estuvo implicado en la guerra de independencia, su reputación como pistolero de Michael Collins le otorgó a su familia un marchamo de honorabilidad entre aquellos que lo veían todo a la luz de la historia. Una noche, a mediados de los setenta, un miembro del IRA Provisional del pueblo fue a su casa y le pidió a Sean Willie que cuidara de aquella Colt 45 cargada.

—No creo que en aquel momento estuviera pasando nada —le dijo Sean Willie a Stephen—. No había motivo por el que no pudiera haber dejado la pistola escondida bajo el suelo de su casa. Era como si considerara que yo merecía ese honor por ser el sobrino de un patriota local. El honor de hacer algo por la causa. —Sonrió—. Por ser un bicho raro.

Unos meses más tarde, aquel sujeto se largó por piernas después de que un agente de policía fuera herido en el robo de un banco por parte del IRA. Corrían rumores por el pueblo de que acabó trabajando en un restaurante en algún lugar de las afueras de Filadelfia. Nunca regresó por la pistola. Probablemente no les dijo a sus amigos que la había dejado con Sean Willie, y nadie fue a por ella.

Después de la muerte de Sean Willie, Stephen Beckett se llevó tres recuerdos de la casita de Coulthard Lane. La pistola, la pluma estilográfica Cross que Sean Willie había ganado en el concurso de crucigramas, y un volumen bastante deteriorado de la colección de bolsillo azul Pelican, un libro de ensayos que encontró en uno de los estantes. Lo había estado leyendo de manera intermitente desde la muerte de Sean Willie.

Stephen comprobó que el arma y la munición que encontró dentro estuvieran en buen estado. Dejó el arma sobre la toalla, en su mesita de noche, se desnudó y se metió en la cama. Eran poco más de las tres de la mañana cuando se durmió, y al despertarse el reloj le dijo que eran las siete pasadas.

Cuando acabó la breve tabla de ejercicios que hacía junto a la cama, Stephen Beckett se vistió. Aquella mañana se saltó el desayuno en el Olive Grove y simplemente tomó una taza de té en casa con la Colt 45 de Sean Willie envuelta en la toalla rojiblanca sobre la mesa. A continuación se puso el abrigo negro, cogió la pistola y salió de Harte’s Cross por la carretera de Kildorney, en dirección a la granja de Leo Titley.

Tras una hora sentado en una zanja que quedaba en un terreno un poco elevado con respecto a la granja de Titley, los pensamientos le corrían por la cabeza como animalillos frenéticos, y Stephen lidiaba con el impulso de matar a aquel cabrón. El tipo se lo tenía merecido. Aquel día, en Sweeney's, se había portado como un miserable, y luego había apartado a aquella pobre mujer de Dublín de su familia, y Dios sabía qué otras cosas era capaz de hacer. Durante las largas horas de insomnio de la noche anterior, Stephen había considerado la satisfacción de acercarse a Crowe en cuanto este saliera de la granja, ponerle la pistola en la cara y hacerle probar el miedo y la humillación que Sean Willie había sufrido. Luego lo mataría.

Las probabilidades de salir impune eran pocas. Alguien —probablemente Leo— lo vería. La policía preguntaría a los del pueblo si habían visto a alguien en la zona, y era muy posible que algún habitante del pueblo hubiera divisado a Stephen por la carretera. Tampoco le importaba mucho.

Crowe merecía morir.

A veces hay gente que merece que la maten. Lo merecen por lo que han hecho, porque lo volverían a hacer y porque las emociones y el dolor causado exigen una venganza sangrienta. Y Crowe, el muy cabrón, era uno de ellos. Era de los que destruían las vidas de los demás.

Stephen se quedó sentado en la zanja con la pistola envuelta en la toalla sobre el regazo, diciéndose que Crowe merecía morir. Y se decía que si no lo mataba sería porque volvía a acobardarse, como aquel día en Sweeney's: se echaba atrás a la hora de hacer lo que debía, solo por miedo.

Brillaba el sol, pero en medio del campo hacía frío. Stephen no notó el frío hasta que una ráfaga de viento le dio en la cara y sintió cómo las lágrimas se le helaban en las mejillas. Estaba mirando al otro lado del seto, en dirección al camino que conducía a la granja de Leo Titley. Tardó un rato en comprender que en el interior de su cabeza estaba contemplando una zanja distinta, a la sombra de otro seto, sesenta años atrás en la carretera que salía de Caen, en aquella otra ocasión en que la emoción y el dolor provocado por otro suceso lo llevaron a dictaminar que alguien merecía morir. Los recuerdos de Benny y de aquellos dos soldados alemanes en la zanja se agolparon en su memoria y sintió náuseas al pensar en lo que quería hacer. Era lo correcto, y lo peor que nadie podía hacer.

Era el odio que sentía hacia su propio instinto asesino lo que le impedía actuar. Sentado allí, con la toalla en el regazo, comprendió que no era miedo lo que lo inmovilizaba, y tampoco un sentido ético. Sabía que si mataba a aquel hombre, las semanas o meses que le quedaban —y Stephen ya no pensaba en su vida en términos de años— se verían saturados por la angustia de haber matado. Sabía que aunque la rabia lo llevara a pensar que matar a aquel hombre era lo correcto, el tiempo convertiría ese pensamiento en algo distinto.

Viejo inútil. Hazlo, haz algo, una cosa u otra.

La puerta de la granja se abrió y salió Leo Titley. Masticaba algo y utilizó el dorso de la mano para limpiarse los labios. Se metió en la camioneta, y después de vencer la resistencia del motor a la hora de arrancar, se alejó.

Stephen se puso en pie con la columna vertebral doblada. Resopló al obligar a su espalda a enderezarse. En una mano llevaba la pistola envuelta en la toalla, en la otra una piedra que había recogido en la zanja. Se acercó a la granja por el lado que no tenía ventanas. Llegó a la parte de atrás de la casa y se detuvo un momento. A continuación, se agachó y pasó lentamente por

debajo de una ventana en dirección a la puerta trasera. Encontró la jamba de la puerta forzada, y esta se abrió unos centímetros. Stephen dejó la piedra en el suelo lentamente. Desenrolló la toalla, amartilló la pistola y entró en la casa. Tardó menos de un minuto en revisar cada habitación y ver que el lugar estaba vacío.

Stephen Beckett no podía saber que Frankie Crowe había vuelto a Dublín dos días antes, inmediatamente después de que Stephen lo viera en la camioneta de Leo en la calle mayor de Harte's Cross. No podía saber que Crowe había pasado aquella noche en Dublín, en casa de un hombre llamado Adrian Moffat, y que la noche siguiente había dormido en un coche, en un callejón, y que aún tardaría cuatro horas en regresar a la granja de Leo.

Stephen salió de la casa y se quedó un rato inmóvil, la pistola junto al muslo. Su expresión glacial ocultaba sus sentimientos de alivio y frustración. Más que nunca, se sintió como un hombre que ya ha agotado su tiempo, que ya no comprende el mundo que le rodea, que ya no sirve de nada.

Encajó la pistola envuelta en la toalla bajo un brazo y se ciñó el abrigo. Tenía las rodillas agarrotadas y doloridas por haber pasado tanto tiempo sentado en la zanja, lo que significaba que el camino de vuelta a Harte's Cross se le haría más largo que el de ida.

Capítulo 27

Una hora después de leer en voz alta la declaración de Brendan Sweetman, el abogado Connie Wintour se presentó en el despacho del comisionado adjunto Colin O'Keefe y le solicitó una reunión confidencial.

—Mi cliente, como sabe, se vio en una situación bastante ingrata, cara a cara con delincuentes profesionales que…

—Dejémonos de chorradas —dijo O'Keefe—. ¿Qué nos ofrece?

Como Wintour no pudo hacer su numerito, pareció un tanto molesto.

—Todos sabemos que los jueces hacen caso a lo que los agentes que testifican dicen de los acusados. Si pudiéramos llegar a un acuerdo acerca de bajo qué luz presentarán sus hombres al señor Sweetman, mi cliente podría… —y aquí Wintour hizo una pausa para sacudirse una mota invisible de suciedad de la manga de la americana—… proporcionar cierta información adicional que podría interesarle.

John Grace y Nicky Bonner pasaron la mañana en el centro de operaciones de la comisaría de Carbury Street. El equipo de Hogg los mantuvo al tanto de los acontecimientos, y alertaron a Grace de que a lo mejor lo necesitarían en la comisaría de Santry, donde Martin Paxton se mostraba un tanto reacio a cooperar. Hasta ese momento, Paxton se había negado a hablar con nadie, pero no se perdía nada viendo cómo respondía a una cara conocida. Grace se encontraba en la cafetería de Turner's Cross, esperando a que le confirmaran que tenía que acudir a la comisaría de Santry, cuando le sonó el móvil.

—Tenemos una pista.

El comisario jefe Hogg procuraba mantener un tono sereno, pero había cierta excitación en su voz.

—Nada más que una conjetura con fundamento, pero es lo mejor que tenemos. Brendan Sweetman quiere hacer un trato. Según él, Frankie Crowe dijo que el dinero estaba guardado en alguna parte, a un par de horas de camino de ida y vuelta. Frankie no suele moverse de Dublín, pero Sweetman dice que hay una granja en Meath, cerca de Harte's Cross, cuyo propietario se llama Leo Titley. Dice que el granjero ya había trabajado con Frankie.

John Grace le hizo una seña urgente a Nicky Bonner, que se encontraba en la barra rellenando sus tazas de café.

Hogg quería que Grace fuera de inmediato a Harte's Cross.

—La URI ya está de camino. Podría no ser nada o ser el escondite de Frankie. Si va a haber un enfrentamiento, quiero en la escena a alguien que lo conozca. Y si hace falta, que lo engatuse. Si no traga, que la URI se encargue de él.

Nicky estaba junto a la mesa con una expresión de «cuéntamelo todo» en la cara. John se levantó y se dirigió hacia la salida sin dejar de hablar con Hogg. Le hizo seña a Nicky de que le siguiera. Se llevaron el coche de Nicky.

Grace y Bonner se encontraron con la URI en la comisaría de Harte's Cross. Llevaban ya diez minutos vigilando la casa, y la URI estudiaba cómo entrar, cuando una destartalada camioneta Toyota dobló una curva y enfiló el camino que conducía hasta la casa. Cuando vio a la policía, ya los tenía casi encima. En ese momento el conductor frenó y comenzó a dar marcha atrás, pero enseguida se lo pensó mejor.

A Grace y a Bonner les habían entregado unas chaquetas de identificación amarillo fluorescente. Observaron cómo el escuadrón armado sacaba al granjero de la furgoneta, lo tumbaba en el suelo y lo esposaba. Era un tipo alto y fibroso, con una cola de caballo. Según el sargento local que los había llevado a la granja, se llamaba Leo Titley. El sargento afirmó que Leo había regresado al pueblo unos años atrás para cultivar los pocos acres que le había dejado su padre, y que no le iba muy bien.

—Un tipo muy tranquilo. Nunca ha causado ningún problema.

El granjero parecía estupefacto de que la policía lo interrogara. Como Grace y Bonner se hallaban a cierta distancia, no podían oír lo que decían. Cuando el jefe del comando táctico llevó a Leo donde estaban los dos detectives, dijo:

—El señor Titley afirma que no tiene nada que decir.

John Grace miró al granjero a los ojos.

—Eres un bobo. No sé cómo te involucraste con Frankie, pero esto te supera un huevo.

—No tengo ni idea de qué me está hablando.

El granjero soltó un gruñido cuando Nicky Bonner le dio una patada detrás de la rodilla. La pierna cedió, Leo dio un traspiés y cayó hacia delante. Bonner lo empujó y se le colocó encima de la espalda.

El jefe del comando de la URI sacudió la cabeza y dio media vuelta.

—Nicky… —dijo John Grace.

Bonner se arrodilló y le dio una bofetada al granjero.

—Vamos a probar otra vez. ¿Dónde está Frankie Crowe? —dijo Bonner.

—No sé de qué me está hablando.

Bonner le dio otra bofetada.

—Estamos hablando de gente armada. No habrá cuartel, amigo. Tenemos que entrar en esa casa, y no vamos a hacerlo a ciegas.

—Yo no tengo nada que ver con Frankie —dijo Leo—. Yo no…

Bonner le agarró la cola de caballo y le pegó un tirón. Leo gritó. Bonner acercó la cara a la oreja del granjero.

—Es mejor que sepas cómo están las cosas, así que te lo voy a aclarar. Vamos a entrar ahí. —Hablaba sin levantar la voz—. Si alguien sufre un rasguño, y eso te lo juro por la tumba de mi

madre, acabarás muerto en la puerta de tu casa y se lo endosaremos a Frankie.

Bonner le dio unos golpecitos bastante fuertes en la nariz.

—¿Entiendes lo que digo?

El granjero se quedó mirando a Bonner.

Había una piedra pequeña junto a la cabeza del granjero. Bonner la levantó y golpeó con ella a Leo en la boca. El hombre soltó un alarido y la sangre le manó de los labios.

Grace se dio media vuelta. Detrás de él se oyó un sonido áspero cuando el granjero sorbió el aire y espiró en un sollozo. Cuando Grace volvió a mirar, vio que el granjero seguía respirando de manera irregular. Tenía sangre en los dientes y una baba roja en la barbilla.

—¿Me entiendes? —preguntó Bonner.

El granjero soltó un gruñido y asintió.

—¿Tienes algo que contarme? —dijo Bonner.

El granjero negó con la cabeza. Con un gruñido que le distorsionó la voz, dijo:

—Lo juro. Frankie lleva dos días sin venir. Ahí no hay nadie.

Efectivamente, en la granja no encontraron a nadie. La URI hundió la puerta y barrió el lugar. Abrieron armarios, miraron debajo de las camas y uno de ellos asomó la cabeza en el desván y lo recorrió con una linterna. Luego pasaron a los edificios anexos.

—Definitivamente aquí no hay nadie —le dijo el jefe del comando táctico a John Grace—. La policía científica está de camino. Ha sido una pérdida de tiempo.

Grace dijo que echaría un vistazo por la casa hasta que llegara la científica.

La URI se subió a sus vehículos. Leo Titley iba en la parte trasera de uno de ellos, y Grace los observó hasta que se perdieron a lo lejos. Detrás de él, Bonner salió de la casa y se quitó la chaqueta identificativa.

—Puede que este se nos haya escapado.

—Puede —dijo Grace, mirando aún a lo lejos. Tenía la impresión de que habían llegado al final de algo. Ese iba a ser uno de esos casos que nunca se cierran del todo.

—Lo más probable —dijo Bonner— es que Frankie ya haya salido del país.

—Es posible.

La víctima estaba a salvo, y eso era lo importante. Coger a Frankie… bueno, eso ya se vería. En todo caso, siempre había algún Frankie al que atrapar.

—Espero que no le prometiéramos a Sweetman gran cosa por el soplo —dijo Bonner.

Regresaron a la casa. Bonner abrió una ventana. El aire estancado olía a muchas comidas grasientas a medio ingerir y a restos resecos. Grace decidió echar un vistazo por si veía algo menos llamativo que un fugitivo en un armario o un pie asomando debajo de la cama. La científica haría una búsqueda minuciosa. Tomarían fotos y huellas, todo lo necesario si se llegaba a juicio. Mientras tanto, existía la posibilidad de que Crowe hubiera dejado alguna pista que apuntara a otro escondite. Una nota, un número de teléfono, una dirección, un *ticket*, un recibo, un mapa. A los diez minutos de rebuscar en el cajón de uno de los dormitorios, Grace se dijo que aquello no llevaba a nada. Aquella casucha era la granja de un solterón. Frankie no se había quedado mucho tiempo y no había dejado ningún rastro. Todo había terminado hasta que Frankie apareciera alguna vez en alguna parte.

—Jefe —dijo Nicky desde la salita.

Con la misma prontitud que le había asaltado la convicción de que todo había terminado, le llegó la contraria. Nicky había encontrado algo.

Lo primero que Grace observó al entrar en la mugrienta salita fue la quietud de la postura de Bonner en la decrépita butaca. La segunda fue la presencia de Frankie Crowe, de pie junto a la puerta, con una pistola en la mano con la que apuntaba al espacio vacío entre los dos policías.

Hubo un largo silencio.

Frankie tenía los ojos hinchados. Daba la impresión de haber dormido vestido.

Procurando mantener un tono despreocupado, Grace dijo:

—Esto no tiene por qué tener un mal final, Frankie. Podemos acabarlo tranquilamente, de manera civilizada.

—Si consiento en permanecer en una celda durante los próximos treinta años.

Le hizo seña a Bonner.

—¿Llevas pistola?

Nicky se quitó la chaqueta y dio media vuelta. Grace hizo lo mismo. Ninguno de los dos iba armado.

—Frankie —dijo Grace—, tal como están las cosas…

—Puedes ahorrarte el rollo.

Crowe esposó a los dos policías juntos, espalda con espalda y a continuación los hizo echarse. Grace se arrodilló con torpeza, y soltó un gruñido al sentir un tirón en la pierna. Con más brusquedad de la necesaria, y con evidente satisfacción, Frankie registró a Bonner y cogió las llaves del coche de policía. Encontró el móvil de Grace en un bolsillo del pantalón, lo arrojó al suelo y lo pisoteó hasta que se partió.

—¿Dónde está tu móvil? —le preguntó Frankie a Bonner.

—Que te den —dijo Bonner.

—Probablemente en su chaqueta —dijo Grace—. Tómatelo con calma, Frankie, no hace falta añadir agravantes.

Crowe encontró el móvil de Bonner y también lo aplastó.

Grace pensaba en los de la científica. Todavía tardarían más o menos una hora en llegar.

¿Hasta dónde conseguiría llegar Frankie en una hora? ¿En qué dirección?

—A esta hora del día hay mucho tráfico, Frankie. Si vas hacia Dublín, encontrarás caravana. Tu foto está en todas partes. En todos los puertos, aeropuertos y ferris. No tienes ninguna posibilidad.

Frankie no le hizo caso. Utilizó un trozo de madera con un gancho en la parte superior para bajar un panel rectangular provisto de un resorte que había en el centro del techo. Desplegó la escalerilla de madera adosada al panel y subió al desván. Un momento después empujó una pesada bolsa a través de la abertura y la dejó caer al suelo. La segunda bolsa golpeó el lateral de la mesa y derribó una taza de té medio vacía. El té frío empapó la raída alfombra.

Frankie bajó por la escalerilla, y al llegar abajo no volvió a plegarla.

Hizo que los policías se levantaran, abrió las esposas y antes de volver a ponérselas los colocó cara a cara, con uno de los brazos de Grace entre los travesaños de la escalera de madera.

Frankie soltó un gruñido al levantar la primera bolsa.

John Grace contempló la sólida madera de la escalera y calculó que les costaría mucho moverla. Pero a lo mejor entre él y Nicky podrían aflojar un travesaño.

—Violar a una mujer así, Frankie —dijo Nicky—, una mujer tan bien relacionada. No habrá comisaría en todo el país que no tenga un presupuesto suplementario. Con las horas extras que haremos, no habrá ni uno de nosotros que no se compre una casa de verano en España.

Crowe parecía pensar en otra cosa, y cuando habló fue como si lo hiciera consigo mismo:

—Mándame una postal.

—En Dublín, Frankie —dijo Bonner—, tus colegas hacen cola para cantar tus alabanzas. Martin Paxton, Brendan Sweetman. «Todo fue idea de Frankie». «Él se ha quedado con el dinero». «Él violó a la mujer». ¿Cómo crees que hemos encontrado esta casa?

Crowe se volvió hacia Nicky y puso cara de ir a decir algo, pero permaneció callado.

—Nicky… —dijo Grace.

—Irán a la cárcel —dijo Bonner—, pero tendrán una condena cómoda. Y cuando tú vivas en alguna casa ocupada de Ámsterdam, esperando a que las fuerzas especiales abran tu puerta a tiro limpio, ellos saldrán en libertad condicional.

Frankie Crowe se quedó mirando a Bonner.

—Y a lo mejor tus colegas incluso se turnan para ver si tu señora necesita una mano mientras estás fuera.

—Nicky, ya basta —dijo Grace.

Crowe siguió mirando fijamente a Bonner.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —preguntó Bonner.

Crowe se inclinó hacia él y le escupió en la cara. Mientras la saliva le caía por la mejilla, el policía exhibía una amplia sonrisa de desprecio, como si hubiera obtenido una pequeña victoria.

Cuando Frankie Crowe hubo amontonado el dinero en el maletero del coche de Nicky Bonner, se acomodó tras el volante. Movió una palanca, deslizó el asiento unas pulgadas hacia delante y ajustó el retrovisor. Arrancó el motor y se preguntó cuál sería la ruta más segura hasta Belfast por carreteras secundarias. Dun Laoghaire, Cork y Rosslare serían un atasco permanente. Belfast era sin duda la mejor opción.

En la guantera encontró un paquete abierto de Scots Clan. Sacó un tofe y escuchó el rugido del motor. Un coche sólido. Mejor que la mierda que había utilizado durante los últimos días. Se quedó allí masticando el tofe hasta que el dulce prácticamente hubo desaparecido. Cogió otro y a continuación salió del coche.

Crowe masticaba cuando entró en la casa. Se acercó hasta los dos policías y Grace no vio la pistola que tenía en la mano hasta que apuntó a Bonner y le disparó en la cara. Un pequeño agujero oscuro apareció en la mejilla derecha de Bonner, una pulgada por debajo del ojo. No sangraba. La respiración se volvió ronca. Bonner se quedó con los ojos abiertos, mirando atónito a Crowe.

—¿Se te ha comido la lengua el gato, listillo? —dijo Crowe.

Grace, en un hilo de voz, dijo:

—Jesús, Frankie…

Crowe no le hizo caso. Frunció los labios en dirección a Bonner y le lanzó un beso. Sin dejar de masticar, se metió la pistola en el bolsillo con mucha calma, dio media vuelta y salió de la casa.

A Bonner le cedieron las piernas y se retorció al caer. El peso muerto arrastró los brazos de Grace hacia delante y tiró de las esposas. El metal se le clavó en las manos. La cara de Grace golpeó contra el lateral del travesaño. Bonner se quedó allí colgando, los brazos sobre la cabeza, las manos levantadas por culpa de las esposas, y la cara a pocos centímetros de los ojos como platos de John Grace.

Bonner aún tenía los ojos abiertos, su cara era tranquila y ya no respiraba.

Grace no se dio cuenta de que emitía unos ligeros sonidos incoherentes. Oyó cómo el coche se alejaba.

Capítulo 28

Desde la ventana de su habitación de la tercera planta de la clínica Blackrock, Angela Kennedy contemplaba el aparcamiento. Había estado observando un Volkswagen verde fluorescente y había intentado imaginar quién podría haber elegido un color tan estúpido. A lo mejor una enfermera joven y alocada y muy risueña. Angela decidió que si permanecía sentada junto a la ventana el tiempo suficiente acabaría descubriendo quién era el propietario del coche.

No se dio media vuelta cuando la puerta se abrió en un susurro. Entró una enfermera, comprobó los gráficos e insertó un termómetro electrónico en el oído izquierdo de Angela. El instrumento emitió un pitido, la enfermera anotó la lectura, dijo algo vagamente reconfortante y salió.

En las horas que llevaba allí, Angela ya se había acostumbrado al susurro de la puerta, el pitido del termómetro, los pinchazos de la aguja, las tabletas en el vasito de plástico para la medicación y la jovial rutina de las enfermeras. Se sentía como una envoltura de calma que sonreía y decía a todo que sí en medio de un torbellino de actividad. Si no era la temperatura, la medicación o los líquidos, era la comida, los apósitos o simplemente «¿Cómo se encuentra?». Si no eran las enfermeras, eran los médicos, o la policía o el psicólogo. Justin y los niños iban y venían, y la mesilla de noche estaba llena de pañuelos de papel arrugados.

Aunque le resultaba más fácil tratar con los médicos y las enfermeras. Le decían lo que tenía que hacer y ella obedecía. Hacía un rato había venido un médico que no le sonaba de nada y le había dicho:

—Le aseguro que las secuelas no durarán.

Angela se lo había quedado mirando.

—¿En qué…?

—Los resultados han sido negativos. Todos, y ya sabe que no está embarazada. Tampoco tiene clamidia, VIH, hepatitis B ni nada parecido. Tendremos que hacer un seguimiento durante tres meses, pero creo que puede estar tranquila en lo que a eso se refiere.

Angela asintió.

El médico pareció ligeramente decepcionado. Quizá había esperado que la noticia la animaría de manera visible. Aparte de su reencuentro con los niños, sus emociones no parecían verse afectadas por lo que le decían o por lo que veía o pensaba. Angela se preguntó si entre el cóctel de pastillas que le administraban los médicos habían introducido algo para tranquilizarla. Se dijo que ojalá fuera así.

Ya no tenía muy claro quién era cada médico. Había dos especialistas, desde luego, quizá tres, y otros dos o tres jóvenes y enérgicos que iban y venían. Uno de ellos le había hablado de la hi-no-sé-cuántos por culpa de la cual tenía los ojos inyectados en sangre. Le desaparecería en una semana, dijo. En la mejilla tenía una zona entumecida. Se le pasaría en unas semanas, le dijo el médico. O meses, añadió.

Veía doble. Le costaba mover el ojo izquierdo, levantar la vista. Tras una radiografía y un TAC, otro de los médicos le dijo que sufría algo llamado fractura del piso de órbita. Por eso veía doble, le dijo. En el dorso de una de las hojas de su gráfica, le dibujó algo que ya no entendió. Tejido atrapado.

—También explica el párpado caído —dijo.

Hasta ese momento no se había dado cuenta de que tenía el párpado caído. Comprendió que nadie le había ofrecido un espejo, y que ella tampoco lo había pedido.

—La operación es rutinaria.

Angela asintió. *Pues hazla y ya está*.

Era un trago que había que pasar, un momento de dolor e indignidad, y luego ya verían cuál era su situación. Justin le había preguntado si quería cambiar de casa, pero Angela había dicho que no. Justin le explicó que había contratado a un asesor de seguridad para que diseñara un nuevo sistema de alarma, que instalarían en cuanto ella volviera a casa.

Hablaban de lo ocurrido en términos muy generales.

«Pobrecilla», había dicho Justin. Y una y otra vez repetía: «Esos cabrones». Angela comprendió que en un caso así no compartían el vocabulario necesario para referirse a las emociones por las que ella había pasado. Quizá se sentiría más cómoda si lo hablaba con su hermana Elizabeth. Cuando todo hubiera terminado, iría a pasar un tiempo con ella en París.

Cuando había alguien en su habitación, Angela quería estar sola. Y cuando tenía tiempo para ella, este transcurría en medio de una inmensa y silenciosa vacuidad, y su mente se fijaba en detalles que parecían dignos de su atención al observarlos —como el estúpido color de un coche aparcado tres plantas por debajo—, y luego se preguntaba si no se había sentido siempre así de confusa.

—¿Ya lo ha decidido?

Era la más risueña de las enfermeras.

—¿Perdón?

La enfermera señaló con la cabeza el menú que había dejado sobre la mesita de noche.

—¿Ha decidido lo que quiere para merendar?

—Bueno…

—No pasa nada. Tómese su tiempo. Volveré en diez minutos, ¿vale?

Cuando la enfermera salió de la habitación, Angela se volvió hacia la ventana. El coche verde fluorescente seguía allí. Se quedó mirando y esperó.

Justin Kennedy se reunió con Kevin Little en la sala de espera privada que había al final del pasillo donde se encontraba la habitación de Angela. Daragh O’Suilleabhain hizo las presentaciones. Media hora antes, Daragh había llamado para comunicarle la noticia de que

Kevin pasaría la tarde en Dublín porque tenía una reunión con el ministro de Economía. Se había enterado de la noticia y había preguntado si podría pasar un momento para saludar a Justin.

—Angela no está…

—Ni se le pasaría por la cabeza molestarla. Solo quiere verte, desearte lo mejor, mantener el contacto. Mucha gente se alegra de que todo haya salido…

—Me parece estupendo.

—Kevin es un hombre emotivo. Es como si le hubiera ocurrido a uno de los suyos.

Kevin Little apareció en el hospital a la hora exacta que había anunciado. Pasó dos minutos expresándole a Justin su afecto y preocupación y se marchó.

—Ya hablaremos —dijo al despedirse. Justin asintió.

Telefoneó a Elizabeth para comprobar que los niños estuvieran bien. Cuando regresó a la habitación de Angela, una enfermera le dijo que su mujer estaba durmiendo, y le sugirió que se tomara un descanso. Que se fuera casa y se cambiara de ropa.

Justin apartó el puño de la camisa y le echó un vistazo a su reloj Patek Philippe. Negó con la cabeza. Se quedaría. Quería estar presente cuando Angela despertara.

Capítulo 29

Al final del camino estrecho y serpenteante que salía de la granja de Leo Titley, Frankie Crowe se encontró con una disyuntiva. Girar a la izquierda, cruzar Harte's Cross y coger una de las carreteras principales hacia el norte, o virar a la derecha e ir por carreteras secundarias, más seguras pero más lentas. Si la policía llegaba pronto a la granja de Leo y encontraba a John Grace esposado al cadáver, tanto daba la ruta que tomara. En cualquier vereda de Meath habría un control policial a los pocos minutos. La velocidad era lo más importante, así que más valía tomar la carretera más veloz. Una vez saliera de Meath, entonces sí podría coger las carreteras secundarias y dirigirse lentamente hacia Belfast. Miró hacia la izquierda.

Tengo que encontrar una granja apartada y conseguir otro coche. Tarde o temprano identificarán el coche en el que voy.

Las probabilidades de poder salir del país eran bastante escasas. Solo con llegar a un control de carreteras o encontrarse con un policía que no estuviera dormido, todo acabaría. Si conseguía llegar a Inglaterra, allí había gente dispuesta a venderle la ayuda que necesitaba para conseguir un nuevo nombre, nuevos documentos, y llegar a Europa. Le costaría un pastón ir de Inglaterra a Ámsterdam, y necesitaría más tiempo para tantear el terreno. Con el dinero que tenía ahora, poca cosa había que no pudiera comprar. Pero le llevaría tiempo. Si te ibas a vivir a una ciudad desconocida con ese montón de dinero y no tenías cuidado, no encontraban de ti ni los huesos.

Le echó una mirada al Rolex. Por muchos rodeos que diera, llegaría a Belfast antes del anochecer.

Aquella tarde no había mucho tráfico en Harte's Cross. Frankie conducía despacio. No te pases del límite de velocidad, no hagas ninguna tontería.

Mierda.

El indicador de gasolina tenía la aguja en el rojo. ¿Le duraría hasta que pudiera conseguir otro vehículo?

Entró en una gasolinera situada a mitad de la calle principal y llenó el depósito. No había comido en todo el día. Cuando salió de la gasolinera llevaba dos sándwiches de pollo y dos Coca-Colas pequeñas.

—Eh, cabroncete. —La voz era sonora, pero envejecida.

Miró al otro lado de la calle y vio a un anciano alto, con el pelo gris y alborotado, cubierto por un abrigo largo y negro, de pie en la acera de enfrente. En la cara del anciano se leía sorpresa, cólera y confusión.

Su voz resonó desde el otro lado de la calle.

—Tú.

Un paleto bocazas al que han soltado de la residencia de los mochales. El país está lleno.

Frankie se metió en el coche y colocó la comida en el asiento del copiloto, consciente de que aquel chalado cruzaba la calle en dirección a él. Puso en marcha el motor y fue a cerrar la puerta, pero el anciano ya la sujetaba con una mano. Cuando Frankie tiró de ella, la fuerza del anciano le hizo pensar que la puerta estaba hundida en cemento.

—Sal —dijo el anciano.

Frankie, con mucha naturalidad, dejó que su mano se deslizara hacia la empuñadura de la pistola que llevaba en el cinturón. Podía notar el contorno a través de su chaqueta de cuero.

No.

Nada de líos. No le hagas caso. No es más que un viejo estúpido dando la lata. Si sacas una pistola, todo se desmadrará.

Miró a su alrededor para ver si había alguien que pudiera ayudarle a mover a aquel enajenado. Un coche aparcó detrás de él. Miró al anciano y vio que sacaba una especie de paquete, una toalla blanca y roja que llevaba debajo del brazo.

—No tengo tiempo para quedarme de cháchara, abuelo.

El hombre estaba desenvolviendo la toalla.

Jesús.

—Sal.

La pistola del anciano casi tocaba la sien de Frankie.

—¿De qué cojones va todo esto?

—Sal.

Frankie salió del coche. De pie, tenía más libertad de movimiento. Aunque aquello no se podía solucionar sin que se montara un buen lío.

A la mierda. Ahora ya no puedo ir a ningún lado con este coche. Tengo que encontrar uno nuevo solo para salir del condado. Luego tendré que deshacerme de ese y encontrar otro. Y todo por culpa de este viejo capullo.

El hombre dio un paso atrás. Estaba fuera de su alcance.

Frankie dio un paso al frente. Cuando el anciano volvió a acercarle la pistola a Frankie, este se dijo que le bastaría con levantar el brazo con suficiente rapidez para que la pistola saliera despedida. Después de eso, todo sería uno-dos-tres. Puñetazo en el cuello, patada en las piernas y colocarse encima de él. Y aunque no sabía de qué iba aquello, tenía que acabar lo antes posible.

Frankie miró a ambos lados de la calle. Ni rastro de la policía. La conductora del Toyota que había aparcado detrás de él, una joven rolliza con el pelo corto, moreno y rizado y gafas oscuras, estaba desenganchando la bomba del surtidor.

—Me está confundiendo con otra persona —le dijo Frankie al anciano.

—Sé quién eres.

Mierda. Las fotos de los periódicos.

—Esto no tiene nada que ver contigo, abuelo. Ocúpate de tus asuntos.

El anciano movió la pistola en dirección a Frankie, como para hacerlo callar. Al anciano le temblaba la mano. Los músculos de Frankie se tensaron. Ahora estaba lo bastante cerca como para apartar la pistola de un manotazo. Démosle un segundo.

Tenía el brazo a un lado. Cerró la mano en un puño.

Uno, dos, tres.

Algo cambió. Un movimiento que no acabó de ver y de pronto Frankie estaba en el suelo, de lado, cara a la parte de atrás del coche. La mujer del Toyota se encontraba a unos seis metros y con ambas manos se cubría la cara. Miraba a Frankie, chillaba, pero Frankie no podía oír nada más que un susurro que parecía salir de su propia cabeza.

Olor a quemado.

En la cara de Frankie había algo húmedo y caliente.

Jesús.

El viejo cabrón se acercó a Frankie con la pistola colgándole junto al muslo. Miró a Frankie a la cara y dijo algo.

Frankie no oyó las palabras.

Intentó decir algo, pero no tuvo muy claro si había salido algún sonido de sus labios, y tampoco estaba seguro de lo que quería decir. El anciano se agachó, se inclinó hacia Frankie.

El viejo cabrón tenía lágrimas en los ojos.

Frankie vio cómo el cañón de la pistola describía un arco.

Espera…

Por dos veces Stephen Beckett rechazó el té que le ofrecieron. La tercera vez se lo llevaron de todos modos. Ahora ya estaba frío, y tampoco había tocado el sándwich de jamón. Por primera vez desde que lo trasladaran a esa pequeña sala de la parte de atrás de la comisaría, Stephen se puso en pie. Hacía calor. Tardó unos segundos en estabilizarse. A continuación se quitó el abrigo, y el agente uniformado que estaba junto a la puerta lo cogió y se lo llevó. Cuando el agente regresó y vio el té frío y el sándwich sin tocar, también se los llevó.

Stephen volvió a sentarse en la silla, detrás de aquella mesa ajada. A lo largo de las horas transcurridas desde su llegada a comisaría, lo habían visitado algunos agentes, entre ellos un superintendente uniformado y un par de inspectores. Ninguno le había preguntado nada de lo ocurrido. Casi todos se interesaban por si se encontraba bien y si necesitaba algo. El superintendente le preguntó si tenía abogado. Stephen contestó que no quería ninguno. El superintendente le dijo que, de todos modos, más le valía tener uno. Al cabo de un rato apareció un hombre delgado enfundado en un traje gris y dijo que era abogado. Añadió algo que Stephen no entendió, y al final dijo que volvería en un rato y se marchó.

El joven agente uniformado le llevó otra taza de té y la dejó sobre la mesa. A continuación regresó a su lugar junto a la puerta.

—No tardará mucho —dijo.

Stephen estuvo a punto de preguntar qué era lo que no tardaría mucho, pero ni se molestó.

Era consciente de que lo rodeaba una gran calma, como el silencio inmediatamente posterior a una explosión. Había percibido ya esa sensación de calma mientras se alejaba de la gasolinera y de la figura desplomada en el suelo, a su espalda, con el sonido del segundo disparo menguando.

Me preguntarán por qué, y todo lo que diga sonará a excusa.

Stephen no quería poner ninguna excusa, ni fingir que lo que había hecho estaba bien. Sabía que estaba mal, y también sabía que necesitaba hacerlo. Que para él estaba bien hacerlo, y sabía

que en un par de semanas ya no pensaría así. Sabía que nunca podría explicarlo. Sabía que nadie podría, y también que ya no le importaba.

Al cabo de un rato el abogado estaba delante de Stephen y le presentaba a un policía de paisano alto y con el aire de un delegado de clase, pero Stephen no entendió su nombre. Advirtió que el policía uniformado que estaba junto a la puerta ahora mantenía la espalda muy erguida.

El mandamás.

Stephen se fijó en que el pelo castaño del detective era teñido. El detective saludó con la cabeza a Stephen, se sentó, sacó una libreta y dijo:

—¿Qué le parece si empezamos?

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Julie Lordan, que alentó el proyecto de *Delincuentes de medio pelo* desde el principio; al agente Peter Straus, que aceptó el libro; y a Jason Arthur, que lo publicó. Su consejo fue inestimable. Durante el proceso creativo, Evelyn Bracken, Pat Brennan, Tom Daly y Rowan Rowth me prestaron su generoso apoyo. Gracias a todos.

Notas del traductor

[1] «*Software*» refleja su «voz suave» (*soft voice*) y esa «figura redondeada» (en inglés *gave an impresion of rounded edges*). <<

[2] La «Garda Síochána na hÉireann», más comúnmente conocida como Garda o Gardaí, es el nombre de la policía nacional de la República de Irlanda. <<

[3] «Eso es otra historia» en gaélico. <<

[4] El *hurling* es una especie de *hockey* que se practica en Irlanda, mientras que el *rounders* es una especie de béisbol autóctono. <<

[5] Porque la palabra inglesa, *ejaculation*, significa «jaculatoria» y «eyaculación». <<

[6] En español en el original. <<